

Sin andar buscándote te encontré

ARECUNA



CAROLINA VIVAS

ARECUNA

Carolina Vivas

ARECUNA

© Carolina Eugenia Vivas Alzuru

Primera edición: Julio 2018

Edición y corrección: Carolina Vivas

Diseño de portada: Carolina Vivas

carola.2505@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes está expresamente prohibido copiar, transcribir, almacenar, alterar o reproducir el contenido de esta obra sin permiso del autor.

Para todos los que se han sentido solos
en algún momento de la vida,
y me refiero a todos porque la sensación es siempre la
misma,
tanto para hombres como para mujeres.

Ese momento es el principio de un encuentro.

Toda aventura comienza con un sí.

Índice

PROLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISEIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDOS

VEINTITRES

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISEIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

EPILOGO

NOTA DE AUTOR



PROLOGO

“Los mejores recuerdos quedan grabados en la memoria del corazón.”

—¡Juan Josué, mírate! estás guapísimo —dice efusivamente.

Le sonrío a la señora de cincuenta y pico de años que me mira con orgullo, de inmediato me abraza y me ofrece una cálida bienvenida.

—Gracias, Mery.

—¿Hoy es el gran día? —cuestiona, yo asiento—, entonces vamos, está en su habitación, no pierdas más tiempo.

Mery comienza a caminar por el largo pasillo y la sigo hasta la puerta número 25. Estoy algo nervioso, siempre que vengo a verla imagino los diferentes escenarios que pueden ocurrir.

—¿Algún cambio? —pregunto.

—No, ninguno. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme. —Asiento al escucharla.

Entro a la habitación y ahí está, sentada en una silla observando por el gran ventanal. La miro por unos instantes, parece sumergida en sus pensamientos.

—¿Se puede? —Toco la puerta para no asustarla. Se gira y frunce el ceño en un gesto de desagrado, le molesta mi presencia.

—No quiero tomar más pastillas.

—No te preocupes, Teresa, no soy doctor.

No le estoy mintiendo porque técnicamente eso ocurrirá hasta que me den el título, más específicamente en unas horas. Ladea un poco la cabeza y su gesto cambia en el momento en que nota que estoy vestido de traje, o tal vez es porque ve la caja que traigo en la mano.

—Está bien, pasa. —Me siento en una silla que está cerca de ella y la miro.

—Quise venir y traerte un regalo. —Le muestro la caja con dulces—, un pajarito me dijo que te gustan mucho.

—¿Pajarito? más bien es un loro chismoso. —Me río.

—Bueno, pajarito, loro, guacamaya, lo importante es que te traje un regalo, ¿lo aceptas?

—Las guacamayas son hermosas. —Sonríe—, sí, lo acepto.

De la caja saco una tartaleta de fresa, los ojos le brillan e inmediatamente se la lleva a la boca sonriendo. Sé cómo ganármela, en estos años he aprendido la forma de acercarme a ella. No puedo pedirle que me recuerde, no hay forma de hacerla comprender, pero lo que sí puedo es hacerla feliz aunque sea por unas horas; incluso si luego de dos o tres días ella ya no recuerda nada de esto. Ella ha olvidado quien soy yo, pero yo sabré siempre quien es ella.

—Este dulce es mi favorito, solo hay una persona en la vida que sabe cuánto me gustan. —Teresa cierra los ojos saboreando la crema, siempre hace lo mismo mientras lo come y dice: «*no hay mal que dure cien años, ni pena que las fresas no curen.*» Me río. Eso, eso dice siempre.

—Esa mujer debe ser una gran persona.

—Es la mejor donde quiera que esté —musito viéndola sonreír—, la extraño muchísimo, ¿sabe? si pudiera hoy le diría ¡Me gradué y conseguí ese título en tú honor!

—¡Felicidades cariño, estoy orgullosa de ti! —contesta viéndome a los

ojos, mi respiración se detiene por unos segundos—, seguro eso te diría esa mujer.

Sus ojos color avellana no demuestran nada más, así que me obligo a tranquilizarme. Duele tanto esta situación, suspiro y contengo las lágrimas que amenazan con salir.

—Bueno Teresa, es hora de irme, tengo una graduación a la cual asistir. Aquí te dejo dos tartaletas más, pero no te las comas todas de una sola sentada.

—Las esconderé del “pajarito” —responde mirándome con complicidad, esa que siempre recuerdo existía entre nosotros.

La miro dudoso, ya que no quiero estropear el momento, pero igual me arriesgo. Me acerco lentamente y deposito un beso cálido en su mejilla, ella abre mucho los ojos y me mira fijamente por unos segundos.

—Tienes un rostro muy hermoso, pero no sé a quién me recuerda.

—Tal vez en la próxima visita puedas decírmelo. —Asiente y su mirada se pierde nuevamente en el ventanal, salgo de la habitación y me apoyo de la puerta, cierro los ojos y sonrío entre lágrimas, *haría cualquier cosa porque volvieras, te amo.*

Decido subir hasta el tercer piso para saludar al doctor Páez, él lleva el caso y es un buen amigo. Al llegar no lo encuentro y su secretaria me informa que espere unos minutos en su consultorio, deambulo por éste porque los minutos se convierten en un largo rato. Se hace tarde y la ansiedad incrementa. Sobre el escritorio hay una revista y decido matar el tiempo leyéndola, una de las páginas llama mi atención porque está marcada, la abro y leo:

«Investigadores de Minnesota (E.E.U.U) han conseguido acabar con el Alzheimer de una mujer de 35 años inyectándole dosis masiva de una planta llamada, Planta del recuerdo, modificada genéticamente en laboratorios. Según cuentan los especialistas la planta solo crece y se consigue en Canaima-Venezuela...»

—¿Juanjo? —Escucho detrás de mí—, disculpa que te haya hecho esperar... ¿te encuentras bien?

Me giro y lo miro, seguro me hace la pregunta porque mis ojos están desorbitados y mi respiración se aceleró.

—Por primera vez en mucho tiempo creo que sí, que todo estará bien —respondo incrédulo, él mira la revista que tengo en las manos y me da un apretón en el hombro.

—No quiero perder la esperanza de que en algún momento aparecerá la cura para esa enfermedad —dice serenamente—, le pregunté a varios colegas, todos respondieron que no existe tal planta. —Se sienta en una silla frente a mí.

—Debo investigar sobre esto.

—Perderás el tiempo.

—¿Y si es real? —pregunto desolado—, ¿contactaste a estos investigadores?, ¿conseguiste el testimonio de la mujer negando que está curada?

—Juan Josué, creo que no vale la pena.

—¡No! —Me levanto con el humor desvanecido—, no quiero escuchar de nuevo que te das por vencido. Hablo en serio, Damián, hay que investigar bien sobre esto.

—Te estoy diciendo que ya lo hice.

—Pero no pusiste todo tu esfuerzo.

—¿Y qué quieres?, ¿que haga un milagro? bien, pues estoy aquí para decirte que las cosas no funcionan así.

—¡Déjate de estupideces! —refuto—, yo no estoy pidiendo milagros.

—¡Déjate de estupideces tú! —continúa en tono acusador—, la planta no existe, el artículo es falso, ¿quieres investigar más? ¡Adelante! cuando te canses, quizás puedas ir hasta Canaima e ir preguntando de indio en indio a ver qué te contesta.

Estoy a punto de marcharme, no estoy de humor para tolerar su sarcasmo, pero me detengo en seco y él me mira con extrañeza.

¿Saben de esos silencios que se crean de vez en cuando?, ¿esos que cada vez se hacen más grandes y que a medida que se hacen más grandes la persona frente a ti va abriendo poco a poco sus ojos porque te conoce muy bien?

—¡Demonios, ni se te ocurra! —exclama irguiendo la columna—, ¡Piensa

en Teresa! no puedes dejarla sola. ¡Te conseguí empleo en una de las mejores clínicas del país! —Dirijo toda mi atención a Damián, que deja de hablar al ver la resolución en mis ojos.

—Tú cuidarás bien de ella, porque... yo iré a Canaima y conseguiré esa planta.



UNO



“No sigas órdenes, piensa por ti mismo.”

En la gran mansión de los Alvares se celebraba un apoteósico evento, otra subasta de monedas organizada por mi padre, quien en su tiempo libre dedica bastantes horas a la numismática.

Cada cierto tiempo, los coleccionistas de billetes, monedas, medallas e insignias, se reúnen para buscar piezas antiguas, raras, que tengan valor artístico o historia; es por eso que hoy nuestra casa está llena de hombres y mujeres de todo el país, exhibiendo sus catálogos o admirando los interminables álbumes y estuches de uno de los co-fundadores de SONADVI (Sociedad Numismática Alvares Del Villar)

—Hoy será un excelente día —comenta papá.

Su tono da la impresión de que hoy es uno de esos días en el que empiezas con una sonrisa, uno en el que todo a tú alrededor te parece más bonito y amas todo lo que te rodea. Yo no necesito preguntarle el motivo por el cual ha

despertado tan positivo. Lo sé, así que solo asiento. Trato de sonreír como si ya lo hubiese perdonado, pero la verdad es que no lo hago; de hecho estos días me he sentido deprimida, pasé mucho tiempo en la cama leyendo libros, comí poco y dediqué bastante tiempo a pensar en cómo hacerlo cambiar de opinión.

¿La solución? Aún no la tengo.

Por donde lo vea estoy acorralada, me ha condenado por culpa de sus errores, perdió la mayoría de su patrimonio en la compra de una pieza falsa, y la única manera que encontró para seguir teniendo una generosa cuenta bancaria, es sacrificando a su propia hija. Él y su socio acordaron que para mantener la solidez de la sociedad sus respectivos hijos deben casarse.

—Perdone, ¿podría traerme otra copa de champán?

—Claro que sí, señorita.

—Gracias.

¡Dios mío! en una semana dejarán de llamarme «señorita» y lo odio. A mis veintiún años no debería permitir que me manejen la vida, y mucho menos dejar que me hagan sentir miserable. Puede que me falte valentía para enfrentar a mi padre, pero inteligencia no, eso seguro; en cualquier momento se me tiene que ocurrir algo para librarme de este problema. El mesonero regresa con la copa y yo lo miro mejor. *No es para nada feo*, pienso en proponerle huir juntos y vivir un loco romance como el del libro *Vidas robadas, vidas quitadas* de Mafer Colmenares.

—Señorita... —Me mira esperando que agarre la copa, es un castaño fuerte y elegante, con unos ojos marrones expresivos y acento cubano. Lo sé porque soy fan de *Celia Cruz* y *Gloria Estefan*—, ¿ya no la quiere?

—Perdone —le digo y agarro la bebida.

Es cierto que estoy metida en un tremendo lío, pero las probabilidades de que un desconocido acepte escapar con la hija del dueño de la casa, son pocas. De forma que le sonrío y dejo que se marche, orgullosa del poco juicio que me queda me bebo de un solo trago el champán. *Mierda, tremenda pena me ahorré*, tomando en cuenta el detalle de que el amable mesonero debe tener cincuenta o quizá sesenta años, en cualquier caso no hubiera funcionado.

Antes de alisarme el vestido, veo que el mesonero elegante hace un ademán para dejar pasar al «arruina vidas». Él avanza con sus aires de

grandeza y saluda cual presidente de la república a varias personas, observo detenidamente a su acompañante: lleva unos pantalones negros con un cinturón enorme y una hebilla resplandeciente, un grueso collar de oro y varios anillos en cada mano. *¡El hombre es una joyería andante y el tipo será mi suegro!*

Es lo que hay cuando no sabes qué hacer con tanto dinero.

Sin embargo uno que no se parece en nada a Giovanni, es Migue Del Villar, yo lo llamo así desde que somos niños, en realidad se llama Miguel Ángel y es mi prometido. Migue tiene veinticinco años, el pelo castaño, siempre está bronceado porque se la pasa en la playa, tiene un cuerpo que según toda la población femenina está para chuparse los dedos, cosa que acepto pese a que realmente no me atrae como a las demás. En cualquier caso, Migue era genial, y digo era porque también estoy furiosa con él. Siempre me apoyaba y me comprendía, me bastaba mirarlo para que sonriera, ladeara la cabeza, se alborotara el cabello y con una mirada entendiera todo lo que le quería decir; todo cambió hace unos días cuando por más que le supliqué con la mirada que interfiriera en la decisión de nuestros padres, se quedó callado. Pues bien, siempre nos ha unido una bonita relación de afecto, pero eso llegó a su fin en el mismo momento en que se convirtió en un traidor.

Al que no veo por ningún lado y no ha dado señales de vida, ni siquiera un estúpido mensaje de texto para transmitirme su solidaridad, es a Benja —mi hermano—, papá le ha jodido la vida en numerosas ocasiones y yo siempre he estado ahí al pie del cañón en su dolor. Tal vez sea debido a que ahora vive en su propia casa o a que sigue ocupado haciéndole la vida imposible a su ex Ana María, las cosas ya no son como antes. No es posible... no entiendo cómo han llegado al punto de llevársela tan mal, no después de haberse unido en matrimonio y haber procreado a la niña más dulce, más importante, más... más hermosa del planeta, naturalmente mi sobrina.

—Saludo a unas personas y regreso. —La voz de mi madre me devuelve a mi mísera realidad.

Cuando voy a asentir es demasiado tarde, ya se ha alejado en dirección a sabe Dios quién. Resoplo, es increíble, aquí estoy yo en medio de un aburridísimo evento fingiendo armonía familiar, preferiría estar en cualquier lugar menos aquí. Me decido a buscar algo de aire fresco, será una noche muy estresante y no tengo ganas de ser cortés. Maldigo mentalmente y llego a la terraza, pero una voz masculina me detiene.

—¿No te cansa que todos los eventos sean iguales?

—Ay, señor... —Me giro lentamente y lo miro mal—, déjame en paz.

—¿Sigues molesta? solo quería darte las buenas noches. —Esboza una sonrisa que me enfurece mucho, yo también le sonrío, pero con falsedad.

—¿Las buenas noches? —Le enseño el dedo del medio—, toma tus buenas noches, idiota.

—Uy, qué poco elegante ha sido eso. —Lo miro con una ceja enarcada. Sí, ha sido poco elegante, pero para lo que quiero decirle eso ha sido poco.

—¿Qué sucede contigo?, ¿crees que es un juego lo que sucederá en una semana? —Traga fuerte, puedo ver como sus pupilas marrones tiemblan. Me acerco para mirarlo con intensidad.

—Sé que no es un juego —suelta el aire y sacude la cabeza—, ¿de verdad te parece tan malo?

—Sabes perfectamente que sí.

—Yo...

—¿Qué? vamos, dilo, ¿por qué coño no te opusiste, Miguel Ángel? incluso te veías contento.

—Porque realmente lo estaba, Belén. —Su pecho sube y baja, está nervioso y sabe que lo he descubierto.

—¿Ah, sí?, ¿también ganarás dinero?

—¡Claro que no! —responde molesto. Suena sincero, pero tiene que haber una razón. Sigo desconfiando de él.

—¿Así que no ganarás nada con este arreglo?, ¿qué pasa?, ¡Quiero la verdad!, ¿por qué mierda has aceptado esta locura?, ¿estás mal de la cabeza o qué?

—Tú no sabes nada, mejor cállate —murmura entre dientes.

—¿Qué me calle?, ¿qué me calle?, estás es mi casa y no me pienso callar ¡Así que ubícate!

—¡Ni siquiera sabes porqué acepté! ¡No me acuses de cosas que no son verdad!

—No me puedes pedir que no te acuse cuando eres el primero que me está mintiendo.

—¡Acepté porque me gustas, Belén! —grita respirando agitadamente. Voy a contestar, pero mi voz se apaga. El prometido en cuestión mantiene sus ojos fijos en los míos y su gesto serio me causa un escalofrío en la piel. Espero y espero, pero no dice nada.

—Escucha —digo a pesar de que esa confesión no me la esperaba—, la cosa está así: somos amigos a los que quieren obligar a contraer matrimonio, yo no te gusto, debemos hablar de cómo terminar con éste lío.

—La cosa está así, Belén: no hay nada de qué hablar, nos casamos en una semana, te demuestro que sí me gustas, y si no funciona te doy el divorcio. Si lo piensas un poco verás que sales ganando. —Miguel Ángel del Villar está decidido a no cooperar conmigo, ahora no solo tengo que aguantarme a un tirano como padre, sino también a un enamorado trastornado. Al parecer no hay salida.

—¿Quieres decir que aunque te pida el divorcio hablarás con Giovanni para que la sociedad no se disuelva?

—Claro, es justo lo que pienso hacer —dice con suavidad, ladea la cabeza y se alborota el cabello. —Mi mente comienza a trabajar a toda velocidad, comprendo que no será fácil vivir como marido y mujer, de hecho, tengo que explicarle algunas reglas antes de que suceda. Permaneceremos casados por un corto tiempo y luego toda ésta idea ridícula de nuestros padres terminará.

—Está bien, hagámoslo. —Suspiro y lo miro con una expresión de pesar. Él suelta una breve risa.

En la hora cumbre del evento, el derroche de dinero por parte de los asistentes cada vez se hace más notorio, no puedo evitar volcar los ojos cada vez que mi madre grita: «vendido» y mi padre choca la copa con su socio para que todo el mundo aplauda, ¿qué pensaría toda esta gente si supiera que me han vendido como la mejor moneda de colección?

Papá comienza a golpear su copa con una cucharilla llamando la atención de los presentes, yo finjo que no he oído porque sé lo que ocurrirá a continuación.

—Belén, hija, acércate. —Mira a Miguel Ángel—, tú también, por favor.

—Migue me ofrece su mano en un gesto de cortesía y yo la acepto por educación.

—Señora Alvares. —Mamá le sonrío a medias.

El padre de Migue aparece de repente y a su lado está una mujer igual de gorda, con un espantoso vestido azul marino y el pelo recogido en un voluminoso moño. Comienzo a preguntarme si Migue es adoptado porque no se parece en absoluto a la familia *Liberen a Willy*.

—Buena decisión de nuestros hijos, ¿verdad? —le dice Aimara del Villar a mamá, a mí se me desencaja la cara.

—Muy conveniente —responde.

—Queridos amigos... —Habla el arruina vidas y mi incomodidad aumenta—, el día de hoy es un día muy especial para nuestras familias, queremos compartir esa felicidad con ustedes anunciando que Belí, digo, Belén y Miguel Ángel, han decidido comprometerse en matrimonio.

Los invitados aplauden y mi padre sonrío demasiado alegre para mi gusto, la madre de Migue me abraza y luego su padre, odio ésta evidente demostración de hipocresía por parte de nuestros progenitores. Salvo mi madre, ella permanece en silencio y sin intervenir con una sonrisa simulada en la cara.

—¡Felicidades, querida! —Me besa la mejilla.

—Bienvenido a la familia —le dice mi padre a Migue y le palmea el hombro.

Recibo más y más felicitaciones de hombres resplandecientes con esmóquines negros y de mujeres vestidas con trajes de diseñador exclusivo; les sonrío fingiendo a todos como vengo haciendo toda la noche, la fiesta pasó de ser una subasta a un agasajo con los mejores vinos y comida.

—¿Quieres más, cariño? —La poderosa mano de Miguel Ángel en mi cintura cada vez me asfixia más, sus padres lo miran complacidos. Bajo la vista al finísimo cristal y me doy cuenta de que la copa está vacía, he bebido bastante, tal vez inconscientemente para olvidar la manipulación de la que soy objeto.

—Mejor agua. —No quiero más vino, necesito estar despejada.

—Estaremos un rato más y luego nos escapamos a un lugar de copas.
—Me molesta el posesivo modo en que Miguel Ángel hace planes sin consultarme, cuando vuelva con el agua le diré que no iré a ningún lado.

—Eh, disculpen —interviene mi madre—, espero no les importe que Belén y yo nos retiremos, como comprenderán, mañana debemos levantarnos temprano, hay mucho que planear. —La miro agradecida y ella me guiña, el dolor de cabeza que pensaba alegar como motivo de mi huida ya no es una excusa sino una realidad.

—Pero por supuesto —responde la señora Alicia, una de las que nunca falta a estas subastas. Ella nació para el chisme, fue la única en esta fiesta que se atrevió a preguntarme de cuantos meses estoy. ¡No tiene pelos en la lengua y fue al punto! no la culpo, con una boda tan apresurada yo también pensaría que viene un bebé en camino.

Nos disculpamos ante ella y su esposo y nos alejamos, mi prometido seguro se pondrá furioso al llegar y no encontrarme, pero no me importa. Mientras caminamos hacia el segundo piso de la casa le hablo a mamá.

—Gracias.

—De nada. —Sonríe—, ese modo tan desinhibido de Alicia de comportarse se debe al dinero.

—Es una loca chismosa.

—También. —Me río.

Llegamos a mi habitación, la noche está fresca, pero intranquila.

—¿Qué tanto piensas, Belén?

—En que me ha tocado nacer en una casa en donde no puedo opinar, no tengo expectativas propias, no puedo decidir sobre mi vida, tengo que aguantar sin quejarme, fingir delante de todos que estoy bien cuando...

—Todo es insoportable —concluye.

—¿Tú también lo crees?

—Sin duda. Acabas de describir mí día a día. —Trago saliva, es la primera vez que se atreve a decirme algo así.

—Y luego dicen que el dinero te hace libre.

—Consigues lujos, diversión, casa, aduladores... —Sacude la cabeza—, pero no, no nos hace libres.

—¿Tan difícil es enfrentarse a Gilberto Alvares que ni tú lo haces? —Suspiro. Ella me mira con mala cara.

—Aborrezco estos eventos, es despreciable que en esta casa solo se valore la cantidad de millones que hay en una cuenta, pero amo a Gilberto, es un buen hombre, Belén. Sé que se dará cuenta de su error.

—¿Cuándo? —contrataco exasperada—, es mi padre y también lo quiero, pero, ¿cuándo sucederá eso? no dijiste ni una palabra mientras estuvimos en esa basura social, a ti también te importa poco lo que está ocurriendo.

—¡Belén, no hables así!

—Sabes que odio esto y que está sucediendo en contra de mi voluntad, así que no esperes que me quede callada delante de ti también.

Mi madre resopla y se marcha muy frustrada. Yo me quedo parada en el medio de la habitación mirando a cualquier punto de la pared, envuelta en miles de pensamientos, dejando que duela y pensando en cómo las personas que dicen amarte te pueden lastimar tan profundo.



DOS



**“A veces la gente que te rodea no entenderá tú camino,
no lo necesitan, no es el suyo.”**

Esa noche, bajo las cobijas de mi cama matrimonial y con los pies apoyados en la pared, leo por décima vez *En busca de mi libertad*.

Es sobre una chica llamada Emilyd que busca a toda costa ser libre, no es un libro que habla sobre como escapar de un matrimonio arreglado, porque esos libros son aburridos: chico millonario desobediente y mala conducta, que para obtener una herencia, sus padres lo obligan a casarse con (generalmente una chica pobre) y obtienen su final feliz luego de que se enamoran.

En la novela de *Julieth Ferrebus*, Emilyd encuentra el amor, seguro que sí, pero lo que más me gusta de la historia es el proceso de transformación que ocurre dentro de la chica, me demuestra que la libertad es como la vida y que solo la merece quien sabe conquistarla todos los días. Yo merezco eso, quiero ser valiente o al menos tener la oportunidad de intentarlo y no conformarme.

Aquella noche me distraigo de la lectura porque oigo discutir a mis padres, gritan, riñen, dan portazos y arman un buen escándalo; de manera que enciendo mi *iPod* y lo dejo sobre mi estómago. Recuerdo el juego que hago desde que soy una niña, cierro el libro y acaricio su cubierta, con claridad expreso mi pregunta:

—¿Pronto seré libre?

Luego de unos segundos lo abro en una página al azar y leo: «Todos merecemos volar, liberar nuestras alas y revolotear por los aires atrapando sueños y metas.» No puedo evitarlo y me echo a llorar porque me siento muy sola sin la seguridad de mi hermano, sin poder contarle a nadie las cosas que en este momento pasan por mi cabeza. Sigo llorando y poco a poco me quedo dormida sin imaginar cuantas cosas cambiarán en los próximos días.

El insistente sonido del celular me despierta sin piedad, saco la mano de la sabana para tomarlo, pero el bendito aparato se cae al suelo ¡Vaya comienzo de día! me estiro como puedo hasta que consigo agarrarlo.

—*Belén.*

Al instante reconozco la voz masculina que está al otro lado de la línea.

—*Papá... —digo con resignación.*

—*¿Todavía estás en la cama?, ¿tienes idea de la hora que es?*

Las ocho, tal vez las nueve... miro el reloj en la mesa de noche, son las diez.

—*Llegarás tarde —dice con reproche.*

—*¿Tarde a donde, papá?*

—*¿Tú madre no te lo dijo? —Habla con desaprobación—, la mujer del catering necesita tu opinión para el bufete, también tienes prueba de vestido y he concertado una cita, se me ha ocurrido que la recepción sea en el Gran Meliá Caracas.*

Cuelga antes de que pueda responder. Gruño con una mezcla de indignación y resignación, claro que puedo llamarlo y oponerme a todo, pero sé exactamente cuál será su respuesta, Gilberto Alvares es un experto en el chantaje emocional, así que cuelgo y decido levantarme.

—Su padre insistió en que se sirviera salmón.

Se han enviado ciento cincuenta invitaciones, la prueba de vestido ya está lista, solo quedan las últimas decisiones para el catering y puedo salir de aquí. La señorita encargada de ser nuestra planificadora en el hotel se está esmerando al máximo por ser refinada, y yo... en molestarla.

—No me gusta el salmón —contesto. Los lentes de sol que mi madre lleva me impiden ver la expresión de sus ojos, pero a mí no me engaña, sé perfectamente que está igual de abrumada que yo.

Ella siempre consideró importante mi educación, me llevó a los mejores colegios, universidad, e incluso me envió a cursos en el extranjero: Italia, París, Londres. Pero la realidad es que nunca siento encajar en los círculos sociales que frecuentamos, claro que eso no impide que me obliguen continuamente a asistir a hoteles tan elegantes y lujosos como éste.

—Escoge ya el menú, Belén. Se te hace tarde para ir a la galería.

—¡Fettuccini a la marinera! —digo rápidamente.

—Bien, me parece muy bien. —Suspira.

En la galería hay una exposición sobre fotografías de jóvenes artistas, la preparación de cada exposición y las galas de inauguración se preparan con varios meses de antelación, ya tienen reservas para el siguiente año de gente que quiere asistir, eso dice mucho de lo bien que va.

Cristian tiene un sexto sentido para los nuevos talentos, eso ha hecho que la galería se haya convertido en una de prestigio, mis padres al principio pensaron que para mí sería un absurdo pasatiempo, no esperaron jamás que mis estudios en fotografía sirvieran para algo. Eso es precisamente lo que haré esta tarde, ayudar a Cris con los últimos arreglos de mi exposición.

—Creo que Ana María está planeando una despedida de soltera, ¿te ha llamado esta mañana?

—No —contesto—, y la verdad es que preferiría que no la haga.

—Ella solo quiere animarte, cariño.

—Lo sé —digo paciente—, pero no tengo ninguna intención de celebrar nada, casarme es irrelevante para mí.

—Habla con ella entonces. —Asiento antes de despedirme y verla partir del hotel en su *BMW*.

Son casi las cinco de la tarde cuando llego a la galería. El lugar es perfecto, una vieja casa con tres pisos completamente reformada por los amigos de Cris, el piso es de madera clara con un barnizado delicado, las paredes están pintadas en tonos pálidos para dar un fondo apropiado a las obras que se exponen, abrieron unas ventanas en el techo que permiten que el sol cree un hermoso juego de sombras, francamente el lugar es muy acogedor.

—¿Cristian? —Lo llamo al entrar.

—¡Estoy aquí arriba! ¡Sube, estoy con Gerald! —responde.

Durante las siguientes cinco horas trabajamos sin parar, primero en la sala destinada para las fotos de Gerald, luego en la mía. Revisamos todo y quedamos satisfechos con el trabajo. Gerald se marcha y nosotros pedimos comida china.

—¿Estás nerviosa?

—Bastante.

—¿Por qué? —Enarca una ceja mientras sirve arroz en los platos. Cristian tiene un instinto para captar cuando la gente está perturbada, con él puedo ser sincera porque nuestra amistad se basa en el respeto y el afecto.

—Aún no puedo creer que mañana sea mi primera exposición. —Él no responde de inmediato porque se mete un bocado a la boca.

—Pues créetelo, cariño. Eres una artista y el mundo mañana conocerá tu talento, pero hay algo más que te preocupa, lo sé, ¿se trata de tu padre?

—¿Por qué piensas que se trata de mi padre?

—Porque tienes ojeras. —Sonríe—, y eso solo ocurre cuando no duermes bien porque discutes con él. —Resoplo y lo miro, ¿cómo me conoce tan bien? —. Si no quieres contarme...

—Me caso el sábado. —Hago una pausa cuando sus achinados ojos tratan de abrirse de par en par—, y no quiero, Cris.

—¡Wuo! eso si son noticias.

—Estoy de acuerdo —le cuento—, pensaba darte la invitación mañana.

—La saco de mi cartera y se la entrego.

—¿Con Miguel Ángel del Villar? —pregunta y suelta una leve carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Porque pensé que nunca se saldría con la suya, pero hasta que lo logró el muy cabrón.

—No ha logrado nada.

—¿Tú crees que no? cariño, te va a esperar en el altar.

—Es toda una farsa, en poco tiempo le pediré el divorcio.

—Si tú lo dices. —Se ríe con sorna.

—Así será —aseguro con vehemencia—, una vida con Miguel Ángel no está en mis planes.

—Haz lo que tengas que hacer. —Cris levanta ambas manos en un gesto conciliador—, eso sí, ten mucho cuidado, no será fácil deshacerte de Miguel Ángel.

—Tendré cuidado, te prometo que aprenderé a defenderme con uñas y dientes.

—Eso suena muy bien. —Se limpia los dedos con una servilleta—, anda, ahora come tigresa.

Y eso hago, pero antes le doy un abrazo a mi chino favorito.

La galería abre a las cinco, una hora más tarde ya han llegado los invitados que se mueven de un lado a otro con copa en mano. Me siento cómoda con el vestido plateado que escogí, tacones finos y maquillaje discreto, por sugerencia de mi madre dejé mi cabello suelto con solo unas ondas en las puntas, creo que está muy bien para la ocasión. Ya hay varios carteles de «vendido» en varias de mis fotografías y eso me hace inmensamente feliz, miro a Cris que habla con unas personas del otro lado de la sala y sonrío, esto está resultando perfecto tal y como lo vaticiné.

—¡Felicidades, amor! —Escucho a mis espaldas, siento un pinchazo en la cintura, es Miguel Ángel con su nuevo sarcasmo. Me giro y sonrío con educación.

—Viniste —digo con más fastidio del que quiero expresar.

—¿No me esperabas? —Migue se inclina para besarme en la boca, pero yo me aparto, su mirada se endurece—, eres mi prometida, Belén, ¿qué hay de malo en que te bese?

—A los ojos de los demás nada, pero a los míos no está bien.

—¡Mi dulce novia! —Me acaricia el brazo—, en la subasta si tuviste una actuación estelar, bueno, ya poco a poco te acostumbrarás. —Sonríe y mi cuerpo se estremece con un escalofrío.

Calma, Belén. Es tú noche y nadie la arruinará. Comienzo a caminar, pero Migue me sujeta fuerte del brazo, lo miro mal.

—Tengo cosas que hacer, disfruta de la exposición, Cris y yo hemos trabajado duro para que todo salga bien.

—Claro, el perfecto Cristian, ¿y dónde está ese hindú maricón? —Ese comentario hace que toda la sangre de mi cuerpo hierva.

—No es hindú, es chino, y las preferencias sexuales de mi amigo no son de tú incumbencia. Además, ¿cómo sabes tú que es gay?, ¿has estado con él?

—¿Qué te pasa?, ¿eres la protectora del pobre idiota?

—Y tú eres un...

—¡Beliuuuuuuuuuuuuuu! —El marcado chillido me provoca una emoción gigante, me volteo rápidamente hacia ella.

—Sami. —Me agacho y la abrazo. Mi pequeña de cinco años enrolla sus bracitos en mi cuello demostrándome el amor más puro que puede existir, para mi sorpresa pronto descubro que sus padres están a mí lado.

—Beli, Beli... ¡Toma! —Me tiende una pequeña florecita que de seguro arrancó de uno de los materos de la entrada, yo me derrito por el gesto.

—¡Oh, gracias cariño! —Le doy un beso en la frente y me levanto, Benjamín es el primero que me abraza y felicita, luego lo hace Ana María.

—¿Algún problema por aquí? —pregunta, noto que mira a Miguel Ángel, ¿habrá oído la conversación?

—Todo perfecto —le contesta él sonriendo con cinismo. Benja y Migue nunca se han llevado bien, así que el ambiente se pone un poco tenso.

—Tita Beli, ¿es verdad que todas estas fotos son tuyas? —Todos los

presentes bajamos la vista hasta Samanta que interviene como un ángel salvador.

—Sí, sí... todas son mías, ¿quieres que te muestre?

—¡Sí! —contesta lanzando estrellitas de entusiasmo por sus ojitos.

—Bueno, vamos.

Recorremos la exposición y les doy detalles de algunas fotografías en particular, de vez en cuando algún invitado se detiene a saludarme. Luego de varias bebidas y algunos canapés, Miguel Ángel decide marcharse, ya que mi hermano le dejó claro que es él quien me llevará a casa. Mi madre, que se nos ha unido hace una hora, y Ana María, llevan a Sami a lavarse las manos.

—Ajá, pues oye, hermanita, esto ha sido un verdadero éxito. Tus fotos son únicas, ¡Estoy muy orgulloso de ti!

—Gracias, la verdad es que ha sido una buena venta.

—Y bien, ¿me explicarás? —Evito todo lo que puedo mirarlo a la cara porque él me escruta, me hago la desentendida.

—¿Explicarte qué?

—Ah, te harás la loca, ¿tienes planes el sábado?

—¿Eh? —Vuelvo a mirarlo, veo que tiene el ceño fruncido.

—Una boda por ejemplo...

—Ah, la boda, pues nada, te iba a contar. —Intento inventarme algo, pero no se me ocurre nada, tomo aire y lo suelto lentamente—, no quiero que armes la tercera guerra mundial Benja, no estoy de acuerdo, pero papá lo impuso. —Él se desabrocha el cuello de la camisa y se deja caer en una de las sillas que tiene detrás.

—Debí adivinar que no era por amor.

—¿Qué quieres decir? —Tomo asiento a su lado.

—Cuando mamá me contó, me dijo que tú habías tomado la decisión, le hice muchas preguntas, pero es tan condenadamente terca que no respondió a ninguna.

—No eres precisamente razonable cuando se trata de papá.

—¿Y tú sí? —Benja se levanta—, quedarnos callados ante sus decisiones no ha dado resultado, mírate en este espejo Belén, soy muy infeliz y tú vas por el mismo camino por no tener las agallas de enfrentarlo. —Aprieto los labios para tratar de controlarme.

—¿Sabes qué? ¡Estoy harta! —También me levanto y le arrebató la copa de un manotazo, me bebo todo lo que queda y Benja abre los ojos de par en par—, ¿eso es lo que piensas de mí?, ¿qué soy una cobarde? si tanto deseas que no lo sea vamos a la casa y acabemos con esto, después de todo tú también tienes mucho que reclamarle, ¿no? —Un musculo se contrae en la mandíbula de Benja y me mira asombrado.

—No vas a joderme con eso, es tú culpa dejarte manejar de esa manera. Estamos hablando de tu problema, no del mío. —Mi furia aumenta y lamentablemente arremeto contra mi hermano.

—No está muy lejos de parecerse ¡Se honesto, maldita sea! ¡También te casaste por obligación! sabías que Ana María había quedado embarazada a propósito y tú no querías hijos en ese momento, no lo habrías hecho si papá no te obliga. —Él vacila un instante antes de responder.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí lo hubiera hecho! —reitera como si la repetición de las palabras pudiera tornarlas verdaderas.

—Seguro, eres demasiado decente como para no haberlo hecho... —Suspiro profundamente—, ya no sé quién soy Benjamín, lo único que sé es que estoy agotada de intentar ser libre. —Contemplo unos segundos las fotografías en la sala—. Despídeme de mamá, Ana María y Sami, me iré sola a casa, necesito pensar.

—Creo que no, ya es tarde para que te vayas sola.

Escucho su voz ya algo lejana, porque bajo las escaleras y finjo que no lo oigo.



TRES



“El cerebro no es un vaso por llenar sino una lámpara por encender.”

Ese momento mágico en que el tiempo se detiene por un rato...

¡No me pasa!

Ya estamos a viernes y a solo veinticuatro horas para la boda.

Nos hemos hospedado por orden del «arruina vidas» en el lujoso hotel, de manera que mañana me arreglen y ayuden a vestir sin retrasos para la ceremonia, al mediodía es el civil y finalizando la tarde la eclesiástica. Mi cuñada Ana María llama por teléfono a mi habitación y quedamos en dar una vuelta por las instalaciones, no me apetece, pero es mejor que estar encerrada.

Me había dicho que solo seríamos ella y yo, pero al llegar a la puerta de la discoteca observo que hay varios rostros conocidos, me doy cuenta que no es una casualidad que estén aquí.

Veo a Cris, a una pelirroja y a unos amigos que bailan en la pista. Sonrío, tengo que hacerlo, *¡Mira cómo se mueve ese chino!* nunca lo había visto

bailar así y él parece disfrutar del contoneo de la chica.

—¡Bienvenida a tú despedida de soltera! —Enojada, la miro. Benja camina hasta nosotras.

—¿Por qué esa cara, hermana?

—No me lo esperaba —miento.

—Te hará bien divertirse un rato. —Me sonrío—, ¿sigues molesta por la discusión que tuvimos en la galería?

—Les ruego que no hablen más del tema —advierte Ana, mirando a su esposo—, nos olvidaremos de los problemas aunque sea por ésta noche.

—Oye, ¿todo bien? —le pregunto curiosa.

—Eres única —contesta Benja en dirección a Ana—, perdona, pero no creo que en una noche pueda olvidar cinco años de peleas.

—No, si ahora la culpa de todo es mía... —Benja sonrío con cinismo así que decido intervenir.

—Vale, está bien, tienes razón cuñada, solo por ésta noche olvidemos quienes somos. Vamos a divertirnos y mañana le haremos frente a lo demás.

—¡Así se habla! voy por unas bebidas. —Asiento agradecida y Benja se pone serio. Le doy un empujón.

—¿Se puede saber qué pasa?, ¿por qué la tratas así?

—Tienes que estar bromeando, ¿no? Belén, no me vengas con que ahora estás de su parte.

—¡Por supuesto que no! yo solo estoy de parte de una pequeña de cinco años que no merece ver como sus padres se pelean diariamente. Es hora de que arreglen sus cosas, Benjamín.

—No hay nada que arreglar, siento que me asfixia. —Lo que dice me provoca enfado.

—Tu bebida, cuñada —dice Ana a mis espaldas. Al coger lo que me ofrece veo en sus ojos que ha escuchado y que está molesta.

Sonrío.

Ella no.

Se acerca a Benja y murmura muy cerca de su rostro.

—¿Eso es lo que quieres? ¡Pues atente a las consecuencias! ¡Te daré espacio! —Se gira y entrelaza su brazo con el mío—, ¿ves a esos chicos que bailan en la pista junto a Cris? —Ella al ver que Benja y yo seguimos la dirección de su dedo comenta—: impresionante, ¿verdad?

Con los ojos muy abiertos, asiento. Se trata de dos chicos canela que están buenísimos.

—El que tiene el pantalón caqui y cabello al ras se llama Yariel, y el de la camisa azul marino con el número cinco en la espalda es André.

—¿Y de donde los conoces? —susurro.

—Me los presentó Cris.

—¿Son cubanos?

—No, brasileños. Están cómo quieren, ¿verdad?

—Si digo que no, miento. —Negarlo sería pecado, ensimismadas observamos como una chica baila con Yariel, hasta que Benja habla.

—¿Tú piensas que me vas a dar celos? si me respetaras tan solo un poco no dirías cosas como esas, de una te digo que no ganarás nada con esos tipos, con verles las caras queda claro que son un par de maricones. —Ana se echa a reír, pero no me extraña, ha logrado lo que quería, ponerlo muy celoso.

—¡Que te den, Benjamín! —exclama antes de conducirme hasta la pista de baile.

Cris nos ve y suelta una carcajada. Nos saludamos, hace las respectivas presentaciones y en menos de lo que canta un gallo, Ana ya baila con el chico de cabello al ras, pasándose por el forro de los pantalones a Benja, que del otro extremo de la disco está hecho una furia, lo sé porque arruga el ceño y bebe sin piedad de la jarra de cerveza que tiene en la mano. El grupo de personas que tengo alrededor ríen a carcajada limpia y yo pienso, *sí, mejor reír que llorar*. El reloj no marca ni la media noche y ya todos están bien alegres, me dan la mejor idea para olvidar... beber.

Cris me ofrece de una ronda de tequila que ha pagado André, mientras comienza a sonar *Bailame de Nacho*.

—Ven, vamos a bailar. —Me tienta el brasileño. Ana me guiña el ojo, solo le falta gritar: ¡Ve, por Dios santo!

Me gusta bailar y esa canción es una de mis favoritas, así que acepto. La canción tiene un ritmo lento y sensual. Cuando comienza el coro todos cantamos:

Bailame ie con esa boca besame ie

Con ese cuerpo arropame

Con tus manos sienteme

Bailame ie con un besito mojame ie

Con tu cintura gozare

Con ese swing atrapame...

La pista se llena de gente. Siento algo de calor y me deshago de la chaqueta de jean que llevo puesta, quedándome solo con un vestido corto. Noto que el brasileño me escanea de pies a cabeza y sonrío; me agarra de la cintura y se mueve pausadamente *¡Madre mía, de cerca se ve mejor!* El local entero corea la canción y la baila. Veo entrar a Miguel Ángel, quien al ver a Benja se le acerca, mi hermano le presenta a una chica que tiene guindada del cuello, *sí, está tratando de darle celos a Ana*, y luego señala a donde estoy yo. Miro a Migue y me doy cuenta de que el bailecito que me estoy gastando con André no le gusta, ¡Para lo que me importa! no pienso parar y sigo cantando. Al terminar, Cris me ofrece otro tequila y lo acepto gustosa, le hago señas a Ana para que tome uno y chocando los vasitos de shot gritamos: ¡Salud!

No soy una chica de alcohol, pero no me importa tomarme unas copas de vez en cuando. En dos ocasiones me he emborrachado, pero en ninguna ha sido grave, apartando la resaca siempre sé controlarme.

Siempre, excepto hoy.

A las cuatro de la madrugada ya siento que floto. La decisión menos acertada que he tomado en los últimos meses es comenzar a beber tequila sin

control. Invitaciones, canapés, el vestido, el trabajo en la galería y la desgraciada boda, no me han dejado tiempo para poder decir « ¡Me siento feliz y en paz! » y esas mismas palabras son las que estoy gritando acostada en la tumbona con mi botella de tequila en la mano, en la piscina del *Gran Meliá Caracas*.

A pesar de la fría noche que me eriza la piel puedo sentir como mi lengua se enreda al hablar, haciendo que me den pequeños ataques de risa y derrame líquido de la botella cada vez que lleno el shot. Lo único que percibe el resto de mis sentidos es la voz de Ana María, Cris y mis nuevos amigos brasileños, la música lejana del local donde bailé hasta más no poder y la mano de André deslizándose por mi muslo izquierdo de arriba a abajo. El enfado de toda la semana se disipa dando paso a una falsa felicidad.

—¡Pero que belleza! —La voz fría y dura de Miguel Ángel impide que beba de nuevo del líquido ardiente y transparente, mi sonrisa muere cuando lo veo, y agradezco que André haya retirado la mano antes de que lo viera.

—¿Qué quieres, Del Villar? —pregunto bebiéndome el chupito con descaro.

—Primero, que dejes ya de tomar, y segundo, que te vengas conmigo. —Vuelco los ojos y echo más tequila en el shot. Con el humor desvanecido le contesto.

—Primero, soy una mujer hecha y derecha y bebo cuando qui...eera y cuanto quiera. Segundo, nooo me pienso ir contigo a ningún lado porque es... toy en mi despedida de soltera. —Antes de que me acerque el chupito a la boca, Migue me lo arrebató y se lo bebe, no me da tiempo a protestar porque tira de mi mano y de un movimiento me carga sobre su hombro—, ¡Como los quiero, chicos! —grito antes de entrar al lobby del hotel.

—Si fueras una mujer hecha y derecha no te expondrías de esa manera, bebiendo sin control y facilitándole a cualquier imbécil el poder cogerte. —Habla exasperado mientras marca un paso acelerado

—¡Bájame ya, idiota! —Comienzo a golpearlo en la espalda, cuando me suelta trato de no tambalearme—, ¡Yo no soy de las mujeres como las que te tiras tú! ¡Sé cuidarme, no pensaba abrirme de piernas!

—¡Belén!

Ignorando todo lo que grita camino sin detenerme hasta el ascensor, por mala suerte no cierra rápido, así que me da alcance. Él sigue maldiciendo y reprochándome mi mala conducta y mi falta de madurez, yo me saco los tacones pensando que así podré caminar mejor. Al llegar a mi piso salgo a trompicones y corro por el pasillo con él detrás.

—¿¡Puedes parar un momento!?! —grita tan duro que paro en seco.

Migue se arremanga la camisa blanca y se cruza de brazos para clavar su mirada chocolate en mí, por más que me esté controlando para no lanzármelo encima y abofetearlo sin parar, no puedo negar que es endiabladamente guapo, pero lo guapo no le quita lo irritante que se ha puesto.

—¡Solo quería protegerte!

—¡Eso lo entiendo, pero oh Dios, era mi noche! Mi noche en paz antes de la boda. Te pedí que me dejaras tranquila solo por hoy, ¿y qué haces tú? me vigilas como halcón creyendo que soy de tu propiedad. —Me repasa de los pies a la cabeza, un escalofrío me recorre el cuerpo cuando noto que él se queda viendo fijamente mis senos.

—Has bebido demasiado y estás muy mal, deja que te acompañe a la habitación y...

—¡Puedo ir sola, de ninguna manera entrarás a mi habitación! —Chillo desesperada, pero eso no hace que Migue afloje en su mal humor.

Sus ojos desprenden ardor por la ira contenida. Sé lo que quiere, quiere ser el que se meta entre mis piernas y no lo pienso permitir. Intenta acercarse, pero no lo dejo, aun estando a solo un paso de distancia no pienso dejarme intimidar.

—Te voy a dejar algo bien claro, Miguel Ángel, estoy agotada física y mentalmente ¡Y es tú culpa! ¡Tú culpa y la de mi padre! me molesta que hagan las cosas pasando por encima de mí sin tener en cuenta como me siento o lo que pienso. En este matrimonio ficticio no habrá roces ni mucho menos sexo. Asiente si has entendido. —Él esboza una sonrisa que hace que me enfade todavía más—. ¡No te rías, imbécil! ¡A esto me refiero! te estoy hablando en serio y a ti te importa una mierda.

Sin verlo venir, Migue me jala de la cintura y me pega a su pecho.

—Eso de que no habrá sexo está por verse. Prometo no morder... mucho.

—¡Miguel Ángel! —grito, intento zafarme de sus brazos, pero él tiene más fuerza. Chupa mi cuello muy fuerte y luego lame la zona—, ¿qué demonios crees que haces?

—Marcando lo que es mío, ese maldito brasileño no te tocará más nunca.

—¿Qué? —Me toma del brazo y comienza a arrastrarme hasta la puerta de la habitación. En mi subconsciente hay una persona gritando que trate de huir, pero entro en pánico y me paralizó.

—Lo siento, preciosa, pero hoy entenderás que una prometida no puede ir por la vida comportándose como zorra. —Para cuando mis piernas funcionan, él ya me ha empujado adentro de la habitación y cerrado la puerta tras de mí.

—¿Qué estás haciendo? ¡Lárgate ya de aquí o grito! —Su mano se desliza por mi boca y la tapa.

—No me iré. Te tengo ganas desde hace mucho tiempo, ¿me vas a negar una cogida? —Mis piernas tiemblan y caigo de rodillas al suelo. Todo me da vueltas y el ácido sube por mi garganta, Miguel Ángel se ríe y habla con burla—, ¿ahora si me crees que bebes sin control?

Mi corazón palpita rápido, más rápido de lo que ya estaba palpitando. Estoy muy asustada, él es fuerte y musculoso, y yo... yo no estoy en mis cinco sentidos.

—No entiendo —balbuceo—, ¿así es que quieres protegerme?

—Ups, supongo que esto será más que protección.

De un tirón hace que me levante, trato de retroceder, pero choco contra una pared. Él se coloca delante de mí y pega sus caderas a las mías. Siento el cuerpo débil y tembloroso, baja su boca por mi cuello y aspira una buena bocanada de aire al mismo tiempo que una de sus manos se desliza por mi muslo.

—¿Te gustó que el brasileño te tocara? —Me reclama—, ¿te excitó, Belén? cuando llegué a la piscina parecías muy feliz. —*Mieeeeeerdaaaa*. Miguel Ángel me toma del rostro con brusquedad—. Responde, carajo.

Cierro los ojos y aprieto muy fuerte la mandíbula.

—Por favor, no hagas esto —susurro odiando no tener las fuerzas necesarias para apartarlo.

Él agarra mi nuca y presiona de manera violenta nuestros labios. Sus dientes chocan con los míos y su lengua invade a la fuerza mi boca, su otra mano levanta mi vestido poco a poco hasta que toca las orillas de mi ropa interior. En la primera oportunidad lo muerdo, eso provoca que se separe rápidamente, se lleva dos dedos hasta la laceración y al ver la sangre me mira encolerizado, alza la mano y la deja caer con mucha fuerza sobre mi rostro, el sonido es pesado y gira mi cara unos cuantos grados.

—¡Ahhh! —Me quejo tocando mi labio inferior, lo miro con horror, con los ojos empañados de lágrimas—, ¡Maldito! —Logro gritar sintiendo que mi labio quema.

Él se acerca para examinar mi boca, pero la adrenalina que mi cuerpo comienza a sentir me da fuerzas para empujarlo.

—Lo siento, Belén. —Trata de disculparse—, Dios mío, ¿qué hice?, lo siento.

—¡Eres un maldito degenerado! ¡Aléjate de mí! —Tengo que encontrar la manera de escapar. Estoy mareada, furiosa y aterrada, pero no pienso dejar que abuse de mí. Aprovecho su confusión y llego hasta la puerta, siento que vuelve a jalarme de la cintura—, ¡Suéltame! ¡Vete de aquí! ¡No hagas esto! —grito.

Comienzo a lanzar golpes para tratar de que me suelte, pero los intentos son en vano. Protesto, grito, pateo, pero al final logra acostarme en la cama y me sube el vestido, se me dificulta respirar ya que está a horcajadas sobre mi estómago.

—Quiero que seas mía, Belén. Tengo días pensando en cómo será tocarte por todas partes, sentir tu piel y saborearte entera. —Tiemblo al oír sus deseos, imagino lo horrible que será que me toque sin mi consentimiento.

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdenme!

Miguel Ángel se apresura a tapar mi boca y con la otra ejerce mucha presión sobre mis muñecas, haciendo que mi intento de que alguien escuche sea en vano. Lleva sus dedos a la parte frontal de mi sujetador y lo rompe dejando mis senos al aire, rápidamente su boca abarca uno de ellos lamiéndolo y chupándolo a su antojo. Las lágrimas bajan por mis mejillas hasta introducirse en mis oídos, no puedo creer lo que está a punto de hacerme. Me siento herida, furiosa, lastimada y muy asustada.

—Ahora a lo que vamos —dice de pronto—, te vas a quedar calladita y vas a obedecer porque necesito soltarte un momento. —Mi cerebro comienza a trabajar rápidamente, si hago lo que pide tal vez tenga oportunidad de patearlo o empujarlo. Asiento y él sonríe, retira su mano de mi boca para rápidamente desabrocharse el pantalón—. Te gustará, preciosa, ya verás, no luches y todo será más placentero.

Puedo gritar y suplicarle que no haga lo que está a punto de hacer, desear que alguien aparezca e interrumpa sus malditos deseos, pero cuando abre mis piernas y separa mis rodillas posicionándose entre mis muslos, sé que estoy sola en esto y sola debo salir de aquí. ¡Maldito desgraciado, ya verás! impulsada por la furia que me recorre el cuerpo me abalanzo sobre él y atrapo su boca, unos segundos después el muy perro reacciona ante mi arrebató convirtiéndolo en algo desesperado y salvaje, de un movimiento enrolló mis piernas en su cintura y él jura que ha triunfado.

—Al fin reconoces que también me deseas —dice con voz ardiente.

Lo odio, ¿cómo pude creerlo mi amigo por tantos años?, ¿cuándo se convirtió en un ser tan despreciable capaz de hacerle esto a una mujer? merece que le corte las bolas y se las dé de comer a mi perro. Ruego en silencio para que no se dé cuenta de que trato de llegar a la mesa de noche, si él logra su cometido me sentiré sucia por el resto de la vida.

Maldice en el momento en que estampo con todas mis fuerzas la lámpara en su cabeza. Puedo respirar tranquila cuando se levanta y se lleva las manos hasta el lugar, cierro los ojos con el pánico recorriendo mis venas cuando veo que se desploma en el suelo.



CUATRO



**“Pensándolo bien, no estuvo tan mal que me lastimaras tanto,
me quitaste lo estúpida e ingenua.”**

Parpadeo varias veces, dejando que las lágrimas se desborden para así poder mantener el dolor a un nivel de tolerancia. Me asusta tanto que él me haya llevado hasta ese extremo de peligro. Corro apresurada huyendo de ese espantoso lugar, en donde otro Miguel Ángel que no es el que creía conocer, me tocó y me golpeó, corro con más velocidad sin dirección alguna, quiero arrancarme del cuerpo la horrible sensación de estar a punto de ser violada, quiero borrar de mi cabeza la seriedad con la que él hablaba. Doy con una gigantesca cancha de tenis, pronto voy bajando el ritmo hasta que mis piernas colapsan y me derrumbo, sentada en el suelo me abrazo las piernas y escondo la cabeza entre ellas, lloro con mucha fuerza, lloro de pensar que en cuestión de segundos todo pudo haber llegado a más. Deseo tanto que esto sea una pesadilla y que al despertar nada de esto sea real, pero desgraciadamente está ocurriendo, aceptar casarme con ese hijo de puta ha sido la estupidez más grande que he hecho; nunca debí hacerle caso a mi padre solo para

complacerlo, las cosas eran tolerables, pero ahora son insoportables.

Justo cuando creo no tener más lágrimas mis ojos me sorprenden generando muchas más. Sé que debo contarles a todos lo que hizo ese degenerado, acabar con esto de una maldita vez, pero no puedo, no me creerán; y si lo hacen no les importará.

Me levanto con los ojos muy hinchados, paso mis dedos temblorosos por la laceración en mi labio y duele fuertemente. Camino hasta la recepción del hotel, la poca gente que está en el lobby me mira de arriba abajo y niega con la cabeza, es ahí donde me doy cuenta que mi vestido está roto y que estoy mostrando el sujetador, a duras penas me lo logré colocar antes de salir corriendo. Sollozo, pero nadie se atreve a preguntarme qué me sucede.

—Belén... —Me detengo en seco. Falta poco para llegar al ascensor, pero me giro para ver a Cris con su ropa y cabello empapados.

—¿Te metiste así a la piscina? —Mi garganta arde al preguntarle.

—¡Por Dios, Belén! ¿Qué te pasó? —Asustado, se tapa la boca, se acerca rápidamente y me toma por los hombros.

—Cris, cálmate. Yo... yo te explico todo en otro lugar, ¿está bien?

—Tengo una habitación... Belén, tú labio, ¡Estás sangrando!

No respondo. Camino hasta el ascensor y él pasa su brazo por mi cintura, agradezco que se esté hospedando aquí porque por nada del mundo quiero volver a mi cuarto, Miguel Ángel estaba desmayado cuando salí de ahí, todavía estoy asustada, no sé qué será capaz de hacer.

—Belén, por favor explícame qué ocurrió. —Me tiende un vaso con agua y se sienta junto a mí en la cama—, la estábamos pasando bien hasta que llegó el imbécil de Miguel y... ¡Espera, te fuiste con él! ¿Ese tipo te hizo esto? —Miro a otro lado porque me da vergüenza verlo a la cara, pero él insiste—, ¡Belén, dímelo ya! —Habla con voz dura—. ¿Fue Miguel Ángel quién te golpeó?

—Él... me tocó.

—¿Estás insinuando que te quiso violar? —Se pone de pie.

—Sí, así fue. —Me atrevo a mirarlo a los ojos y en ellos veo cómo se empieza a formar la ira—, estuvo a punto de lograrlo. —Cris se queda en silencio hasta que de pronto grita con desespero.

—¡Maldito degenerado! —Agarra un jarrón que todas las habitaciones tienen en la entrada y lo estalla fuertemente contra la pared, me quito los brazos de la cabeza y miro en varias direcciones todos los pedazos rotos, lloro de nuevo porque luce furioso y desquiciado—, ¡Lo mataré! ¡Haré que se arrepienta de ser tan desgraciado!

—¡No! —Me levanto muy nerviosa—, tienes que prometerme que no harás nada hasta después de la boda.

—¿Qué? —pregunta descolocado—, ¡No lo harás! ¿Te pretendes casar de igual manera con él?

—Su padre tiene mucho poder, y papá quedará en la ruina.

—¡No dejaré que te cases! ¡El intento de violación es algo demasiado grave! —Comienzo a rezar porque Cris está muy molesto, yo ya rayo en la locura.

—Lo sé. —Me acerco a él con manos temblorosas—, sé que es algo muy grave, pero todo en ésta vida se paga, haré lo que mi padre me pidió y luego lo denunciaré públicamente.

—¡Belén, por favor! ¿Qué dices?, ¿cómo te librarás del peligro ya siendo su esposa? una cosa es que ames a tu padre, y otra muy distinta es la fidelidad ciega. —Por supuesto que no quiero volver a vivir nunca más lo ocurrido. Me coloco el pelo detrás de la oreja aun temblando, sé perfectamente que no podré hacer que lo arresten, el negará todo y su padre pagará lo que tenga que pagar para librarlo de esto; casi puedo escuchar a su madre justificándolo porque bebió demasiado.

—La única manera de que todo salga bien, es seguir el plan inicial, casarme y mantenerlo alejado con el chantaje de una denuncia pública. —Cris se lleva las manos a la cabeza con frustración.

—Dime algo, ¿estás bien? —Se refiere a mi labio.

—Sí, ya no duele tanto —le aseguro mintiendo.

—Me voy a convertir en tú sombra, ¿entiendes? luego de que estés casada con ese mal nacido, no me separaré de ti hasta que consigas el divorcio.

—Ya casi amanece —digo viendo tristemente hacia la ventana.

—¡Te quedarás aquí!

—No debería, Cris.

—No es negociable, amiga —insiste más calmado.

—No necesito un guardián, puedo ir a la habitación de Ana.

—Buen intento. —Me giro hacia él y lo miro mal—, tu sombra, ¿recuerdas?

—Escucha...

—¿Quieres meterte a la cama y dormir o tengo que obligarte?

—No tiene gracia —respondo indignada, no me gusta que nadie me imponga cosas, pero éste caso es diferente, en el fondo estoy más que agradecida con él.

—Mientes, si lo que más te gusta de mí es mi sentido del humor. —Sonríe.

Camino hasta la cama y me meto debajo de las sábanas, Cris se sienta a mi lado y no se mueve de ahí hasta que no cierro los ojos. Varias veces me despierto y él solo me deja llorar en su pecho, comprendo que mi relación con Cris va más allá de una amistad, simplemente es inquebrantable.

—Ese desgraciado nunca me inspiró confianza, gracias a Dios no logró nada más —escucho a lo lejos.

—Baja la voz, Ana, solo ha dormido un par de horas —contesta Cris en un susurro.

—¿Y a qué hora llegó aquí?, ¿por qué no fue a buscarme?

—La obligué a quedarse —responde, se aleja lo más que puede sin saber que ya desperté—, me la encontré en el lobby con el vestido estropeado y el labio roto, te juro que quiero matarlo.

—Ay... Dios... mío...

—Tranquila, ese maldito pagará por esto.

—No puedo creerlo —murmura ella en shock, decido que es hora de levantarme—, ¿sabes dónde está él en este momento?

—Seguramente con un terrible dolor de cabeza —respondo incorporándome en la cama, en segundos dos pares de ojos me miran

boquiabiertos sin saber que decir—, le estampé una lámpara en la cabeza.

—¿Estás bien? —Se acerca con rostro preocupado.

Asiento y le cuento todo lo que pasó.

—¿Y ahora qué hacemos? —Me pregunta ella, Cristian también espera la respuesta.

—Me daré un baño, llama a la maquilladora para ver si puede disimular este golpe —digo recordando mi labio roto e hinchado. Sorpresivamente Ana me abraza, no me aparto, solo cierro los ojos y me permito llorar una última vez antes de la boda.

Dos horas, dos horas y seré la esposa de Miguel Ángel.

Pego la frente en la pared de la ducha y dejo que el agua trate de llevarse todas mis penas, ¿y después que hago?, ¿qué gano yo con todo esto?

Estoy asustada, muy asustada. Me duele la cabeza y quisiera que las horas se detuvieran. Siempre imaginé el día de mi boda tan diferente... imaginé que estaría llena de sonrisas, que el indicado sería alguien que con solo escucharlo hablar me hiciera desear que su voz me diera los buenos días todas las mañanas, alguien que me pusiera el mundo de cabeza y que comprendiera mis sueños.

¿Si no tuviera miedo que haría?

No debería estar pensando en eso, mis sueños y lo que ellos significan no le importan a nadie. Sacudo la cabeza y cierro la ducha, me seco frente al espejo y casi me mareo cuando veo lo que tengo en el cuello, aprieto los dientes y resoplo con ira contenida, no le fue suficiente golpearme sino que también me marcó con un chupón gigante.

La maquilladora hace un trabajo excelente, en un par de horas logra dejar mi piel sin ningún rastro de agresión. Yo no pienso en otra cosa más que en matar con mis propias manos a Miguel Ángel, incluso más en el momento en que mamá dice «morirá cuando te vea tan hermosa»

¡Oh, si eso es precisamente lo que quiero, madre! juro que no sé cómo reaccionaré cuando lo tenga enfrente.

—Todavía no me has explicado por qué te estás arreglando en la habitación de Cristian. —Mamá revisa que mí peinado haya quedado perfecto,

Ana casi se saca un ojo con el rímel cuando la escucha, la veo a través del espejo y ella pestañea rápidamente fingiendo que no pasa nada.

—Mamá, lo importante es que ya estoy lista, me arreglaré para la eclesiástica en tú habitación, ¿te parece?

—¡Estás preciosa, hija! —dice con los ojos humedecidos, tenso la mandíbula, ella solo quiere hacerme sentir bien, pero yo no me siento preciosa, uno no se siente así cuando se es tan miserable.

—¡Qué hermoso día! —irrumpe papá en la habitación—, quiero hablar con Belén, si me lo permiten.

—Estamos terminando aquí —le contesta mamá.

—Diez minutos es lo que tardaré en hablar con ella —protesta él, se miran unos segundos y luego sale del cuarto junto con Ana María, dejándonos solos. Mi padre se sienta en el sillón y se cruza de piernas—, ¿estás lista? —Lo miro y está sonriente, no me lo dice, pero sé que cada uno de sus gestos demuestra que está complacido.

—La verdad es que no. —Lo intento por última vez. Papá hace caso omiso nuevamente de mis sentimientos y saca del bolsillo de su pantalón una cajita. Cuando me la extiende, la abro y me encuentro con una cadena, un dije que lleva nuestro apellido en oro.

—¿Alvares? —pregunto extrañada mientras me lo abrocha en el cuello—, no era necesario un regalo.

—Estoy consciente del esfuerzo que estás haciendo por mí, Beli. —Desvío los ojos hacia la pared, tratando de que no se dé cuenta lo mucho que me duele hablar con él—, Miguel Ángel te quiere, sé que con el tiempo tú también aprenderás a apreciar esta oportunidad, pronto podrán formar una familia y me darás ese nieto varón que llevará en alto el apellido Alvares, el único apellido con S al final; así lo impuso tu difunto abuelo al equivocarse deletreándolo en el registro. Ya vez que tú hermano me decepcionó teniendo una niña y...

—¡Eso jamás pasará! ¿Me oyes? ¡Nunca veré esto como algo bueno, y mucho menos le pariré un hijo a Miguel Ángel! —grito a pesar de que comienzo a sentir que me falta el aire—, ¿has perdido la cabeza, papá...? —Jadeo para conseguir oxígeno, la mirada de desprecio que usa para referirse a Sami me roba el aliento.

La puerta se abre y mi madre entra para anunciar que ya debemos bajar, deajo caer los brazos derrotada, él se acerca y coloca su mano en mi mejilla.

—Los Alvares nunca perdemos la cabeza, Beli —espeta sonriente y me besa la coronilla—, ahora vamos, estoy impaciente porque digas sí.

Camino hasta la recepción tratando de respirar, pero antes de entrar mi ansiedad aumenta.

—¡No puedo hacerlo! ¡Mamá, no puedo hacerlo! ¡Ni de broma me puedo casar así!

—Cariño, tranquilízate, ¿te ha entrado un repentino ataque de novia histérica? —responde sobando mí brazo.

—¿Novia histérica?

—Pues claro, cariño. Eso nos pasa a todas, es normal.

—Yo no estoy teniendo un ataque de “novia histérica”, yo lo que quiero es arrancarme la piel en pedacitos, quiero quitarme esta opresión del pecho. —Mi padre se acerca sonriendo y me toma del brazo con algo de brusquedad.

—Belén, ¿ya viste la decoración? tú vestido está precioso ¡Y mira que hermosos están los centros de mesa! —Me permito mirarlos de reojo y me mareo ¡Son jaulas de pájaros! ¡Son unas malditas jaulas llenas de rosas!—, ahora déjame disfrutar el momento, y cástate de una maldita vez.

Me giro para ver a mamá con desesperación, pero ella agacha la cabeza con pena, un sentimiento de rabia y desolación comienza a burbujear por mis venas, me zafo del agarre del «arruina vidas» y sin detenerme a ver a nadie camino con decisión hasta la mesa donde ya se encuentra Miguel Ángel y el juez.

—¡Empecemos ya! —suelto más alto de lo debido.

—Son los nervios. —El desgraciado que tengo al lado me disculpa ante el juez.

—¡Sí, no aguanto más! —digo con cinismo, sintiendo que la ira va a explotar por todo mi cuerpo en cualquier momento si lo miro.

El señor alto, con traje negro y corbata vino tinto, coloca sobre la mesa varios papeles y saca de su bolsillo un bolígrafo.

—¿Belén Alvares y Miguel Ángel Del Villar? —pregunta mirándonos, asentimos y les pide a nuestros padres que se acerquen.

Luego de verificar unos datos inicia con la ceremonia, habla sobre los derechos y obligaciones a los que estamos sujetos al aceptar contraer matrimonio. Nunca volteo a ver a Miguel Ángel, tengo como veinte minutos más tiesa que una estatua mirando la corbata del juez y apretando la orilla de mí vestido.

Por un momento mi cerebro se desconecta del mundo apartando todo el ruido que está alrededor. La sensación es como estar debajo del agua, esa tranquilidad y soledad en la que te encuentras con tus pensamientos, es como hablar con uno mismo, es lo más parecido a volar en tu imaginación.

¿Cuándo fue la última vez que hice algo por primera vez?, ¿cuándo hice algo que me dejara sin aliento? estoy perdida en el mundo y necesito encontrarme, ¡Quiero gritarle a todos que no quiero casarme!

—¿Quiere y recibe usted por mujer a Belén Alvares?

—Sí, la quiero y la recibo —contesta con voz clara y alta.

—¿Quiere y recibe usted por marido a Miguel Ángel Del Villar? —Tomo una respiración profunda y me giro lentamente para ver a papá.

—Papá... perdóname. —Miro hacia los invitados y me enfoco en mi hermano—, Señores, discúlpenme... —Me giro hacia Miguel Ángel y lo miro con intensidad, sonrío diabólicamente—, ¡Ay Migue, cuanto lo lamento! pero no, ¡No acepto! —Un musculo en su barbilla tiembla y me mira con furia, no he terminado así que lo encaro—. ¡Te equivocaste conmigo Del Villar, nunca seré tú mujer!

Aprovecho que está descolocado y echo a correr. Papá se lleva la mano al pecho y Ana grita: «Corre, Belén» y eso hago, corro como si se me fuera la vida en ello.

—¡Belén! ¡Beléeen! —grita Miguel Ángel con desespero.

No me detengo, él choca con unas personas en el lobby y derrapa en el suelo. Continúo corriendo, paso las puertas de vidrio que dan hacia la calle y jadeando miro en ambas direcciones, *¿cómo escapo?*, *¿ahora qué hago?* frente a mí, un botones sube unas maletas a una camioneta *Fortuner* plateada, y como si fuera una señal del cielo, André se sube en el puesto del piloto. Bajo

las escaleras a toda prisa y me estampo en la puerta del copiloto pegándole un susto tremendo, él al verme arruga la nariz e inmediatamente baja el vidrio.

—¡Rápido, sácame de aquí! —grito tratando de abrir el seguro.

—¿Pero qué caralho...?

—¡Por favor, André! ¡Te lo pido, ayúdame! —Me mira con ojos desorbitados hasta que decide abrir el seguro, me lanzo dentro sin más explicación.

—Estamos por partir, pero, ¿a dónde você va?

—¡Ahí vieneeee! —advierto dándole un golpe en el brazo—, ¡Sácame de aquí ya o nos matará a los dos! —Mira sobre mi hombro y se da cuenta de que Miguel Ángel ya está saliendo por las puertas de vidrio, escoltado por su padre y por dos tipos que no sé quiénes son—, ¡Arrancaaaaaaaa! —Mi grito hace que reaccione y pisa fuertemente el acelerador, pica cauchos y casi se lleva por el medio a una pareja.

Al alejarnos cierro los ojos y doy gracias al Cielo, nunca he sentido tanta adrenalina en la vida, acabo de hacer algo muy loco... he decidido abandonar la vida que tenía.



CINCO



“Toda aventura comienza con un sí.”

André no desacelera sino cuando ya nos hemos alejado bastante, y es en ese momento cuando mí pecho se va relajando poco a poco.

—Ya... alguien me explica, ¿qué ha sido eso? —Pego un brinco en el asiento, por el retrovisor veo a una chica de ojos grandes y pelo corto, muy rojo, que hasta ahora no había notado. Veo también a Yariel, que hace de cinturón de seguridad porque tiene un brazo sobre el pecho de otra chica morena.

—La secuestramos de su casamento. —Habla André con su español machucado. Me quedo muda, no sé qué decir, intento aclarar las ideas. Si Miguel Ángel denuncia esto como un secuestro meteré en problemas no a uno, sino a cuatro personas.

—No me secuestraron, me escapé —aclaro rápidamente.

—Ya que me has robado la mejor ventana en el viaje, ¿puedo saber tú

nombre? —La morena aparta el brazo de Yariel, al girarme un poco en el asiento para verla, enseguida me recuerda a mi poddle cuando sale esponjado de la peluquería.

—Belén, mi nombre es Belén Alvares. —La chica va a contestar, pero André la interrumpe.

—Vocé no eres buena copiloto, siempre te quedas dormida. Por cierto Belén, ella es minha irmã Andreina. —Ella menea la cabeza de un lado a otro y me traduce que es su hermana—, esa flaca pelirroja es Thais, y a Yariel ya lo conociste anoche en el bar —agrega André sin quitar la vista del camino.

—Lo siento —digo apenada cuando la pelirroja me mira mal—, la verdad es que necesitaba salir de ahí y no encontré otra manera.

—Estás perdonada —dice una sonriente Andreina—, no le hagas caso a Thais, ella es buena vibra, lo que pasa es que está molesta porque está en sus días y no podrá meterse en el río. —Thais le da un codazo—. ¿Qué pasa? ¡No estoy diciendo nada del otro mundo!

—Tú definitivamente fumas cosas extrañas —responde Thais, y la línea recta de sus labios se eleva solo un poco.

—Son cigarrillos normales, amiga. Vamos, fúmate uno para que te relajes. —Thais finge molestarse y le tapa la boca a Andreina, pero en cuanto los chicos se ríen ella también lo hace.

—Bueno Belén, ¿qué harás ahora que te has escapado de tú propia boda? —dice Yariel sonriendo.

Al parecer todos esperan mi respuesta porque se quedan mudos. Resoplo, pero de inmediato me petrifico, no tengo nada planeado, no pensé en ropa, cartera, dinero, absolutamente en nada. André me mira de reojo y sus amigos se inclinan un poco hacia adelante. En un acto reflejo me llevo las manos a la cara, no quiero llorar delante de ellos, pero estoy a punto de hacerlo. Me siento estúpida, confundida y sin rumbo. El brasileño que tengo al lado me da un apretón en la rodilla mientras la presión de toda la semana se desata bañándome en lágrimas, ahora es que caigo en cuenta de todo lo que no advertí al escapar.

—Tendré que regresar. —Me descubro el rostro sintiendo como vuelve la sensación de encierro—, no tengo a donde ir ni como quedarme en la calle sin

dinero.

—Você no puede volver —contesta André con dureza—, ¿o es que acaso no te has visto ese moretón?

—No llores, Belén. Dinos cómo podemos ayudarte —agrega Yariel acariciándome el brazo.

—Es que no puedo irme así nada más, no tengo a donde ir y no traigo dinero. —Thais resopla y por primera vez me habla.

—Sí traes dinero, pero no te has dado cuenta. —Se mueve hasta quedar apoyada en el espacio que hay entre el asiento del piloto y el copiloto—, ese collar que llevas puesto debe valer una fortuna. —Todos deslizan su mirada hasta mi cuello, de pronto entiendo lo que quiere decir y me limpio las lágrimas con las palmas.

—¡Vaya, piensas rápido, cariño! —El orgulloso Yariel le da un pequeño beso en los labios, ella le sonríe como una niña y entonces caigo en cuenta, son pareja.

—Es cierto, Thais. Es bastante costoso. —Le doy una sonrisa sincera y ella se echa para atrás orgullosa de su idea.

—Entonces ya encontramos solución, no te preocupes más, de camino al Amazonas debe haber muchos compradores de oro. —Andreina se acomoda una cinta roja entre tantos rulos de cabello. Abro mucho los ojos cuando descubro el destino de mis acompañantes.

—¿Ustedes van a la Gran Sabana? —pregunto pestañeando varias veces.

—Sí —contestan a coro, André me mira por unos instantes y habla con voz firme—, la pregunta aquí es, ¿Você está dispuesta a acompañarnos?

—¡Vamos, no puedes negarte! —exclama Andreina—, ¡La vida es maravillosa si no se le tiene miedo!

Mi mirada recorre los rostros de cada uno de los pasajeros dentro de la camioneta, lo que me piden es una total locura, pero su energía y entusiasmo me contagian. Son cuatro personas jóvenes, agradables, cuatro personas que se ven aventureras y que parece que les gusta vivir la vida a su manera: sin ataduras, sin encierros, sin miedo, disfrutando solo el momento. ¿Por qué no puedo yo hacer lo mismo? el corazón me comienza a latir con fuerza, quiero

olvidar todo el dolor y la angustia de estos últimos días, necesito un respiro para poder seguir adelante. Sacudo la cabeza con fuerza, cierro los ojos y los vuelvo a abrir con determinación.

—¡Sí iré con ustedes! —Me llevo la mano al cuello—, ¡Empeñemos ésta porquería! —Andreina pega un chillido ensordecedor y todos gritan por unos minutos, no sé cómo, pero de pronto me siento alegre, ¿desde cuándo soy tan arriesgada?—. Necesito hacer una llamada y estaré lista.

En segundos cuatro celulares aparecen en mi campo de visión, suelto una carcajada y tomo el de Andreina. Marco el número de la única persona a la que le contaré mi destino.

—Sí, estoy bien Cris... no, no te lo conté anoche porque esto no fue planificado, simplemente vi la oportunidad y la tomé.

—¿Y en dónde estás? —me pregunta preocupado.

—Escucha Cris, necesito un descanso, necesito despejarme. Me voy de viaje, ¿puedes encargarte de todas mis cosas en la galería mientras no estoy?

—Sí, claro que puedo, pero espera, ¿a dónde irás?

—A la Gran Sabana —le informo sonriendo, haciendo partícipe del gesto a mis nuevos amigos.

—¿A la qué? Belén, créeme que soy el que más se alegra de que hayas dejado a ese mal nacido plantado, pero, ¿La Gran Sabana?, ¿los paramilitares no andan secuestrando gente? —Me echo a reír por la preocupación de Cristian.

—No conozco el Amazonas y parece un buen destino. Escucha Cris, la verdad no tengo idea de lo que hago ni de qué mierda haré cuando regrese, pero quería que tú lo supieras. Por favor, no le digas a nadie —le suplico.

—¿Soy el único que podrá explicar cómo te ahogaste en el río? —titubea.

—¡No me secuestrarán ni me ahogaré! —exclamo llevándome la mano a la cara y todos se ríen.

—¿Cuánto tiempo estarás de viaje?

—No lo sé...

—Bueno —dice un poco más relajado—, entonces creo que solo me queda desearte un buen viaje, cuídate mucho, amiga. Si necesitas algo no dudes en llamarme.

—Gracias Cris, eres el mejor amigo del mundo.

Finalizo la llamada.

—Será un viaje largo, no perdamos más tiempo —dice André.

—Bien, hagámoslo —contesto e inmediatamente miro al frente. Iniciando así el viaje de mi vida.

Estamos en la vía que conduce a Caucagua, solo ha pasado una hora desde que salimos de Caracas y ya Thais quiere orinar. André se queja y le reprocha que no ha sido precavida, pero ella le contesta «que le importa un carajo», él enciende las luces intermitentes de la flamante Fortuner color plata y se detiene en una bomba de gasolina. Yariel se baja para acompañar a su novia, y Andreina aprovecha para ir a comprar cigarrillos; yo me quedo dentro de la camioneta revisando el recorrido que haremos en el sistema satelital.

—Deberíamos irnos, a este paso llegaremos el año que viene. —Le sonrío a André cuando me habla, está parado al lado de mi ventana esperando que el tanque se llene.

—Exagerado, mira... —Le muestro la pantalla—, son 600km hasta Ciudad Bolívar, ocho horas a una velocidad moderada. Claro, si no encontramos tráfico.

—Bem, eso sí Thais para de fazer como chicharra. —Una carcajada se atora en mi garganta y él dibuja una sonrisa muy bonita—, al menos uno de nosotros sabe cómo llegar a la Gran Sabana, ¿você já estado ahí?

—Jamás. —Niego con la cabeza—, por eso es tan emocionante para mí, será maravilloso poder tomar fotos al fin de... —advierto que no será posible—. ¡Maldición!

—¿De todos esos qué? —pregunta cuando me quedo callada.

—Nada... es que me encanta tomar fotos. Podría haber tomado algunas para cuando regrese exponerlas en la galería, pero no será posible. —Él cierra la tapa del tanque y se sube a la camioneta.

—¿Você toma fotos profesionales? —añade y yo asiento—, entonces você será la indicada para darle un bom uso a este aparato. —Estira el brazo y abre la guantera, de ella saca una bolsa de tela negra—. Andreina me pediu para comprar mientras estábamos en Chile, según ella esas coisas compactas son ideales para viajes.

Cuando André saca lo que hay en la bolsa, jadeo. No es una «coisa compacta», es la “cosa” más maravillosa que ha podido crear la compañía *SONY*. Una cámara de fotos con un increíble zoom de treinta aumentos, es tan ligera que te la puedes meter en el bolsillo de un pantalón ¡Es una locura, una cámara semi-profesional muy completa!

—¿Cómo se te ocurre llamarla cosa? —digo mientras la enciendo y despliego el menú. Él alza los hombros sin comprender mi entusiasmo.

—Nunca usado, sempre que tomamos fotos de viajes, es con celular.

—¡Pecado!

—¿Pecado? —Frunce el ceño sin comprender.

—Es una expresión. —Le explico como si fuera algo obvio, pero para él no lo es—, a ver, aquí en Venezuela lo decimos cuando algo nos parece inadecuado, es un «pecado» que llames cosa a algo tan maravilloso como ésta cámara, ¿me entiendes? —Sonríe mostrando sus perfectos dientes blancos, tiene una sonrisa tan bonita que una idea cruza por mi mente—, ¿puedo tomarte una foto? —Propongo al instante.

—Oh, no. No salgo bien en ellas —contesta. Pero ya no importa su respuesta porque el obturador dispara diez veces; en la última sale mirándome atónito.

La segunda parada es en el Guapo, sector del estado Miranda. En esta oportunidad nadie quiere ir al baño, sino que para todo el que va desde el centro del país hacia oriente, vía Barcelona, es una parada obligatoria. En dos horas de carretera ya me he convertido en guía turística, por eso les estoy explicando lo divinos que son los desayunos de aquí, ninguno se niega a esta parada ya que todos tenemos mucha hambre; en especial yo, que no recuerdo cuando fue la última vez que ingerí algo.

—¿Cuál me sugieres, Belén? —me pregunta Thais, quién está más relajada desde hace un rato, se encuentra parada frente a un mostrador con distintos

rellenos de arepas.

—Yo voy a pedir ésta que dice «pelua» —le susurra Yariel, agachándose a su altura. En sus manos tiene un menú con diferentes nombres.

—La más sabrosa es la de pernil —le cuento sonriendo—, ¿quieren probar esa?

Hacemos el pedido ya que Thais acepta mi sugerencia. Los cinco comemos con tranquilidad y con una comodidad asombrosa, es curioso, es como si nos conociéramos de hace mucho tiempo, me siento tan bien que tomo varias fotos, quiero immortalizar todos los momentos de este viaje. Comienzo a disfrutarlo.

La tercera parada es en Lecherías, estado Anzoátegui.

—André ya has manejado cuatro horas y media —le oigo decir a Andreina—, descansa un rato. —Él la mira por el espejo retrovisor.

—¡Pecado! —exclama usando adecuadamente la expresión, yo me echo a reír—, tu habilidad para caer en huecos es impresionante.

—Manejo yo entonces —dice Yariel.

—Cuando paremos a almorzar en... —André voltea y me mira, no recuerda el nombre.

—El Tigre —le contesto.

—Ajá, eso mismo, cuando lleguemos ahí puedes conducir.

Ella sonríe muy a su pesar y se vuelve a sumergir en el teléfono, se ha quitado los zapatos y anota todo lo que debemos comprar, es la única del grupo que se ha informado sobre rutas, hoteles y lugares de interés. Me ha contado que dentro de los planes está quedarse dentro del Parque Nacional Canaima, dijo que ahí viviremos una experiencia única, así que está reservando un tour para cinco llamado: La travesía Arecuna.

Yariel sigue encargándose de la música, aunque la mayoría está en portugués no me molesta, de vez en cuando trata de sintonizar una emisora de aquí, pero la señal es muy mala. Y Thais, bueno, ella parece que vino a este viaje con una sola misión: orinar.

—¿No puedes esperar un poquito? ya casi llegamos al Tigre —le digo.

—No, los doctores dicen que es malo aguantar.

—Malo es pararse cada media hora, cariño —contesta su novio con mucha paciencia—, mira como se está poniendo el tiempo.

—Pero...

—Será trágico que mojes el asiento, mas no vai parar aquí en medio do la nada —dice André, Thais suelta un suspiro y él sigue avanzando los pocos kilómetros que nos faltan.

Luego de almorzar en el Tigre continuamos hasta llegar a Ciudad Bolívar, han sido diez horas en carretera y aún es de día cuando encontramos hotel, debemos descansar para mañana continuar la próxima etapa del viaje.

Paseamos por media ciudad en la camioneta y conocemos el casco histórico, compro algo de ropa y varias cosas personales luego de que tengo suerte y encuentro una casa de empeño; inmediatamente cambio el collar por dinero. Es noche de hablar, organizar, unos traguitos y pasarla bien, estamos en un mirador, desde aquí estoy enamorada del atardecer, miro el puente Angostura a través del lente de la cámara, el agua del río Orinoco refleja quietud; así me siento en este momento: tranquila y sin preocupaciones. Y así quiero que siga siendo, al menos lo que dure este viaje.

Al día siguiente madrugamos por lo ansiosos que estamos de partir. Nos hemos dividido en dos habitaciones, André, su hermana y yo, en una, Yariel y Thais, en otra. Nos encontramos con ellos en la recepción a las cinco de la mañana, nos organizamos en la camioneta y dejamos el hotel. Esta vez conduce Andreina, su hermano de copiloto agradece que la vía sea sencilla y esté bien asfaltada.

Paramos dos veces más, la primera en Upata para que Thais fuera al baño, la segunda, en el kilómetro 88 para estirar las piernas, recargar gasolina y comer algo. Poco después del pueblo Las Claritas, Andreina detiene la camioneta porque vemos a muchas personas que se bajan de sus autos para tomarse fotos frente a una roca gigantesca, crea una curvatura en la carretera.

—¿Qué es? —pregunta Yariel.

—Creo que es la Piedra de la Virgen —le contesto, me desabrocho el cinturón de seguridad y me bajo. A los pies de la inmensa roca se encuentra un santuario, al acercarnos averiguamos que se trata de la virgen de Lourdes.

—Aquellas personas comentan que hace años trataron de explotarla con

dinamita para quitarla del camino. —Habla Thais—, que no le hizo nada y que decidieron dejarla ahí. —Subo la vista impresionada, debe tener mínimo ochenta metros de altura.

Por supuesto que nos tomamos las respectivas fotos de rigor, nos refrescamos en un manantial de agua cercano y hacemos un gran alboroto cuando leemos un cartel que nos indica que estamos en la entrada del Parque Nacional Canaima.

Decidimos continuar encontrándonos un camino de muchas curvas y pavimento resbaladizo, en esta zona boscosa y muy nublada comienza a manejar Yariel, hay muchísimas aves que se escuchan y ven por todos lados. Esbozo una sonrisa de fascinación y bajo la ventana cuando veo el letrero que dice: «Bienvenidos a la Gran Sabana, altitud 1440 M, Parque Nacional Canaima»

—¡No puedo creer que estemos aquí! —digo con entusiasmo.

—¡Miren esa vista! —exclama Andreina. Una carretera con el fondo visual perfecto, luego de tantas horas de viaje hemos llegado a una inmensa Sabana.

Solo de imaginar que estamos sobre el macizo Guayanés, es decir, que a nuestros pies tenemos una de las primeras cosas que se formó en la tierra y que tiene dos mil millones de años, me da una sensación de paz y alegría. En un segundo veo como André baja su ventana, saca medio cuerpo por ésta y se sienta sosteniéndose del techo, saco la cabeza, luego termino haciendo lo mismo, él extiende su mano y yo estiro la mía para tomarla, me mira irradiando mucha alegría.

—¡Uf, va a ser imposible olvidar este paisaje! —grita para que lo escuche, el viento me revuelve el cabello y yo sonrío tan fuerte que duele.

—Yo presiento que no me querré ir nunca de aquí —contesto—, ¡Gracias por traerme, André!

Él sonrío radiante y levanta el puño.

—¡Vamos Belén, tómame una foto! —Y así lo hago, de ahí en adelante todas parecen postales.

Los lugares mágicos no solo están en las películas.



SEIS



“Si no perdonas por amor, perdona por egoísmo, por tu propio bienestar.”

En horas de la tarde, casi noche, llegamos a la comunidad de Kavanayén.

El recorrido hasta aquí es largo y nuestros cuerpos comienzan a pasarnos factura, todos estamos tan cansados que queremos registrarnos en una posada. Andreina tiene buenas referencias de una, la posada Kamaiwa, leyó sobre ella en una revista de turismo, el problema es que con este aguacero y falta de postes de luz, no la conseguimos.

—Andreina, ¿estás segura que es por aquí? —resopla su hermano, ella le tiende la revista para que con sus propios ojos confirme que hemos seguido bien la dirección, ésta indica que la posada se encuentra entre una escuela y un restaurante, pero hasta ahora no hay rastros de ellos.

—Estamos en el medio de la nada —digo prendiendo las luces altas, la que va manejando soy yo.

—¿Você puede ver bien? —André trata de quitar el empañado del vidrio con un paño.

—Eso intento —respondo decidiendo acelerar la camioneta.

—En momentos así es que extraño la civilización —musita Thais en la parte trasera.

—Oigan, creo que es por allá —Yariel señala el final de la carretera de tierra, a lo lejos se puede apreciar luz.

Vuelvo a acelerar. Agradezco mentalmente que estemos cerca y subo al máximo los limpia parabrisas, no me detengo en el cruce, y cuando giro el volante escucho un impacto.

Todos gritan y yo freno en seco.

Mi cuerpo y el de André se mueven violentamente hacia adelante, pero los cinturones de seguridad hacen un buen trabajo. Lo que golpeamos se desliza por el capó, aguanto la respiración y con los ojos muy abiertos aprieto el volante con fuerza, me mantengo petrificada en el sitio hasta que André grita.

—¡Pero qué caralho!

—¡Ay, Dios, ¿qué fue eso? —gime Andreina.

—Yo no... yo... no sé a... que le di... —Hablo temblando.

—¿Un animal? —pregunta Yariel.

A mí... no me pareció... un animal.

Veo que André se desabrocha el cinturón y se baja, segundos después yo también me bajo rezando, al ver la silueta tirada en la tierra frente a la camioneta el alma se me escapa del cuerpo.

No puede ser... él salió... ¿de dónde diablos salió?

—Tiene pulso —dice André agachado junto al cuerpo empapado.

—¡Mierda, es un hombre! —exclama Yariel parándose a mi lado. Quiero gritar ¡Ay, mierdaaaaaa! pero no puedo porque mis pensamientos no se juntan con mis palabras. Thais reacciona por todos.

—¡Un médico! —grita—, ¡Hay que subirlo a la camioneta y buscar el dispensario! ¡Vamos, muévanse! —De un momento a otro nos agachamos para intentar moverlo del suelo.

—Belén, súbete atrás que yo manejo —ordena André, yo asiento

frenéticamente.

Thais se sube adelante en las piernas de Yariel para darle más espacio al pobre hombre, que va acostado sobre Andreina y yo, no abre los ojos, pero de repente empieza a quejarse en un hilo de voz. Alarmados por lo que está sucediendo vamos gritando.

—¡Ayuda! ¡Qué alguien nos ayude por favor!

Llegamos a la parte alumbrada y vemos el bendito restaurante, sin pensarlo mucho, Thais se baja. A los segundos vuelve a montarse.

—¡Al final de esa calle está! —Se limpia la cara con las palmas por la lluvia.

André acelera y se estaciona frente al dispensario, todos se bajan, de pie frente a la entrada comienzan a pedir ayuda. El hombre se remueve en mi regazo y yo trato de no dejar que mueva el cuello.

—¿Qué... sucede? —pregunta con voz rasposa.

—Shh... tranquilo, ya te van a atender ¡Apareciste frente a la camioneta! por favor, por favorcito, no te mueras —imploro y le tomo la mano—, yo no quise... ya viene el médico. —Él se intenta mover de nuevo, pero no lo permito, deja caer la cabeza en mis piernas y resopla.

—¿Un médico? —me pregunta.

—Sí, claro, te atropellé, deben revisarte. Te prometo que todo estará bien. —Él medio gime y medio gruñe, en eso André abre la puerta y me mira.

—Belén, no hay doctor —me informa.

—¿Cómo? —pregunto sorprendida—, ¿qué ocurre?, ¿no es un dispensario? ¡No me digas que en mitad de la mierda de la nada no hay doctores!

—No, no hay —emite vagamente el hombre, que ahora me mira con unos deslumbrantes ojos verdes y el ceño fruncido. Mi corazón da un pequeño salto, pero la extraña sensación desaparece en un instante—, acabas de atropellar al único doctor que tiene «la mitad de la mierda de la nada.»

Caracas

Benjamín

Observo como ella camina de un lado a otro en la sala de espera de terapia intensiva de Clínicas Caracas. Tenemos dos días aquí, mi madre está aumentando mi preocupación, parece que en cualquier momento también colapsará. Agradezco cuando Ana se pone de pie y se le acerca.

—Siéntate un rato, Bárbara. Nos pones nerviosos. —Mamá la mira con ojos vidriosos.

—¿Qué haré si no resiste? —pregunta en un hilo de voz.

—Lo hará, Gilberto es un roble. No te preocupes más, ¿quieres que te busque un tilo o algo? —Mamá asiente y ella sale en búsqueda de la bebida. Ana no se ha separado ni un instante de ella, aunque sé que se siente incómoda por dejar a Sami tanto tiempo con sus padres, agradezco infinitamente que esté cerca en este momento.

De todas las posibilidades que se me pudieron ocurrir para el final de la boda, jamás imaginé que terminaría así, pero aquí estoy, junto a Ana y mamá; y en medio de este tenso silencio no dejo de recordar lo sucedido.

Apenas Belén salió corriendo de la recepción bastaron solo unos escasos segundos para que mamá abrazada a mí padre, en el suelo, pidiera auxilio a todo pulmón.

Gilberto Alvares se debate entre la vida y la muerte a causa de un infarto, lo mismo ha provocado la muerte de mi abuelo y mi tío en el pasado, así que lo que pasa en este instante por mi cabeza y la de mamá no me gusta en lo absoluto. Me encuentro con sus ojos cristalizados y ella sin poder contener más el llanto estira los brazos y los cruza detrás de mi cuello, siempre me he sentido incómodo ante una mujer llorando, pero ver a la que me trajo al mundo en este estado es incluso peor; la abrazo y le acaricio la espalda con cariño.

—Mamá, ¿por qué no vas a casa a descansar? no tiene sentido que estés aquí si no puedes entrar. Ya escuchaste al doctor.

—Pero...

—Te juro que cualquier cosa te aviso, ve y descansa para que mañana en la hora de visita, él te vea bien. —Asiente resignada cuando Ana llega con dos cafés, le doy un beso a mamá en la frente y ella se levanta.

—Cariño, me voy a casa. Acompaña a Benja, ¿está bien? —Se despide de Ana y sale de la sala abrazándose a sí misma.

—No me gusta ver a Bárbara en ese estado. —Asiento sintiendo en ella la misma preocupación que tengo.

—Siéntate —murmuro. No hay nadie en la sala más que nosotros dos, pero se sienta dejando dos sillas de por medio.

—¿Café? —pregunta, ni siquiera me mira.

—Ana, ¿quieres estar aquí?

—¿A qué te refieres? a nadie le gusta estar en una clínica.

—Me refiero a que si te incomoda estar cerca de mí —contesto señalándole los puestos vacíos.

—Últimamente no hay forma de que esté cómoda cuando estamos solos.

—Lo sé. Vete a casa, Ana. —Al fin me mira con esos perfectos ojos chocolates.

—No me voy a ningún lado, Benja. —Me encojo de hombros rindiéndome, la verdad es que no tengo ganas de pelear.

—Como quieras. —Ana se levanta y se sienta a mí lado, la miro directamente a los ojos, espero que resople o que me salga con algo mordaz, pero no hace nada, solo me mira fijamente y suelta el aire poco a poco. Empiezo a sentir la respiración pesada y el corazón golpea fuerte contra mi pecho—, no digas nada... —rompo yo el hielo—. Algún día tendremos que hablar, pero ese día no va a ser hoy, ni siquiera sé por qué insistes en quedarte.

Resignada recuesta la cabeza de la pared y cierra los ojos, pero unos segundos después habla en voz baja.

—En las buenas y en las malas... eso fue lo que prometí.

La miro sorprendido, pensé que jamás volvería a escuchar eso. Por un instante me atrevo a fantasear con que todavía tiene fuertes sentimientos hacia

mí, *¿es posible que todavía me quiera después de todo lo cabrón que he sido?* deslizo la mirada desde sus ojos cerrados hasta sus carnosos labios, yo solía perderme en ellos, me encantaba besarlos delicadamente mientras oía como gemía mi nombre con voz suave. Podría... yo podría besarla en este momento, es mi esposa y tengo derecho, pero seguro se molestará.

—Quédate, por favor, solo por esta noche estemos en paz. Ana, te quiero aquí conmigo.

—No me iré —vuelve a decir.

Me quedo esperando a que siga hablando, pero cuando levanto la cabeza para mirarla advierto que se ha dormido; eso está mejor, la verdad no sé cómo estaríamos toda la noche sin tocar temas escabrosos. Paso un brazo por detrás de su cuello y la recuesto en mí pecho, contemplo y admiro su rostro tranquilo y despreocupado, *¿por qué no podemos estar así todos los días?* su mano se enrosca en mí cintura y mi respiración se acelera, *no me lo hagas tan difícil,* grito en mí interior, *¿por qué no podemos avanzar?*

Tomo una respiración honda y me dejo llevar por los recuerdos.

—*¿Crees que puedas faltar a la práctica de hoy? tengo algo importante que hablar contigo.*

—*Tendrá que ser en la noche, no puedo faltar. Hoy el entrenador quiere hablar conmigo sobre la liga profesional.* —*Le respondo sin mirarla porque me estoy poniendo el uniforme, Ana frunce los labios e insiste.*

—*Es importante, Benjamín.* —*Termino de amarrar mis tacos y me incorporo.*

—*Linda, si es porque no pude acompañarte a la reunión de la boda de plata de tus padres, ya te dije que lo siento, sé que últimamente nos vemos poco, pero así es el fútbol.*

—*Has tenido poco tiempo para mí, pero, ¿qué harás cuando juegues en la liga profesional? ¡Nunca te veré!*

—*¿Cuántas veces tengo que decirte que ya buscaré la forma?, ¿quieres estar conmigo hoy? pues ven a la práctica.*

—*¡No quiero ir a tu práctica! lo único que quiero es que hablemos sobre cómo harás para no distanciarte de mí.*

—Oye. —Tomo su rostro entre mis manos—, en las buenas y en las malas, ¿recuerdas?

—El problema, Benjamín, es que lo que está pasando en tu carrera para ti es bueno, pero para mí no lo es.

—¿Quieres que te pida disculpas por estar a punto de alcanzar mi sueño? —Retuerzo la cara con molestia—, debo irme, ¿puedes esperar a la noche para tener esta conversación sin sentido?

—No, no puedo. —Habla enfadada, ella sabe que no es el mejor momento para hablar, pero aun así insiste haciéndome enfadar a mí también—, tengo miedo de que tu carrera termine acabando con nuestra relación, quiero un futuro contigo y debemos hablar de ello. —Me toma de la mano y dejo que me guíe hasta sentarnos en la cama—, eres el hombre de mi vida, quiero estar siempre junto a ti, ¿tú deseas lo mismo? quiero saber si te sientes preparado para dar un paso adelante en nuestra relación. —No entiendo por qué de pronto está tan insegura, claro que la quiero, pero somos jóvenes y tenemos todo el tiempo del mundo para hablar del futuro—, porque hay un bebé en camino que necesitará entrar dentro de tus prioridades. —Durante un segundo me petrifico, trago grueso y mi cuerpo entero se tensa. ¿Qué ha dicho?, ¿ha dicho bebé? la miro y sé que mis ojos desprenden terror—, Benja, yo no quería hacerlo así... —Baja el rostro avergonzada y solo me toma un momento para entender.

—¿Me engañaste?, ¿no te estabas tomando las pastillas?

—No puedo decirte que lo siento porque estaría mintiendo.

—¿Lo hiciste adrede? —Hablo con los dientes apretados.

—Lo siento —solloza—, necesitaba tener una razón para ser tú prioridad y él... él dijo que ésta sería la forma más fácil...

Allí lo recuerdo. Hay dos razones de peso que no me dejan continuar: traición y rencor.

No fue un error de la mujer que duerme entre mis brazos, porque ella sabía las consecuencias y aun así lo hizo, traicionó mi confianza y el enojo y la rabia ha sido lo que ha prevalecido en nuestro matrimonio, pero lo que hizo mi padre, eso sí me mantiene en una devastación prolongada; como siempre, decidió el destino de todos sin una pizca de arrepentimiento en su maldito

cuerpo ¡Decidió persuadir a Ana para acabar con mi carrera!

«Un Alvares tiene que ser empresario, no un pendejo inmaduro que juega con peloticas» « ¿Una niña, Benjamín? ¡Ni eso pudiste hacer bien! »

Son tantos los motivos que me hacen sentir una sensación agridulce al saberlo en terapia intensiva que... *¡Oh, Santo Dios!, ¿realmente quiero que se muera?* lo deseé varias veces y ahora parece que está a punto de suceder.

Juan Josué

Ella abre los ojos de golpe y siento como sus ojos café me cubren en una neblina. Por un momento me quedo en blanco, observando el amarillo que le rodea las pupilas y el maquillaje de sus largas pestañas, pero luego su voz me devuelve a la realidad.

—¡No puede ser! —Hace una mueca con los labios—, vamos, ¿cómo voy a atropellar precisamente al doctor? ¡Esto solo me pasa a mí!

La chica continúa lamentándose de su mala suerte, habla con ella misma sin soltarme la mano, olvidando por completo que sigo aquí recostado en sus piernas y que soy un extraño. Tira la cabeza hacia atrás con frustración.

—Estoy bien —digo sentándome en el asiento, ella se queda muda—, ¿me devuelve la mano?

—¿Qué? ¡Oh, disculpe! —musita avergonzada, se mueve hacia la punta del asiento alejándose todo lo que puede.

—Foi um accidente que dá muita pena, doctor. —Miro al hombre que habla portugués junto a la puerta.

—Seré honesto con ustedes, venía distraído.

La chica se baja, también lo hago cuando me cercioro de que puedo moverme sin ningún dolor grave. Por fin puedo verla bien: piel morena clara, nariz pequeña y ojos alucinantes, tiene el cabello recogido en una cola alta, sin embargo puedo notar que es largo y castaño oscuro. No quiero pasarme, pero es inevitable echarle una ojeada a toda su extensión, viste un short caqui y una playera negra, cuando me detengo en sus tacones altos me doy cuenta de que es

una princesita de alta alcurnia queriendo jugar a ser aventurera. Reprimo la risa.

El tipo con acento brasileño se da cuenta de que toda mi atención está puesta en ella y en un claro gesto de marcar territorio rodea la cintura de la chica. Sonrío.

—Si no levanta cargos, le estaremos eternamente agradecidos. —Me giro y veo a tres personas que me miran aturdidas, pronto comprendo que son un grupo de cinco y que todos andan juntos.

—Tranquilos, miren, por mí todo está bien, solo me duele un poco aquí. —Subo el brazo y me veo en el codo un gran raspón.

—De verdad lo siento mucho —dice la chica acercándose, desliza la mirada desde mi codo hasta mis ojos y se muerde el labio nerviosa, trato de no tragar grueso después de ese gesto; es asombrosamente guapa.

—Juan Josué Miranda. —Me presento sin apartar la vista ni un solo segundo de ella, cuando estrecho su mano deslizo mí pulgar sobre su palma porque quiero saber si su piel es tan suave como aparenta, ella se sobresalta, pero tampoco aparta sus ojos.

—Belén —dice con sorpresa—, ¿me devuelve la mano? —Le dedico mi mejor sonrisa y asiento.

—Bueno, está tudo bem, creo que es hora de irnos —anuncia el brasileño con un marcado acento, adueñándose de nuevo de la cintura de Belén. Una extraña sensación de vacío se apodera de mí estómago cuando los veo montarse en la camioneta, una sensación incómoda.

—¿Están de paso o se quedarán? —indago logrando captar su atención, noto las miradas curiosas de sus acompañantes. Ella me observa desde la ventana y yo la observo a ella.

—Estaremos por aquí un tiempo. Si es por mí, toda la vida. —Sus labios se curvan en una sonrisa y el corazón se me dispara en latidos irregulares, *¿qué está mal conmigo?* normalmente soy el típico asocial que deja pasar las cosas y que evita a toda costa servir de guía turístico, pero la situación se me escapa de las manos porque quiero volver a verla.

—Dime, Belén —digo sabiendo que no debería hacer esto—, ¿les gustaría ir mañana al río Karuay? puedo llevarlos si quieren.

—¡Sí! —Exclama la chica que me presentaron como Andreina.

—¡No! —replica André—, quero dizer, no hemos decidido el itinerario.

—Podemos salir temprano hacia el río y de ahí ir hacia el salto Irawanaimo, el paseo es en curiara y conozco al personal que puede acercarnos hasta los rápidos de Kormé. —Trato de convencerlos.

—Sería una pena que no conociéramos los rápidos —le dice el otro muchacho a su amigo.

—Yo sí los conoceré —insiste Belén, alzo las cejas incrédulo.

—Está bien, iremos —acepta André con cara de pocos amigos.

—Los veo mañana entonces, a las cinco en punto en este mismo lugar, si llegan un solo minuto tarde se perderán la mejor parte.

—Aquí estaremos puntuales —concluye ella, y la camioneta arranca.

Te veo mañana...

Me giro sobre mis talones y entro al dispensario para curarme el codo. Intento lucir despreocupado cuando en realidad la adrenalina me tiene eufórico, ojalá pudiera plantar mis labios en esa boca perfecta.



SIETE



“ «Cuidado que quema» es la frase a la que nadie le hace caso.”

A nadie le hace mucha ilusión levantarse de madrugada, pero el intrigante y apuesto doctor fue muy claro, quiere que seamos puntuales, además no he podido dormir bien con tantos zancudos.

Extremadamente temprano ya estoy duchada y vestida, me hago una clineja en el cabello mientras a mi lado, Andreina se amarra sus zapatos deportivos. Sobre la cama hay un desastre, pero es que no lograba encontrar el atuendo adecuado hasta que miré por la ventana y me di cuenta que está oscuro, pero que igual se siente calor ¡A plena luz del día esto debe ser terrible! así que me coloqué mis botas de excursión, un short de jean y una camisa manga corta gris. Menos mal que en la tienda de Ciudad Bolívar encontré ropa cómoda, aunque confieso que no pude resistirme a una chaqueta de cuero granate y a unos tacones *Jimmy Choo*, no me pareció mala idea usarlos hasta que vi la miradita extraña que me dio ese doctor.

Me puse más nerviosa de lo que estaba, hasta André debió notarlo porque

puso su mano en mi cintura como queriendo darme apoyo.

Cuando dijo su nombre y estrechó mi mano, ahí sí que las piernas me temblaron ¡Santos Doctores! que voz tan perfecta y sensual, a eso le sumé una raya marcada entre el punto medio de su boca y su barbilla, pero su rasgo más fascinante es el par de depredadores ojos verdes que tiene; el tipo es todo un pecado andante.

—Belén, ¿estás lista? —pregunta Andreina, pasan unos segundos antes de que le conteste.

—Sí, vamos.

Agarro una mochila que preparamos con: repelente, protector, lentes de sol, agua mineral, la cámara y paños. Miro a Andreina que muestra claros signos de alegría porque hoy no luce sus rizos definidos y alborotados, pasé buena parte de la noche colocándole extensiones con muchas cuentas de colores que también compró en el camino, y que según ella, la hacen ver más exótica. Ya listas caminamos hacia la salida de la posada donde ya deben estar los demás.

—¡Tienes que estar loca! —exclama Thais apenas la ve.

—¿Vas a seguir regañándome durante todo el viaje? —Sonríe burlona, Andreina le da una calada al cigarrillo sin apartar la vista de su teléfono, sube una foto a *Instagram* que se tomó hace segundos con la frase «Un cigarro por cada buen recuerdo que tenga de la Gran Sabana.»

Estoy empezando a conocerlas, pero ya Andreina se ha mostrado en varias oportunidades como una chica que siempre hace lo que quiere, consciente de que fumar es un vicio dañino, pero que no piensa dejar porque Thais le haga la guerra.

—¡Eres imposible, son las cuatro de la mañana!

—Thais, calla y dame café —dice la pelinegra montándose en la camioneta.

—Bueno, un poco de paz, ¿sí? Estamos de vacaciones, chicas. —Lanzo la mochila en la maleta y arranco de la mano de Andreina el cigarrillo, Thais suspira aliviada cuando lo boto al piso.

—¡Oh, estas vacaciones mejoran todo el tiempo! —comenta André con una

risita, su hermana voltea los ojos y resopla.

André coloca la camioneta en marcha y yo me acurruco en la ventana del copiloto, disfrutando de la sensación placentera que me da comenzar un día de aventura.

—Aun así a estas vacaciones les falta algo —comenta Andreina, me giro para verla.

—¿Qué? —pregunta Thais.

—¡Hombres!

—Conmigo no cuentas —suelta la pelirroja, Yariel sonrío con orgullo.

—Sé que ya estás jodida —responde su amiga jugando con las cuentas de su cabello—, pero Belén y yo no, ¿hay algo de malo en que consigamos diversión en la selva? —André se revuelve incómodo en el asiento.

—¿No te pareció sexy el doctor? —me pregunta guiñándome el ojo.

—Bueno, un poco —confieso, la sonrisa de André desaparece por completo—, pero la verdad es que no tengo ganas de intentarlo.

—Escapaste de las garras de un idiota, Belén. Estás lejísimo de casa y puedes hacer lo que desees ¡Aprovecha los momentos, amiga!

—Eso hace —murmura André apretando el volante con mucha fuerza—, no entiendo por qué las mulheres para divertirse solo pensam en hombres.

—¿No pensar en hombres? ¡Hermanito, eso lo cumpliré si tú me juras que no piensas en mujeres! a lo mejor ocurre un milagro y por fin le das un cierre a lo de Marina. —Él frunce el ceño con molestia y me doy cuenta que ella tocó un tema delicado.

—¿Cuál fue la única condición eu coloqueei antes de venir?

—No hablar de Marina —responde Thais detrás de nosotros.

—Así es. Por favor, respeten mis pedidos. —Lo miro de reojo y noto que él hace lo mismo conmigo, sus ojos se clavan por un segundo en los míos y luego aparta la mirada rápidamente.

—No hablemos más de eso. —Yariel le da un codazo a Andreina—, no perdamos el buen humor en vacaciones. —Y estoy de acuerdo. Si a mí me nombran a Miguel Ángel seguro también me molesto mucho.

Luego de eso nos mantenemos en silencio hasta llegar, pero la tensión vuelve al rostro de André cuando Andreina habla.

—Ese que está allá se parece al doctor, y el que está al lado se ve muy bien. —Echo un vistazo y hay dos hombres que lo acompañan, los tres están de espaldas, pero él se distingue aún en la distancia: alto, cabello alborotado, ancho de hombros y cintura estrecha; el short se le ciñe a la cadera y marca sus piernas. Realmente está bueno.

—Si el amigo tiene cara bonita, me lo quedo —declara Andreina, yo me echo a reír.

Ellos al escucharme se giran, y los ojos del doctor me atrapan por una fracción de segundo, mi corazón se desboca porque comienza a latir aceleradamente convirtiendo el instante en una experiencia extraña.

—Hablamos en la tarde, sé que estarás bien. —Se despide de uno de los hombres y camina junto con el otro hasta donde estamos nosotros—, hola, veo que si quieren aprovechar las maravillas que ofrece este lugar.

—Buenos días, doctor. —Saluda André, él lo mira y sonríe.

—Solo Juan Josué, ¿está bien?

—O si prefieren, JJ —interrumpe su acompañante—, por aquí, todos le decimos así.

—Oigan, él es el Gato, un buen amigo y el mejor guía turístico de Kavanayén.

—¡Vaya! ¿En serio? —Andreina sonríe. El tal «Gato» también es guapo, tiene una sonrisa bonita y ojos rasgados color caramelo, puedo entender el porqué de su sobrenombre.

—Hola —le responde a Andreina ampliando su sonrisa, ella eleva la cabeza un poco para admirarlo mejor.

—Tienes unos ojos hermosos, ¿sabes que dicen de los gatos? que amarlos es inevitable y que tenerlos es un privilegio. —André y Yariel ruedan los ojos, el Gato suelta una carcajada.

—Estoy de acuerdo —contesta—, un placer conocerte...

—Andreina de Sousa —dice aumentando el brillo en sus ojos. Él le

estrecha la mano y luego hace un ademán indicándole que caminen hacia unos rústicos.

—Pensé que iríamos en mí camioneta —inquire André.

—Déjala estacionada aquí, no le pasará nada —responde Juan Josué—, el Gato y yo conocemos bien la vía.

—Entonces, ¿cómo nos dividiremos? —pregunta Yariel, observando que hay dos 4x4.

—Bueno, Andreina ya decidió —dice bromeando y viendo que está hablando muy cómoda con su amigo. Me echo a reír al igual que él, André me mira con el semblante endurecido y luego camina decidido hasta el primer *Jeep*, es evidente que está celoso y espero que sean celos de hermano porque yo acabo de descubrir que me gusta Juan Josué.

—Entonces ustedes se vienen conmigo. —Su voz suena animada.

—Esperen, solo buscaré mi cámara. —Echo a correr hasta donde está Andreina.

—¿Lista? —pregunta cuando regreso, abre la puerta del copiloto porque Yariel y Thais ya se montaron atrás—, hoy no trajiste tacones —me dice, y sin previo aviso aprieta sus manos en mi cintura y me ayuda a subir.

—No, son para ocasiones especiales —le hago saber sorprendida. De pronto una electricidad me recorre el cuerpo, no sé si por su apretón en mi cintura o porque me mira con intensidad *¡Dios, de verdad es guapo!*

—¿Será que nos vamos? —escuchamos que grita el Gato.

—Sí, ya es hora. —Desvía la mirada. Lo veo rodear el *Jeep* y abrir la puerta del piloto, yo ni me muevo, cruzada de brazos percibo la loción fresca de su cuerpo cuando se monta, con un rugido al encender el 4x4 comienza a conducir.

Primero por una vía de asfalto, minutos después por una carretera de tierra rodeada de tepuyes y selva.

—¿Siempre hace tanto calor? —le pregunta Yariel, Juan Josué niega con la cabeza.

—Generalmente el clima es fresco, lo más seguro es que ésta noche llueva,

por eso tanta humedad.

—¿Lluvia? —Habla Thais.

—Sí, pero no te preocupes, cuando llueve en la noche en el día los turistas disfrutan mucho porque las cascadas de la región se convierten en un espectáculo —le hace saber.

—Entonces que llueva —responde ella sonriendo.

Un tiempo después veo como el *Jeep* en donde van Andreina y André frena, reduce la marcha y se desvía hacia la izquierda, Juan Josué hace lo mismo y lo miro intrigada.

—¿Recuerdan que les dije que si no eran puntuales se perderían la mejor parte? —Asiento—, bueno, pues ya verán la sorpresa. Dicho esto comenzamos a bajar siguiendo el curso de un río, el camino es de tierra y el rustico salta bastante haciendo que me agarre con fuerza de la puerta. Sonríe al verme. —¡Falta poco! —dice—, a continuación el *Jeep* da un gran salto que casi me hace gritar, mis nalgas caen fuerte en el asiento y él acelera de nuevo, reduce la marcha, acelera, mete velocidad, avanza un poco más y el río ahora está muy cerca. Poco después frena. —Ya está, es aquí.

Apaga el motor y todos nos bajamos, todavía está oscuro y solo el sonido de algunos pájaros en lo alto interrumpen el tranquilo fluir del agua. Por petición de Juan Josué miramos hacia el Este.

—¿Están listos? ahí va...

Unos segundos después mis ojos descubren una de las vistas más maravillosas que he tenido el placer de ver, la salida del sol sobre los tepuyes, los colores naranja y amarillo comienzan a pintar el cielo, la luz rojiza se va abriendo paso sobre la inmensa Sabana mostrándonos todas las tonalidades de verde de las montañas y el azul del río comienza a florecer.

—Es increíble —digo maravillada.

—Aún no tiene mucha confianza, porque si no estaría saltando de felicidad —dice Yariel exponiendo mi emoción.

—¡Eh! pero salta si quieres, esto no se ve todos los días —Juan Josué y todos ríen.

—No, no, salten ustedes —respondo sonriendo.

—¡Toma una foto! ¡Es una belleza! —exclama Andreina con la boca abierta.

—Tienes razón, este paisaje necesita ser inmortalizado —suelta Juan Josué a unos pasos de mí, me mira con detenimiento y el calor me envuelve de nuevo.

—Será perfecta para la galería —murmuro un poco confundida, nunca me habían mirado con tanta intensidad.

Enfoco y tomo varias fotos del paisaje, luego Thais me pide que le tome una con su novio, André se saca una con Andreina, luego le piden al Gato que nos tome una a los cinco, el Gato se toma una selfie sacando la lengua con Andreina, y mientras todos se montan en los autos y tomo una última foto al paisaje, Juan Josué se acerca mucho y me quita la cámara de las manos.

—Yo quiero una contigo. —Rodea mi cintura con su mano, justo cuando giro la cabeza y lo miro el flash se dispara—, gracias —dice devolviéndome la cámara, retira la mano de mi espalda y camina hasta el *Jeep*, dejándome desconcertada y con la piel ardiendo.

¿Qué diablos fue eso?

—¡Vamos Belén, es hora de desayunar! —grita el Gato ya montado en el primer vehículo.

Hace una tarde estupenda aunque el calor es fuerte porque la brisa es leve y el cielo está despejado. Luego de desayunar, seguimos un recorrido en una carretera larga e irregular que en sus primeros kilómetros no parecía tener fin, pero a medida que avanzamos se fue convirtiendo en un espectáculo.

La primera sorpresa fue ver el Sororopan Tepuy, también conocido como la “India acostada”. El Gato nos contó que gracias a una leyenda Pemona, en la que un antiguo piache muy poderoso descubrió a su esposa Sororopachi engañándolo con el Dios del agua, Sororopachi y su amante lograron escapar por el río, pero luego fue sorprendida en Mantopai consiguiendo la muerte, su cadáver quedó tendido eternamente formando así el Sororopan Tepuy.

Poco más allá, detrás del Sororopan, se asoma el Ptari Tepuy, nuestro excelente guía turístico dice que es llamado así por sus formas rectas que asemejan el budare con el que los pemones cuecen el casabe; una montaña de paredes verticales, rodeada por una selva gigante, una geometría que se alza al

cielo con prepotencia alardeando de su inmensidad.

—Estamos llegando a Karuay —anuncia Juan Josué—, este es un lugar ideal para relajarnos y descansar de la carretera, que al fin y al cabo siempre resta energía.

Comenzamos a bajar por una extensa pendiente en descenso.

—Se ven muchos turistas —comenta Yariel.

—Y eso que no es temporada alta —le responde.

—Miren todos esos niñitos en bicicleta —dice Thais.

—Todos los indígenas de aquí las usan, es su única forma de trasladarse, ninguno tiene vehículo ni motocicleta.

Me quedo en silencio, pensando en lo diferente que es la vida aquí. Seis horas separan esta comunidad indígena de Kavanayén, el único contacto más cercano con seres humanos, estas personas viven en medio de la selva, sin luz, andan en bicicleta descalzos y sonríen. Entonces me doy cuenta de que apenas me baje de este rústico conoceré por primera vez la mejor sensación de todas, la de ser libre.



OCHO



“Las sonrisas son un idioma universal.”

No tengo muy claro cuando se desarrolló en mí ésta necesidad incesante por conocer más y más de este lugar, es que me siento tan bien que pudiera internarme en la selva, dormir lo más lejos que pueda del ruido en una carpa, despertarme con el alba, y saber que encontraré todos los días ese amanecer tan hermoso que vi hace unas horas. Estar aquí es como un llamado, un llamado que me hizo esta tierra encantada por alguna razón.

Empiezo a caminar dejando a los chicos a mi espalda.

—¡Vaya, es increíble! —murmuro asombrada viendo las viviendas, son casitas con aspecto redondo, las paredes de bahareque y techos de palma, son igualitas a como las describen en los libros de historia que leía en la escuela.

—¿Belén? —La voz de André me saca de mi ensoñación.

—Sí... —Me giro.

—Estoy preocupado por você.

—¿Por mí?

—Antes, bueno, ya sabes que te conozco recientemente —dice luchando por encontrar las palabras—, lo que quiero saber es, ¿por qué você se sente tan animada? —No respondo, él mira hacia donde están los demás y me doy cuenta que está mirando a Juan Josué—. ¿Te gusta? desde que apareceu creo que no tengo chance.

El corazón se me estruja un poco, pero me obligo a mantenerme serena. Claro que me he dado cuenta que le gusto a André, pero esperaba no llegar a tener esta conversación.

—Escucha. —Mi voz sale en un susurro, por nada del mundo quiero lastimarlo—, es cierto que nos conocemos de hace poco, pero te he tomado un cariño inmenso. Estoy agradecida por todo lo que has hecho por mí, con todos ustedes, me salvaron aquel día.

—No te estoy cobrando —me interrumpe y toma mis manos.

—Sé que no lo haces. —Coloco una mano en su pecho—, si tuviera el poder de mandar sobre mí corazón, sin dudarlo le ordenaría que se enamorara de un hombre noble como tú, pero las cosas no funcionan así. —André tarda en reaccionar y lucha consigo mismo unos segundos, cualquier cosa que había planeado decir, claramente la desecha. Quiero ser sincera para no darle falsas esperanzas.

—Está bien —responde con amargura, pero relaja el rostro—, lo que más me gusta de você es tu honestidade.

—Gracias —contesto con media sonrisa.

—¿Este es el tempo en que nos damos un grande abrazo de amigos y olvidamos esta charla incómoda? —Mi sonrisa se ensancha y lo abrazo con fuerza.

—Te quiero mucho, André —reconozco.

—Yo también —admite sin dudar.

Luego de esa conversación con André puedo decir que comenzó el verdadero propósito de la visita, conocer a Juan Josué.

—¿Segura que no quieres venir? —me pregunta Thais.

—Segurísima.

—¡Cobarde! —Se burla Andreina, abrocha su casco porque irán hasta los rápidos en bicicleta—, solo son botes y agua.

—Son botes, muchísima agua, piedras gigantes... —Y añadido—: yo soy más salada que la sirenita, mejor me quedo.

—Está bien —concede Andreina riéndose—, pórtate bien mientras regresamos. Dicho esto me guiña el ojo, yo siento que las mejillas me arden de vergüenza por la insinuación. Todos se van a los rápidos excepto Juan Josué y yo.

—Nos vemos a las cinco —dice André no muy convencido de dejarme sola, me despido de ellos con la mano cuando comienzan a alejarse.

Sé que voy a estar bien en compañía de Juan Josué, pero eso no evita el susto que siento en el estómago, él pateo una piedra muy cerca de mí y veo como cae lejos.

¿Es mi imaginación o está molesto por algo?

—¿Qué?, ¿te quedarás aquí o te estás arrepintiendo? —pregunta. Me sorprende el tonito con el que me habla, me muerdo el labio contemplando su figura, pero claramente no es el mejor momento para detenerse a mirar lo bueno que está. Camino hasta el rustico para sacar mi bolso y él solo me observa.

—Enséñame el lugar —respondo rápidamente mientras guardo la cámara y el teléfono de André, me lo dejó para tener como comunicarme con ellos en caso de alguna emergencia. Él se acerca muchísimo, se coloca detrás de mí y estira el brazo sobre mi hombro rozándome la piel—, ¿qué haces? —Me aparto para que pueda agarrar sus cosas.

—Tranquila. —Habla mientras saca una mochila del *Jeep*—, no fue mi intención tocar a la princesita caraqueña —dice con sarcasmo.

¿Qué mosca le picó a éste?, ¿por qué me habla así?

—Oye, perdona si te molesta que la princesita no quiera que un salvaje como tú la esté tocando sin su permiso.

—No es necesario el insulto. —Me hace saber—, aquí hay poco que visitar, pero vamos. —Me corta dura y fríamente, me quedo helada, lo miro

por un momento y la incomodidad en él es muy obvia; incluso parece enfadado.

—Puedo ir sola —contesto cada vez más irritada.

—Le dije a tus amigos y a tu novio que te cuidarían mientras regresan, eso pienso hacer.

—Pues yo te libero de esa obligación. —Miro hacia un grupo de mujeres que parecen tejer algún tipo de artesanía—, hace mucho que no necesito niñera, y para tu información genio, André no es mi novio.

Él me mira sorprendido y yo respiro profundo para luego liberar el oxígeno lentamente. Estúpidos hombres que ven cosas donde no las hay y que de paso juzgan sin conocer, que venga de Caracas no me hace una princesita indefensa ¡Que vaya a cuidar a su abuela si quiere!

Luego de un cortante silencio, habla.

—Lo siento, empezamos con el pie izquierdo —dice tratando de apaciguar las aguas. Su tono de voz ya no es tan duro, nada que ver con su actitud de hace segundos.

—Al parecer sí —respondo liberando un poco la tensión.

—¿Empezamos de nuevo? —Lo miro por unos segundos crispada de los pelos.

¿Estaba era celoso de André?

No puedo comprender bien su actitud, pero sí sé que a veces no podemos dominar lo que sentimos, por mucho que me empeñe en apartar la idea, ya lo perdoné.

—¿Cuáles son los planes? —Comienzo a caminar.

—Dejar que las cosas fluyan —dice y sonrío de una manera arrebatadora.

Lo primero que aprendo y me explica Juan Josué es que a lo largo del Parque Canaima existen tres etnias de indios pemones, aquí viven los Kamarakoto, mañana en otro viaje por carretera conoceremos a los Taurepan, y en donde nos estamos hospedando que es el sitio más turístico, por así decirlo, viven los Arekuna.

Cuando me acerco a ver que tejen las mujeres, me maravillo observando

todas las cosas que están regadas en el suelo en una especie de mantel, hay cestas elaboradas con palma, ollas de barro, móviles con muchas semillitas, collares y pulseras. Le sonrío a una linda niña que me mira curiosa, sentada desde una hamaca igualita a la que teje una de las mujeres.

—Hola, preciosa —Le acaricio sus cabellos cortos y despeinados—, ¿cómo te llamas? —No responde y se tapa la carita con las manos, igual lo hace mi sobrina Sami cuando siente pena.

—No te entiende, Belén, ellos hablan en otro dialecto.

—¡Oh, verdad! —Quiero golpearme por ser tan estúpida—, vamos a ver qué hacen ahí —propongo viendo a varios hombres, que a mi parecer están sembrando, él asiente.

Nos encaminamos al lugar, pero me freno cuando siento que me jalan la camisa. Bajo la mirada y es la pequeña de las artesanías, le sonrío y me agacho para estar a su nivel, ella me devuelve la sonrisa y extiende su pequeña manito ofreciéndome algo.

—¿Qué? a ver, qué tienes ahí. —Sé que no me entiende, pero la sonrisa es un idioma universal. Miro la piedrita que tiene en la mano, en ella tiene esculpido la silueta de un pájaro. Juan Josué se agacha junto a nosotras para ver qué es.

—Es un gallito de las rocas —explica—, los pemones las regalan para la buena suerte. —Que ella tenga este gesto conmigo me conmueve, así que acepto el regalo y me lo llevo junto a su manita hasta mi corazón, sonrío ampliamente.

—Amö'rö chipö Amanon —dice con una suave vocecita, me da un beso en la mejilla, cosa que hace reír a Juan Josué, y se marcha corriendo. Nos incorporamos y lo miro sorprendida.

—¿Qué dijo, JJ? —le pregunto.

—Yo que voy a saber —dice muy serio, pero a los segundos se echa a reír—, no estoy completamente seguro, pero creo que dijo: yo si soy una verdadera princesa.

—¡Mentiroso! —Lo empujo y él se ríe—, ¡Dime que dijo!

Dios, tiene una sonrisa perfecta.

—Dijo que tu cabello es muy bonito. —Lo miro dudosa, pero termino por creerle.

—¿Cómo es que entiendes su dialecto?, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunto curiosa.

—Ya tengo tres años aquí, la historia es larga —contesta.

—Creo que tenemos tiempo. — Se acerca, sus dedos perfilan mi hombro derecho y luego su mano toca mi cabello, enrosca un mechón en uno de sus dedos y sonrío, me estremezco y trato de no demostrarlo cuando acerca sus labios a mi oído.

—Es cierto, mientras vivamos bajo el mismo cielo, hay tiempo.

¡Por todos los Dioses de la Sabana!

—Cuéntame más del gallito de las rocas. —Nerviosa sigo caminando, su voz profunda y sensual me causa un cosquilleo en el estómago.

Juan Josué

Apenas llegamos a Karuay nos bajamos de los *Jeeps*, Thais, Andreina y Yariel, hablan de lo mucho que les gusta la posada en donde se están hospedando «Que si la cena fue estupenda, que si los baños están limpios...» Yo la verdad, solo les presté atención cuando dijeron que se quedan en la posada Mantopay, estoy centrado maquinando en mi cabeza cómo y cuándo aparecerme ahí para invitarla a conocer la Misión, cuando la veo apartada conversando con André.

Para mi sorpresa se funden en un gran abrazo. Frunzo el ceño, lo primero que quiero hacer es ir hasta ellos y hacer que André quite sus putas manos de encima de Belén, lo segundo, es querer golpearme a mí mismo por querer hacerlo. Me causa molestia, pero no lo demostraré y menos delante de ella.

—¡No me jodas! ¡No me jodas! —exclama el Gato acercándose a donde estoy.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—¿Esto que estoy detectando son celos? ¡Pues claro que sí! —Se contesta

él mismo.

—Yo, ¿celos? —Me defiendo.

—La estás viendo con odio, tú propusiste este paseo y... ¿ahora es que te das cuenta que tiene novio?

¿Cómo pude creer que una mujer tan hermosa está soltera?

—Es evidente que están juntos y que yo me había dado cuenta —miento irritado.

—Ah, entonces solo querías... —Hace un gesto obsceno con las manos que me da a entender lo que quiere decir. Cualquier movimiento que hace Belén me parece provocador, demasiado para alguien que tiene tanto tiempo solo, me es difícil apartar de mi imaginación escenas subidas de tono, pero aun así lo logro y le doy al Gato una mirada envenenada.

—¿Tú estás jodido de la cabeza o qué coño?

—¿No te gustaría?

Sería genial.

—¡No!

—¿No?

—Si quieres saber la puta verdad, sí me gustaría, pero ella está con alguien y a mí no me gusta compartir. Fin de la historia.

—¡Pfff... y yo que quería ser el padrino de bodas!

—¡Gato, Cállate! —Y lo dejo ahí riéndose y burlándose de mí.

Lo tengo claro, cuanto antes termine éste jueguito patético de guía turístico y regrese a mí trabajo, mejor. No tengo porqué aguantar a brasileros babosos ni a princesitas estúpidas demostrándose su amor. Bueno, ¿para qué perder el tiempo pensando en eso? no es asunto mío.

Cuando los chicos deciden ir a los rápidos en bicicleta pienso: *unas horas de paz.*

—¿Segura que no quieres venir? —le pregunta Thais por quinta vez.

—Segurísima.

—¡Cobarde! —Se burla la pelinegra—, solo son botes y agua.

—Son botes, muchísima agua, piedras gigantes... —Y remata con algo insólito—, yo soy más salada que la sirenita, mejor me quedo.

—Está bien —le contesta Andreina carcajeándose—, pórtate bien mientras regresamos. —Le guiña el ojo con complicidad.

¿Empiezo a preocuparme por el descarado de estas mujeres o me molesto más?

—Nos vemos a las cinco —dice André sin ánimos de irse, ella se despide con la mano y yo ruedo los ojos.

No me puedo preocupar porque no soy ningún maricón, pero si me enfado, no sé cómo reaccionará, así que para descargar un poco la frustración pateo una piedra que encuentro en el suelo.

—¿Qué?, ¿te quedarás aquí o te estás arrepintiendo? —le pregunto, ahí parada parece la propia novia de pueblo viendo como su amor se va. Se muerde el labio y me escanea. Le gusto ¡Lo sabía, sí es una descarada! en un momento camina hasta el *Jeep* y decido aplicar el plan C, si ella busca diversión, se la daré.

—¿Qué haces? —Se hace la ofendida cuando la rozo.

—Tranquila —contesto sereno—, no fue mi intención tocar a la princesita caraqueña —digo con burla.

Sí, soy un cabrón, pero quiero que se enoje tanto como lo estoy yo.

—Oye, perdona si te molesta que la princesita no quiera que un salvaje como tú la esté tocando.

¡Oh, mierda! ¿Qué ha dicho? por favor, Belén; vas a lograr que explote y eso no es bueno.

—No es necesario el insulto. —Le hago saber de manera seca y cortante—, aquí hay poco que visitar, pero vamos. —Sus ojos me perforan de una manera que me calienta la sangre, me mira desprendiendo enfado y mi incomodidad aumenta.

—Puedo ir sola. —Habla con prepotencia.

—Le dije a tus amigos y a tu novio que te cuidarían mientras regresan, eso

pienso hacer.

—Pues yo te libero de esa obligación. —Por su tono de voz me doy cuenta que está al límite de enfado—, hace mucho que no necesito niñera, y para tu información genio, André no es mi «novio.» —enfatisa.

Me quedo paralizado, sus palabras pasan por mí cabeza como un huracán destruyendo y sacudiendo el odio, todo estaba perdido, pero de pronto llega la calma y reacciono.

¿Por qué supongo cosas sin preguntar? ¡Oh, mierda, la he puesto completa! ¡Estará pensando lo peor de mí!

En solo minutos me pasé mucho de la raya, su cara me lo dice, sus ojos desprenden mucho enfado. Tiene toda la razón, así se comporta un salvaje. No puedo quedarme en silencio más tiempo así que le pido disculpas, para mi sorpresa me perdona con facilidad.

—¿Cuáles son los planes? —pregunta. No puedo decirle con certeza cuáles son, sin embargo le sonrío con sinceridad porque algo me dice que serán increíbles.

Belén está realmente interesada en aprender y conocer sobre ésta cultura. Me hace muchas preguntas sobre su artesanía, sus costumbres y sus tradiciones.

El regalo que le hizo la pequeña fue algo inesperado, sobre todo porque los pemones regalan gallitos de roca solo a personas que sienten que tienen un alma pura. Aunque le expliqué que la niña no le entendía, me dejó alucinado porque se entendieron a la perfección a punta de sonrisas y gestos. La observé por unos instantes, de tantas personas que he conocido, ella sobresale con su forma de ser, con su curiosidad, con su sonrisa sincera.

Sin poder controlar mis movimientos, mis dedos se movieron lentamente a su hombro, no podía dejar de mirarla, y tampoco quería asustarla, toqué su cabello con delicadeza, quizás para comprobar lo que dijo la niña, sin poder evitarlo me tomé el atrevimiento de hablarle al oído.

—Es cierto, mientras vivamos bajo el mismo cielo, hay tiempo. —Noté como se estremeció y sonreí. Mi propia respuesta me había dejado sorprendido.

¿Qué me pasaba con ésta mujer?

El corazón comenzó a latirme fuertemente en la garganta, me pregunté si ella habría entendido mi insinuación. Deseé besarla y detener el tiempo, y esas ganas se avivaron más cuando recordé que no tiene novio.



NUEVE



“A veces hay locuras que merecen repetición.”

No he pasado ni dos horas con él y ya estoy con los nervios de punta, toda yo soy una revolución de hormonas. Si esto es atracción, me siento una novata quinceañera, ni siquiera a esa edad me llegué a sentir tan desquiciadamente atraída por alguien, deseando a cada instante lanzarme sobre él y que me bese.

Creo que tengo fiebre.

¿Y cómo no tener? si justo en este momento estoy sentada en una gran roca desde donde tengo una vista privilegiada de su cuerpo, Juan Josué está sin camisa y en el río llenando unos potes de agua que necesitan los *Jeeps*. Su piel bronceada está expuesta y los músculos de su espalda se mueven con cada movimiento que hace; estoy boquiabierta, casi babeando, cuando él vuelve medio cuerpo y pasa sus ojos verdosos sobre mí como antenas de radar. Desvió la cámara en otra dirección y la aprieto con fuerza porque las manos me tiemblan, el solo mirar esa *V* marcada en su abdomen despierta muchas sensaciones en mi cuerpo, es un completo espectáculo visual.

Tranquila, todo está bien.

Me digo por enésima vez.

No tengo fiebre, solo...vale, estoy ardiendo.

Me pongo de pie y decido caminar un rato mientras termina, tal vez un par de fotos a la naturaleza me distraiga de tantos pensamientos pecaminosos.

—¡No te alejes mucho, princesa! —grita a lo lejos.

¡Dios, eso es lo peor!

Cada vez que me habla culmina con un «princesa», y no logro molestarme porque cuando lo dice con esa sonrisa radiante y ese tonito profundo y sensual, el calor es abrazador.

—¡Estaré cerca! —grito refunfuñando.

Tengo la sensación de que él es consciente de lo que me ocurre y lo está disfrutando. Y es culpa mía por haberle pedido que sacara la cámara del bolso, encontró el libro *Mi dulce venganza*, lo traje conmigo porque no puedo parar de leer, tengo mis motivos. Stefanie Sedes ha creado un Dios sexual tan espléndido que no pude evitar ponerme nerviosa cuando Juan Josué me preguntó de qué trataba; por suerte no emitió comentario alguno, pero si me miró de manera extraña, fue como ver de pronto al protagonista de ese o de tantos libros salir de las páginas.

Un sendero zigzagueante me lleva poco a poco a un risco alto, piso con cuidado porque el suelo es resbaladizo y le agrega dificultad al caminar por aquí. El río Karuay es sorprendente, con un arco de agua que cae sobre una roca roja, después continúa su andar con varios pozos naturales. Quizá me meta un rato cuando lleguen Andreina y Thais.

Me agacho al ver algo digno de una foto, es como una espiga alargada y de su tallo se desprenden varias florecitas lila, dentro de cada una sobresale algo que parece una lengua blanca y peludita, como una pluma. Tomo un par de fotos y arranco una, es muy suave al tacto, me la acerco a la nariz y aspiro su aroma, tiene un olor similar al del jazmín.

Sonrío y me la coloco en la oreja, avanzo tomando aire y llenando mis pulmones todo lo que puedo. Al cabo de un rato me siento más tranquila, ¿por qué Juan Josué me gusta tanto? si me fijo en los hombres con los que he salido:

Omar no era un chico atractivo, pero me encantaban sus hoyuelos en los cachetes, lástima que se haya mudado para México. Jorge tenía lo suyo, pero no soportaba que me pidiera dinero prestado a cada rato, estúpido vago. Rafael fue un completo idiota cuando me engañó con Mónica, y Miguel Ángel, ese mal nacido ni para qué recordarlo.

No, definitivamente yo lo que necesitaba era cambiar de ambiente y encontrar a alguien encantador, amable y atractivo. Tal vez esté loca, pero tengo el presentimiento de que ese alguien es Juan Josué, la cuestión es que estoy de viaje, estoy de viaje y cuando regrese a casa no puedo regresar con el corazón latiéndome con fuerza por alguien que se queda aquí, se supone que los chicos perfectos de los libros no aparecen y de repente son tu guía turístico. Ésta situación es una verdadera injusticia.

¿Qué voy a hacer para no sentirme así?

Ya sé, me guardaré esto. Y nunca de los jamases, le haré saber lo atractivo que es.

Me detengo en seco cuando el agua del río Karuay se pone tan serena que parece un espejo, entrecierro los ojos y escucho impresionada el rugir de la cascada, me hecho hacia atrás y abro mucho los ojos porque de pronto el agua que cae de ésta forma un arco iris, ¡Wuo, es maravilloso! sonrío estúpidamente hasta que bajo la mirada porque siento que el piso se mueve, miro alucinada como la hierba que estoy pisando crece llegando al nivel de mis rodillas, ¿cómo creció tan rápido? con algo de miedo la rozo con la punta de mis dedos y repentinamente todas las flores comienzan a volar convirtiéndose en pájaros... perdida subo la cabeza y ese minúsculo movimiento pone el cielo en el piso, ¿o la hierba en el cielo?

Juan Josué

Cierro bien la puerta del *Jeep* y voy en busca de Belén, tiene rato que se fue y ya quiero almorzar. Camino por el sendero de tierra porque la vi irse por ahí, al final de éste, sentada en la orilla de un barranco, la veo.

¡Genial, con lo que le temo a las alturas!

Nunca se lo he dicho a nadie, pero así es, aunque quisiera sentarme a su

lado y disfrutar de la vista, no podría. Me acerco con cuidado por eso de que no debes asustar a las personas cuando están expuestas a caer de algún lugar, le hablo suave.

—Oye, princesa, ¿qué haces? —Ella extiende su mano en mi dirección.

—Holaaaaa, principieeee, ven aquí. —Se explaya en una sonrisa, yo arrugo la frente.

—Acércate tú —le pido, me observa durante unos largos segundos y me sonrío de nuevo—, solo hazlo con cuidado, ¿de acuerdo?

—Tengo mucho que decirte. Ven, Juan Josué, debes ver los peces de colores que saltan de la cascada ¡Mira ahí está uno! —grita emocionada, y señala hacia el frente, cuando intenta ponerse de pie se tambalea un poco y se vuelve a sentar, mi pulso se dispara en latidos irregulares. Ella se ríe y...

¿Qué coño ha dicho que vio?

—Belén, ¿qué sucede? deja de jugar y ven hasta aquí.

—No.

—¿No?

—¿Y si saltamos desde aquí? —Al fin se pone de pie—, sería lindo nadar con ellos, ¿no crees?

—Por favor, Belén, te vas a caer —digo casi sin aliento.

Y se cae.

Pero sobre mí.

Porque corro tan rápido que logro agarrarla por la cintura y evito que salte al río.

Estoy tirado en el suelo con ella encima de mí, con una distancia mínima de nuestras bocas y sin quejarme por haber amortiguado el golpe con mi espalda, la sujeto fuerte de la cintura y es ahí cuando lo noto, sus preciosos ojos no están grises sino muy rojos.

—¿Estás bien, princesa? a mí me duele la espalda, pero tú no andas en este planeta, ¿qué diablos te sucede?, ¿acaso fumas marihuana o algo así? —Ella rueda y se acuesta boca arriba para comenzar a reírse a carcajada limpia.

—¡Ay, Juan José, eres tan divertido! —La miro sin comprender, se agarra el cabello y lo esparce hacia arriba en la hierba, noto que en la oreja tiene una flor. Trago saliva y se la quito para examinarla.

¡Mierda, es Salvia!

—¿De dónde sacaste ésta flor? —le pregunto.

—¡Hay muchas y vuelan como aves! —Sonríe. La miro y me río, pobre princesa, seguro está montada en una alfombra voladora mágica, si aspiras el olor de esta flor te produce una especie de trance o efecto alucinógeno, lo bueno es que no causa daños y el efecto solo dura una hora.

—Vamos, te llevaré a la comunidad. —Me siento.

—No quiero irme. —Agarra su cámara de fotos—, ¿por qué es tan pequeñita?

—Porque estás drogada y seguro ves todo pequeño o muy grande. —Ella me mira con el ceño fruncido, se sienta y toma mi rostro entre sus manos, me jala las mejillas, abre mi ojo y estira mi labio inferior. Se ríe cuando me quejo.

—¡Maldición, sí! —Ladea la cabeza—, tienes los ojos chiquiticoooooos, pero la boca... —Se queda pensativa—, ¿puedes besarme? —Mi estómago da un vuelco y casi me ahogo con saliva.

¡Dios mío! ¿Por qué me haces estas cosas? sí, ya sé que no soy un santo, pero vale, soy un hombre, no una piedra.

—¿Quieres que me aproveche de ti? me encantaría, pero no sería justo de mí parte.

—¡Bahhh! —Se burla, su atrevimiento logra sacarme una carcajada. Belén observa como cae el agua y luego se gira de nuevo hacia mí, le sonrío y ella se acerca.

—No...

—Sí.

—Belén, no.

—Juan Josué, anda, ¿no te gusto? —Estoy necesitando de todo el autocontrol del mundo porque su boca está a escasos centímetros de la mía, le

acaricio la mejilla con delicadeza y ella cierra los ojos ante el contacto.

—No hables así, no tienes una jodida idea de cuánto me gustas. Podría besarte, pero no. Si lo voy hacer, no será así, quiero que estés en tus cinco sentidos y que recuerdes cada suspiro que voy a arrancarte.

Su respiración se acelera al igual que la mía, decido que es hora de cortar la tentación y la ayudo a levantarse. Le pido que se suba en mi espalda y no pone resistencia, comienzo a caminar y suelto una carcajada cuando ella comienza a cantar una canción, es viejita, pero me gusta mucho ese grupo.

*Te quiero dulce y bonito como las flores del campo
como las aguas del río que se mecen con mi canto.
Te quiero limpio y sencillo como el aire que respiro
igual que el perfume suave que me embriaga si te miro.
Te quiero claro y brillante como el sol de la mañana
Que dice que me levante, que me espera en la ventana
y cuando en un tibio abrazo tu piel y mi piel se besan
no existe nada más lindo porque quieres que te quiera.*

Finalmente llegamos al lugar donde recogí agua para los *Jeeps*.

Ella se desliza por mi espalda y corre hasta la orilla del río, se quita la ropa ante mi mirada atónita y con un bikini verde militar, se lanza al agua. No puedo parar de verla, estoy idiotizado hasta que traga agua y decido meterme, cierra los ojos y tose hasta que llego a ella.

—¿Ya pasó? —Ella asiente apoyándose en mí. Me obligo a apartar los ojos de su pecho, el agua logra que su traje de baño se le adhiriera completamente.

—Me duele un poco la cabeza.

—Es normal, ahora te doy una pastilla y te sentirás mejor. —Belén me observa algo aturdida y de repente quita su mano de mi hombro.

—¿Qué hacemos aquí? —Regresó del *País de las maravillas*.

—Quisiste bañarte en el río.

—¿Quise qué? —Le sonrío y niego con la cabeza.

—Te contaré la versión corta, princesa. Te fuiste a caminar sola, por alguna razón oliste una flor que se llama Salvia y el polvillo de ésta te drogó causándote alucinaciones, te encontré a punto de lanzarte de un risco muy alto, porque según, ibas a nadar con peces de colores o algo así, te atajé antes de que te mataras, me suplicaste que te besara y me cantantes una canción al oído.

—¿Qué? —pregunta con horror.

—Bueno, no me cantaste al oído, pero sí cantaste.

—No tienes que inventar tantas estupideces para pedirme un beso. —La miro desconcertado.

¿No me cree?

—Belén, si no es verdad, ¿qué hacemos en el río y por qué no lo recuerdas? —Me mira como si me hubiera convertido en un pez de los que vio hace rato, su rostro está petrificado y tengo la horrible convicción de que en cualquier momento gritará « ¡Mierda! »

—Tranquila. —Coloco una mano en su hombro y sonrío—, todo está bien.

—Así que... —dice nerviosa—, ¿te canté?

—Así que... —contesto conteniendo la risa—, sí, lo hiciste, pero no me molestó. —Baja la mirada pensativa.

—Bueno, en mí defensa, todo lo que ocurrió es porque estaba drogada. —Suelto una carcajada.

—Tienes razón, bajo esos efectos, la gente dice cosas sin sentido, aunque...

—Si me vas a molestar con lo del beso, te pido que no lo hagas. —Sonríe avergonzada.

¿Es posible hacer que nada pasó? sí, es posible, pero no quiero ignorarlo.

—Pídelo de nuevo. —Ella alza ambas cejas y yo sonrío.

—¿Qué?, ¿qué me beses? —Sus mejillas se colorean.

—No puedo pensar en otra cosa. —Vuelvo a sonreír—, vamos, hazlo.
—Ella mueve la cabeza en varias direcciones, hay turistas, pero estamos bastante apartados, ninguno parece interesado en nosotros, espero. Belén me mira y sus ojos brillan con diversión.

—Este... que sorpresa que estemos en el río.

—Hola, sí lo sé, pero pasaba por aquí casual y te vi. —Ambos intentamos no reír—, ¿algo que quieras decirme?

—Solo si no te burlas.

—Tranquila, princesa, pero apúrate porque me estás matando. —Se ríe.

—Está bien, dejemos de hablar. —Me mira a los ojos—, Juan Josué, ¿puedes besarme?

Le sonrío y coloco mis manos en su cuello, el contacto con su piel mojada y erizada me enloquece, me acerco a su boca y cubro sus labios con suavidad, le acaricio el labio inferior y le rozo la punta de la lengua con la mía, la sensación es exquisita y me llena de electricidad, cuando ella rodea mi cintura con sus brazos experimento un momento de asombro porque no recuerdo haber besado a nadie con tanta ternura. No es mi primer beso, pero sí el que más he deseado.



DIEZ



“No dejes para mañana los besos que puedes dar hoy.”

Caracas

Benjamín

El doctor de mí padre nos habló de su estado de salud. Lo único que entendí es que está estable, pero delicado. Mi madre se quedó haciendo guardia porque nos turnaremos por días, no queda de otra que esperar a ver como evoluciona. Suelto un suspiro de cansancio.

—Vamos, quédate tranquilo —dice con la mayor suavidad que puede encontrar—, esto pasará pronto.

—No estoy seguro de eso, Ana.

—Ya verás que sí —responde pasando su mano de arriba abajo por mí brazo. Ana se muestra compresiva, en ella no parece haber rencor hacia mi padre y yo me sorprendo al darme cuenta de eso, aunque también comprendo

que lo hace por mí, para hacerme sentir bien a mí—, ¿no deberíamos avisarle a Belén? —Niego con la cabeza.

—No quiero que sepa nada aún. Conociéndola, se culpará horribilmente por esto, tampoco quiero que se entere por otra persona. —Ana asiente y recuesta la cabeza de la ventana del auto, si no tuviera un cuerpo tan tentador me sería más fácil mirar al frente.

El sexo hace mucho que no forma parte de mí vida, recuerdo muy bien la tarde en que concebimos a Sami, los padres de Ana estaban en el trabajo, y nosotros, en plan de novios ardientes. Cuando descubrió que estaba embarazada y me lo contó, armé tremendo escándalo, pero al final puse cara de póker y me casé con ella. La amaba, por un tiempo traté de fingir que no me importaba el engaño, no obstante, era solo cuestión de tiempo para que todo se fuera al carajo. Luego de la boda, hasta el día de hoy, ni una sola vez la he podido mirar como solía hacerlo.

Estaciono el auto en el garaje y apago el motor.

—¿Te acuerdas de... de cuando tus padres estaban trabajando y lo hicimos en la terraza? —Ana mete la cabeza dentro de su cartera.

—¿Tú no tienes las llaves?

—Siempre tengo la mía. Yo muchas veces fantaseé con hacerlo en otro lugar de tu casa.

—Ah, ¿sí? —Me mira cuando encuentra las llaves—, ¿en qué lugar?

—¿Nunca te lo dije?

—No que yo recuerde, si lo comentaste, fue hace mucho. No entiendo a qué viene esa fantasía sexual, igual ya no puedes cumplirla porque no vivo con mis padres, ¿por qué me estás contando esto ahora?

—¡Diablos, no lo sé! —Su sonrisa desaparece—, no sé por qué lo recordé —Miento, lo único que me mantiene atado a ella son los buenos recuerdos de aquellos años.

Ana se baja del auto y camina hasta la puerta, la sigo en silencio, pero ella no puede evitar el tema.

—Benja, quiero saber, ¿cuál era esa fantasía? —Solo un esposo puede fijarse en cómo se le oscurecen los ojos y lo que eso significa. La tomo de la

mano y la guío hasta el patio de nuestra casa, me paro frente al agua y me cruzo de brazos.

—¿En la piscina?

—Solo era una fantasía, es un mejor uso que enseñarle a Sami a nadar. —Suelta una risita, se quita los tacones y no le cuesta nada sentarse en la orilla y meter los pies, ya que lleva una falda muy corta y una blusa de seda rosa que le transparenta el escote.

—Sí recuerdo —dice observando atentamente las ondas en el agua—, recuerdo absolutamente todo lo que me decías o hacías, nunca nos cansábamos de estar juntos. —Mi pecho se pone rígido, sin embargo, me siento en posición de indio a su lado. Voltea y miro los ojos chocolate de mi mujer.

—Éramos muy buenos en eso —presumo, Ana se humedece los labios y sonrío. Estoy excitado.

¿Cómo no estarlo cuando deseo que estemos tan desnudos y mojados como sus pies?

Tengo una erección y unas terribles ganas de recordar.

—Sami llegará en cualquier momento del colegio.

—Claro que no, hoy es jueves, va directo a clases de ballet —le recuerdo—, y que bueno, ¿te imaginas lo que diría si ve a sus papás jugando en la piscina?

—¿Eso es lo que haremos?

—Pues eso está por verse. —La veo tragar grueso y deslizo un dedo desde su rodilla hasta su muslo—, siempre me ha gustado que uses falda, tienes unas piernas muy bonitas.

—¿En serio?

—Hemos estado alejados, pero no soy ciego. —Le rodeo el cuello con el brazo y la atraigo hacia mí para darle un beso profundo. Siento una montaña rusa de emociones cuando ella me corresponde con mucha fuerza, hasta hace pocos días pensé que entre nosotros ya no existía el deseo. Quiero arrancarle la ropa y poseerla de mil maneras, pero este reencuentro merece su tiempo, así que me voy a esmerar por llevarla al límite. Mi mano sube bastante su falda porque puedo ver sus bragas de encaje negro.

—Puedo quitármela, si quieres. —Niego con la cabeza.

—Quiero desnudarte yo. —Me deshago de mis zapatos, medias, cartera y reloj. De un salto me meto a la piscina, el contraste del frío con el ardor de mi cuerpo hace que me estremezca, me pongo de pie frente a ella y sonrío.

—Estás loco, ¿lo sabes? —Peina con sus dedos mi cabello mojado—, puedo negarme a esta loca fantasía.

—Entonces me aseguraré de que no quieras negarte. —Ante su atenta mirada me quito la camisa, meto los dedos por debajo de su falda, los engancho en sus bragas y tiro hacia abajo dejándola expuesta para mí. Respira aceleradamente cuando me inclino e hincó los dientes en la parte de adentro de su muslo, ella jadea por la expectativa, chupo con fuerza el punto que acabo de morder y luego soplo suavemente sobre él—, dime algo, Ana María, ¿sigue siendo ésta tu parte favorita? —Sus piernas se separan lentamente dándome la respuesta que necesito.

—Hazlo ya...

—¡Oh, eso haré cariño!

Saco sus pies del agua, los apoyo en la orilla de la piscina, bajo la cabeza y la devoro. Lo hago con esmero, no como se trata a una virgen, chupo, soplo, lengua y saliva. Ana gime, me jala el cabello, mis manos se aferran a sus caderas apretándola a mi antojo, el hecho de verla tan entregada me llena de satisfacción; está derretida en un charco de lujuria y llega con fuertes espasmos a un orgasmo.

La conozco desde que somos adolescentes, sé perfectamente en donde están cada uno de sus puntos débiles. La beso de nuevo, esta vez con más calma, le subo la blusa y el sujetador para prestarle atención especial a sus pechos, con la palma de mi mano la llevo a un segundo orgasmo arrebatador. Cuando se recupera un poco abre los ojos y me mira.

—¡Dios, Benjamín, eso fue...!

—¿La señora necesita algo más? —Hablo con alarde, la desafío con los ojos encendidos de deseo, ella se desabrocha el sujetador y se mete al agua, la blusa de seda se adhiere a su cuerpo mostrándome sus senos erguidos a través de la tela. Los dedos me cosquillean.

—Deshazte de ese maldito pantalón y hazme tuya —ordena.

—Permítame un momento —digo riendo, en segundos estoy completamente desnudo, me acerco y la abrazo, ella enrosca sus piernas en mis caderas.

—¿Esto es parecido a lo que deseabas? —pregunta.

—La realidad está superando mi fantasía.

—Quizá luego cumplamos la mía. —Me regala una sonrisa y me besa.

Gran Sabana

El calor que desprende la piel de Juan Josué me está mareando un poco, y si soy más honesta, me muero de ganas porque este beso nunca termine. Suspiro en su boca.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

No lo sé, he perdido la noción del tiempo.

—Por médicos como tú es que los pacientes no mejoran —escuchamos con evidente sarcasmo, Juan Josué deja de besarme y voltea, a mí izquierda, en la orilla del río, hay una chica alta, con una melena ondulada en tono castaño oscuro, ojos café y facciones suaves. Es muy bonita, y el uniforme que lleva puesto me causa curiosidad, tiene una blusa médica con estampado de muñequitos de *Mickey*.

—Merezco un día de descanso, ¿no te parece? —contesta él, y se echa a reír. Me toma de la mano y me hace salir del río para llegar hasta la chica.

—¡Vaya, JJ, sí que aprovechas el tiempo!

—Cuando uno trabaja tanto es lo que toca, ¿o no?, ¿cómo despreciar un día tan perfecto? —Esto último lo dice mirándome. Me ruborizo por sus palabras.

—¡Doloroso! ¡No me restriegues en la cara los regalos que te da la vida!
—Él suelta una carcajada y me da un beso fugaz, gesto que hace que ella levante ambas cejas—, hoy tenemos la boca muy suelta. —Se burla con una mirada de reproche, yo no sé si echarme a reír o morir de la vergüenza.

—Creo que es evidente, es una suerte poder besar a esta mujer —comenta agarrándome la cintura con la mano—, ella es Belén, y es mi novia.

¿Qué?, ¿acaba de decir que soy su novia? Repito, ¿su novia?, ¿se volvió loco?

Lo miro sorprendida, me dispongo a negar que somos novios cuando ella habla.

—Un gusto conocerte, yo soy Fabiola. —Estrecha mi mano igual de perpleja—, voy a fingir que le creo, él me dijo que jamás se relacionaría con una turista. —La tal Fabiola sonrío con inocencia, pero la tensión repentina en el rostro de Juan Josué es evidente, mi ánimo decae un poco, pero decido que será más divertido seguirle el juego.

—Siempre hay una primera vez —musito.

—Fabiola, estás siendo imprudente. —La regaña Juan Josué, me mira—, Belén, no le hagas caso, ella solo está enojada porque no la he ayudado a poner las vacunas. —Obviamente la respuesta de él le cae de la patada porque lo mira con resentimiento. Tomo la toalla que tengo en el bolso y comienzo a secarme.

—¿Vacunas? —pregunto.

—Sí, una vez al mes, en Karuay se hace una jornada de vacunación, ya tengo todo listo, pero el doctor está “distráido.”

—Y la enfermera se levantó con el pie izquierdo. —Se ríen, pero esta vez yo no lo hago, por muy compañeros de trabajo que sean estoy segura que a Fabiola le gusta Juan Josué, por eso hace esos comentarios.

—JJ, te espero allá para comenzar. —Pasa su mano sobre el brazo de él, sonrío y se marcha.

Molesta comienzo a recoger la ropa del suelo para vestirme, Juan Josué tendrá que darme una muy buena explicación para ese jueguito que se inventó. Me incorporo, y cuando me giro hacia él, sus ojos intensos me ven con tal fuerza que todo parece desvanecerse durante unos segundos, sus labios se curvan en una sonrisa y casi dejo de respirar cuando veo su torso.

—Toma, sécate un poco. —Le paso la toalla, me obligo a salir de mi ensoñación—, tengo una pregunta para ti.

—Lo imagino. —Me cruzo de brazos y trato de mirarlo solo a los ojos.

—¿Qué fue eso de que soy tu novia? —Veo cómo se seca el cabello

mientras espero su respuesta, sonrío entre travieso y divertido.

—A ver, eso es lo que quiero, ¿tú no? —Desprende una seguridad que me pilla por sorpresa.

—No sé nada de ti, ni tú sabes nada de mi vida, ¿cómo puedes querer algo así?

—¡Oh, Dios, Belén! somos adultos y podemos hacer lo que queramos, ¿por qué tienes que cuestionarte lo que quiero?

—¿Tal vez porque solo tenemos dos días conociéndonos?

—¿Y qué? cuando te vi solo me bastaron diez segundos para querer besarte —dice con astucia—, a mí no me gusta hacer planes ni esperar, creo que de los momentos impulsivos salen grandes cosas... ¿ves? ya sabes algo de mí. —Lo miro incrédula.

Bendita filosofía en la que cree.

Alguien en su sano juicio, sabe que dejarse llevar por las emociones, sin pensar en las consecuencias, no suele resultar bien. De pronto recuerdo la boda, haber escapado sin duda fue un acto impulsivo del que no me arrepiento, comienzo a creer que no está tan loco.

—A lo mejor tienes razón. —Hablo en el tono más serio que puedo encontrar—, pero antes de que sigas por ahí informando a las personas de nuestro apresurado noviazgo, me gustaría saber más de ti. —Se echa a reír.

—Prometo que serás la persona que más me conocerá. —Se acerca y sus manos se deslizan lentamente por mis brazos para después llegar a mi cintura, subo la vista y desde su altura sonrío, se inclina y roza mis labios, los suyos son suaves y provocativos, el corazón se me agita—, segunda confesión; me gusta cómo te erizas cuando te toco.

—Juan Josué... —Casi no puedo hablar, jamás había sentido algo parecido.

—La tercera, es que quiero verte con el short puesto cuanto antes. —Me da un beso delicado en el cuello y una ola de deseo me envuelve—, porque verte en ese bikini no me ayuda a tener buenos pensamientos. —Me muerdo los labios reteniendo las ganas de reír.

—Tranquilo, respetaré el hecho de que tengas que ir a trabajar.

—Perfecto, aunque preferiría entrar al río una vez más.

—¿Y las vacunas?

—Es cierto... debo ir —respira con pesadez.

—Anda, ve. Yo estaré por aquí leyendo, los chicos ya deben estar por regresar. —Se separa de mí con resignación.

—¿Al volver a Kavanayén crees que podamos compartir un rato a solas?
—Sonrío.

—Lo estoy deseando.

—Yo también, princesa. —Me suelta la mano y se marcha, empieza a gustarme que me diga así.



ONCE



“Levanta la cabeza, respira profundo y sal a ser esa perra sin corazón que yo sé que eres ¡No te dejes!”

El bolsillo de mi short comienza a vibrar, es el celular de André, debe ser un mensaje de Andreina o Thais para explicarme porqué aún no llegan. Miro la pantalla y hago una mueca, no son ellos ¡Sorpresa! dice Marina. Alzo la vista. ¿Esta no es la chica de la que hablaban en la camioneta?, ¿la innombrable? Veo a los lados, como si de pronto él fuera a sorprenderme en algo indebido, vuelvo la vista al celular y con algo de susto abro el mensaje.

De: Marina

**Estou em Kavanayén. Seus padres me dijeron dónde encontrarlo, tenemos una conversa importante, ¿dónde você está? **

Abro los ojos de golpe.

¿Yo estoy leyendo bien?, ¿está aquí en la Gran Sabana?

Algo me dice que esto se pondrá muy tenso. Primero, André no se vio para nada contento cuando la mencionaron, después; prácticamente me confiesa que le gusto, y eso que todavía no sabe lo que... lo que sea que tengo con JJ. En un día aparece Fabiola y ahora la tal Marina.

¿En qué culebrón de telenovela me metí?

Cuando voy a guardar el celular en mi bolsillo, llega otro mensaje.

De: Marina

**Eu sei donde você estás quedando porque seu camioneta está estacionada na entrada.*

Eu pergunté e me disseron que você saiu muito temprano y que você no está aqui,

*¿você eu parece bem que alquile un quarto? **

A los pocos segundos entra otro.

De: Marina

**Eu no me ignore, André. Eu sei que você está leyendo isso porque me sale recibido.*

Se você no responde, eu vou chamar, ¿você está pronto para hablar?

*la verdad eu prefiro que sea personalmente.**

Me pongo rígida, ni loca quiero ser yo la que atienda esa llamada. Compruebo que nadie me está mirando y agacho la cabeza para pulsar la opción de responder.

Para: Marina

Ok. Nos vemos allá ;)

En instantes llega su respuesta.

De: Marina

**¿Un rostro guiñando un ojo? ¡Um milagro aconteceu!*

*Tal vez no tudo está perdido, André.**

Me tapo la cara con las manos.

¿Cómo diablos se me ocurre mandarle un emoticón? ¡Si serás bruta, Belén!

Decido escribirle a Andreina, necesito que llegue para explicarle lo que sucede.

Para: Minha irmã

Andreina, es Belén, ¿dónde diablos están? tengo que decirte algo URGENTE.

Me muerdo la uña del dedo meñique mientras espero.

De: Minha irmã

NS, TA, HMT

Me quedo viendo la pantalla por unos segundos con cara de: « ¿Qué idioma es este? »

Para: Minha irmã

**No entiendo que dices ¡No es portugués! ¡Es más, no existe ese lenguaje! **

De: Minha irmã

**Claro que sí, amiga. Jajajajaja. Lo inventé yo.*

*Dice: no sé, te amo, hablamos más tarde.**

Para: Minha irmã

***Es en serio, Andreina, ¿ya vienen en camino? tengo algo importante que decirte.**

De: Minha irmã

¿Te besaste con el doctor? WTF.

Resoplo y contesto.

Para: Minha irmã

Sí, pero hay algo más importante que eso. P.D. Y no fue una mierda ;)

De: Minha irmã

**Cariño, sé que no pudo haber sido así. WTF es: Wow, te felicito.*

*P.D. Ya estamos llegando.**

Ruedo los ojos por sus ocurrencias, pero me río al contestar.

Para: Minha irmã

MRN. Y no es: me rindo, genia.

Definitivamente es imposible que adivine que esas siglas significan Marina, así que paso unos quince minutos riéndome antes de que lleguen.

Apenas las dejo bajarse de las bicicletas, le agarro una mano a cada una y las obligo a caminar hasta un baño para contarles. La reacción de las dos es la que imaginaba, entre sorpresa y nervios me dicen que no me preocupe, que ellas hablarán con André; al mismo tiempo les pido que me disculpen con él por haber respondido uno de los mensajes.

Al cabo de unos minutos ya estamos más tranquilas, decididas a seguir disfrutando «la calma antes del huracán» así lo describe Andreina.

—¡Santo Cristo Redentor! ¡Está decidida! —Andreina cuelga la llamada.

—¿Qué te dijo? —le pregunta Thais, ella se guarda el teléfono en el bolsillo.

—Que ciertamente está en la posada de Kavanayén y que no piensa irse porque necesita hablar con André. —Alza una ceja.

—¿Será que está arrepentida? —le pregunta su amiga—, ¡Qué romántico! vino a salvar su relación.

—¡Que romántico ni que nada! —La reprende—, te apuesto a que está celosa porque vio las fotos que subí a *Instagram*. —Sonríe con malicia—. En varias sale André con Belén.

—Eres mala, negrita. Me parece que van a tener que regresar solas a Kavanayén, a este paso esa chica ya me debe odiar —le digo. A mi derecha, Thais enrosca su brazo con el mío, pasamos un caminito de piedras que da acceso al único restaurante de la zona, una gran choza con una vista increíble hacia una cascada. Seguramente no encontraré hamburguesas con papas porque esta gente vive de la caza, la pesca y el casabe, pero estoy dispuesta a probar lo que sea.

—Que sienta lo que quiera. —Andreina baja la voz porque ya nos

acercamos a la mesa donde están los chicos—, no me arrepiento de haber subido esas fotos, que esté aquí no me sorprende; o se dan cuenta de que todavía se aman, o que terminen de una vez, ellos no pueden seguir así.

El restaurante está lleno, Thais me suelta y Yariel ya tiene apartado un puesto para ella. Andreina le sonríe pícaro al Gato, y yo me siento entre ella y André.

—¿Tudo bem? —me pregunta el susodicho con una sonrisa encantadora.

—Todo excelente —respondo algo nerviosa.

—Ordené ekei y tumá, espero que les guste —dice el Gato.

—Por mi está bien —responde Thais, Andreina y yo asentimos.

Una señora bajita se acerca a nosotros con dos bandejas, resulta que la actividad productiva de los pemones es el conuco, ellos cultivan yuca y batata, con ello elaboran el ekei (casabe) y la tumá (sopa de vegetales y carne).

—¿Quieren algo más? —dice en un perfecto español, lo agradezco mucho porque entre el portugués, el pemón y el de los mensajes de Andreina, ya me estoy volviendo un ocho.

—Cuando terminemos, por favor traiga una ronda de kachin —pide el Gato picando su casabe por la mitad. Ella asiente y se aleja.

—¿Qué es lo que pediste para después? —curioseosa Andreina.

—¡Una bebida espirituosa!

—¿Cómo?, ¿aquí toman alcohol?

—Sí, claro.

—Vaya, cada vez me gusta más la selva —contesta ella y todos nos echamos a reír.

Enseguida nos ponemos a comer, la sopa es realmente deliciosa. Tenemos tanta hambre que comemos en un abrir y cerrar de ojos, Yariel es el primero en terminar, se limpia la boca con una servilleta y sonríe con satisfacción. A los minutos el Gato pide la ronda de Kachin.

—Bueno, Belén, ¿entonces qué hiciste mientras fuimos a los rápidos? —me pregunta Andreina, le doy una mirada envenenada, ella sonríe para sus adentros. No hablaré del beso que me dio JJ delante de todos—, ¿y bien?

—Me drogué, olí una flor de Salvia y sin saber me perdí en el mundo del *País de las maravillas*... —Bebo un poco de Kachin—, ¡Ay, esto quema!
—André preocupado, me pone la mano en el brazo.

—Sorbos pequeños —dice el Gato riendo.

—Igual que con el vodka. —Se burla Yariel.

—Ya, no les hagas caso —dice Andreina—, ¡Sigue! —Incluso Thais está intrigada, porque se queda con el kachin suspendido en el aire y me mira pasmada.

—Sí, ¿qué sucedió entonces, Belén? —Dejo el vasito en la mesa y comienzo a contarles casi todo lo que ocurrió.

—¡Qué peligroso! —exclama Thais—, pudiste haber resbalado de ese risco.

—¡Qué peligroso ni que ocho cuartos! Juan Josué estaba ahí, no hubiera permitido que se lanzara —le contesta Andreina.

—Sí, pero me contó que le tiene miedo a las alturas, lo hice pasar tremendo susto.

—¡Qué va! está tan loquito por ti que se hubiera lanzado contigo —apunta el Gato, y Andreina choca su mano con él.

—Son... ¡Son insuportáveis! —Ella se encoge de hombros ante el comentario de su hermano, yo lo corrijo.

—Haz el favor de hablar como es debido, para estos dos seres se necesita lenguaje venezolano... ¡Son un par de pendejos! —Thais y Yariel, ambos delante de mí, sueltan una estruendosa carcajada.

—Pendejos y todo, sabes que ya nos quieres, ¿entonces qué sucedió después? —Cabeceo, Andreina no tiene remedio.

—Vale, ¿para qué negarlo? —digo entre risas—, ¿por dónde iba?

—¡Te metiste en el río! —me contestan los dos a coro.

—¡Ah, sí, verdad! —Esta vez doy un sorbo corto a mi kachin y continúo, les explico que poco a poco el efecto de la droga fue pasando—, y entonces fue cuando llegó Fabiola diciendo lo de las vacunas. —Andreina sabe que omito la parte que ella quiere escuchar, pero me mira curiosa cuando

menciono a la chica.

—¿Y quién es Fabiola? —Todos se muestran interesados menos el Gato.

—Es la enfermera del pueblo —responde él.

—¿Y es bonita? —le pregunta removiendo con el dedo índice el trago, a continuación se lo mete en la boca y lo lame con descaro.

—Sí, pero no más que tú.

—Eso ya lo sé —responde ella complacida.

—¿Le pedimos sopa para llevar a Juan Josué? —pregunta Yariel.

—Mejor pide dos —comenta el Gato, hace una seña con la boca para que volteemos, me revuelvo incómoda en la silla cuando lo veo entrar con la tal Fabiola, colgada de su brazo como una garrapata.

—No es tan bonita —dice Thais, notó que estoy haciendo un esfuerzo para no mostrarme nerviosa ni inquieta.

¡Dios, es ridículo que sienta celos!

—Si quieren mi opinión... —Andreina la mira y da un sorbo a su kachin—, no pinta nada la niña al lado de nuestra amiga.

—¡Las mujeres y sus cosas! —El Gato aguanta la risa.

—Eh, pero yo no estoy en una competencia, baja la voz.

—Você puede considerarlo um milagro si ella calla —dice André. No lo considero del todo un milagro, pero todos enmudecen cuando ellos llegan a la mesa.

En la naturaleza de Yariel no está el ser antipático, así que se levanta y consigue dos sillas desocupadas de la mesa de al lado, tengo la impresión de que el rostro de Fabiola se endurece cuando Juan Josué no lo piensa dos veces y se sienta a mí lado.

—¿De qué hablan? —pregunta.

—De las bellezas del lugar. —Andreina sonrío, JJ la ve como cuando la gente te dice cosas por decir y nadie se las cree ni un poco.

—¿Qué?, ¿no me crees?

—No. —Él sonríe con esa sonrisa perfecta cuando me descubre pelándole los ojos a Andreina, baja la vista hasta mi vaso y luego mira con reproche al Gato—, ¿no es muy temprano para tomar kashin?

—¿Todavía estamos en horario laboral? —Se burla su amigo—, pensé que ya habíamos terminado, papá.

—Siempre tan sarcástico el minino —comenta la recién llegada.

—No pienso cambiar, y es Gato, no minino. —Se limita a decir él.

—Tampoco es que me importe, minino. Por cierto, me llamo Fabiola —le dice a los chicos y les estrecha la mano, la chica es habladora porque pronto les saca conversación « ¿Ustedes son de Brasil?, ¿qué tal sabe la caipiriña?, ¿cómo son las favelas? » y sin saber por qué, volteo y Juan Josué me está mirando, me ruborizo de inmediato cuando él se moja los labios.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué me miras así? —susurro.

—¿Así cómo?

—No lo sé, es desconcertante, aún te conozco poco. —JJ contiene las ganas de reír, toma mi mano por debajo del mantel y se inclina sutilmente, asegurándose de que solo lo oiga yo.

—Cuarta confesión, esta mirada indica que muero por besarte, de hecho, creo que no aguantaré hasta nuestra cita en la noche.

¡Oh, santas confesiones y malditas amenazas! ¡Yo también muero por repetirlo!

Mientras Juan Josué juega a pasar su pulgar por encima de la palma de mi mano, yo me voy abandonando al calor abrazador que siente mi cuerpo, con un poco de suerte nadie se dará cuenta y evitaré una incómoda conversación. Una vocecita interior me dice que todavía no me deje caer en sus redes.

—Creo que es hora de regresar, JJ. —La voz de Fabiola me hace reaccionar, y cuando aparto la mano, sus ojos atrapan el gesto.

—¿Regresar? —Lo miro a él, pero me responde ella.

—Sí, todavía nos faltan un par de horas, no todos estamos de vacaciones. —Me giro hacia ella.

¿Qué diablos le pasa?

—Resulta que no tomo un descanso desde hace muchos años, así que fijate que no, no me da ni un poquito de vergüenza disfrutar de mis vacaciones. —Hablo con tanta rabia que de estar más cerca de ella capaz y le lanzo un golpe—, y hablando de eso... —Me pongo de pie y miro a mis amigas—, ¿no íbamos al río? —Ellas asienten rápidamente y toman sus cosas.

—Allí estaré en quince o veinte minutos —me dice Juan Josué, tratando de mantener la voz controlada.

—No te preocupes, no hay apuro —contesto sin ocultar mi desagrado ante la situación, Fabiola rueda los ojos.

No pienso perder el control, así que comienzo a caminar hacia la salida del restaurante seguida de mis amigos, Juan Josué Miranda no parece tener intenciones de hacerme daño, ¿pero y ella? eso es un tema que definitivamente hay que hablar; no me cabe duda de que puedo luchar por él, la cuestión es si quiero hacerlo.



DOCE



“Escucha a todos, pero decide tú.”

Salgo del restaurante y espero a que las chicas lleguen. En cuanto me alcanzan, sigo caminando y contengo la rabia, segundos después ya estamos en el río.

Me quito la ropa, me lanzo sin pensarlo mucho y nado hasta el pie de la cascada, me siento en una piedra en donde el agua salpica bastante, tal vez esto logre sacarme la rabieta, pero el intento es en vano porque la cara de esa estúpida arrogante vuelve una y otra vez. Decido pararme bajo la cascada y lo comienzo a disfrutar, la cortina de agua cae sobre mi cuerpo con fuerza y cierro los ojos.

Me sorprendo al darme cuenta que casi puedo comparar con él, el olor a naturaleza, a limpio y a libertad. Imágenes de sus ojos, de su timbre de voz, del beso dulce que me dio, van sustituyendo poco a poco a todo lo demás. He conocido a muchos hombres, he sentido afecto por unos y atracción por muy pocos; al menos que yo sepa, no he experimentado nunca ese sentimiento

arrebatador que narran en los libros. En cuanto al amor, todavía espero por esa persona que sienta miedo de perderme, que quiera hacer lo que sea por estar conmigo, que me respete y mueva mi mundo y mi alma.

Aunque... algo sucedió hace unas horas en este lugar, perdí la noción del espacio y el tiempo cuando sus labios se acoplaron de una forma magistral a los míos.

¡Maldición, no necesito esto! no necesito escapar de tan lejos para venir a encontrar más drama, no necesito que un extraño altere mis sentidos. Porque sí, eso fue lo que sucedió, ese beso duró, ¿cuánto?, ¿unos minutos? me alteró e hizo que fuera consciente de cada latido de mi corazón, de cada poro de mi piel erizado y al borde de una convulsión.

Es que el efecto fue tan fuerte que siento que lo revivo: intenso, con dulzura, sensual...

¿Qué demonios me pasa?, ¿por qué lo siento con tanta claridad?

Abro los ojos espantada cuando la calidez de una mano roza mi cintura. Para mi sorpresa, descubro que Juan Josué está frente a mí y sonrío, con las manos me aparto el agua del rostro, pero es imposible enfocarlo bien, poco a poco me empuja hacia atrás y el agua deja de caernos encima; nerviosa miro alrededor, me doy cuenta de que estamos del otro lado de la cortina de agua.

—Hola —dice echándose el cabello hacia atrás con las manos, siento que el corazón se me acelera.

¿Me estaba besando?

—¿Qué estás haciendo aquí? —Sonríe.

—Terminé más pronto de lo que creí. Escucha, tengo que hablarte de Fa...

—Guárdate las explicaciones, de verdad no quiero saber.

—¿Para cuándo? no tengo intenciones de empezar con mentiras, ¿no te da ni un poquito de curiosidad? —Lo miro por unos segundos antes de asentir un tanto irritada.

—No me gusta para nada la forma en la que Fabiola me mira y habla.

—Belén, créeme que se lo hice saber.

—Nada, sé muy bien cómo actúa una mujer celosa, me molesta que

hayamos iniciado algo sin que me advirtieras de que hay alguien más. Soy una adulta y tomo decisiones, y mi decisión es que no tengo ganas de jugar contigo.

—Ni yo contigo.

—Pues entonces punto y fin. —Me volteo para escapar de él, pero me pilla desprevenida que me gire para pegarme a su pecho, pronto estoy envuelta en sus brazos, respirando con dificultad y con los ojos abiertos de par en par. La imagen de Miguel Ángel sosteniéndome con fuerza llega a mi cabeza y comienzo a sentirme inquieta, una punzada de miedo me ataca de pronto.

—¿Punto y fin? creo que eso ya no será posible, si quieres ponle punto y seguido porque no pienso terminar nada hoy. —Juan Josué se aparta un poco cuando me estremezco, agarra mi barbilla y hace que lo mire—, oye, ¿estás bien? —Es absurdo que me suceda esto, todo indica que JJ es un hombre respetuoso, pero igual lo creí por muchos años de Miguel Ángel, ¿y qué resultó? un imbécil realmente peligroso.

—Sí, estoy bien. Es solo que... me da miedo arriesgarme con el punto y seguido. —JJ alza la mano y me aparta del rostro un mechón de cabello que me tapa el ojo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que tú puedes llegar a donde no se lo he permitido a nadie. Siento una curiosidad inmensa por saber qué puede pasar, no obstante, no estoy del todo segura, estoy tratando de no sentir miedo, pero es algo inevitable —confieso.

—El futuro siempre es incierto, pero a mí me daría más miedo no averiguar lo que puede pasar. —Lo miro en silencio.

—¿Puedo confiar en ti? —Inclina la cabeza y roza mis labios, sonrío por la calidez que me transmite.

—Puedes, princesa. Cada día me aseguraré de que confíes un poco más. —Asiento con lentitud, el rubor se extiende con fuerza por toda mi cara.

—¿Te puedo pedir algo?

—Claro.

—¿Podrías besarme de nuevo? es que quiero asegurarme de que tus labios solo serán míos. —JJ se echa a reír, me rodea la cintura con los brazos y se

pega con habilidad a mi cuerpo.

—¡Mujeres, nunca terminaré de entenderlas! —exclama—, no tienes de qué preocuparte con Fabiola, más bien el que debo estar alerta soy yo. —Frunzo el ceño con desconcierto—, ella no quiere besarme porque quiere besarte a ti. —El impacto de sus palabras hace que abra mucho los ojos y la boca.

—Es... —susurro sorprendida.

—Le gustan las mujeres —concluye por mí.

—¡Carajo, eso no lo imaginé! —Lo miro avergonzada cuando alza ambas cejas por mi palabrota, luego larga una gran carcajada—, lo siento por ella, pero siempre me han gustado los hombres.

—Ya me di cuenta de eso. —Sus manos abandonan mi cintura y se posicionan en mis mejillas—, se lo dejé claro, supongo que por eso está molesta.

—¿Qué le dijiste?

—Primero le repetí que eras mi novia.

—Me parece bien, ¡Que todas las lesbianas del mundo lo sepan ya! —Se larga a reír.

—Le dije que no tuvo gracia su actitud, y que así no va a conquistar a nadie jamás.

—Creo que fue demasiado —Por alguna tonta razón me da pena.

—¿Prefieres hablar tú con ella? —Me mira con sonrisa burlona.

—¡No!

—¡Ah, eso creí! —Se le ve muy divertido, no puedo evitar sonreír, por supuesto que no quiero hablar con ella de esto, él la conoce, es su amiga y debe saber qué decirle y cómo.

—Una cosa... ¿por qué el Gato no dijo nada mientras almorzamos?

—No lo sé, todavía no sabe que tenemos algo, creo que se estaba divirtiendo con la cara de Fabiola, suelen tratarse de la patada desde que ella tuvo algo con una conquista de él, una turista que le decía minino. —Me echo a reír con fuerza.

—No está demás que el Gato le tenga rabia entonces.

—No. Y ya que aclaramos ese punto, me gustaría continuar en donde querías asegurarte de algo. —comenta apretándome un poco, su fuerte agarre hace que mi corazón bombee sangre a una velocidad inaudita, pero esta vez el gesto no me hace sentir miedo.

—Por mí no hay problema —respondo con seguridad.

—Entonces que empiece ya ese punto y seguido. —Me regala una cálida e irresistible sonrisa. No digo nada mientras acaricia mi cabello y lentamente desliza la misma mano por mi espalda, Juan Josué me besa la sien, levanto la vista hacia él y dejo que sus labios dejen un rastro de besos en mi mejilla derecha, pero esos roces no son suficientes y los dos lo sabemos.

—Bésame —le pido ansiosa, y es cuando llega a mis labios, lo abrazo con fuerza y reclamo su lengua, su boca. No quiero pensar, no quiero que este beso acabe.

Una vez más mis sentidos se agudizan guiados solo por el efecto que este hombre me causa, subo las manos hasta su cabello y entierro mis dedos, su lengua explora cada rincón de mi boca, y sus manos inquietas viajan por mi piel, Juan Josué no es consciente del calor que me abraza y me excita hasta ser casi doloroso.

Siempre busqué alguien que me hiciera sentir algo diferente, no imaginé que solo bastaba sacar mi lado aventurero y venir a la Gran Sabana para encontrarlo, él me hace enloquecer, rompe la calma y desafía mi razón. Con mucha fuerza de voluntad voy bajando la intensidad, respiro su aroma y me alejo, suspira fuerte.

¿Cómo sin saber nada de él logra derretirme de esta manera?

—Nunca me habían besado así. —Hablo a centímetros de su boca.

—Y eso que no ha sido mi mayor esfuerzo. —Emito una risita porque sus ojos verdes me miran divertidos.

—Se nota, porque ha sido el peor beso del mundo.

—No eres buena mintiendo, princesa. —Mi risa no tarda en salir, lo empujo y él me salpica con agua.

—Es solo cuestión de practicar muchas veces —Sonrío provocadora, JJ

eleva una ceja y responde con voz ronca.

—Lo repetiré... —Se inclina y deja un pequeño beso en la comisura de mis labios—, esta noche en nuestra cita. —Acaricia mi cabello—, hasta demostrarte que puedo ser el mejor. —Soy consciente de cómo se me dispara el corazón con su promesa.

—Lo que haga falta para tu aprendizaje. —Le robo un beso fugaz, niega riéndose, luego suspira fuerte y me mira serio.

—Belén, debemos ir con los demás, ¿les decimos lo que pasa o quieres esperar?

—Que se enteren.

—¿Segura?

—Sí, la cara de todos será una buena historia que contar luego. —No responde, pero tampoco evita ampliar su sonrisa.

Cierro los ojos cuando me toma de la mano y cruzamos la cascada, caminamos con decisión, mostrándoles a nuestros sorprendidos amigos que estamos juntos.

Caracas

Benjamín

Ahora mismo me gustaría que las clases de ballet de Samanta duraran más de dos horas. Retiro mi mano de la pierna de Ana y me levanto de la cama.

—¿A dónde vas? —Apenas escucho su voz soñolienta.

—A darme una ducha —contesto más seco de lo que quiero—, mientras tanto deberías reponerte, Sami está por llegar.

Una vez en el baño apoyo las manos en el lavamanos y resoplo.

¿Por qué tienes que ser tan cabrón, Benjamín?

Si las circunstancias fueran otras, seguro le daría un beso profundo en los labios y le pediría que repitiéramos todo de nuevo en cuanto hubiera oportunidad, me revuelvo el cabello con frustración y entro a la ducha, tengo que ocuparme de algunos asuntos de SONADVI y hacer algunas llamadas; Giovanni del Villar estará encantado cuando le presente mi renuncia, seguro aprovechará mi ausencia y la de mi padre para creerse el dueño y señor de la sociedad. Cierro los ojos y dejo que el agua me reconforte.

Solo tengo veinticinco años, soy joven para estar todo el día amargado, debería estar jugando en la liga de futbol profesional, no lidiando con un negocio que no me interesa. Eso no me molestaba tanto, hasta que me encontré a un viejo amigo hace unos días en el centro comercial.

—¿Desde cuándo no tocas una pelota? —Me preguntó Julio, fuimos compañeros de equipo en la sub-20.

—Desde hace algún tiempo.

—¿Puedes ser más específico? —Pude mentir y decirle un año, parece imposible que hayan pasado cinco, incluso ya casi son seis.

—Eras muy bueno, Benjamín, ¿no has pensado en ser entrenador?

¿Cómo le digo a mi padre cuando despierte que abandoné mi cargo en SONADVI?, ¿cómo le dices a tu esposa que has sido infeliz por cinco años y que sientes que parte de la culpa es suya? Ana se sentirá muy dolida luego de creer que nos hemos reconciliado por completo, porque sé que eso es lo que debe estar pensando, pero por mucho que la ame, aún guardo mucho resentimiento. He salido adelante con este matrimonio sin haberme sentido preparado, he sido un buen padre y había enterrado la idea de volver a pisar un campo de futbol; pero luego de esa conversación con Julio y de un par de llamadas, lo he pensado mucho. Tomé una decisión, es hora de que los demás se esfuercen por entenderme.

Luego de la ducha me visto y bajo a la cocina, Ana no parece dar señales de vida así que la dejo descansar, saqueo la nevera en busca de algo de comida, como ella estuvo en la clínica conmigo, no hay nada preparado; no tengo habilidades culinarias, así que un sándwich de atún y un vaso de *Coca-*

Cola es perfecto, igual me encanta comer eso.

La bocina del transporte me hace dejar el sándwich en la mesa, me pregunto si Ana ya le habrá dado la mensualidad de este mes.

—¡Papi! —exclama emocionada cuando abro, estoy trabajando cuando llega de clases, siempre es Ana quien la recibe.

—Hola, mi bailarina. —Sonríe.

—¡Estás aquí! —dice como si no lo creyera.

—¿Cómo te fue? —Con la mano me despido de la señora del transporte.

—Bien, hicimos calentamiento, y Masiel dijo que la pijamada es el sábado. —Recuerdo que Ana habló sobre un pijama nuevo para un cumpleaños.

—¿Y ya tienes el regalo?

—Sí, mami compró una camisa lindísima, también pinturas de uñas y me compró unas a mí. Yo y Masiel nos pintaremos de varios colores.

—Masiel y yo. —La corrijo.

—Papá, tu eres hombre, no puedes pintarte las uñas. —Aguanto la risa mientras le quito el bolso con sus cosas de ballet, lo dejo en el mueble.

—¿Tienes hambre, cerebrito?

—¿Hay sándwich de atún y Coca-Cola? —Le sonrío a mi preciosa.

Sami es una niña dulce, inteligente y muy habladora. Con su mamá habla de cosas de chicas, maquillaje, ropa, salen de compras y cuchichean sobre *Zac Efron*, a quien Sami adora. Cuando está conmigo habla de lo mismo, es una chica, pero también disfruta ver un partido de fútbol acurrucada en el mueble de la sala, le gustan mis sándwich de atún y se toma toda mi *Coca-Cola*. Le encanta que le lea historias de fantasía, se divierte como loca cuando bailamos *Just Dance* en el *Wii*, y todavía me da la mano cuando salimos de paseo. Es la luz de mis ojos, el amor que siento por Samanta es lo que mantiene la chispa de estabilidad en mi vida, de haber firmado aquel contrato a mis veinte, me hubiera perdido de la bendición de ser su papá. Nunca le he agradecido este regalo a Ana María, he pensado en decírselo, no siempre, solo de vez en cuando.

—¿De verdad veremos *High School*? —Se lanza al sofá con tanto ímpetu que casi lo empuja hacia atrás.

—Solo la primera —digo buscando la grabación—, seguro tienes tarea para después.

—Sí, papi. Y además examen de las tablas de multiplicar. —Ella lo dice tan tranquila que me dan ganas de reír, Ana no debe saberlo o ya estuviera con cuaderno en mano haciéndola practicar.

—Entonces con más razón, solo la primera y a estudiar. —A pesar de su suspiro dramático acepta sin rechistar.

Busco en la cocina los dos vasos de *Coca-Cola*, los sándwich de atún, y encuentro en la gaveta unas galletas *Oreo* que vacío en un plato hondo. Sami me abre espacio y lo primero que agarra son las galletas.

—Me dejas algunas.

—Lo sé, cuatro para cada uno, estas son para mami.

—Está dormida.

—Ya no. —Nos giramos al escucharla, Ana rodea el mueble, le da un beso en la cabeza a Sami y se sienta a mi lado subiendo las piernas en mi regazo—, ¿qué veremos? —Sami sonrío con complicidad.

—¿A qué no adivinas? —Tomo un sorbo de mi refresco.

—Claro que lo sé. —Se inclina un poco y muerde mi sándwich—, veremos a mi novio *Zac*. —Ruedo los ojos y Sami suelta una risita.

—¿Cuántos años tienes, Ana?

—Cuando veo *High School*, dieciséis.

—Shh... ya empieza. —La niña pide silencio.

Recuerdo sus dieciséis, todo en su cuerpo había crecido, fue el año en que nos hicimos novios, el año en que descubrí placer en algo que no es el deporte. Le paso el plato con oreos y ella toma una y sonrío.

—Quisiera que tuvieras dieciséis otra vez —susurro.

—¿Por qué?

—Para partir de cero.

—No necesitamos ser adolescentes para comenzar por segunda vez.

—Tienes razón. —Juego con mi vaso de *Coca-Cola*—, es complicado, Ana. Debo hablar contigo algo importante, necesito tu apoyo o de lo contrario no funcionará. —Cuando la miro, ella tiene una expresión desinflada.

—¡Papá! —Me regaña.

—Está bien, veamos la película. —Le revuelvo el cabello.

Ella se quita los zapatos y también coloca sus pies sobre mis piernas, de manera que casi están acomodadas sobre mí. Ana no protesta así que decido disfrutar de este instante de paz, sintiendo buenas probabilidades de que todo puede llegar a funcionar.



TRECE



“Lo que es para ti ni aunque te quites, lo que no es para ti ni que te pongas.”

A André se le desencaja la cara cuando salimos del río y nos aproximamos hacia ellos.

—Hola —digo sintiendo un escalofrío, que me recorre de arriba abajo por su dura mirada.

—¿Qué está aconteciendo aquí? —El apretón de Juan Josué en mi cintura no me tranquiliza.

—¿Ustedes creen en el amor a primer beso? —JJ mira a André, que aprieta los dientes con molestia—, Belén y yo estamos juntos, es precipitado, pero queremos que lo sepan. —Tengo la horrible convicción de que me van a juzgar, así que espero unos segundos tras lo que dijo mi acompañante, pero no lo hacen, André se marcha echando chispas y Yariel lo sigue.

—¡A mí me parece estupendo! —exclama el Gato y le sonrío a su amigo.

—Pues a mí también, aunque sin duda, André no opina lo mismo. —JJ mira a las chicas y luego me mira a mí.

—Se le pasará —responde Andreina—, la noticia de Marina lo mantendrá con la cabeza ocupada.

—De verdad espero que logren solucionar las cosas, lo que menos deseo es verlo triste —digo dirigiéndome a Andreina.

—¿Quién es Marina? —pregunta Juan Josué.

—La ex novia de mi hermano, que acaba de llegar.

—André no quiere saber nada de ella —le digo.

—Ya... —Asiente—, ¿y aún no sabe que está aquí?

—No, no lo sabe. —Thais hace una mueca de pesar.

—Lo mejor será que se arreglen —dice Andreina—, no querrán presenciar una pelea de esos dos.

—Yo quiero que peleen —interviene el Gato en tono divertido—, si se gritan groserías en portugués me reiré mucho.

—Gato —le advierte JJ—, no es divertido.

—Lo siento, tienes razón —continúa—, pero no pueden prohibirme la risa si llega a pasar, ¿por qué no se visten para poder irnos? no quiero que nos agarre la noche en la carretera.

—Sí, es buena idea —contesta Andreina.

—De acuerdo, iré por André y Yariel —dice Thais.

—Voy por mis cosas. —Juan Josué y me mira—, ¿quieres venir? —Seguramente ahí está Fabiola, así que no.

—Ve tú —respondo, cuando se va me coloco la franelilla y me pongo los lentes de sol.

Veinte minutos después ya estamos listos, André parece tenso y en ningún momento me mira, eso de estar incómodos y andar cada uno por su lado como si no nos conociéramos no es lo que deseo. Me acerco a él con la esperanza de que no me rechace, ya que el Gato y JJ revisan que todo esté bien con los *Jeeps* para partir.

—André, ¿podemos hablar?

—Ahora no puedo, Belén, ¿puede ser después? de verdad en este momento no me siento capaz de entender.

—¿Cuándo estés listo hablaremos? —Asiente tras un largo suspiro, no quiero perderlo como amigo, no hay más remedio que esperar.

Luego de eso regresamos a Kavanayén. Me mantengo callada todo el trayecto, retraída, distante, perdida en mí mundo. Yariel y Juan Josué no paran de hablar, yo solo escucho pensativa, si ya estaba nerviosa con los mensajes de Marina, mis nervios aumentan cuando veo que ya estamos en la entrada de la posada.

—La pasamos genial hoy —dice Yariel.

—Así es —confirma Thais—, gracias por todo, JJ, ¿a dónde vamos mañana?

—No hay nada que agradecer. —Sonríe—, y ya que lo mencionas, mañana no podré ir, estaré ausente un par de días. —Me da tristeza escuchar eso, nunca he sentido la necesidad de no despegarme de alguien, pero al parecer no hay alternativa.

—Pero eres nuestro conductor designado.

—No te preocupes, el Gato tiene personal a su disposición.

—No lo entiendes, esta chica no se divertirá si no estás —contesta mirándome, él suelta una breve carcajada y yo suspiro con pesar porque me doy cuenta de que Thais tiene razón.

—¿Qué harás esos dos días? —No puedo evitar preguntar.

—¿Les damos espacio? —le pregunta Yariel a su novia, ambos están de acuerdo y se bajan.

¡Menudo par!

—Tengo que resolver unos asuntos. —Unos «asuntos», aunque me desinflo un poco, asiento. Juan Josué me toma de la mano, respira profundo y me mira con intensidad.

—Belén, ¿estás bien con la decisión de estar conmigo? te noto muy pensativa y comienzo a creer que te arrepientes. —Tomo aire y lo suelto

lentamente, la preocupación con la que hace la pregunta me hace sonreír y apretar su mano.

—¿Arrepentida? —digo con suavidad—, no, no me arrepiento de nada, no voy a permitirme dudas sobre esto.

—¿Ves? no es tan malo seguir el primer impulso. —Me guiña un ojo.

—No, no es tan malo. —Me río—, de hecho desde hace unos días comienzo a sentirme distinta, me siento cómoda tomando mis propias decisiones, ya sean acertadas o no.

—¿Quiere decir que antes otras personas decidían por ti?

—Todo lo decidían por mí —suspiro—, en especial mi padre. No, corrijo; él no decidía, él ordenaba y yo obedecía, lo más raro de todo es que yo pensaba que eso estaba bien.

—Algún día entenderás la lógica de tu padre, princesa —dice muy serio—, bueno, eso creo, el mío nunca estuvo para mí, es preferible tener un mandón, a tener un perdedor hijo de puta al que no le tengas respeto. —La ira contra mi padre se apacigua un poco, ¿qué es peor?, ¿tener a Gilberto Alvares o no tenerlo?, ¿cómo pueden existir padres tan negligentes que se pierden del futuro de sus hijos aunque sepan que los odiaremos por eso?

—Supongo que es así, estoy segura que estando lejos tal vez logre entender.

De pronto estar tan lejos de casa me parece una decisión que puede cambiar mi vida, ¿cuánto tiempo estaré aquí?, ¿días?, ¿semanas? no sé con exactitud cuánto tiempo piensan quedarse los chicos, ¿qué pasará cuando me vaya? no sirvo para las relaciones a distancia, ¿y a dónde va que no me puede contar de esos asuntos? me escosen los ojos, me bajo y apoyo la espalda de la puerta del *Jeep*. El día entero ha sido cálido y agradezco la suave brisa que refresca, observo detenidamente a Juan Josué cuando se para frente a mí.

—¿Qué sucede?, ¿por qué de pronto estás triste? estoy seguro que entenderé si me lo explicas. —Se acerca seguido de su agradable olor a selva y libertad. Cueste lo que cueste no voy a arrepentirme y voy a intentar que esto funcione.

—Dirás que estoy loca.

—Tal vez, prueba a ver. —Su comentario me hace sonreír.

—¿Es normal que te conozca desde hace un par de días y que ya te quiera un montón? —Con mucha seriedad, él asiente.

—Por supuesto que sí. —Coloca un mechón detrás de mí oreja y me acaricia el pómulo con el pulgar—, porque yo también ya te quiero un montón.

—¿Y qué pasará cuando me vaya? pronto sucederá y tú has echado raíces aquí, eres el médico del pueblo, el único.

—¿Y quién te dijo que soy irremplazable?, ¿crees que no he pensado en que estás de vacaciones?

—¿Lo has pensado?

—Estos dos días he pensado muchas cosas, ni te imaginas cuantas. Tengo algo importante que contarte, hasta puede que te haga dar un salto de alegría.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy seguro que te dará esperanza. —Presiona sus labios contra los míos—, paso por ti a las ocho.

—No puedes decirme algo así e irte, me matará la ansiedad, Juan Josué.

—Sí puedo. —Camina hasta la puerta del conductor—, es más, lo estoy haciendo. —Lo miro con intensidad.

—¡Alto ahí, bájate!

—No quiero. —El rugido del motor me hace dar un paso atrás, me cruzo de brazos—, hablaremos de eso durante la cena.

—No iré si no... —Me guiña el ojo y arranca, riéndose obviamente, y yo me quedo ahí con la palabra en la boca negando y sonriendo como idiota.

Decido subir a la habitación.

Me quedo muy quieta, parada en el pasillo, había olvidado que comparto habitación con Andreina y André, ¿y si Marina está ahí? y me lo confirma una voz de mujer cuando llego hasta la puerta y la escucho hablar.

—Desculpe, más eu tenía que venir, ¿vocé no entiende que é importante? —Se le escucha exaltada y ansiosa.

—No insista, eu no me importa se é importante ¡No!

—¿Será que eu quiere ouirme? ouye, André... ¡Vocé tem que hacerlo!

—¡Vocé no puede fazer esto, Marina! Vocé no puede venir aquí quando eu pedí... no, mejor dicho... ¡Supliqué para que vocé diera espacio! Eu preciso ordenar meus sentimientos, ¿é difícil de entender? —Ya estoy preocupada, se oyen muy enojados.

—¿Será que é por nova amiga? espero estés orgulhoso ¡Lo conseguí, André! vocé está pagando con a mesma moneda, ¿cierto? —La voz de la chica aumenta, se le nota frustrada y desesperada.

Carajo, esa «nueva amiga» soy yo.

—¿Qué mierda vocé está falando?

—De propietario deste vestuario, ¿vocé cree que sou estúpida para saber que tudo isto no é de Andreina? —Se hace un silencio sepulcral, me muerdo el labio nerviosa, las manos me sudan y quiero marcharme. Está hablando de todo el desastre de ropa que dejé sobre la cama esta mañana.

—¿O qué?, ¿Vocé sente con derecho a reclamarme alguna coisa?

—Eu sei que no puedo, más duele, ¿me entendé? —El llanto de la chica hace que el estómago se me apriete.

—Está ben, te ouvirei. —Y justo cuando ella va a empezar a hablar, una mano en mi hombro me espanta tanto que doy un grito ahogado, ellos escuchan porque de inmediato abren la puerta.

—Belén, vine a buscarte —dice Andreina con una risita, tremendo susto me echó. André me mira sin comprender, y compruebo por las lágrimas y la cara roja de la chica, que sí está tan afectada como creí.

—Yo... yo solo vine a... siento molestar. —Él no responde de inmediato, pero luego me abre paso con rostro inexpresivo.

—Eu seu quarto também, aquel que lo sente sou yo, esto es un imprevisto. —Me da mucha pena al ver que la chica suelta un par de lágrimas silenciosas, entiendo porque está tan triste y de repente se me ocurre una idea.

—Bueno, recogemos unas cosas y dejamos de interrumpir, ¿verdad, Andreina? —Ésta asiente rápidamente—, saldré a cenar con mi novio y necesito ropa —digo buscando en la maleta lo que quiero ponerme, evito la mirada de sorpresa de la chica—. ¿Me prestas ese perfume?

—Sí, claro... —contesta Andreina dándome la botella.

—Siempre hay que oler bien —digo al fin mirando a Marina—, ya sabes, por eso de si te besa, si te abraza o si se pasa. —Le guiño el ojo.

—Pásenla tan bien como Belén, chicos. —Andreina cierra la puerta.

Ya a unos cuantos metros lleno mis pulmones de aire y comenzamos a saltar grandes carcajadas, por la cara de André y Marina creo que todo salió bien.

JUAN JOSUÉ

Al rato de dejar a Belén en la posada, le llevo el *jeep* al Gato, él no permite que lo use sino exclusivamente para los tours, y yo tampoco lo necesito porque tengo mi propia camioneta. Lo encuentro esperándome en la puerta de su agencia de turismo, apago el motor y me bajo, con agilidad ataja las llaves cuando se las lanzo.

—¡Interesante día! —bromea, me rio porque ayer estaba renuente a acompañarme.

—Y tú que no querías ir.

—Vale, me equivoqué. —Sonríe—, sí valió la pena el viaje, mi chica es hermosa.

—¿Tú chica?

—No me puedes reclamar cuando tú también te ligaste a la amiga. —Frunzo el ceño, Belén no es precisamente un «ligue» pero se la dejo pasar.

—No diré nada, pero ve con cuidado y no la lastimes.

—De acuerdo, ¿vamos por una cerveza?

—No puedo.

—¿No puedes?, ¿por qué? —Resoplo, si no le cuento me fastidiará hasta que se lo diga.

—Tengo planes. —No le sorprende, pero sonrío con mucha malicia.

—Ah, ya veo, ella me cae bien, se ve seriecita... —Ensancha su sonrisa maliciosa—, también se ve que...

—¡Epa! —Lo empujo, dándole a entender que me molesta su broma pesada—, Gato, para con eso, estás hablando de mi novia, es lógico que haga planes con ella. No te incumbe lo que suceda entre nosotros. —Me mira de reojo, se contiene para no seguir jodiendo con el tema, pero igual continúa.

—Qué sensibilidad. Obviemos el tema, pues. —Se ríe—, mejor dime, ¿qué significa «lo que suceda entre nosotros» ?

—¡No es tu problema!

—¿Y a dónde la vas a llevar? no hay mucho que ver en Kavanayén por las noches.

—A mi casa, compraré algo de cenar. —Se vuelve a reír entre dientes, ¿qué diablos le pasa? todo lo que digo es un chiste, está logrando molestarme.

—Vas por lo seguro, ¿no?, privacidad absoluta para poder meter mano.

—¡De verdad eres un imbécil! —Le doy una mirada de advertencia.

—¡Vamos, somos amigos! ¿Qué puede pasar en tú casa, a solas, luego de cenar?

—No quiero hacer las cosas así —suelto tratando de mantener la calma—, quiero ganarme su confianza, ella es diferente. —Esa confesión hace que él me mire con sorpresa, sonrío con tanta satisfacción que me provoca darle un puñetazo.

—«Diferente» —repito—, osea, de las chicas que tomas de la mano, llamas princesa y cenas sin intenciones de arrancarle la ropa y... —Lo golpeo en el hombro y suelta una estruendosa carcajada.

—¡Cállate o te golpearé en serio! Y sí, es algo distinto, puede hablar de lo que sea y estoy seguro de que no me fastidiará. Se siente bien descubrir quién es, estar ahí y verla hablar y sonreír, me gusta su sonrisa, y no te sé explicar por qué estoy tan tranquilo y no necesito que esta noche pase algo más que cenar. Quiero disfrutar un buen rato a solas con ella sin ninguna doble intención, ¿entiendes? —Él está parado a mi lado, de repente me observa con mucha seriedad, tanta que hasta asusta. De pronto su rostro dibuja una pequeña sonrisa.

—Entiendo... —Me mira fijamente—, ¿y tú lo entiendes?

—¿Qué? —digo sin comprender.

—No te joderé más con el tema, es más que evidente que ella es especial. Belén no es solo una turista, ustedes de verdad se encontraron en este viaje.
—Palmea mi hombro derecho y lo veo entrar a la agencia.

No comprendo que quiere decir con eso, o a lo mejor sí y... mierda... todo lo que siempre he querido se parece a ella.



CATORCE



“La sangre te hace pariente, pero la humildad y lealtad te hace familia.”

Camino de aquí para allá en la recepción de la posada, creo que en cualquier momento el encargado me gritará: ¡Para, mujer! Y es que tiene el ceño fruncido y tamborilea los dedos cada vez más rápido.

Nerviosa, me siento a esperar a Juan Josué, en un pequeño mueble en donde tengo un bolso con dinero y el teléfono de Andreina, tengo que averiguar dónde puedo comprar uno, cuando la miré apenada, ella dijo « ¿Y qué importa si es caro? es solo un teléfono, lo que importa es que tengas como llamarnos si nos necesitas.»

Miro el celular con detenimiento, ¿dónde encuentro yo a otra amiga como ella? es un cielo, para Andreina es algo natural eso de lo mío también es tuyo. Sonríe, no puedo más que estar agradecida con todos por haberme aceptado en su grupo, de un día para otro nos volvimos cercanos, los siento como una

familia, todos locos, pero familia.

Ella es mi preferida, estar con Andreina es muy divertido, es muy diferente a todas las chicas con las que he tratado o que me he visto en la obligación de tratar. En mi entorno abundan las chicas con buena posición económica, se la pasan de compras porque deben estar a la moda, compiten con sus “amigas” y buscan la manera de obtener a toda costa lo mejor de cada cosa; es como si tuvieran una lucha constante por superar a todo el mundo, y con ese hecho he tenido que lidiar toda mi vida. Es por eso que entiendo por qué me cae tan bien Andreina, aunque tiene dinero siempre presta atención a lo que pueden necesitar los demás, es humilde de corazón.

Thais es más seria, pero cuando logras congeniar con ella conoces su lado bueno, ella se protege hasta que decide mostrarse como realmente es: sensible y ansiosa porque todos hagamos lo correcto. En ese punto choca mucho con Andreina, que le repite a cada rato que su madre se quedó en Brasil. Es divertido, Thais se molesta, pero no por mucho tiempo, porque está llena de paciencia y le tiene cariño a Andreina; ellas dos vienen siendo un poco hadas un poco brujas, algo así como Ana María y yo.

Finalmente están Yariel y André, brasileños de los pies a la cabeza: altos, bronceados y atractivos. Son vecinos desde que son niños y se diferencian mucho en su carácter, Yariel es alocado y arriesgado, pero con Thais se comporta como un caballero y eso me encanta, son novios desde hace cuatro años y se entienden a la perfección; André es otro cuento, se le nota que es romántico por excelencia, a veces lo veo sonreír un poco triste y melancólico, como con una mirada que busca cariño, siempre le devuelvo la sonrisa, tratando de mantener ese límite que me prometí no cruzar desde que Andreina me reveló el secreto de que en Brasil había alguien esperando por él, ahora que Marina está aquí espero que solucionen las cosas, quiero de verdad que se sienta feliz.

No puedo negar que me he involucrado emocionalmente con todos ellos, va a resultar cierto aquello de que la familia no siempre es de sangre, sino que son las personas que te quieren y hacen de tu día un día mejor. Nada parecido a que mi padre está siempre de mal humor haciendo de mi vida un infierno, que mi madre calla para no contradecir sus órdenes, que mi hermano nunca está en casa cuando necesito un abrazo, que Ana María tiene sus propios problemas para estar agobiándola con los míos, y que el único que de verdad

me escucha es Cristian, que por cierto no he llamado y ya debe estar odiándome por eso. Saco el teléfono de mi bolso y marco el número que me sé de memoria.

—Te ha llevado una vida llamarme.

—¿Cómo sabes que soy yo? —Sonríó—, ¿o ahora le atiendes así a todo el mundo?

—Algo me dijo que eras tú... ¿todo bien?, ¿de quién es este número?

—Mi chino ahora es vidente... —Hago una pausa porque escucho su risa y pienso en cuanto lo extraño—, quizá podamos cerrar la galería y viajar por el mundo haciendo dinero con tu nuevo don.

—No, eso de andar robándole a la gente a punta de mentiras no es bien visto, además, ¿te imaginas lo aburrido que sería estarle diciendo todos los días a solteronas de treinta años que su príncipe azul está a punto de llegar? y lo de los viajes es más tu estilo que el mío, yo pondría el negocio aquí mismo en la galería y cobraría carísimo si quieren ver a la versión china de Hermes el iluminado. —Abro la boca para darle una respuesta, pero no puedo evitar reír fuerte—, ¿qué pasa?, ¿no te parece el sobrenombre del Chino Hermes?

—¡No repitas eso jamás! —digo, y estallamos en risas.

—Está bien, no lo haré, porque ese tipo sabe, pero me molestan sus ínfulas de «Soy el mejor del mundo.» Para sabelotodo, Dios. Ahora dime, ¿de dónde me estás llamando?

—Del celular de una amiga.

—¿Entonces sigues desconectada del mundo?

—Sí, sigo sin celular, pero mañana busco la forma de resolver eso. —Alzo una ceja porque no me pasa desapercibido su tono de alivio—, ¿te conseguiste un reemplazo como mejor amiga, Cris?

—Por supuesto que no —responde molesto porque dudo de su fidelidad—, ¡Ah, pero si sigues llamándome una vez al año, júralo que lo hago!

—No, sabes que a ti no te dejaré nunca —digo divertida—, además, no seas dramático, ¿qué tanto pudo haber pasado en cinco días?

—Mucho... —Se queda en silencio y una alarma llega a mi cabeza.

—¿Hay algún problema en la galería?

—No...

—¿Pasa algo con alguna de tus zorras?

—No les digas así, que les guste el sexo no las hace zorras.

—Cuando todas saben que se las mete el mismo chino, sí.

—¡Belén! —Me río, el señor de la recepción me mira frunciendo el ceño—, no pasa nada con ninguna de ellas.

—Entonces, ¿me vas a contar qué pasa o tengo que ir hasta Caracas a averiguarlo?

—No es nada... no me hagas caso, tengo mucho trabajo con la nueva exposición que hay en un mes y ando estresado.

—Voy a hacer que te creo, Cris. No salgo para allá ahora mismo porque el viaje se ha vuelto... interesante.

—¡Dios! ¿Ves que a ti también te gusta el sexo? —Se burla.

—Por supuesto que me gusta. —Me sonrojo ante la mirada atenta del recepcionista—, ¡Dios, pero es que todo está pasando a una velocidad muy aterradora!

—Entonces sí hay alguien.

—Sí, y me gusta mucho, Cris. Pero no vas a creer lo que pasó, lo atropellé con la camioneta de André. —Enmudezco.

—¿Qué?, ¿tú te fuiste a la Gran Sabana con André? —Está sorprendido, como no contesto, él ata cabos—, ¡Sí te fuiste con los brasileros!

—Sí, estoy aquí con ellos —confieso en un susurro—, pero no dirás nada a nadie, ¿me escuchas?

—Ni loco diré nada, Belén. Pero esa felicidad falsa que sientes ahora no durará para siempre, llegará el momento en que vuelvas y enfrentes lo que dejaste aquí. —Suelto un largo suspiro, sé a qué se refiere.

—Lo sé, pero no quiero volver hasta que no encuentre una solución, no quiero que él intente hacerme daño de nuevo.

—Entonces apúrate en conseguirla, ayer vino a la galería con amenazas e insultos, quiere cualquier información sobre tu paradero. No te descuides porque Miguel Ángel está como desesperado buscándote.

—Estoy muy lejos, Cris. Nada pasará si no hablas, solo tú sabes dónde estoy.

—Bueno, es verdad. Te espero pronto entonces.

—Allí estaré en unos días. Chao, Cris.

Cuelgo la llamada con una sensación extraña en el pecho, trato de apartar de mi mente el pensamiento de que Cris pueda estar en peligro por mí culpa, ¿Miguel Ángel sería capaz de hacerle daño para averiguar más? el sonido de la puerta de la posada me regresa a la realidad.

—¿Belén? —Miro a mi derecha, Juan Josué se encuentra de pie a pocos metros de distancia, tomo mis cosas y camino hacia él—, ¿otra vez esa cara? —Entrecierra los ojos.

—Con ella nací. —Frunce el ceño, puedo contarle porque de la noche a la mañana tengo cara de querer llorar todo el día, pero no hoy, no arruinaré nuestra primera cita.

—Creo que mejor me voy. —Se gira para salir, cuando lo agarro por el brazo se ríe de mí.

—¿A dónde crees que vas? hoy es noche de practicar. —Alza ambas cejas y le sonrío—, los besos, JJ.

—No pensé nada más. —Me extiende la mano y también sonrío—, está bien, te daré otra oportunidad. —Me devuelvo hasta el mueble y espero, él vuelve a preguntar, ya se nos está haciendo cómodo este juego.

—¿Belén?

—¡Oh, eres tú, qué bueno que llegaste! ¿Nos vamos? —Todo esto lo hago sonriendo fuertemente. Camino de nuevo hasta él.

—Claro, solo si prometes que no quitarás esa sonrisa jamás.

—Tranquilo, cariño, me la mandaré a tatuar como... —Me interrumpe cuando me muestra una cajita que saca de detrás de su espalda—, ¿qué es esto?

—Un dulce. —Abro la caja y descubro que es una rica tartaleta de fresa.

—Está bien, me convenciste. —Se ríe y yo me muerdo el labio emocionada.

—Ahora sí podemos irnos.

Salimos de la posada, antes de subir a su camioneta me toma de la mano y me hace girar.

—Estás muy bella, princesa. —El halago hace que el rubor se extienda por mis mejillas, cada vez me gusta más mi sobrenombre, las cosas con él se dan tan simples y fáciles que me siento cómoda, como si lo conociera de años, simplemente es algo que funciona desde la primera mirada que nos dimos.

Confieso que tardé en arreglarme, me duché y miré la ropa sobre la cama de Thais unas diez veces, esta cita me pone nerviosa. No recuerdo haber necesitado verme bien para alguien más que no sea yo, pero esta vez tuve incertidumbre por mi aspecto, no puedo fingir mi sonrisa luego de haber acertado con un short en tono azul marino, un sencillo cinturón marrón que rodea mi cintura, una franela blanca sin mangas y los tacones *Jimmy Choo*, se siente bien plancharse el cabello otra vez.

—Gracias, tú también te ves muy bien. —Y no miento, esos jean crema, con una camiseta naranja a la que solo le veo el borde de abajo porque sobre esta lleva una sudadera azul con botones al frente, lo hacen ver más sexy.

—No estaba muy convencido de afeitarme —comenta preocupado.

—¡Dios, si esa barba rasurada y ese perfecto candado es lo que más me gusta! —Sonríe con algo de timidez y me dan ganas de reír.

Dan ganas de robarle un beso.

—Esta cita será la más complicada de mi vida.

—¿Por qué? —Él echa a correr para subirse del lado del piloto.

—No puedo decirte todo lo que me gusta de ti porque te escandalizarías —dice sin más, me da un beso rápido antes de echar a andar la camioneta. Le sonrío lo mejor que puedo.

¿Él está sintiendo lo mismo que yo? sí que será difícil contenernos ¡Que Dios se apiade de nosotros!

Me retuerzo los dedos como por quinta vez. Juan Josué no se ha dado cuenta de lo nerviosa que me he puesto desde que dijo que iremos a su casa, lo disimulo muy bien, prometí no poner más caras largas en nuestra cita, pero es que no puedo evitar tener susto, no si estaré completamente sola con un hombre tan endemoniadamente atractivo; no puedo negar que siento deseo por él, y menos cuando me ve de la forma como lo hace justo ahora desde la caja del restaurante, si sus ojos me gustaban, en este momento me hechizan, como sea, JJ me atrae de una manera muy pecaminosa y eso me asusta.

Observo el local, es agradable y de dos plantas. Me trajo a un lugar, donde según él, venden los mejores nachos con chili, guacamole y queso amarillo. Se llama: Los Tacos de Gerardo, comida poco habitual por estas tierras, porque el sitio está full de turistas.

—¡Ey!, ¿lista? —Me giro sobresaltada porque no lo vi acercarse, trae dos bolsas con un olor delicioso que me pega justo en la nariz.

—Pensé que tardarías más.

—Encargué la comida para que la tuvieran lista apenas viniéramos. —Mi estómago lo agradece—, ¿ya vez por qué no quiero cenar aquí?

—¡Sí, esto está a reventar! —Me mira divertido.

—¿Nos vamos? —Asiento y sonrío más tranquila. Me gusta que piense en todo, me gustó el detalle de la tartaleta, me gusta que quiera verme sonreír, me gustan muchas cosas de él, así que lo ayudo con una de las bolsas y nos vamos a su casa.

Todo en Kavanayén está relativamente cerca, diez minutos después está estacionándose al lado de una estructura que reconozco, lo miro justo cuando la canción de *Shawn Mendes* que veníamos escuchando deja de sonar.

—¿Vives en el dispensario? —pregunto confundida.

—No, vivo allá. —Señala un edificio de tres pisos que no había visto—, vivir cerca me ayuda en caso de que me llamen de madrugada por una emergencia.

El apartamento de Juan Josué es pequeño, tiene una habitación, un baño y un espacio que se divide entre sala y cocina, las paredes son blancas y hay un

mueble de tres puestos frente a algo que llama mi atención, eso sí que es grande, un televisor pantalla plana.

—No siempre está tan desordenado. —Deja las bolsas con nuestra cena en la barra que divide los espacios, lo veo ir y venir recogiendo algunas cosas, cuando por fin se detiene me dedica una sonrisa insegura, miro a mi alrededor.

—Para ser un apartamento de hombre, no está nada mal, tendrías que haber visto la habitación de soltero de mi hermano para saber lo que es un verdadero desorden —respondo suavemente. —Se echa a reír, suspira y toma mi mano.

—Ven, muero de hambre.

Abrimos las cajas que vienen empaquetadas desde el restaurante, JJ coloca sus manos en mis hombros y me hace caminar hasta el mueble donde me invita a sentarme, sonrío relajada porque en ninguna cita he comido en un mueble, ni en una cita ni nunca, de hecho. Pienso que podemos caer en un silencio incómodo mientras comemos, pero no es así, nos reímos mucho cuando trata de enseñarme varias palabras en dialecto pemóm.

—Amäy (mamá), Wa'kü (bueno), Kapüy (luna) Dariku (flor)...

—Me parece increíble que sepas hablar como ellos —digo sonriente.

—Parece complicado, pero lo aprendí más rápido que el inglés del bachillerato.

—¿En serio? —Asiente sonriendo—, bueno, yo si hablo inglés, en realidad, inglés, francés y polaco.

—¿Qué? —Me mira sorprendido—, ¡Y yo que quería ser el listo de la relación! —Me río.

Él se levanta y lleva los envases hasta la cocina, lo sigo y veo como abre una papelería para botar las cajas vacías, disfruto de una buena vista cuando lava los cubiertos en el fregador, los músculos de sus brazos se lucen de manera formidable; justo cuando estoy por acercarme un aleteo fuerte cerca de mi rostro me espanta, un ave aparece de pronto y se para sobre el hombro de Juan Josué.

—¡Ay, mierda! —Me muevo rápido hacia atrás.

—¿Te asustó? —Pregunta divertido.

—¿De dónde salió esa cosa? —Veo paralizada a la bola de plumas verdes y rojas que se baja del hombro de Juan Josué, ahora camina por la barra de la cocina buscando pedacitos de migas. Él se ríe y me abraza, lo hace con tal delicadeza que me cuestan unos largos segundos recordar cómo se respira; y más difícil se pone la cosa cuando se sienta en uno de los taburetes altos de la barra y me jala con él, haciendo que me siente en sus piernas frente al animal.

—Novia, no es una cosa, tengo un loro y se llama Lorenzo. Lo encontré un día mal herido, y alguien que sabe de veterinaria en el pueblo lo pudo curar, no me gusta encerrar animales así que lo dejé libre, pero me llevé una gran sorpresa porque siempre regresa.

—Ya eres como su familia —medito, él asiente.

—Además, no molesta. —Habla en mi oído causándome cosquillas—, excepto cuando se pone patriótico y hay que mandarlo a callar.

—¿Patriótico? —Frunzo el ceño.

—A Lorenzo le gusta cantar el himno nacional. —Besa mi hombro.

—De acuerdo, tú loro no es normal. —Se echa a reír, estoy necesitando de todo mi autocontrol para no girarme y pedirle que me bese en la boca.

—Bien, ¿entonces qué hacemos?, ¿te sirvo kashin mientras buscas una buena película?

—Me gusta la idea —le digo levantándome, Lorenzo se acerca mucho y yo camino con rapidez hacia la sala. No es que no me gusten los loros, pero desde que uno mordió a Benja en casa de mi abuela cuando tenía nueve años, les tengo respeto.

Me pongo a revisar de derecha a izquierda todas las películas que JJ tiene en el modular del televisor, no me convence ninguna hasta que la veo.

—¿Ya decidiste?

—Mmm... ésta. —Le paso la que escogí.

—¿*El conjuro*? eso suena muy feo. —Arrugo la frente.

—Oye, ¿no me digas que te dan miedo las películas de terror?

—¿Quieres la verdad? —Asiento, él suspira dramáticamente—, soy bien cagado para esas cosas, esas películas las trae el Gato, siempre le invento una

excusa para no verlas. —Me echo a reír.

—Entonces, dime, ¿qué prefieres ver?

—Alguna de esas. —Me señala otro montón de películas, las reviso, y juro que Juan Josué logra sorprenderme con su elección.

—Veamos ésta entonces.

Libros sobre el amor se basan en personas como él, ¿de verdad existen todavía los hombres románticos? pues sí, justo a mi lado tengo a uno muy complacido porque elegimos la opción *B*, *Siempre el mismo día*.

Sonrío como idiota cuando me informa que va a la cocina a buscar cotufas de microondas, es divertido saber que le tiene miedo a las alturas y a las películas de terror, me encanta que sea sincero, me siento cómoda en su compañía, me hace reír mucho. Nos hicimos novios de una manera apresurada y aun así se siente perfecto.

Sentada en el mueble, acabo quitándome los tacones y leo la sinopsis en la caratula de la película que veremos, enciendo el televisor y comienzo a tratar de averiguar cómo coloco la opción de video, resoplo cuando oprimo un botón que me lleva a los canales nacionales y a la imagen de un comentarista dando las noticias. De pronto lo que dice el hombre me paraliza por completo...

¡Hampa desbordada! en la tarde del sábado a las 2:30 p.m, fue secuestrada por sujetos desconocidos la hija del famoso presidente de SONADVI, Gilberto Alvares. La joven, Belén Alejandra Alvares Paredes, de veintiún años, quien permanece en cautiverio desde hace cinco días, fue arrancada de los brazos de su prometido, Miguel Ángel del Villar, justo antes de que iniciara su enlace civil en el prestigioso hotel Gran Meliá Caracas. Según fuentes cercanas a la joven, fue sometida y obligada a entrar a la fuerza a una camioneta Fortuner color plata, de inmediato los efectivos de seguridad se desplegaron en todo el sector para rescatarla, incluso cerraron las salidas principales de las vías que conducen fuera de Caracas, pero aún no han tenido éxito y desconocen su paradero.

Tulio Castañeda, jefe del cuerpo de antiextorsión y secuestro, dio a conocer el día de hoy que ya tienen algunas pistas, y que estos criminales apenas sean capturados, serán puestos a la orden del ministerio público para que recaiga sobre ellos todo el peso de la ley.

Una foto mía aparece en un cuadrito en la parte superior derecha de la pantalla, abro mucho los ojos.

¡Joder! ¿Qué mierda?, ¿qué estoy qué? ¡La puta madre que lo parió!

Quiero gritar de impotencia.

Que alguien me diga que esto es una jodida broma, que alguien me diga que ese hijo de puta no fue capaz de inventar algo así.

Me alarmo, con desesperación busco bajarle todo el volumen al televisor, pero ya es muy tarde, los desorbitados ojos de Juan Josué, miran detenidamente la foto en el televisor y su respiración acelerada me indica que escuchó todo.



QUINCE



“Quédate con un amor que te dé respuestas y no problemas, seguridad y no temor, confianza y no más dudas.”

Se me hiela la sangre, el cuerpo entero me tiembla, una mezcla descontrolada entre odio y ganas de gritar se apoderan de mí. Quisiera estar frente a Miguel Ángel en este instante para ahorcarlo con mis propias manos, no puedo permitirle esto, no quiero causarle problemas a mis amigos cuando lo único que han hecho es ayudarme. Por primera vez en la vida siento verdadero pánico y no sé qué hacer al respecto, él está buscando que pierda el control y acabe perdiendo.

Juan Josué mira dos veces del televisor a mí, se le ve tenso y descolocado, el solo pensar cuál será su reacción me causa desespero.

— ¿Escuché bien?, ¿ese tipo dijo que estás secuestrada? — pregunta con evidente molestia, se le nota en todo el cuerpo, sobre todo en los ojos oscurecidos.

— Juan Josué, tranquilo. — Me paro frente a él y lo miro fijamente — , puedo explicarte.

— Anda, hazlo. — Aparecen tres arrugas en su frente y se cruza de brazos — , dime cómo es que estoy saliendo con una chica que fue secuestrada — dice con frialdad, pero no me sorprende.

— No fui secuestrada.

— ¿No?

— ¡Claro que no, todo eso es una farsa! — resoplo con frustración, veo con odio el televisor, él entrecierra los ojos con duda, desea que le diga la jodida verdad.

— ¿Y entonces qué es lo que pasa?, ¿también es mentira lo de la boda? — Me inquieto y me pongo muy nerviosa, tanto, que no puedo sostenerle la mirada.

— Eso sí es cierto.

— ¿Qué?, ¿estás comprometida?, ¿y entonces qué diablos haces conmigo?

— ¡Todo es mentira! ¡Es algo que arreglaron nuestros padres! Si dejas que te cuente, podrás entender.

— No sé si quiero saberlo. — El miedo me invade.

— ¡No, no! permite que te explique, por favor. — Se queda callado, mucho y por bastante tiempo, da un paso atrás y entierra los dedos en su cabello.

— No. — Niega confundido, el alma se me va a los pies.

— Yo... yo escapé. — Trato de explicarle — , escapé de mi padre, de mi boda y de mi prometido. — JJ me da la espalda, dándome a entender que no quiere escuchar, yo agacho la cabeza con pena, quiero desaparecer.

— Es mejor que me vaya — digo con mucha tristeza — , entiendo que mi presencia te moleste en este momento.

— ¡No! ¡Espera! — Se gira hacia mí asustado, carraspea — , no te vayas.

— Pero pensé que...

— Sí, lo sé, pero acabo de decidir que sí quiero saber, quiero saberlo

porque me gustas mucho y porque quiero creer que eres de esa clase de chica que dice la verdad.

— Gracias — musito con la vista nublada.

— Lo último que quiero es desconfiar de ti, pero para eso debes ser sincera conmigo, ¿de acuerdo? — Asiento con la cabeza, camina hasta donde estoy para quedar frente a frente, acorta la distancia y me sorprende con un abrazo.

Millones de emociones me embargan, acepto su gesto y aprieto fuerte su cintura, mis mejillas se llenan de lágrimas cuando entiendo que hay algo en él que lo hace especial, solo alguien que te quiere, cree en ti.

— No, no llores. — Acaricia mi mejilla con delicadeza, luego deposita un beso largo en mi frente — , mírame, Belén, explícame por qué escapaste y cómo viniste a parar aquí a la Gran Sabana.

Es increíble como en sus ojos puedo ver la confianza que está depositando en mí, otro en su lugar, seguro reacciona distinto. Sonrío con tristeza, suspiro y me aparto para sentarme en el mueble, él se sienta a mi lado sin decir nada. En mi cabeza todo está grabado tal cual pasó, cómo paré aquí no es lo jodido, lo jodido es contarle el por qué. Han pasado cinco días y aun siento nauseas cuando recuerdo sus asquerosas manos sobre mí. Me cubro la cara con las manos y él espera en un tenso silencio.

— ¿Qué es tan difícil de contar? — Un escalofrío recorre mi columna, quiero sincerarme con él, pero es difícil — , puedes decirme lo que sea, puedes confiar en mí. — Suspiro dándome por vencida, estoy muy nerviosa, no sé si es algo que quiera compartir con él, sin embargo luego de mirarlo por unos minutos me aventuro a hablar.

— Me vendió... mi papá me vendió como su mejor moneda de colección, y eso es algo que me duele mucho. — Él hace una mueca y se acomoda para verme mejor.

— ¿Por qué hizo eso?

— ¿Escuchaste lo que dijo el reportero?, Gilberto Alvares es el presidente de una importante sociedad numismática de Venezuela y dueño de la mitad de las tiendas SONADVI, ¿has escuchado hablar de ellas? — Él me mira y niega, no tiene ni la más mínima idea.

— No, pero imagino que es sinónimo de dinero.

— Mucho dinero —le confirmo—, te hablo de compra y venta de monedas y billetes antiguos de todos los países, mi papá colecciona desde los dieciséis años, viajó por todo el mundo buscando piezas antiguas y de alto valor, ha ganado premios por ser el que tiene la mayor colección de piezas venezolanas. Yo tendría como cinco años cuando fundó la sociedad, se hizo muy famoso entre los coleccionistas y de ahí vinieron las aperturas de las tiendas.

— Vaya, eso es impresionante.

— Sí, lo es, pero ya no lo veo con la misma admiración, y no por todo lo que ha logrado, porque ante eso no puedo decir nada; me refiero a él como persona y a lo que hace para conseguir lo que quiere. — Tomo una respiración honda, él me insta a continuar, prometiendo que sea lo que sea estará de mí parte y comprenderá —, mi padre compró una pieza muy costosa, la más costosa que ha adquirido SONADVI, y resultó ser falsa, perdió todo el capital que invirtió en la sociedad, quedó robado y estafado.

— Y con una mega deuda... — murmura, yo asiento.

— Sí, con su socio Giovanni Del Villar, un hipócrita desgraciado que siempre ha querido adueñarse de SONADVI, alguien que no es de fiar y que nunca me ha gustado.

— Ya lo imagino. — Tuerce la boca con una mueca con la que me comienzo a familiarizar.

— Es el papá de Miguel Ángel, el tipo con quien quieren que me case. — Juan Josué suelta una risa sarcástica y me mira como si dijera «Claro que tenía que ser así» yo respiro hondo.

— ¿Y para qué quieren que te cases con ese imbécil? — Me suelta la mano y se pone de pie molesto —, ¡Y no pienso disculparme si no lo es!

— Giovanni debe querer todo el poder en SONADVI, yo solo tengo la versión de papá «Te casas porque es la única manera de mantener nuestro patrimonio» imagino que lo está chantajeando, sé que hay algo más, pero si lo hay, nunca me lo dirá.

— Y hay algo que me dice que el idiota del hijo también quiere aprovecharse de la situación. — Me quedo en silencio, estamos llegando justo

a la parte que no quiero contar porque es algo que me apena y me hace daño. Me levanto y camino hasta una ventana que da hacia la calle, me quedo en silencio mientras él se muestra paciente, este es un momento de «Dile todo de una vez o quédate con el secreto» opto por lo primero y me giro para enfrentarlo.

— Tienes razón — arranco a decir, él me mira ladeando un poco la cabeza — , Miguel Ángel también quiso aprovecharse. — Un nudo se me forma en la garganta — . Él... yo escapé porque él...

— Belén. — Camina hasta donde estoy y toma mi mano — , dime qué sucede con él, princesa, habla conmigo, dime qué pasó. — Rehúyo a su mirada ansiosa y me armo de valor.

— No pasó nada. — La voz se me quiebra, no me había dado cuenta de lo mucho que me afecta, no quiero que sepa lo estúpida que fui bebiendo sin control esa noche, lo asustada que me sentí cuando Miguel Ángel me golpeó, o la impotencia y rabia cuando con habilidad me sujetó — , Miguel Ángel no pudo lograr lo que quería.

— ¡Dime ya que fue lo que no pudo lograr! — exige agarrándome el brazo — , ¡Dime porque estoy imaginando muchas cosas que no me agradan!

— Quiso hacerme suya a la fuerza. — Logro confesar, la cara se le desenchaja, su mano alrededor de mi brazo se tensa tanto que comienza a doler, sus ojos adquieren un brillo salvaje.

— ¡Hijo de puta! — grita soltándome, se pasea de un lado a otro, y finalmente, patea una de las sillas de la cocina — , ¡Jura que no logró tocarte! ¡Júralo o lo busco y lo mato! — Me sobrecojo al advertir la determinación con la que habla, clava sus ojos en mi mirada cristalina y resopla con desesperación.

— ¡Solo quiero olvidarlo! ¡No quiero recordar más esa noche! no quiero... necesito... necesito arrancarme esa espantosa sensación, por eso... escapé. — Las lágrimas comienzan a salir sin parar, la opresión en el pecho me hace sollozar — , no quiero verlo, no quiero estar cerca de él... — Pego mi espalda a la pared y me abrazo a mí misma, me deslizo hasta el suelo y hundo la cabeza en mis rodillas, Juan Josué corre hasta mí cuando me ve tan afectada y se agacha para estar a mi altura.

— Ey, no... no te pongas así. — Acaricia mi cabello — , no tendrás que

verlo ni ahora ni nunca, ¿me escuchas?

— ¿Y cómo haré si me encuentra? ¡Solo es cuestión de tiempo! ¡Estoy en las noticias, Juan Josué! no cuento con mi familia, no tengo a donde ir, no sé qué haré, no quiero ser cobarde, no quiero acabar como mi madre, que vive en un infierno porque es incapaz de contradecir a Gilberto Alvares.

— Lo primero que te digo es que no estás sola, cuentas conmigo, no dejaré que ese infeliz se te acerque. Puedes quedarte el tiempo que quieras, no creo que a Lorenzo le moleste que tengamos compañía. — Levanto la cabeza y me sonrío a medias, me sorprende su proposición, pero él continúa hablando mientras limpia con sus pulgares las gotas saladas que ruedan por mis mejillas — , por otro lado, no fuiste ni eres una cobarde, ¿estamos claros? todo lo contrario Belén, hacer lo que sea por encontrar tranquilidad y felicidad te hace valiente, no acabarás como tu mamá, eres una chica inteligente y estoy seguro que encontraremos una solución.

Exploto a llorar y él tira de mí para abrazarme, oculto mi rostro en su pecho y dejo que su cercanía me reconforte. No estoy segura de ser valiente, más bien me siento como una niña indefensa que olvida el camino a casa y que debe aprender a enfrentar los problemas, pero estando en sus brazos no me siento tan perdida, siento seguridad y protección, Juan Josué es como un refugio, mi refugio en la tormenta.

— Yo lo único que quiero es una vida tranquila y feliz, en donde pueda tomar mis propias decisiones.

— Y lo lograrás. — Besa mi coronilla — , lo haremos juntos, yo estaré ahí apoyándote. — Y es así cómo me doy cuenta de cuanto lo quiero ya.

— Gracias, Juan Josué. — Suspira hondo.

— Gracias a ti por confiar en mí. — Hace que lo mire — , princesa, las rodillas comienzan a dolerme, ¿te parece si nos abrazamos en el mueble y vemos la película?

— Sí, claro que sí. — Se levanta y estira la mano para que yo la tome.

— Siéntate allí que yo voy a buscar las cotufas. — Besa con ternura mis labios y yo hago lo que me pide.

Al rato, sonrío aunque él no me ve, poco a poco me voy sintiendo mejor. JJ regresa y vemos la película, justo como lo dijo, tumbados en el mueble,

abrazados y controlando los latidos de nuestros corazones; hasta que los músculos del cuerpo se me relajan por completo y el sueño cumple su misión de cada día.

Un extraño sonido me molesta, me niego a abrir los ojos así que ruedo sobre mi estómago y trato de volver a dormir, a medida que lo intento el sonido se hace más fuerte y el calor es tan sofocante que la tranquilidad de mi sueño me abandona. Abro los ojos y la claridad me ciega, es de día, muy de día, la mañana está soleada y el aire que entra por el ventanal semi abierto es muy escaso. Llego a la completa conciencia y recuerdo que estoy en el mueble de la sala de Juan Josué, me siento, y descubro que el ruido extraño proviene de los picoteos que le da Lorenzo a las cotufas que quedaron en el recipiente.

— ¿Tienes hambre? — Sonrío, me sobresalto cuando bate las alas, pero a los segundos se queda quieto y sigue en lo suyo, ignorándome — , no me asustes así, Lorenzo. — Lo regaño entre asustada y divertida — . ¿Dónde está tu dueño?

Miro de reojo toda la estancia y no lo veo, me levanto, necesito agua, mucha agua, porque además del calor asfixiante tengo la lengua y los labios reseco por la sal de las cotufas de maíz. Me voy directo a la cocina para buscar una jarra, la consigo y no pienso en el vaso, me la empino agradeciendo el preciado líquido que refresca mi garganta; las comisuras de mis labios se elevan, porque asegurándose de que reciba el mensaje, veo un imán pegado a la nevera con una nota y una llave.

Buenos días, princesa

Estaré un par días fuera de Kavanayén por asuntos de trabajo, salí de madrugada y estabas tan tranquila y en paz que no tuve corazón para molestarte, quisiera haber estado ahí porque seguramente verte despertar no se compara con nada en el mundo, pero esto es algo que no podía posponer ni aunque tenga a la mujer más preciosa del planeta durmiendo en mi apartamento. Necesito pedirte ~~un favor~~. No, pensándolo bien son dos favores; el primero es que alimentes a Lorenzo mientras no estoy (en el gabinete que está debajo del fregador está la bolsa con alpiste, y dentro de la nevera hay guayaba, ¡Le encanta!) no te de pena curiosear, estás en tu casa. El segundo favor es ~~muy importante~~, mejor dicho, es de vida o muerte, así que tómatelo muy en serio (¡Que los tipos anti cursis como el Gato nunca lleguen a leer esto!) te dejo mi número de teléfono para que apenas despiertes me llames, mi

día no tendrá sentido hasta que oiga tu voz.

JJ

De un segundo a otro, paso de despertar contenta a despertar feliz, suspiro profundo porque definitivamente lo extrañaré estos dos días, pero si es por trabajo nada puedo hacer. Cumpliré sus dos peticiones luego de que consiga un baño, en el pasillo hay solo una puerta, la abro y descubro que es su habitación, dentro de estas cuatro paredes todo está regado.

Así que realmente eres desordenado.

Me rio. Una cama individual llena de ropa y una laptop, un ventilador, un closet pequeño y un estante con varios libros y muchos papeles. Dejo de curiosear cuando veo una puerta, y detrás de ella, si hay un baño. Sobre el estante del lavamanos hay objetos personales, reparo en el frasco de perfume, le quito la tapa y lo acerco a mi nariz; huele a él, al aroma exquisito que siempre desprende: a selva y libertad. Sonrío como adolescente enamorada, lo devuelvo a su lugar y me miro en el espejo, el calor arruinó mi alisado, si pudiera me diera una ducha, pero... ¿será un abuso de mi parte usar su regadera? las gotas de sudor bajan por mi cuello y me muerdo el labio, no lo pienso más y me desvisto.

Bajo el agua fría y refrescante pienso en todo lo que hablamos por la noche, no imaginé que terminaría contándole todo lo que me atormenta, nunca se me cruzó por la cabeza que Miguel Ángel denunciaría mi desaparición como un secuestro, Juan Josué prometió no dejarme sola, pero el miedo sigue ahí, me pregunto si es justo arrastrarlo conmigo a toda esa mierda.

Quiero estar con él, de eso no me cabe la menor duda, por el momento me dejaré llevar, resolveré sobre la marcha, si los chicos se van pronto, me quedaré en Kavanayén hasta tomar una decisión. Respiro hondo y cierro la llave, salgo de la ducha sintiéndome más renovada que nunca, tal vez me equivoque con ésta decisión, pero me arriesgaré a tomar las riendas de lo que me depare el destino. Me seco el cabello y envuelvo mi cuerpo con la toalla ¡Demonios, no tengo cambio de ropa!

Medito la situación y una idea loca se me ocurre, una idea que me da otra vez mucho calor.

Ave María Purísima, Belén, ¿desde cuándo eres tan pecadora?

Busco mi bolso en la sala y marco el número que me dejó apuntado, me muerdo el labio para no reír, al tercer repique contesta.

— *¿Sí? — Es él, dibujo en mi cara una enorme sonrisa.*

— *Buenos días, ¿hablo con el doctor más cursi que existe?*

— *¡Hola! — exclama con efusividad — , ¡Vaya, creo que sí!*

— *Doc, lo llamo para informarle que Lorenzo pronto será alimentado.*

— *No lo dudo, sé que lo dejé en buenas manos.*

— *Lo tuve que regañar, me dio un susto tremendo cuando desperté.*

— *Le cuento y se echa a reír — , también se estaba comiendo... ¡Auch!*
— *digo fingiendo que me golpeé con algo.*

— *Ey, ¿qué pasó?*

— *Nada, nada, me golpeé el pie, es que estoy descalza porque me acabo de bañar.*

— *¿En mi baño?, ¿y yo no estoy para ver eso? ¡Dios, dame detalles!*

— *¡Oye! — Lo regaño más acalorada que cuando le marqué, escucho como se ríe y decido prender el ventilador.*

— *Disculpa, princesa, pero es que me estoy arrepintiendo de haber salido hoy.*

— *Entonces mejor no te cuento la verdadera razón de la llamada — murmuro abanicándome la cara.*

— *No, por favor, dime. Tengo un río cerca por si necesito agua fría.*

— *Aprieto los labios aguantando la risa, imagino que su cara será todo un poema con la pregunta que le haré. Abro el closet para adelantar la tarea.*

— *JJ, necesito que me prestes algo, odio ponerme ropa sudada.*

— *Umm... me agrada esa visión tuya dentro de una de mis playeras.*

— *Juan Josué, yo estoy hablando de ropa interior. — Abro uno de los cajones y consigo lo que estoy buscando, meto mis piernas en ellos y cubro mi parte íntima — , ¡Qué bien, son súper cómodos!*

— ¡Ay, santos Calvin Klein! ¿No me digas que te pusiste uno de mis bóxers? — Enrojeczo a un nivel extremo. Oh, sí, solo llevo puesto eso.

— El calor me está matando, me duché y cogí una playera y un bóxer de tu gaveta. Espero no te moleste.

— ¡No, por supuesto que no! — Sonríó apartando una ropa que tiene sobre la cama para poder sentarme — , ¡Qué vista debe tener Lorenzo!

— Juan Josué, para o me lo quito. — Me tapo la boca arrepintiéndome de ese comentario.

— ¿Cómo me dices algo así y pretendes que pare? princesa, debes parecer la hija del diablo vestida así. — Nos echamos a reír, aunque estoy disfrutando de su sufrimiento, decido cambiar de tema, no quiero que de verdad necesite lanzarse al río.

— ¿En dónde estás? — Lo escucho suspirar del otro lado del teléfono.

— En Arecuna.

— ¿Y eso qué es exactamente?

— Una comunidad mágica.

— ¿Hay hechiceros al estilo Harry Potter? — bromeo.

— Tal vez, la chamán de aquí, lanza predicciones, invoca espíritus y hace curaciones con plantas.

— Casi lo mismo, pues. — Se ríe.

— Ojalá estuviera allá... — Oigo que una voz conocida lo llama y arrugo la frente con desagrado — , princesa, surgió algo.

— ¿Quién te hablaba?

— Nadie, tengo que colgar, ¿me llamas en la noche?

— Está bien — contesto intrigada — , pasa un bonito día.

— Gracias, linda. Nos vemos pronto.

Cuelgo antes de decir algo indebido, ¿por qué no quiso decirme que la que le habló era Fabiola? Haciendo a un lado mis estúpidos celos sin sentido termino de vestirme para ir en busca de mis amigos y comenzar otro día de aventura.



DIECISEIS



“Ya ven, abrázame, cállate y bésame, después vemos si recordamos por qué nos habíamos enojado.”

Caracas

Benjamín

—¿Hoy no irás a trabajar? —pregunta Ana decidida porque me ofrezco a llevar a Sami al colegio.

—Voy y vengo.

—¿Te tomarás el día libre?

—No, iré en la tarde, pero antes quiero hablar algo contigo.

—¿Sobre qué? —Entrecierra los ojos, se da cuenta que es algo importante.

—Tranquila, no es nada grave. —Le coloco el bolso a Sami y tomo las llaves del auto, ellas se despiden en la puerta con un abrazo y veo como su cabello largo y despeinado le da un aspecto más atractivo.

—¿Debo prepararme psicológicamente? —Rio entre dientes.

—Ya me conoces, soy el rey de la locura.

—¿No puedes adelantarme algo?

—No. —Me mira expectante, en vista de que no respondo, deja de presionar y cierra la puerta.

No me gusta el frío que siento en el estómago mientras llevo a Sami al colegio, lamentablemente no puedo posponer más la conversación con Ana, después de recordar por la noche todo el incómodo sendero que hemos recorrido en nuestra relación, decidí informarle mi decisión hoy mismo. Ana no estará contenta, mala suerte, porque yo si estoy entusiasmado.

Al llegar al colegio, Sami me suelta la mano y sale disparada al encuentro con su mejor amiga Masiel, resoplo, se supone que primero se despida de mí. Está creciendo rápido, ha empezado a hacer preguntas que me ponen nervioso, también se sonroja cuando ve al niño que le gusta, al que llama «El que no debe ser nombrado» Me rio, la locura de mi hija es de familia.

Me recuerda mucho a mi hermana Belén cuando leía en sus libros algo que la dejaba con duda, le preguntaba cosas complejas a mamá, era perfectamente capaz de abordar temas de sexo en medio de la calle sin ninguna vergüenza; mamá tuvo que prohibirle que las hiciera delante de papá. Ojalá hubiera tenido más libertad, por eso intento no ser como él.

Al llegar a casa camino por la grama de la entrada y respiro profundo, no tengo intenciones de discutir, a pesar de lo que diga Ana me lo tomaré con calma. Subo las escaleras que dan a la puerta principal, entro y mientras me quito la chaqueta reúno fuerzas, pronto la consigo en la cocina, mi mirada se detiene en los dos platos de desayuno: jugo de naranja, huevos revueltos, salchichas, café y tostadas. Es imposible no quererla cuando se esmera, Ana María sabe cómo hacer que baje la guardia.

—¿Vas a comerte todo eso?

—¿Acaso temes que engorde? —La recorro con la mirada y le doy una excelente puntuación a su cuerpo, mi gesto la pone nerviosa porque baja la

cabeza hasta el plato.

—No, pensé que solo desayunabas cereal.

—Pues para hoy solo lo mejor, ¿te parece?

—No tengo problema con eso —digo tomando asiento, Ana agarra unos cubiertos de la gaveta y me los pasa. Comemos en absoluto silencio.

—¿Te gustó? —me pregunta cuando doy el último bocado.

—Me encantaría comer así todas las mañanas.

—Si quieres comer así cada mañana, necesito que estés aquí para eso.

—Hazte a la idea entonces.

—El cuento de nunca acabar... —murmura—, se pronostican vientos de cambio.

—Fingiré que no escuché eso.

—Por favor, desde que nos casamos no desayunas en esta casa, Benjamín.

—Y te acabo de dar un buen ejemplo de que quiero cambiar eso, ¿no es así? —Ignoro su mirada llena de intriga y coloco los platos en el fregador.

—Imagino que fue todo un sacrificio. —Me aguijonea—, dejar de lado tu rutina de siempre, tu trabajo.

—Mmm... no. Fíjate que lo estoy disfrutando. —Ella meneaba la cabeza y me mira con enfado.

—¿De pronto te sientes bien compartiendo conmigo?

—¿De qué hablas? siempre me he sentido bien estando contigo, somos un matrimonio.

—¡Esto no es un matrimonio desde hace años!

—¿No lo es?, ¿y entonces qué es?

—Una obligación.

—¡Ya entiendo!

—¡Me alegra! —El sarcasmo de Ana me enfurece, pero en mi mente repito *no voy a pelear, no voy a pelear.*

—Bueno, ya que soy el único en este momento que cree estar casado por amor y no por obligación, pasaré más tiempo con ustedes, tanto si quieres como si no.

—¿Por qué?

—Ana, porque quiero, porque quiero arreglar las cosas.

—Eso no me convence. Hace tiempo que no nos llevamos bien, la gente no cambia de la noche a la mañana. Desde hace años me dijiste cómo serían las cosas, yo aquí y tú allá... ¿es por lo que pasó la otra tarde?, eso solo fue deseo y te aseguro que no volverá a pasar, no tengo la más mínima intención de repetirlo si a los días te arrepientes y te alejas de nuevo.

—¡Estupendo! porque no quiero alejarme de nuevo.

—Me alegra oírlo, pero sé que hay algo más.

—No sé cómo explicarte sin que armes la tercera guerra mundial- —Sus mejillas se tiñen de rojo, ahora si se está molestando de verdad.

—¡Ese es el primer y gran problema entre nosotros! ¡Siempre crees que estoy a la defensiva, das por hecho que voy a ponerme histérica cuando ni siquiera sé de qué quieres hablarme!

—Porque ese tema siempre ha sido delicado. —Le cuesta solo unos segundos entender.

—¿Vas a hablarme de fútbol? —Su voz se agudiza.

—Sí, voy a hablarte de fútbol. —Ana respira con pesadez, me da la espalda y se pone a mirar por la ventana.

—¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Lo que quiero decirte... es que hoy voy a renunciar a SONADVI. —Su reacción no tarda en llegar, se vuelve muy rápido hacia mí—, los dos sabemos que nunca me ha gustado trabajar ahí. Y a pesar de que no creía tener más oportunidad en el fútbol, ahora si hay una opción.

—¿Cómo cuál? —Tiene los ojos muy abiertos.

—Pues bien, me ofrecieron trabajar como entrenador de niños. —Me aclaro la voz—, ¿sigo contándote?

—Continúa... no hay nada que me interese más —comenta

contemplándome, está parada a dos pasos de distancia de mí, en este momento echo de menos a Belén, que sabe perfectamente como intervenir si el mal genio de Ana y el mío chocan, pero no cuento con esa suerte porque mi hermana está sabe Dios en qué lugar.

¡Señor, dame la inteligencia y la paciencia para enfrentar a mi mujer y salir vivo en el intento!

Me sigue contemplando cuando tomo asiento en la barra de la cocina y desabrocho los dos primeros botones de mi camisa, tampoco dice nada cuando me tardo unos minutos dándole vueltas a mi celular sobre el mesón, pienso por dónde comenzar. Finalmente toma una respiración honda y me apresuro a hablar.

—Entrenaré a los niños en las diferentes categorías de lunes a viernes.

—¿En qué horario?

—Solo en las tardes.

—¿Y los fines de semana?

—Habrán partidos.

—¿Sami y yo podemos ir algún fin de semana?

—Todos los que quieran.

—¿El sueldo?

—No está mal, tendremos que reducir ciertos lujos...

—Conseguiré empleo. —Me interrumpe—, igual muero por salir de estas cuatro paredes.

—¿De verdad? —Eso sí no lo esperaba, siempre pensé que estaba cómoda en la casa.

—Sí, de hecho ya tengo algo en mente, ¿qué harás con tú papá?

—No me importa lo que diga, ya es una decisión tomada.

—¡Aprobado general entonces! —La miro con cara de sorpresa, entre asustado y desconcertado, esperaba la tercera guerra mundial y esto ha sido más bien cómo una ronda de preguntas y respuestas de *Quien quiere ser millonario*. Su amplia sonrisa me pone alerta.

¿No habrá insultos, ni gritos, ni drama? ¡Aquí hay gato encerrado! ¿Qué mierda pasa aquí?

—¿En qué momento sale la gente gritando «caíste en la broma» ?

—¿De qué hablas?

—De que no entiendo tu reacción

—¿Y qué esperabas, Benjamín?, ¿Al fin harás lo que te gusta y creíste que no me alegraría? si tú estás feliz, nosotras lo estamos, es hora de que nos ocupemos del bienestar de los tres.

—¿Algo así como en equipo?

—Exactamente así, campeón. —De un momento a otro me levanto y la abrazo con fuerza, me doy cuenta de lo que realmente pasa, Ana me deja sorprendido, por fin ha entendido que el fútbol forma parte de mí. Esto no es un sueño, es real, se siente muy bien hablarle de lo que me gusta y que el escenario no sea ni por asomo lo que fue aquella vez. Sonrío con fuerza.

—Gracias...

—Cariño, esta vez hagámoslo bien.

Por la tarde llego a SONADVI, la asociación está ubicada en un edificio de veinte pisos en una urbanización de prestigio. Doris —así se llama una de las secretarias— una mujer bajita, de cabello castaño oscuro y ojos negros, siempre va vestida con una falda tubo gris y excesivo maquillaje, viene detrás de mí dándome las novedades del día.

Doris es la secretaria personal de mi padre, ya me ofreció un café y preguntó por su estado de salud, ambos tomamos el ascensor porque quiero subir al piso diecinueve, que es donde está la oficina de Giovanni, y ella sube porque tiene que entregarle unos papeles. La futura conversación que debo tener con el socio de mi padre me carga tenso, no está ayudando para nada el golpeteo del tacón de la señora Doris contra el piso del ascensor, no solo me está poniendo histérico sino que además noto algo extraño.

—¡Madre mía, Doris! ¿Estás hecha una mata de nervios hoy o es idea mía?

—Dejo de mirar su pie y me enfoco en sus ojos detrás de unos lentes negros.

—Es que no quiero ir a las oficinas de los Villar, joven Benja.

—Entiendo —contesto extrañado—, si es por mí, tampoco pisaría más esas oficinas, es más, creo que esta será la última vez.

—Será para que a su padre y al señor Giovanni les dé un ataque al corazón... —Se arrepiente de sus palabras y se tapa la cara rápidamente con la carpeta que trae en la mano, a los segundos la baja lentamente y deja ver sus anteojos, le quito la carpeta de la cara y tiene las mejillas encendidas, me echo a reír—, ¡Dios mío, qué pena! yo no... no debí decir eso.

—Por eso es que me caes bien, Doris, porque no tienes filtro, tranquila que no me molesta —Sonrío—, esa es la suerte que corren las personas que andan todo el día como un limón.

—Sí, yo también creo que me infartaría si estuviera todo el día tan amargada. Gracias a Dios he conseguido siempre mi tratamiento de la tensión.

—Me alegra saberlo —digo entre risas—, bueno, ahora cuéntame, ¿por qué no quieres subir a las oficinas de los Villar?

—Es que el joven Miguel Ángel anda muy molesto, odio verlo gritando, tiene días así y nadie lo soporta ¡Es como si detestara a todo el mundo! —Asiento, salimos del ascensor cuando las puertas se abren.

—Tranquila, si se le ocurre gritarte frente a mí lo pondré en su sitio. —Doris se echa a reír, pero cuando ve que arrugo la frente se pone seria y traga saliva.

—No me mal interprete, joven Benja, por supuesto que lo creo capaz de defenderme. A veces trato de entender al joven Miguel Ángel, ¿sabe? todo el personal está tan preocupado por la niña Belén como él, pero ni que fuera culpa de nosotros. —Escruto sus ojos buscando una respuesta.

—¿A qué te refieres? —Hace una semana que Belén escapó, claro que todo el edificio ya debe estar al tanto de que mi hermana dejó plantado a Miguel Ángel en el altar, tomó una decisión y yo rezo para que su valentía la haga feliz—, si Miguel Ángel quiere convertirse en limonada que lo haga, si alguien tiene la culpa de lo que pasó ese es él. —Ella se vuelve lentamente hacia mí.

—Joven Benja, ¿cómo que de él? —susurra—, ¿no me diga que el joven Miguel Ángel tiene que ver con el secuestro? —La manera con la que susurra la palabra «secuestro» logra hacerme poner los nervios a flor de piel, hace

que no pueda ocultar mi cara de desagrado.

—¿Qué secuestro? —le pregunto a Doris que ahora me ve con horror.

—¡No puedo creer que no lo sepa! —contesta—, la noticia está en toda la prensa desde anoche, el joven Miguel Ángel en este momento está reunido con varios reporteros de televisión. —La miro sin dar crédito, maldigo una y mil veces a ese infeliz, luego recuerdo la docena de llamadas a las que no les di respuesta esta mañana y camino con rapidez hasta el escritorio de la secretaria del piso diecinueve.

—¿En dónde están reunidos? —Hablo con dureza, ella al verme pestañea rápidamente.

—En la oficina del señor Giovanni... —Ignoro sus palabras cuando dice que primero debe anunciarme, impulsado por la rabia camino hasta la oficina de Giovanni y abro la puerta.

Odia que lo interrumpen sin ser avisado, pero en este momento me importa una mierda lo que le importe o lo que no. Miguel Ángel está loco si cree que dejaré que siga con esa mentira, esa no es la verdad, la verdad es que mi hermana escapó de toda la mierda que es SONADVI —incluido él— lo mismo que vine hacer hoy aquí.

—Muchos testigos vieron lo que sucedió esa mañana en el hotel, la policía cree que tal vez ella tuvo una razón para desaparecer. —Giovanni abre mucho los ojos cuando me ve, pero no pierde su aire diplomático mientras su hijo le responde al reportero.

—Ella no desapareció, Belén no me haría algo así. Les repito que es un secuestro, esos tipos se la llevaron, no dejaré que nadie ponga en tela de juicio nuestro compromiso, hoy mismo aclararé todo con el jefe de la policía. —Ha perdido el juicio por completo, su estado es desaliñado y su voz no es firme, está mintiendo con descaro. Doy unos pasos y me sitúo a su lado, él al verme carraspea.

—Eres rastrero —digo entre dientes—, ¿por qué inventar algo así? ¡Maldita sea! —Miguel Ángel me observa y espera, algo horrible comienza a crecer en mi interior y aumenta poco a poco con su silencio, estampo mis manos en su camisa y lo levanto de golpe.

—¡Benjamín, suéltalo! —ordena Giovanni, pero yo lo sacudo de nuevo.

—¿Qué ganas con esto?, ¿qué diablos ganas con hacerle creer a todo el mundo que Belén está secuestrada? —Sin ningún miramiento lo arrastro hasta estamparlo contra el escritorio.

—¡Fuera todos! —grita Giovanni a los reporteros, que inmediatamente acatan la orden—, no lo puedo creer, Benjamín, ¿qué te sucede? —Miguel Ángel trata de zafarse de mí, pero no lo suelto y aprieto más mi agarre.

—¿Qué me sucede? este imbécil inventa cosas de mi hermana porque no sabe cómo defender su orgullo herido de macho, ¿y tú me preguntas qué sucede? —Levanto una mano y la cierro en un puño que dejo caer en toda la cara de Miguel Ángel.

—¡Él solo busca encontrarla! —grita Giovanni viendo como la sangre gotea de la nariz de su hijo.

—¿Y para eso tienen que meterla en problemas inventando algo tan grave como un secuestro? —Abren la puerta de la oficina y aparecen los de seguridad y dos guardaespaldas de Giovanni, me rodean con rapidez.

—¿Qué sucede, señor? —pregunta uno sin comprender, al darse cuenta que soy yo no saben cómo actuar.

—¡Sáquenlo de aquí! —exige Giovanni, aprovecho el desconcierto de los guardias para agarrar la barbilla de Miguel Ángel, lo obligo a mirarme.

—¡Belén no está sola! ¿Me escuchas? —Él tensa sus manos en mi cuello y pone una cara de suficiencia igual a la de su padre, los guardias forcejean para que nos soltemos.

—No me importa... —Da un grito ahogado cuando lo suelto con fuerza haciendo que se golpee la cabeza—, ¡Belén es mi prometida y tendrá que cumplir con su promesa!

—¡Estás equivocado, imbécil! —Trato de acercarme de nuevo, pero no me lo permiten. Miro a Giovanni—, ¡Has consentido que tú hijo se convierta en un hijo de puta! ¡Mi padre no está, pero yo sí! ¡No dejaré que sigas echándole mierda a mi familia!

—No podrás hacer nada, Gilberto me debe mucho dinero y tiene que pagar por ello. ¡Así el precio sea la cobarde de tú hermana! ¡Ahora sáquenlo ya de aquí! —Estoy furioso, quiero ahorcar a ese par de desgraciados, comienzo a patear a diestra y siniestra, pero no consigo nada porque me sacan arrastrado

de la oficina y del edificio.

—¡Malditos hijos de puta! ¡Mi hermana no está secuestrada! —grito varias veces con todas mis fuerzas para que se oiga hasta el último rincón del edificio, sobre todo para que lo escuchen todos los reporteros que aguardan en la entrada.

—Benjamín, solo quiero que te tranquilices un poco. —Me pide uno de los de seguridad y al fin me sueltan. Estoy demasiado alterado cómo para contestarle, me paso la mano por el cabello y arreglo mi camisa que se salió del pantalón por el forcejeo.

Tengo la mente nublada de ira, Giovanni y su hijo son unos malditos engreídos prepotentes, no les dejaré el control de la sociedad, Giovanni del Villar acaba de conseguir lo que mi padre no consiguió nunca, que me interese y luche por esta empresa. Camino hasta mi auto, me subo y lanzo la puerta con fuerza, estoy a punto de arrancar, pero no giro la llave del contacto porque mi celular suena.

—Benja, ¿por qué diablos no atendías?

—Ahora no, Ana. —Prendo el aire, estoy muriendo de rabia—, no es un buen momento y no quiero pagarla contigo.

—Está bien... —contesta con voz temblorosa—, pero es importante, tú mamá acaba de llamar, a Gilberto le dio otro infarto.

GRAN SABANA

Entro a la posada y saludo con la mano al recepcionista gruñón. De repente la voz de Andreina se escucha en todo el vestíbulo.

—¡Ey! ¿Cómo está mi fugitiva favorita? —Cabeceo riendo, sin perder más tiempo camino hasta ella.

—¡Muy bien!

—No hace falta que lo jures, esa cara y esa ropa lo dicen todo.

—¿Y qué dice?

—Que la pasaste genial. —Me guiña con complicidad—, y no trates de negarlo porque estás sonriendo como idiota.

—No pasó nada de lo que crees y no estoy sonriendo así.

—Ajá, ojalá tuviera un espejo, ¿se puede saber dónde está el causante de tanta alegría?

—No está en Kavanayén, salió de viaje un par días por unos asuntos.

—Ya... —Entrelaza su brazo con el mío—, ¿quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—Voy a salir a pasear, Yariel y Thais decidieron tomarse un día en pareja, lo mismo pasa con André y Marina, me sentó muy mal que me dejaran por fuera así que me arreglé.

—¿André y Marina resolvieron sus cosas?

—Mira que costó, ¿puedes creer que los tuve que amenazar con amarrarlos barriga con barriga? —Me echo a reír imaginando la cara de André.

—¿Cómo me perdí eso? —Me mira con obviedad.

—Porque andas en el mundo de *JuanJosuélandia*.

—¡Ay, Andreina! siento haberte dejado de lado.

—Tranquila, amiga, mi hombre ya está por llegar.

—¿Tú hombre?

—Claro, llamé al Gato y viene en camino, ¿creyeron que sería la única que no tendría luna de miel en vacaciones? —Explotamos a reír.

—Andreina, no me acosté con él.

—¡Santo Cristo Redentor! entonces no imagino tu cara cuando lo hagan. —Ruedo los ojos ante su comentario—, entonces, ¿vendrás con nosotros?

—¿De verdad quieres que vaya? —pregunto por si le apetece salir sola con el Gato.

—¡Claro, Belén! —Sonríe y me jala hacia la salida—, eres mi amiga y no te dejaré sola y aburrida en la posada.

—De acuerdo, iré, ¿crees que en Kavanayén exista algún sitio donde

pueda comprar un celular?

—Mira, ya llegó nuestro guía, vamos a preguntarle.



DIECISIETE



“Yo no te deseo buenas tardes, yo te deseo siempre, mucho y a todas horas.”

Veintinueve días.

Veintinueve días que han sido fantásticos. Haber escapado de esa insólita boda es lo más acertado que he hecho en mi vida, estar en la Gran Sabana es algo de otro mundo, un mundo en donde me siento estupendamente bien y con riesgo de estar mejor, porque cada vez que Juan Josué me sonrío, lo que ayer me dolió hoy ya no me importa.

Me encanta haber encontrado a un hombre que me enamora con su forma de ser, de vestir, de hablar, de mirarme y de hacerme sentir que el pecho me va a explotar; la sangre me corre a mil por hora cuando sonrío a mitad de cada beso, mi rostro se sonroja y mi cuerpo titubea cuando sus labios tocan mi cuello. Me río de sus tonterías y me gusta quitarle la gorra que siempre usa para enterrar mis dedos en su cabello, no sé cómo pude haber pensado tantos

años que alguien como él no existía.

Nadie decidió enamorarse, pero creo que está pasando porque andamos en un estado de idiotez agradable. Me trata como su princesa y yo me derrito con sus atenciones. También debo decir que a veces es muy celoso y sobreprotector, cada vez que Cristian me llama, él saca a relucir aspectos fuertes de su personalidad, pero nunca llegando a pelear; me he dado cuenta que es porque teme que Miguel Ángel me encuentre, siempre le aseguro que Cristian es de confianza y se tranquiliza. Así es JJ, cuando no estoy con él siempre está pendiente y alerta.

En los últimos días han pasado varias cosas.

Andreina y el Gato no se separan, siempre que encuentran oportunidad se nos escapan, ya comenzamos a acostumbrarnos a sus mentiras tipo: «Solo vamos por un café», «Pero qué exagerados, no nos tardamos tanto» o la más reciente «Intentamos llamarlos, pero no había señal.» Suerte que André anda de buen humor, aunque se molesta cuando su hermana no llega a dormir, lo ha dejado estar.

Y es que André y Marina no tienen tiempo para preocuparse por el nuevo romance de la más pequeña de los brasileños porque andan en su propia burbuja personal, me alegra mucho que hayan retomado su noviazgo, fue un alivio para todos, ya que cuando supimos la razón por la cual ella decidió venir hasta aquí quedamos en shock: es genial saber que pronto habrá una personita que será mitad André, mitad Marina. He descubierto en ella una gran persona, André la ama y ella lo adora, luego de ocho años de noviazgo y un bebé en camino, si no se reconciliaban yo misma le hubiese conseguido la cuerda a Andreina para que los amarrara. El por qué estaban peleados es harina de otro costal.

Con Thais y Yariel es diferente. Hemos salido los cuatro y nos hemos divertido un montón, mi novio siente más afinidad por él que por André, es normal, él dejó pasar el interés que André demostró por mí al principio, se dio cuenta que ese hombre no tiene más ojos que para su novia, pero esa afinidad que unió a JJ y a Yariel se debe a algo más: el fútbol. Es un alivio poder contar con Thais cuando esos dos se juntan, juegan como niños en el único campo que hay aquí, mi hermano Benja seguro disfrutaría mucho con ellos. Aunque sería una mentirosa descarada si digo que yo no disfruto las vistas mucho, verlo correr de aquí para allá, sin camisa, sudado y solo con ese short

que dibujan tan bien su trasero es... más que estimulante.

Así hemos estado a pesar de que cada pareja tiene su espacio entre unos y otros, cada día tratamos de encontrar una nueva cosa que hacer.

Yo no me fastidio, estoy aprendiendo a vivir un día a la vez, como quien dice, preocupándome menos y sintiendo más. Hay días en que no puedo evitar detenerme a pensar en las pocas personas que extraño y que están en Caracas, pero trato de evitarlo lo más que puedo, no porque no quiera extrañarlos, sino porque me aflige saber que toda esta paz que siento puede terminar en cualquier momento.

Yo ya no puedo imaginar mi vida de vuelta a la rutina de la ciudad, no tengo ni un ápice de intención de regresar.

Es como si estuviera viviendo dentro de un sueño, aquí hago todo lo que me provoca: como a deshoras, tomo fotos alucinantes, paseo en bicicleta, me tiro en la grama y retomo lecturas olvidadas. Algunas veces acompaño a Juan Josué al dispensario y me deleito al verlo en su papel de doctor; otras en las que llega algún enfermo o accidentado, lo espero en la misión. Una construcción imponente y antigua en donde cada tarde su gran campanario anuncia la misa, tiene algunos servicios básicos, como teléfonos públicos, desde donde aprovecho para llamar a Cristian porque en Kavanayén es difícil conseguir saldo para celular. El lugar inspira serenidad, la misma que le estoy viendo en la cara al niño Jesús que me recibió al entrar, está acostado en una hamaca ¡Me parece tan curioso y genial! sonrío porque es un niño Jesús muy venezolano e indígena.

Juan Josué aún no llega. Con todo el trabajo que tiene encima, él igual busca tiempo para avisarme de su tardanza de la manera más cariñosa, siempre consigue ayudantes, o mejor dicho, “pequeños cómplices” descubrió algo divertido en el hecho de enviarme cada vez que puede una flor o un dulce con niñitos de la comunidad. El detalle de hoy me encantó.

Si no es amor es vicio.

Porque jamás una boca me hizo querer regresar tantas veces por un beso.

Tardaré un poco, princesa.

Te quiero.

JJ.

Me lo comeré a besos apenas lo vea ¡Lo quiero! yo también lo quiero muchísimo. Que haya elegido precisamente esa frase que me gusta tanto es increíble, me doy cuenta de que ha prestado bastante atención cuando le hablo sobre las cosas que me gustan. Juan Josué está moviendo territorios desconocidos en mi corazón, es el primero con quien me ilusiono tan fuerte, lo que me hace pensar y reírme de la primera vez que me soltó un «te quiero.»

—*¿Por qué estás en la Gran Sabana?* —le pregunté el otro día de golpe y sin anestesia en su consultorio, JJ tenía una vida antes de que yo apareciera, haberle contado sobre la mía no me da derecho a hurgar en la suya, pero quiero descubrir cómo nació la idea de ejercer su profesión en este lugar.

—*¿Por qué no estarlo?* —respondió a los segundos, que no dijera nada más, me molestó.

—*¡Solo quería saber!* —*Lo veía escribir unas historias médicas, pero me levanté de golpe de la camilla—, es una pregunta muy sencilla y fácil de contestar.*

—*¿Se puede saber qué te pasa?* —*Me miró sorprendido. Quise darme una cachetada cuando me di cuenta de mi estupidez, estaba actuando como una loca, él no tenía idea de lo que realmente me molestaba en ese momento, era algo que necesitaba saber para quedarme tranquila con respecto a nosotros.*

—*¿Irás el fin de semana otra vez a ese lugar?* —*Se revolvió en la silla y suspiró profundo, me pareció que no quería tocar ese tema, pero yo insistí. De verdad estaba dudando de que esas salidas de madrugada con Fabiola eran solo para trabajar.*

—*Sí, tengo que ir de nuevo* —*aceptó con resignación.*

—*¿Y ella también irá?* —*La sorpresa en su rostro fue notable, él no esperaba ese giro en la conversación que teníamos, tragó saliva con incomodidad y mi curiosidad aumentó.*

—*¿Qué importa eso, Belén?* —*Observé cuando se levantó y guardó unas carpetas dentro del escritorio.*

—*No quiero que vayas* —*confesé, ante su silencio respiré con pesadez.*

—*No entiendo qué estás pensando, ya te expliqué que entre Fabiola y yo no puede haber nada. Esa es la verdad.*

—¿Y por qué tienen que quedarse?

—Porque queda lejos, ya te lo dije el otro día, ¿qué más da si voy con ella o con otra?, ¿llevarte hasta allá te hará estar más tranquila con respecto a nosotros? ¡Date cuenta que me fastidia tener que ir porque quiero estar contigo todo el tiempo! ¿No has notado que me tienes loco y que te quiero solo a ti? no noto que la confianza sea recíproca, Belén. —Luego de escucharlo decir todo aquello pensé en cuanto había metido la pata, lo que menos deseaba era iniciar la primera pelea en nuestra relación, además tenía razón, ¿qué importaba con quien iba si siempre volvía por mí? estábamos juntos, eso tenía que ser suficiente garantía. Apoyé mi espalda a la pared y lo observé unos segundos, apreté los labios tratando de disimular la emoción que se comenzaba a expandir desde la punta de mis pies hasta el último de mis cabellos ¡Lo quiero!

—Discúlpame, tienes razón —dije con seguridad—, no quiero que discutamos por esto, de pronto sentí celos. Es solo que yo me quedo aquí extrañándote y tú estás con ella, me dices que están trabajando pero, ¿qué hacen allá?, ¿por qué no me lo has contado? el otro día Fabiola insinuó que ustedes comparten cosas que yo no imagino.

—¿Ella dijo eso?

—Sí, y fue obvia, lo hizo con bastante intención, lo que todavía no comprendo es por qué. Entiendo que entre ustedes no ocurre nada, me queda claro que le gustan las mujeres y tú has respondido siempre a todo lo que te he preguntado, pero tienes que reconocer que cuando son preguntas sobre en qué trabajas en Arecuna te pones hermético.

—Princesa, te juro que no es nada malo.

—Yo no estoy diciendo que sea algo malo. —Juan Josué se paró frente a mí.

—Entiendo que quieras saber. —Acarició mi mejilla con delicadeza—, me sorprende y molesta un poco que esta haya sido la forma que encontró Fabiola para molestarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Que sí tenemos un secreto. —Colocó su dedo índice en mis labios cuando advirtió mis intenciones de hablar—, ella seguro busca la manera

de fastidiar nuestra relación ¡Qué necia es!

—¿Qué tal si me explicas? —Alcé ambas cejas sin comprender.

—Se me ocurre algo mejor. —Me acercó más a él de un momento a otro, me miró fijamente y sus ojos brillaron, un gesto que me puso alerta.

—¿Qué ocurre?

—Entre tú y yo no habrá secretos porque te quiero, Belén. Te llevaré conmigo a Arecuna y te confiaré lo que estoy haciendo aquí en la Gran Sabana. —Mi corazón dio un vuelco tan fuerte que me sorprendí.

—¿Es en serio?

—¿Qué?, ¿lo de Arecuna o el te quiero que se me escapó? —Le sonreí como idiota y él en respuesta me besó, al fin sabría cuál era el misterio que encerraban esas salidas...

—Princesa, guárdame una sonrisa. —Me susurra al oído, reacciono girándome hacia él, estoy sentada en uno de los bancos de la iglesia dentro de la misión, el lugar está en silencio porque la misa terminó hace quince minutos, quedan pocas personas; unas prenden velas en el altar y otras admiran el lugar como lo estaba haciendo yo.

—Todas las que quiera, doctor —contesto alegre, me levanto y él rodea mi cuello con su brazo para comenzar a caminar, alzo la cabeza y dejo un beso fugaz en su quijada, Juan Josué sonrío y se inclina para robarme uno de los labios.

Apenas salgamos de aquí haré justo lo que quiero, me lo comeré a besos.

Al mismo tiempo que Juan Josué le pica unas fresas a Lorenzo —Sí, el loro a veces es sifrino— yo miro mal el jean que me pidió que le sacara de la lavadora, está realmente mal si piensa ponerse esto tan desgastado y deshilachado.

—Esto está para tirarlo a la basura. —Arrugo la frente y le enseño los huecos que el jean tiene en las rodillas.

—¡Ni se te ocurra, ese pantalón es mi favorito! —Con alarma se limpia las manos con un trapo e inmediatamente me los quita para tenderlos él mismo, me

echo a reír—, espero se seque para mañana.

—¿Cómo puede ser tú favorito? ¡Hasta perdió el color, Juan Josué!

—Eso es lo que más me gusta.

—¿Cómo te va a gustar un jean así? tal vez sea de buena calidad, pero ya cumplió su misión aquí en la Tierra, ¿la billetera no se te sale con ese hueco que tiene en el bolsillo de atrás? ¡No me jodas! ¡Dios, si es hasta grande! con ese jean no se te debe ver ni el cu... —Me callo de golpe y me tapo la boca con las manos, él se echa a reír fuerte cuando se da cuenta de lo que no termino de decir.

—¿Así que alguien me ha estado viendo el culo?

—¡Oye! —Trato de parecer seria—, no fastidies.

—¿Qué? si fuiste tú quien lo dijo. Aunque es verdad que me queda grande, pero no importa porque siempre puedo quitármelo. —Ruedo los ojos cuando me guiña. Días atrás seguro me hubiera puesto roja como un tomate, pero empiezo a adaptarme a su juego de palabras insinuantes, si pongo lo que nos hemos dicho en una balanza, se inclinaría a favor de él; las palabrotas siempre se me escapan es a mí.

—¡Ay, sí! ahora resulta que es súper sexy que te quites ese jean horrible ¡Cuando lo hagas recuerda botarlo! —Se me queda mirando con los ojos muy abiertos, no puedo contenerme más y me echo a reír en su cara ¡Es que al fin le gano una!

—Qué belleza. Primero me quiere botar mis pantalones favoritos y ahora se ríe de mí en mi cara ¡Qué novia me gasto!

—¡Pff, no seas tonto! —Atrapo su rostro con mis manos—, cuando pones esa cara de niño perdido me provoca comerte a besos.

—¿Y qué esperas? anda, bésame. —Sujeta mi cintura con firmeza.

—Prométeme algo.

—¿Qué?

—Que algún día iremos de compras y me dejarás comprarte el jean que yo quiera, uno que sea de tu talla, y no podrás molestarme; tiene que ser ajustado en el trasero. —Se echa a reír y me aprieta contra él, para luego secuestrar mis

labios de una manera tan malditamente divina que mi cuerpo entero se calienta.

Cuando estamos así siempre me aparto con cualquier excusa, he tratado de llevar las cosas con calma y él ha estado de acuerdo, pero hoy es diferente, porque cuando se aparta un poco y me mira con esas pupilas dilatadas me doy cuenta que los besos no están siendo suficientes para sofocar el calor. Su mano acaricia mi costado para luego hacer un viaje de arriba abajo por mi espalda.

—Te necesito, Belén —susurra con sensualidad sobre mi boca, pasa su lengua húmeda sobre mis labios haciéndome estremecer, acto seguido baja hasta mi cuello y aspira—, me encanta tú olor, siempre hueles a miel, así saben tus besos también.

Acaricia mis labios con la yema de sus dedos y me mira con intensidad, me comienzo a sentir perdida, si soy sincera, lo único que piensa mi cabeza es lo mismo que desea mi cuerpo; muero porque me haga suya. Decido dar el siguiente paso, estiro el cuello y cubro los labios de él con los míos dándole acceso completo a su lengua para profundizar el beso.

¡Santo Dios! él acaba de comerse una fresa porque puedo saborear la deliciosa fruta.

Acaricio su espalda por debajo de la tela, disfruto del calor de su piel, de sus músculos bien marcados, de su torso, de sus brazos; pero sobre todo de las descargas eléctricas que me provocan sus manos inquietas sobre las curvas de mi cuerpo. Nuestras respiraciones comienzan a acelerarse, interrumpo el beso y le saco con urgencia la playera, de igual forma me desprendo de la mía bajo su mirada lujuriosa, una oleada de calor me atraviesa las venas al ver la perfecta *V* en su abdomen.

En cuestión de segundos ya está besándome otra vez, cualquier idea de rechazarlo se esfuma cuando desabrocha y desliza hacia abajo las tiras de mi sujetador, ya no pienso poner impedimento; yo deseo esto y no quiero reprimirme a lo que siento por él. Me agarra por los muslos y me levanta, me sienta en la barra de la cocina haciendo que el plato con los pedazos de fresa se haga añicos contra el suelo, Lorenzo sale volando asustado.

—Pobrecito, su comida...

—Tranquila, luego lo recogemos, ¿o prefieres hacerlo ahora? —Nos quedamos en silencio unos segundos, únicamente estoy vestida de la cintura

para abajo, pero él solo me ve a los ojos con intensidad. Le rodeo la cintura con mis piernas, atrapo su cuello con mis manos y pego todo mi cuerpo al suyo, asegurándome de que no quede ni un centímetro de espacio entre nosotros.

—Hazme el amor, Juan Josué. —Cierra los ojos y toma aire, lo suelta lentamente con un aura salvaje y de adoración.

—Gracias a Dios.

Cuando vuelve a invadir mi boca, el beso es totalmente arrebatador, yo respondo con fuerza, explorando todo una y otra vez, con la excitación a flor de piel por la respiración entre cortada de él y por sus dedos jugando con mi cuerpo.

¿Cómo me resisto a algo así? No puedo.

Juan Josué lame el dulce camino entre mi cuello y mis senos, hurga con la punta de la lengua la parte sensible de uno de ellos y mi piel comienza a arder, incapaz de resistirme más deslizo los dedos hasta la hebilla de su pantalón. JJ toma mi mano y la coloca sobre su entre pierna, jadea y a mí se me seca la boca.

—¡Oh, Dios! —digo casi sin aliento.

—¿Qué sucede?

—Está realmente abultado.

—¿Muy grande? —Me mira con una sonrisa retorcida—, ¿estás criticando que se me ponga así por ti?

—Por supuesto que no —contesto con rapidez, algo avergonzada—, puede que esté nerviosa, pero nada impedirá que explore los maravillosos misterios ocultos bajo este pantalón. —Él me dedica una mirada ardiente, cada célula de mi cuerpo bulle con excitación, Juan Josué inclina la cabeza y jadeo fuerte cuando me ahueca los pechos con las palmas de las manos y los acaricia con los labios.

—Eres perfecta, ¿te gusta lo que hago? —Hundo los dedos en su hombro cuando succiona con fuerza.

—Sí... me encanta... —Hablo entre cortadamente—, no es como me acaricias... es como lo haces tú. —Sonríe con satisfacción.

—Separa las piernas, princesa. —Suelto un jadeo cuando baja una de sus manos y comienza a moverla por encima de la tela de mi short, justo contra mi suavidad femenina. Me siento confundida, me gusta que me acaricie tan suave, pero a la vez quiero rogarle que lo haga con más fuerza; de solo imaginar los diferentes escenarios las piernas me tiemblan. Estamos perdidos en un torbellino de placer cuando el sonido del timbre retumba en todo el apartamento, Juan Josué se incorpora de golpe y nos miramos a los ojos.

—¡Abran, chicos! sabemos que están ahí.

—Oh, no. Tus amigos son maravillosos —repite él con molestia.

—Ni se te ocurra echarme la culpa. —Me bajo del mesón para colocarme el sujetador y la playera, en mi mente recreo las mil y un maneras de matar a esos imprudentes.

—No lo haré, esto lo terminamos después. Lo juro. —Y me besa con suavidad antes de abrir la puerta.



DIECIOCHO



“Los buenos amigos son para siempre, el resto son etapas terminadas.”

—Hola —saluda JJ.

—¡Tenemos que conocer Brasil! —dice el Gato, ignorando la cara de pocos amigos de mi novio.

—¿Brasil? —Abre más la puerta, el Gato deja pasar primero a Andreina y luego entra él.

—Sí, Brasil: Río de Janeiro, el Cristo Redentor, caipiriñas, garotas...

—Ya entendí —resopla, Andreina y yo reímos. Paro de recoger los pedazos de arcilla esparcidos en el suelo y me levanto, ella se me acerca.

—¿Y qué pasó aquí? —Arruga la nariz.

—Ah, nada, que el plato con las frutas de Lorenzo se cayó del mesón —contesto con tranquilidad, pero ella es muy suspicaz.

—¿Y eso?, ¿cómo se cayó? —Me sonrío con pillería—, no, olvídale, no

quiero saberlo.

—Umm, es mejor. —Juan Josué le guiña un ojo y ella se pone más roja que un tomate, JJ se ríe y se gira para mirar al Gato—, entonces, ya saben, siempre es bueno llamar antes, no vaya a ser que la gente esté rompiendo platos.

—¡Juan Josué! —lo reprendo, el gato y él se lanzan una mirada cómplice y se echan a reír.

¡Dios, qué vergüenza!

Me pongo roja yo también, JJ me abraza y me da un beso en la frente.

—Ajá, ya, me callo.

—Oh, sí, más te vale —susurro en su oído—, sobre todo si quieres que terminemos “aquello”

—¡Oye! —Me rio con ganas, me encanta molestarlo de vez en cuando.

—¿Ya son ese tipo de pareja? —pregunta el Gato con sonrisa maliciosa.

—¿A qué te refieres? —JJ entrecierra los ojos.

—A esas parejas de: te chantajeo con sexo.

—¡No! —respondo con rapidez, y me río.

—Belén, si quieres que la gente te crea una mentira, no te rías —dice el Gato entre risas, muevo la cabeza de lado a lado negando.

—¿Qué hacen por aquí? —le pregunto al fin a Andreina, pues es la primera vez que viene sin avisar.

—Bueno, no te vi en la posada y en el dispensario me dijeron que estaban aquí, sé que no están muy animados con la visita —comenta mirando a JJ—, pero quiero estar con Belén.

—¿El viaje? —Me aventuro a preguntar.

—Sí —afirma, el Gato sonrío con tristeza—, ya sé que no es para tanto, ¿saben? pero es que estos días han sido maravillosos, el tiempo se va rápido cuando estás pasándola bien —dice con un deje de melancolía.

—¿Ya tienen fecha de partida? —pregunta JJ con duda, pues está observando que mis ojos y los de Andreina se están nublando.

—Sí, el lunes a primera hora. Es muy poco tiempo, amiga. Cuando André me lo dijo corrí a buscar al Gato, quiero estar con ustedes todo lo que pueda. —Se lleva ambas manos a la cara y comienza a llorar con sentimiento, esconde el rostro en el pecho del Gato cuando éste la abraza. Y la verdad es que a mí también me dan muchas ganas de llorar, camino hasta ellos con el corazón arrugado, pensando en que no se han marchado y ya los extraño un montón. Suspiro pesadamente y los abrazo, dejando caer mi cabeza en la espalda de Andreina, es tan fácil quererla; es mi amiga la loca, la alegre, la risueña.

¿Por qué a veces las personas que más queremos tienen que vivir tan lejos? sé que no pueden quedarse, debo aceptar que ellos viven en Brasil, pero es difícil; no puedo ignorar el nudo que siento en la garganta o la sensación de vacío en la boca del estómago.

—Qué triste... —le escuchamos decir a JJ, levanto la cabeza de la espalda de Andreina y lo miro a los ojos.

—Sí, lo es. —Aparto mechones de cabello de mi rostro. Y más triste me parece lo que tengo que decirle a él. Prefiero quedarme en Kavanayén, quiero estar con mis amigos.

—¡Soy una boba sentimental! —Andreina se libera de nuestro abrazo de sándwich.

—Pues somos tres —emito una risita baja al advertir que el Gato tiene las mejillas húmedas.

—¡Oh, cállate! —Todos nos echamos a reír.

—Estamos en la Gran Sabana y aún quedan dos días —dice de pronto Juan Josué, me toma de la mano.

—Pero... —Voy a protestar, pero él no me deja, con su otra mano me acaricia la mejilla y mira de nuestros amigos a mí.

—¿Te quedarás deprimida en el apartamento o los invitamos? pensaba ir solo contigo a ese lugar mágico, pero, ¿qué más magia que compartirlo con verdaderos amigos?

—¿De verdad? —Sonrío por su proposición.

—¿De qué hablan? —Me giro al escuchar la voz de Andreina detrás de mí.

—¡De que preparen sus cosas! —La abrazo con entusiasmo—, ¡Porque mañana iremos a *Arecuna*! —No les doy tiempo para pensar en una respuesta, de una vez agarro mi teléfono y llamo a Thais, me dispongo a invitarlos también y le pido que le avise a André ¡Quiero que vayan todos!

No quiero pensar en cuanto los voy a extrañar. Bueno, ¿a quién engaño? ya lo hago, pero algo me dice que este fin de semana será inolvidable.

Estaba dispuesta a quedarme en el apartamento de Juan Josué para terminar con lo que comenzamos, pero tras unos ojitos suplicantes, Andreina hace que me vaya con ella a la posada; es mi amiga y quería consentimiento, ¿cómo podía negarme?

Me contó cómo se siente con respecto a su partida y sobre la relación a distancia que decidió mantener con el Gato, se quedó sin palabras cuando le pregunté cuando volveríamos a vernos. Para no ponernos a llorar como dos adolescentes, le conté parte de lo que pasó en el apartamento de JJ, omito muchas cosas ¡Pero Andreina es Andreina! y cuando todo empezó a encajar en su mente comenzó con sus cosas: ¿Aún no han tenido sexo? ¡Estás loca! ¡Juan Josué es el hombre perfecto! Al final, no sé por qué le revelé lo que ocurrió con Miguel Ángel, ella se transformó en una pantera enjaulada, caminaba de aquí para allá en la habitación lanzando maldiciones; la conozco y sé que debe estar planeando una venganza.

Conseguí tranquilizarla explicándole que fue una situación muy desagradable, pero que mi espera para tener sexo no se debe a ningún tipo de trauma. La cuestión es que muchas mujeres se traban en cuanto al momento exacto en el que deben tener sexo con un hombre, por aquello de que ellos no piensen que son fáciles o les creen una mala reputación. Yo tengo mi propia versión sobre cuándo tener sexo por primera vez con un hombre, hay parejas que primero hablan y luego tienen sexo, y hay otras que primero tienen sexo y después hablan; yo necesito estar conectada emocionalmente con mi pareja, hablar mucho y conocerlo lo más que pueda, porque luego de tener sexo me convierto en una idiota romántica —de esas que planean un futuro con casa, esposo, hijos y hasta mascota— no me hizo falta aclararle que la intuición y las emociones ya me gritan que Juan Josué es el hombre indicado.

En la noche aparecieron por la habitación André y Marina, nos

sorprendieron con la noticia de que sí irán al viaje con nosotros, me alegra mucho, André y yo nos miramos con complicidad y sonreímos, él está feliz, Marina está feliz, Andreina está emocionada y yo también ¡Nos vamos a *Arecuna!*

Al día siguiente se presentan en los *Jeeps* bien temprano, Juan Josué y el Gato, al ver a mi novio le doy un abrazo que me devuelve con fuerza, eso me da a entender que me extrañó tanto como yo a él. Aquello que estaba posponiendo ya se me hace inevitable. Nuestros amigos van llegando y entre risas nos subimos a los rústicos para emprender el viaje.

Sentada en el puesto del copiloto, con las piernas sobre el tablero y las manos entrelazadas sobre mi estómago, admiro el precioso amanecer que se nos presenta al frente. Miro hacia el causante de mis suspiros cuando enciende el *iPod* y comienza a cantar bajito:

*Si te llamo cielo volteas,
si te llamo sol te me escondes,
si te digo estrella me sonríes desnudando la noche.
No sé si llamarte poesía,
no sé si llamarte picardía,
no sé si relacionarte con la realidad o la fantasía.
Si te llamo luz me iluminas,
si te llamo paz me la das,
rosa, clavel, jazmín o margarita...
Sí, cualquiera te va.*

—¿Qué canción es? —pregunta Thais.

—Es de *Victor Manuelle*, no sé el nombre, pero la letra me gusta —contesta Juan Josué, me mira y me pilla por sorpresa porque en su estéreo no he escuchado más que rock. Sonríe por mi cara de boba.

¡Santos Dioses de la Sabana! ¡Qué sonrisa!

—Se van a reventar los vidrios con esa voz tan terrible —dice Yariel para molestarlo, Juan Josué se ríe y continúa, esta vez con menos pena y un poco más alto.

¡Me lo como!

Tiene una voz gruesa y sensual, lo escaneo con profundidad y él me acaricia la mano mirando al frente:

*Creo que te llamaré mi vida,
creo que te llamaré delirio,
soledad jamás te llamaré porque quiero que estés conmigo.
Dime cómo te llamas, dime cuál es tú nombre,
si te llamas mía, desde hoy me llamaré tuyo.*

Cuando la termina de cantar me mira y sonrío.

—Pensé que solo escuchabas música de *come gatos* —digo asombrada.

—Muy graciosa tú, dijiste que debía expandir mis estilos musicales, ¿recuerdas?

—¿Lo recordaste tú?, ¿te pusiste a buscar canciones?

—Solo algunas...

—¿Cómo cuáles? —Mi sonrisa se ensancha.

—Canciones que me hacen pensar en ti. —Esa confesión me derrite y emociona, Juan Josué continúa manejando y yo me vuelvo a perder en el paisaje, tarareando en mi mente la canción porque sin decirlo directamente, me la acaba de dedicar.

El camino se hace más corto y divertido porque vamos escuchando los chistes de Yariel.

¡Qué habilidad tiene el loco!

Al llegar a nuestro destino veo todo en color de rosa, esto es el jodido paraíso, me recuerda mucho al Archipiélago los Roques.

Al adentrarnos en el lugar me sorprende al descubrir que *Arecuna* no se trata solo de un campamento, aquí hay de todo: desde restaurantes, posadas lujosas, río, playa, selva ¡Hasta pista de aterrizaje de avionetas!

Juan Josué va saludando, les indica a varias personas que venimos con él y me presenta como su novia. Aquí lo apodan «El doc, JJ» lo que me causa gracia varias veces, se nota que lo conocen y aprecian mucho, incluso varios niñitos de la comunidad se acercan y lo abrazan, gesto que él devuelve encantado y cosa que yo disfruto viendo; he notado que tiene debilidad por los niños, le iría de maravilla si se especializara en pediatría.

Todo va perfecto hasta que ella se cruza en nuestro camino.

¡Diablos, había olvidado que también venía!

Nos detenemos, sin querer aprieto con fuerza la mano de JJ y él se da cuenta de mi incomodidad.

—¡Por el amor de Dios! es que vienen en cambote. —Se quita los lentes de sol. Contengo la rodada de ojos y sonrío con falsedad, cada vez que nos hemos encontrado me he limitado a saludarla y despedirme por educación, no tengo nada en contra de Fabiola, pero es que hay algo en ella que no me gusta; no sé, tal vez sean cosas mías o es su extrema chocancia.

—¡Hasta en el paraíso hay demonias! —exclama el Gato con molestia por el encuentro.

—Te estás pasando, minino. Además, que yo sepa a ti no te desagradan. —Su comentario no me gusta nada, mi estómago se contrae y trato de disimular, miro a Andreina y noto que está igual de tensa que yo.

—No empiecen. —Juan Josué se para en medio de ellos dos, tan en medio como un miércoles, ya que se miran como si quisieran sacarse los ojos.

—Tranquilo, hoy ando de buenas. —Finge una sonrisa y le tiende una bolsa marrón de papel—, ¿quieres? sé que te gustan y ésta era la última, al único que le compartiría mi empanada es a ti.

—No quiero, gracias. —Ella alza los hombros despreocupada—, llevaré a los chicos a desayunar en la churuata y luego los registraré en la posada. Y mira, necesito que le avises a Sinabimi que hoy iré con ellos. —El rostro de Fabiola se desenchaja.

—Vaya, jefe —murmura—, no me parece, no le agradan los extraños y hoy hay ritual. —Juan Josué pasa su brazo por encima de mis hombros y besa mi cabello.

—Si van conmigo, los aceptará.

—¿Seguro?

—Avísale. —ordena, incómoda por la orden de Juan Josué, Fabiola se marcha. Lo observo con inquietud.

—¿Me puedes explicar a dónde diablos nos vas a llevar? —le pregunta el Gato.

—¿No puedes esperar? —No contesta a su pregunta.

—Juan Josué, no me gustó eso de que no le gustan los extraños —comento dándole importancia al comentario de Fabiola.

—¡Vamos, chicos! —Sonríe para tratar de tranquilizarnos—, Sinabimi es la mujer medicina de *Arecuna*, no el monstruo del Roraima. —Todos lo miramos con curiosidad.

De pronto soy consciente de que estoy a punto de descubrir algo muy significativo en la vida de Juan Josué.



DIECINUEVE



“Nuestra mente puede hacer del cielo un infierno o del infierno un cielo.”

El recorrido a pie dura diez minutos, nosotros lo hacemos en media hora, ya que nos detenemos dos veces para que Marina vacíe el estómago, André luce preocupado y todo el camino insiste en regresar; con las gotas especiales para mareos que le da JJ a Marina, finalmente el malestar le cesa unos minutos antes de llegar al lugar.

Lo nervios me comienzan a atacar cuando noto que a la orilla de una preciosa playa está un grupo de personas reunidas frente a una gran fogata, la noche comienza a caer y todos aquí van descalzos, llevando coronas de plumas y poca vestimenta. De pronto el sonido de un tambor retumba fuerte haciendo que mi pecho vibre al unísono de cada golpe, he visto escenas así gracias a la televisión, pero verlo en vivo y directo es irreal.

—¡Espera! —le digo a Juan Josué antes de que alguien note nuestra

presencia—, ¿qué haremos aquí?

—Primero les voy a pintar la cara.

—No quiero pintarme la cara —contesta Thais, con la vista fija en un hombre que hace movimientos extraños mientras suena una maraca.

—Tienen que pintarse, tienen que pintarse todos —reitera—, es una regla para que sean aceptados.

—¿Hay más reglas? —le pregunta Andreina.

—Nunca había conocido mujeres tan miedosas —responde en tono burlón.

—¡Es tú culpa por ser el hombre con más secretos del planeta! —contrataco, Juan Josué se quita el bolso de la espalda, lo abre y saca tres frascos pequeños, se embadurna los dedos de pintura, se inclina sobre mí y descende para besarme, lo hace con tal habilidad que me olvido de seguir protestando.

—Hablas demasiado. —Se aparta y todos ríen, incapaz de decir una palabra deo que él me llene la cara de pintura—, estos colores están hechos de minerales: el rojo, se hace con arcilla que contenga óxido de hierro, el negro, pulverizando madera quemada, y el verde... —Abre el último frasco y traza una línea con delicadeza, desde el inicio de mi frente hasta la punta de mi nariz—. Está hecho de cobre.

—En algún lado leí que los indios se pintan cuando van a la guerra —agrega el Gato pasándole el frasco con pintura roja a Andreina.

—No todas las pinturas de los indios se pueden llamar pinturas guerreras, también las usan para protección contra malos espíritus y como adornos, nosotros lo haremos por protección y respeto.

—¡O bebê também será um indiecito hoy! —exclama Marina con emoción, me giro y descubro que se ha hecho un nudo en la playera para pintarse dibujos en el vientre, André la examina con el ceño fruncido.

—Você está pálida —musita él con preocupación.

—Eu juro que me sento bem, eu ya no tenho náuseas. Eu estoy pronta para danzar como ellas, miren. —Señala a un grupo de cinco mujeres, que mueven las caderas y hacen círculo alrededor del hombre que toca el tambor.

—No.

—¿Não?, ¿por qué?

—Parece peligroso.

—¿Es peligroso bailar? —Andreina se burla de su hermano.

—No, pero... está en cinta, no permitirei nenhum riesgo.

—¡André, por Dios! hay mujeres embarazadas que hacen hasta deporte, ¿lo sabes?

—Quédate tranquilo, estamos con un doctor —le dice Yariel.

—Eu me van a desculpar, más él no es ginecólogo.

—Para que te sientas más tranquilo, nadie bailará —dice JJ—, nos sentaremos en aquellos troncos a observar, solo pueden participar los iniciados. —Marina suspira con resignación y una media sonrisa se filtra por los labios del paranoico y futuro papá.

Efectivamente nos ubicamos en unos troncos cerca de la fogata. Un indio vestido con un tapa rabo y muchos dibujos en la piel se acerca a Juan Josué, le dice algo en idioma pemón y mi novio asiente, le contesta en el mismo dialecto así que no logro entender; el hombre inmediatamente se inclina y nos coloca a cada uno en el cuello un collar hecho con diferentes semillas.

—¿Otra regla? —le pregunta Thais a JJ cuando el indio se va.

—No, es un obsequio, él quiso tener un detalle con ustedes. —Me sonrío cuando nota que miro maravillada el regalo, me toma de la mano y con la otra apunta hacia la fogata—, ya va a comenzar.

El sonido del tambor para y todos hacen silencio, es tanto el mutismo que solo se escuchan las olas del mar, se hace de noche por completo y solo se puede apreciar la luz de la imponente luna llena y la del fuego que parece avivarse con el viento.

—¡Oh, señora de la luna! mis alumnos y yo te hacemos un llamado de prosperidad, para que tú con tu luz nos des sabiduría, nos des abundancia, riqueza y amor ¡Hola, estamos aquí! ¡Hola, estamos aquí! ¡Hola, estamos aquí!
—Apenas el hombre calla, alguien comienza a tocar una melodía dulce, estoy tan concentrada en lo que sucede y en los latidos de mi corazón, que cuando

Juan Josué me habla al oído me sobresalto.

—La canción que el niño toca es para agradecer y alabar a la naturaleza por su protección. —Trato de entender y lo busco con la mirada, encuentro que el dulce sonido sale de una flauta que toca un niño.

—¡Oh, señora de la luna! somos los guardianes de la naturaleza, protectores del medio ambiente, guíanos con tu luz y has que todos los presentes encuentren su animal de poder. —Todos se dan la mano, comienzan a danzar y hacen canticos al ritmo del tambor, luego de unos minutos todos se quedan muy quietos, el hombre que inició la ceremonia suena muy fuerte algo que lleva en la mano y que tiene aspecto de cuerno.

—Todos levántense, por favor. —No es necesario que lo diga dos veces, porque todos cumplimos la orden tan rápido que a JJ le causa gracia—, recibamos a nuestra maestra, a nuestra guía infinitamente y sabia ¡Maravillosa señora! te damos la bienvenida en este anochecer plateado, ¡Señora de la medicina y de todas las magias! quien recorre la selva y vierte luz al que sana ¡Oh, maestra! quien hace y deshace con sus manos, reveladora de misterios de esta Gran Sabana, te damos la bienvenida con este tambor en tú honor...

Una mujer con una gran corona de plumas en la cabeza, con el cabello más negro, más brillante y más largo que he visto en mi vida, se acerca a la fogata y saluda. Inmediatamente sé que es la misteriosa mujer de la que habló Juan Josué al llegar, su presencia es imponente y su vestimenta preciosa: una túnica larga azul oscura, con una cinta en color oro que se le ciñe a la cintura y le cae hasta las rodillas, también lleva varias pulseras del mismo color adornando sus muñecas y tobillos; la imagen que me había formado de la mujer medicina —una mujer entrada en años— se desvanece de mi cabeza al verla, la sonrisa de los chicos me demuestra que es una mujer muy llamativa.

—Quiero que todos se sienten en la arena en postura de meditación, que cierren los ojos y visualicen un paisaje de naturaleza. —De pronto mira en nuestra dirección con algo de molestia, como esperando por nosotros.

—¿Nos sentamos? —susurra Andreina, haciéndole la pregunta a Juan Josué.

—Sí, hagan todo lo que ella indique —responde, y nos hace señas para que nos sentemos.

—Dijiste que no podíamos participar —dice el Gato en tono acusatorio.

—Y se supone que no, pero si ella lo pide no hay nada que hacer. —Se encoje de hombros.

—Bien, cuando cierren los ojos van a imaginar el olor a tierra mojada, las hojas de los árboles moviéndose suavemente con el viento, vean como el agua está quieta, como si el río estuviera dormido... entren en la selva, escuchen los sonidos, la selva nos habla, tiene el mismo lenguaje que nosotros. —Me bastan unas cortas y lentas respiraciones para comenzar a imaginar todo lo que Sinabimi va narrando, cosa que me sorprende, porque ya en el pasado he meditado y nunca una voz ha actuado con tanta rapidez en mi subconsciente. Sigo escuchando...—, cada persona tiene un animal de poder o tótem, que es en esencia un protector espiritual, ellos representan la fortaleza que necesitamos en el mundo material. Si logras conseguirlo, lograrás vencer tus miedos y encontrar lo que quieres en la vida. Relaja tu mente, siente los músculos de tu cuerpo relajarse, tu cabeza, tus hombros, tu cuello... cierra tus ojos, toma dos largas y hondas respiraciones... respirando por la nariz... exhalando lentamente por la boca. Aquieta tus pensamientos y justo detrás de tus ojos puedes ver un bonito color o forma llegando a la vista... mentalmente pídele a tu animal de poder que se muestre en tu mente. Sé paciente, tu tercer ojo debe abrirse antes de que puedas ver imágenes nítidas.

Luego de varios minutos, la figura de un animal va formándose ante mis ojos, arrugo la frente al ver su joroba, no puedo creerlo, lo veo tan claro ¡Es un dromedario!

—Y entonces cuando cuente hasta 3... pueden regresar... —Es lo último que dice finalizando la meditación guiada. —Parpadeo varias veces antes de enfocar bien, un par de pies descalzos es lo que veo, subo la vista y me encuentro con un largo cabello negro y piel realmente tostada, su sonrisa me causa un escalofrío en el cuerpo. Miro a Juan Josué a mi lado y todavía tiene los ojos cerrados.

—JJ —susurro con voz nerviosa, con un dedo lo muevo—, alguien vino a vernos. —Abre los ojos lentamente, parpadea varias veces reconociendo el lugar, cuando ve a Sinabimi frente a nosotros amplía bastante los ojos.

—Nunca lo logro. —Deja caer los hombros y su tono es de decepción, resopla fuerte y se levanta.

—En algún momento lo harás. —Suspira ella, él me extiende la mano y me

ayuda a levantar—, ya te he dicho que no todos tenemos el mismo poder de concentración. —Su vista se traslada de los ojos de Juan Josué a los míos, dejo de ver la pequeña lágrima dorada que tiene en el centro de la frente cuando ella enseña los dientes con una sonrisa—, pero alguien aquí, sí que ha visto a su ángel protector, ¿no es así? —El corazón me comienza a latir con fuerza, no sé cómo lo sabe, pero sí lo vi.

—¿Pudiste verlo, Belén? —me pregunta JJ con los ojos fijos en mí. Trago saliva.

—Esto, eh... creo que sí. No estaba muy nítido, pero al final si logré ver que era.

—Jamás he podido ver el mío, ¿y tú vienes a la primera y listo? —dice con tanto reproche que se me estremece hasta la punta de los pies—, eso no tiene sentido. —Sinabimi da un paso hacia atrás y levanta la mirada hacia él.

—¡Deja de hacer eso!

—¿Qué deje de hacer qué? —contesta con voz fuerte, abro mucho los ojos porque está siendo un falta de respeto.

—De hablarle como si ella tuviera la culpa, por más que te empeñes no podrás encontrar lo que buscas hasta que sea el momento. —Él suelta el aire.

—No sé cuándo ocurrirá eso. —La mira con resentimiento.

—Ocurrirá cuando tenga que ocurrir, el destino no se puede forzar, Juan Josué. Ahora deja ya de lamentarte, y dime, ¿quién es esta linda mujer? —Las palabras de Sinabimi merman el deseo de golpear a JJ, ignorándolo por completo estiro mi mano y me presento.

—Mucho gusto... disculpe, no sé cómo debo llamarla.

—Sinabimi —responde sin más—, ¿habías estado antes en una meditación guiada?

—No, así que ésta me pareció muy interesante. —Juan Josué no parece cómodo, contengo las ganas de seguirlo cuando sin decir ni una palabra se aleja, me entristece y confunde su actitud, pero lo dejo pasar.

—¿Estás bien? —me pregunta la enigmática mujer.

—Sí, es solo que no sé por qué actúa así, me da mucha pena. —Sin darme

cuenta comenzamos a caminar alejándonos un poco de todos.

—No debes disculparte, no has hecho nada malo. Siempre se molesta y se estanca con ese tema. —La miro de reajo y vuelvo a centrarme en otra cosa, esta vez en el romper de las olas en la orilla. Tengo tantas preguntas.

—Igual siento vergüenza, yo creí que lo conocía y al parecer no es así, no entiendo por qué está molesto, no entiendo para qué me trajo a este lugar —digo cabizbaja.

—Eres importante para él, de lo contrario no estuvieses aquí. Hay algo que debes saber, algo que está afectando el comportamiento de Juan Josué, a pesar de que él es doctor y su conocimiento está basado en la ciencia, estando en la Gran Sabana descubrió otra clase de medicina. —La miro, me lleva un momento preguntarle.

—¿Otra clase de medicina?

—Si te digo que es posible curar a las personas de forma espiritual solo con desearlo, ¿me crees? —Bajo la mirada hasta la arena—, para que una persona pueda curarse, el verdadero poder no está en la medicina, está en la fuerza interior que tenga la persona.

—Sí, si te creo, ¿pero cuál es el problema con él entonces?

—El miedo.

—Belén... —Escucho su voz y me giro, JJ está a unos pasos de distancia de nosotras con las manos dentro de los bolsillos de su jean, sus ojos verdes están más profundos que nunca, se ven algo culpables.

—Ustedes dos, hablen ya —ordena Sinabimi con solemnidad, mira a JJ—, llegó el tiempo, si quieres te lo planteo de esta manera; para mí, ella es la número uno, y ni siquiera pienses nunca en una número dos. —Veo como una mueca de asombro se asoma en la boca de él, Sinabimi orgullosa pasa majestuosamente por su lado con la cabeza en alto y el largo pelo negro ondeándole con la brisa, la observo irse hasta que se me pierde de vista. Él trata de hablar e inmediatamente le doy la espalda.

—¿Crees que puedes ignorarme? —Se para detrás de mí.

—Justo eso hago, genio. —Una carcajada escapa de su garganta, yo me giro y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué te dijo? —pregunta refiriéndose a Sinabimi.

—Juan Josué, mira, voy a ir con los demás. —Miro más allá de su hombro, hacia la fogata en donde están mis amigos—, no tengo ganas de hablar contigo y me están esperando.

—Te traigo a *Arecuna* y las cosas no van como había planeado, me siento mal por ello y quiero arreglarlo. —Me desliza una mirada—, ¿piensas huir?

—Parece que es mi especialidad. —Espero a que él capte lo que digo, no quiero tenerlo cerca en este momento, pero me descoloca cuando sigue hablando.

—¿Quieres saber cuál es mi problema?, ¿quieres saberlo todo de mí?

—No, ya no.

—¿Qué es lo más loco y estúpido que has hecho? —Habla como si no tuviera ninguna intención de ser rechazado. Suspiro y lo enfrento.

—Enamorarme de ti. —Sus ojos me observan de pies a cabeza, una lenta sonrisa se expande en su rostro. Me dan ganas de patearme porque eso es exactamente lo que no quería decir en este momento, parte de mí quiere salir huyendo, alejarme de él y no sentir estas ganas terribles de lanzármele encima y besarlo hasta que mis labios duelan.

—Vamos... —Toma mi mano.

—¡No! —digo impulsivamente, ya que va en dirección contraria a donde están todos, JJ se detiene y se acerca a mí con seriedad, su rostro queda tan cerca que todo se borra de mi mente y solo puedo concentrarme en él.

—Quiero ser la persona de la cual no quieras huir nunca. Ven conmigo, Belén —susurra en voz baja. Su aroma me envuelve, su aliento choca con el mío, miles de fuegos artificiales explotan en mi estómago—, te haré el amor con mucho significado y te demostraré cuanto te amo, luego veremos si recordamos por qué estábamos enojados.



VEINTE



“Imagina el amor de una persona que al orar le habla a Dios de ti.”

Para ser honesta, no le veo sentido al haber venido a este lugar donde estamos.

Y es que me es sumamente difícil eliminar la sensación de que esto está mal, nuestra relación está en un momento incómodo, no es extraño que los hombres piensen que pueden arreglar todo con sexo, porque es así, no estoy en contra, es decir; tengo muchas ganas también, pero no siento que sea el momento adecuado.

Claro que se me complica mucho mantenerme al margen cuando veo su atractivo físico y su aire de Dios de la selva: misterioso, cálido y a la vez herido.

¿Qué será lo que le molesta?

Definitivamente necesito saberlo antes de dar otro paso, si me lo cuenta,

tal vez tome el desafío y haga el amor en este precioso río cual digna película de romance.

La cuestión es que esto no es un set de grabación, ni mucho menos él se está comportando como un protagonista, su aire retraído y lejano mientras mira el agua en la orilla no es inventado; allí justamente está el error, yo quiero quitarle la tristeza, pero no tengo idea de cómo o de qué le sucede. Ni tampoco sé si él quiere que se la quiten.

Entonces finalmente estrujando una hoja me decido a romper el silencio.

—Juro que si no me cuentas qué te pasa, me iré. —Aunque vacilo ligeramente en la última parte lo miro con seriedad.

—Bueno, si te sirve de algo, yo también quiero irme. —Su respuesta me empuja a marcharme, él regresa la mirada al río dejándome ver su espalda tensa. Dios es testigo de que soy un ser paciente, pero no quiero estar con alguien que no confía en mí—, en la Gran Sabana solo he perdido el tiempo. —Me detengo.

¿De qué habla?, ¿cómo que aquí ha perdido el tiempo?

—Las relaciones se basan en la confianza y la igualdad, Juan Josué. —Cierro los ojos tratando de encontrar las palabras adecuadas—, me prometiste ser la persona que más te conocería y tú ni siquiera me has contado por qué estás aquí.

—Hay muchas cosas complicadas e importantes en mi vida que no entenderías. —Con molestia lanza una piedra al agua.

—¿Por qué? —pregunto exasperada—, te he contado cosas importantes de la mía, ¿o crees que tener que escapar de un violador no es algo complicado? entonces supongo que lo que tenemos no es nada especial, ya que no merezco saber tus valiosos secretos. De todas maneras seguro no entendería porque como son tan complicados, y yo una tonta... —Me mira al fin a los ojos y sé que he dado en el clavo.

—No es así como quería que sonara, lo siento, lo que tenemos es muy especial. Y no, no eres ninguna tonta, no repitas eso porque no es lo que pienso de ti.

—Te lo preguntaré por última vez —insisto a punto de desistir—, ¿qué haces en la Gran Sabana? —Lo miro fijamente, quiero que se dé cuenta que es

muy importante para mí saberlo—, demuéstame que para ti no soy solo una chica que te entretiene y te hace preguntas necias.

—Está bien. —Suspira hondo y se echa el cabello hacia atrás—, la verdad es que vine a este lugar porque necesito encontrar la cura para el Alzheimer.

—¿La cura? —Doy un paso hacia él sin comprender.

—Sé que es difícil de creer, pero aquí he aprendido que es posible curar con hierbas y plantas, hasta con rezos he visto mejorías. La medicina indígena recupera la armonía de los pacientes y hace que se reconcilien con Dios y con la naturaleza.

—Sí, sé que los alcances del poder de la fe son grandes, ¿pero Alzheimer?, ¿por qué justamente eso?

—Mi madre no me recuerda desde que cumplí los dieciséis, Belén. Esa maldita enfermedad escogió llegar cuando menos la esperábamos y cuando menos la queríamos recibir.

—¿Qué...? —Mi mente se congela, estaba lista para recibir cualquier excusa, pero eso... eso no lo imaginé.

¡Triple mierda multiplicada por diez! ¿Desde que tenía dieciséis? ¡Qué triste!

Él al ver mi cara de sorpresa alza los hombros.

—No te preocupes, lo he sabido soportar.

Y ahí está, lo soltó, está frente a mí haciéndose el duro con el semblante desencajado y los hombros caídos. No dice nada más, simplemente se le nota lo mucho que le duele mientras yo siento unas inmensas ganas de abrazarlo. No demoro mucho en hacerlo, por un milagro no resbalamos cuando me lanzo a rodear su cintura y lo aprieto con fuerza, Juan Josué oculta su rostro en mi cuello.

—¿Estás bien? —Mueve la cabeza indicando que «no» y lo abrazo más fuerte—, yo... lo siento ¡Diablos, qué difícil! y yo presionándote con algo tan...

—Shhh... tenías derecho a preguntar. —Su voz suena ronca y abatida, claramente no quiere llorar, tal vez por vergüenza, así que cuando siento un suspiro en mi cuello me hundo más entre sus brazos—, no pensé que esto

duraría tanto.

—¿Qué?

—El estar aquí. —Cierro los ojos porque su voz suena triste—, pensé que encontraría la planta, Belén. Quiero que se cure, ¿por qué no puedo encontrarla? estudié medicina solo para ayudarla, pero perdí el tiempo, debo parecer el mayor imbécil del mundo porque tengo tres años buscando algo que no existe.

—Juan Josué... —Hago que me mire y le acaricio la mejilla—, lo siento, no mereces esto, lo siento mucho. —Él respira con pesadez—, no eres ningún imbécil.

—Si lo soy, ¿por qué no puedo aceptar que está muerta?, ¿por qué me duele tanto? no quiero que duela más, odio sentir miedo, odio luchar por algo que no puedo cambiar, odio esa maldita enfermedad.

—¡Para! no sigas diciendo esas cosas, tienes derecho a odiar lo que ocurre, pero no pierdas la esperanza, no hables así que tú mamá no murió.

—Yo... —Trata de encontrar las palabras y su tristeza explota mi corazón en mil pedazos—, si estuviera muerta me dolería mucho, pero lo aceptaría porque los seres humanos nos acostumbramos a esas cosas. La ausencia de su mirada y de sus ojos, el que no me reconozca ni me recuerde, es peor a que esté muerta, mi mamá está muerta en vida. Aquella vez cuando ese médico de bata blanca y años de experiencia me dijo: «*Sí, desafortunadamente su mamá está en los inicios de la triste enfermedad del Alzheimer, lo siento.*» Recuerdo que la noticia me calló como un balde de agua helada, tenía poco conocimiento de los estragos que haría en ella esa enfermedad, pero de algo sí estaba seguro, debía encontrar una alternativa y no dejar que ese monstruo nos arrancara lo que nos estaba robando de manera injusta y miserable. Fue ese día la primera vez que le recé a Dios con fe... fui un iluso.

—¡Podemos seguir intentándolo! ¡Yo quiero ayudarte a buscar!

—Ya no quiero intentarlo más, Belén. —Baja la mirada hacia mí y parpadea, tiene la mirada completamente perdida—, no sé, son tantas cosas que he hecho que ya estoy agotado, tengo tres años aquí y no he ido a visitarla en todo este tiempo, no he ido porque no quiero verla de nuevo con sus recuerdos rotos. Me duele, me duele porque sé que ninguno de ellos estará en orden más nunca... igual que los míos, que cada vez se hacen más borrosos.

—Se me hace un nudo en la garganta al escucharlo hablar así, de pronto recuerdo la pregunta que le hice a Sinabimi « *¿Cuál es el problema con él entonces?* » Ella dijo: «*El miedo.*»

El miedo ¡Qué cerca lo tenemos! siempre acechando detrás de las puertas, colándose sigilosamente en nuestras vidas sin que nos percatemos de que está ahí. El miedo es la fuerza más poderosa a la hora de analizar el por qué no hemos conseguido nuestros objetivos, es la emoción más difícil de manejar; el dolor lo lloras, la rabia la gritas, pero el miedo se atasca en silencio en el corazón. El miedo es incompatible con la fe.

Cuando alguien que amas tiene mucho miedo, lo único que quieres es espantárselo e infundirle toda la valentía y cariño que puedes, sería genial acabar con el temor y ya, pero las cosas no funcionan así, quiero que Juan Josué encuentre lo que vino a buscar, pero si no lo consigue quiero que siempre recuerde las cosas buenas, esas que atesoramos siempre en el corazón, esas que solo una madre puede brindarle a un hijo, pero sobre todo hacerle entender que nunca debemos perder la fe.

—Me engañé a mí mismo porque los milagros no existen, ella no volverá... —Le quito con delicadeza el par de lágrimas silenciosas que se le escapan.

—Los milagros comienzan a suceder justo en el momento en el que estamos a punto de darnos por vencidos, te juro que es así. —Levanto su cabeza con mi dedo bajo su barbilla, su mirada vidriosa cae en la mía y mi corazón se dispara—, cuéntame algo bonito, lo que quieras de ustedes dos. —Juan Josué hace una mueca mostrándose aprensivo—. Vamos, cariño, lo que sea.

—Está bien. —Exhala y asiente—, mamá siempre estaba trabajando, así que me crie con los vecinos Hare Krihsna, me alimentaban con hierba del jardín y me hacían rezar un rosario de ciento ocho cuentas, dieciséis veces al día. —Me muerdo el labio inferior.

¡Oh, señor, no puede ser!

Juan Josué ladea la cabeza y veo que le brillan los ojos.

—¡No te criaste con vecinos Hare Krihsna! —Se ríe entre dientes.

—No, claro que no, pero ojalá hubieras visto tu cara.

—¿Vas a contarme disparates? —pregunto riendo.

—Ya, pues. Te voy a contar... —Se rasca el cuello y suspira—, mi madre lo es todo para mí, y cuando digo todo, me refiero a una madre todo terreno. Nunca tuve una figura paterna, así que ella vale por dos, hay muchas como ella que crían a sus hijos solas, pero en lo que a mí respecta, ella es la mejor. Era abogada, hacía todo lo que podía para pasar tiempo conmigo, los días que no tenía que ir a los tribunales me llevaba a pasear, ya sea que estuviera cansada o no, lloviera o hiciera sol; siempre salíamos y me compraba una tartaleta de fresa aunque se la terminaba comiendo ella. —Suspira y sonrío, percibo como los recuerdos van llegando y lo llenan de emociones—, yo hacía berrinche y ella sustituía la tartaleta por helado. Era mi fanática número uno y la que más gritaba en los juegos aunque yo no hiciera gol, por las noches se acostaba en mi cama y me acariciaba el cabello hasta que me quedaba dormido, incluso ya de adolescente lo seguía haciendo mientras revisaba algún caso del trabajo. Solía hablarme de lo difícil que es la vida, pero que también solo hay una y hay que vivirla al máximo, me instaba a seguir «*Imposible significa que aún no has encontrado la solución, pero sí la hay.*» Siempre decía. Esa era su forma de ver las cosas.

—Es un buen consejo —Él sonrío débilmente.

—Siempre creí que era así, hasta ahora. —Apoyo la cabeza en su pecho y él me abraza con fuerza.

—No puedes darte por vencido, JJ. Quiero que sepas que tienes dos opciones, seguir buscando, puede ser que des con lo que buscas o puede ser que no, en ese caso está la segunda opción, dejar las cosas en manos de Dios, él nos hace esperar, pero es porque a veces tiene planeado algo mejor. —Se queda muy callado y no obtengo respuesta, levanto la vista y veo que sus ojos verdes están cristalizados, ahueco sus mejillas y pego su frente a la mía—, si sientes miedo recuerda que estoy aquí, no estás solo Juan Josué, te amo y quiero recordártelo todos los días, ¿me dejas?

—Te dejo, mi princesa, te dejo hacer lo que quieras conmigo porque yo también te amo. Hablar esto contigo me hace bien.

—Haría cualquier cosa por ti.

—Y eso te hace la mejor novia del mundo. —Lo miro a los ojos y él me premia con una bella sonrisa.

—¿Sabes? toda conversación seria que tengamos debería terminar así, mirándonos a los ojos y esperando a que alguno de los dos se ría primero. —Nos vemos fijamente y tratamos de no parpadear, él pierde porque suelta una carcajada. Juan Josué mira hacia atrás, hacia el río, luego vuelve a mirarme, me agarra ambas manos y me atrae hasta que mis pies tocan el agua.

—¡No! —Me quejo—, no seas loco, nos están esperando.

—Es verdad —dice con fastidio, agarra mi cintura y me quita el cabello de la cara. Sus ojos verdes brillan como dos luciérnagas en medio de la oscuridad, con un verde parecido al de las palmas y en contraste con su cabello castaño oscuro. Lo miro fijamente como embrujada por un hechizo mágico, un hechizo que me penetra el alma y me hace quererlo más.

—Quiero un beso, solo uno y nos vamos, ¿de acuerdo? —le digo.

—Está bien, uno hasta donde alcance la respiración. —Me río, y lo hago porque sé respirar entre sus labios.

Al regresar a la orilla de la playa nos reunimos con los demás, nos sorprendemos mucho cuando nos dan la noticia de que André y Marina se casan en dos horas, en una ceremonia indígena y a kilómetros de distancia de sus hogares. La novia insiste en que está bien así, que los únicos invitados que necesita para llevar a cabo esa locura somos nosotros.

Los preciosos ojos de Marina se iluminan con cada mordida que le da a un muffin de chocolate que consiguió Thais, mientras tanto, Andreina lucha por peinarle el cabello.

—¡Thais, creo que mejor le colocamos la corona de flores y ya! —grita medio histérica, el cabello rebelde de la novia no se amolda a lo único que consiguió para hacer rizos: gelatina y varios rollitos de los que quedan cuando se acaba el papel sanitario—, ¡Dios, este cabello! ¡No puedo hacer milagros en tan poco tiempo!

Marina la ve de reojo por unos instantes, luego sigue en su fascinante tarea de devorarse el preciado ponquecito, yo por mi parte tengo regada la cama de la habitación con varios vestidos de todas nosotras, hay para escoger entre gustos y colores, pero la verdad es que ninguno me gusta para la novia hasta que veo algo que puede servir.

—Lo más bonito que puede usar Marina, es esto chicas. —Les muestro a todas a mí alrededor, seis pares de ojos caen sobre las prendas, bufo en silencio cuando Andreina arruga la cara—, es esto o un traje de baño, no hay nada como para una boda. —Andreina y Thais asienten muy metidas en su papel de damas de honor y yo respiro al fin.

—Marina. —Thais la llama, cuando esta voltea la mira seria—, nos debes una buena despedida de soltera, no me importa que sea luego, mira que ponernos a correr así y aún nos faltan varias cosas.

—Está bien, podemos hacerla luego de que nazca el bebé, yo también quiero disfrutarla —murmura con la boca llena—, y por lo de la corredera no se preocupen tanto, lo único que deseo es casarme con el hombre que amo. —Se encoje de hombros—, así sea en traje de baño y con el cabello alborotado. —Sonrío al ver la seguridad que desprenden sus palabras, definitivamente lo ama.

—¿Y los anillos? —pregunta Andreina espantada—, ¿cómo se casarán sin anillos?

—Tranquila, Juan Josué conoce a un señor que vende oro aquí, él y André fueron a resolver eso, ya deben haber regresado —contesto con entusiasmo, Marina sonrío.

—Yo mejor les doy una vuelta para ver si se están arreglando —dice Thais y camina hasta la puerta.

—¡No vayas a dejar que André venga! ¡El novio no debe ver a la novia antes de la ceremonia! —grita Andreina.

—Okay, prometo no dejar que cruce esta puerta, le diré que hay una dama de honor histórica aquí adentro. —Rueda los ojos y se marcha.

—Ja, ja —espeta la pelinegra, y sigue peleándose con el cabello de Marina.

Belén:

¿Por qué tardan tanto? Andreina me tiene loca.

Juan Josué:

¿Andreina? ¡Si la que se casa es Marina!

Belén:

¡Ya lo sé, genio! pero Andreina está muy estresada.

creo que en cualquier momento, Thais la ahogará en la playa.

Juan Josué:

Tú tranquila, vamos llegando.

André estuvo casi una hora al teléfono convenciendo a sus padres de que sí habrá boda eclesiástica en Brasil.

Estaban furiosos.

Belén:

Claro, no es para menos.

Y por fin, ¿conseguiste algo que ponerte?

Juan Josué:

No, ando desnudo.

Belén:

Pervertido.

Juan Josué:

*Bastante, ¿quieres desnudarte también?
Puedo ayudar con eso, hace mucho calor.*

Belén:

lrretyyjnwuiyophgytta

Juan Josué:

¿Eso es un mensaje en código como los que te escribes con Andreina?

Belén:

Jajajajajaja, no. Se me cayó el teléfono.

Juan Josué:

Manos de mantequilla, ¿te digo algo?

¡Estás preciosa!

Belén:

¿Dónde estás?, ¿ya llegaste?

Juan Josué:

*Creo que mi novia se va a poner furiosa,
porque hoy me pienso ir de esta fiesta
con la chica del vestido de flores.*

Belén:

¡Oye, acosador! no te veo, ¿dónde estás?

—Aquí... —murmura contra mí oído, me giro y abro la boca ligeramente, se ve muy apuesto con esa guayabera manga larga blanca y ese pantalón caqui, me sonrío como solo él sabe hacerlo.

La ceremonia está por comenzar, André está nervioso, pero en cuanto ve a Marina acomoda su postura y sonrío con fascinación, ambos están unidos por un largo collar de cuentas de colores que les coloca Sinabimi; el número de personas que asisten son pocas, nuestros amigos y algunos integrantes de la comunidad Arecuna.

—Se ve muy bien —me susurra JJ al oído.

—Quedó hermosa. —Sonrío con complicidad, está deslumbrante con esa falda larga azul eléctrica y esa blusa de organza blanca, los ojos se le ven impactantes con el maquillaje que los resalta, y sus labios apenas necesitaron un suave brillo para destacar; es una hermosa protagonista de cuentos de selva—, hacen una linda pareja, ¿verdad?

—Sí. —Asiente y deja un beso fugaz en mi cuello.

Al lado de los novios, Yariel acaricia el brazo de Thais mientras escuchan atentos todo lo que Sinabimi les dice a sus amigos. La ceremonia no tiene efectos legales, pero está cargada de mucho simbolismo, es algo sencillo sin restarle la solemnidad que se merece.

Inicia a través de cantos y sonidos de distintos instrumentos, la pareja avanza hacia Sinabimi y ella procede a alabar los cuatro elementos de la madre naturaleza: fuego, agua, tierra y aire. Honra a las diferentes direcciones: la energía cósmica, la Madre Tierra, los cuatro vientos y el centro de los mismos corazones. Se ubican los cuatro puntos cardinales mediante flores y velas y los novios intercambian ofrendas, André brinda maíz —el inicio del nuevo ciclo— y las semillas de cacao —la riqueza y la dedicación— mientras que Marina ofrece tortillas y polvo de cacao.

Otras ofrendas que incluye Sinabimi son: sahumerios, flores, semillas y por supuesto la bebida kashin, al que se le atribuye cualidades purificadoras.

Cuando Marina ve que Yariel le entrega los anillos a André, dentro de una totuma, suelta un par de lágrimas, como en cualquier boda el efecto del llanto se hace presente, ninguno de nosotros puede evitar que los ojos se nos humedezcan; nos gusta mucho que en vez de la típica frase de «*hasta que la muerte los separe*» la ceremonia termina con un «*mientras el amor dure.*»

Todos estallamos en aplausos cuando André atrapa a su esposa en un largo abrazo y luego la besa.

Pasadas las doce de la noche tenemos la energía en picada, fue un día de corredera, pero sobre todo de muchas emociones, así que los novios se fugan, al Gato y Andreina hace rato que no los vemos, Thais y Yariel ya deben estar descansando en su habitación, y Juan Josué y yo vamos caminando de regreso a la posada.

—Creo que nunca volveré a ver una boda tan bonita y significativa como esta —le digo a mi novio, el único hombre que me ha hecho pensar de forma diferente sobre el matrimonio.

—Eso es porque no has visto una boda Hare Krishna.

—¿Has visto alguna? —Entrecierro los ojos con suspicacia.

—No, nunca.

—¡Inventor! —Suelta una risotada, me inmoviliza las manos con firmeza cuando trato de pegarle en el hombro.

—Eres fácil de engañar, princesa. —Se ríe más fuerte, intento soltarme, pero él me toma por sorpresa cuando se agacha, rodea mis piernas y me carga.

—¿Qué haces? —chillo sujetándome de su cuello.

—Ya te lo había dicho en la playa, ¿lo olvidaste? la tercera es la vencida, hoy serás mía. —Me sujeta con un brazo y con el otro empuja la puerta de la posada, hay pocas personas en la recepción, pero eso no evita que mis mejillas se tornen rojas. Continúa caminando sin importarle la lista de quejas que estoy lanzando, recorre un largo pasillo y se detiene en una puerta, una que tiene el número veinticinco.

—¡Bájame! ¡Estás loco! —Me coloca en el suelo y de la misma manera me sujeta con firmeza la cintura, asegurándose de que no escape de su tacto.

—Solo por ti, preciosa. Tú me haces hacer locuras. —Saca una llave del bolsillo de su pantalón, abre la puerta y me atrae hasta el interior, enciendo las luces y una habitación cálida y bonita nos da la bienvenida. El beso repentino en mi cuello hace que una rápida sacudida me asalte.

—Un momento —digo, él reduce al mínimo la distancia para respirar sobre mis labios, comienza a besarme con arrebató, pero una vez más trato de hablar—, primero quiero..., mmm..., ir a... —Juan Josué sonrío de lado y va dejando un camino de besos húmedos desde la comisura de mi boca hasta mi cuello, haciendo que todos los vellos del cuerpo se me ericen por completo. No puedo apartar la vista porque con avidez empieza a subirse la camisa y se la quita, su torso tan perfecto y definido comienza a despertar temblores entre mis muslos, es imposible ocultar lo mucho que me gusta cuando con solo verme fijamente ejerce tanto poder sobre mi cuerpo. Toma mis manos y las coloca en su cintura haciendo que mi corazón se acelere mucho.

—¿Decías? —pregunta en un susurro.

—Que primero quería... que iba a... quitarme el maquillaje y... —Estoy agitada ante la excitación que corre por mis venas.

—¿El vestido? —pregunta contra mis labios, yo asiento lentamente—, me alegra saber eso, yo puedo ayudar. —Con los ojos fijos en los míos, sus manos van hasta mí costado derecho, con lentitud baja el cierre para luego deslizar

ambas tiras por mis hombros, el vestido cae al piso y sus manos se apoderan de mi espalda, mi piel se calienta al sentir que una de sus manos baja recorriendo mi abdomen hasta llegar a mi centro, tocándolo por primera vez de esa manera, aunque sea por encima de la tela. Sin poder evitarlo un jadeo escapa de mis labios cuando él comienza a explorar con lentitud.

—Eres perfecta —susurra sobre mi boca y me vuelve a besar con fuerza. Por más que lo esté disfrutando, quiero más, yo también quiero sentir su piel bajo mis dedos, así que desabrocho los botones de su pantalón y con cuidado me hago espacio entre su bóxer, el cuerpo de JJ se enciende al sentir el calor de mi mano descubriendo lo que desde hoy es mío.

Juan Josué mete los dedos bajo mi hilo dental y tira de él, al tiempo que se arrodilla, ni qué decir cuando hunde la cara entre mis muslos y tengo que aferrarme fuertemente de sus hombros para no desplomarme. Él inspira, me cubre la cintura con una mano y me devora como solo un hombre experto sabe hacerlo; desde hoy seguro me declaran la más devota del Dios del sexo, porque suelto un « ¡Oh, Dios mío! » tan prolongado que hasta yo misma me sorprendo.

Sé que la entrega está próxima, que mi cuerpo disfrutará cada caricia y toque de sus manos, que Juan Josué me hará el amor como nunca me lo han hecho, porque todo con él es diferente, lo siento en cada parte que besa de mi piel, lo siento también en mi corazón.



VEINTIUNO

“”



“Ama de tal manera que la persona que amas se sienta libre.”

CARACAS

BENJAMÍN

Corro desesperadamente por los pasillos de la clínica tratando de encontrar a mi familia, de mi mente no se aparta la imagen de aquel hombre que alguna vez disfrutó cargándome en brazos mientras yo le hacía gol en el jardín. De la misma forma, es el mismo hombre que con una sola decisión puso fin a mi carrera; las lágrimas no llegan a salir, pero el dolor que estoy sintiendo en el pecho se hace cada vez más y más agudo.

Solo quiero que esto termine, quiero dejar de sentir este choque de emociones, pero no puedo, él está muriendo.

Subo a toda velocidad por las escaleras de emergencia, al llegar al piso de

terapia intensiva empujo la puerta con mi hombro y salgo, me detengo a contemplar a una Ana María llorosa al final del pasillo que sostiene entre sus brazos a mi madre; cuando veo su semblante abatido me paralizó de pies a cabeza.

—Ana, ¿qué ocurre? —pregunto al llegar hasta ellas.

—¡Benja... Benja! —Me asusto muchísimo cuando mamá suelta de inmediato a Ana, me rodea el cuello y hunde su rostro en mi pecho sollozando.

—Mamá, ¿qué pasa? —Ella está perdida, asustada y muy nerviosa, paso la mano por su espalda y espero una respuesta.

—Gilberto tuvo otro infarto. —Miro a mi esposa que es la que responde, tiene el rostro desencajado y está conteniéndose para no llorar—, esta vez fue más grave.

¿Qué?

Sus palabras son como un gran golpe en el estómago, de esos que te sacan todo el aire.

—¿Qué estás diciendo? ¡Maldición! ¿Él está...? —Mi corazón comienza a latir revolucionado.

—¡No! no, no —responde rápidamente—, a causa del infarto entró en coma, está inconsciente, y si despierta no podrá hablar porque le hicieron una traqueotomía.

—No sabemos si volverá a... despertar, hijo. —Escucho que dice mamá, la mirada de Ana pasa de transmitirme angustia a lástima, entonces lo entiendo, papá está en estado vegetal.

Mi madre necesita descansar, luego de que puso mucha resistencia logré convencerla de que se fuera con Ana a la casa, estar con Sami la despejará un rato, de igual manera prometí avisarles de cualquier cambio que tenga mi padre.

Una parte de mí ruega porque no quede en ese estado, deseo que esto no esté sucediendo, pero es real, estamos viviendo una verdadera pesadilla. El frío de la sala de espera y el profundo agujero en mi estómago mientras miro las puertas dobles de la UCI son prueba de ello, a duras penas sigue estable, algo mantiene a papá luchando por su vida. No puedo aceptar verlo de esa

manera, aunque suene muy egoísta de mi parte prefiero que parta.

Desde mi silla puedo escuchar los lamentos de unas personas con un familiar hospitalizado por meningitis, puedo ver la figura de una señora con la mirada perdida, dos puesto más allá del mío, una madre que llora porque su hijo tuvo un accidente en moto y otra que duerme aquí desde hace varios días porque su esposo tiene convulsiones.

Me levanto aturdido y me dispongo a buscar un poco de agua, al final de un pasillo solitario logro apreciar a un hombre alto, mayor y que está enfundado en un costoso traje gris. Cuando dicho hombre se gira y me da la cara, me congelo.

—¿Qué diablos?, ¿qué...?, ¿papá eres tú? —No pronuncia palabra, solo asiente. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y los músculos se me paralizan, es imposible, él no puede...—, ¿qué sucede?, ¿cómo te levantaste?, ¿cómo...?

Mi padre me observa detenidamente, contemplo cómo se lleva las manos hasta detrás de la espalda, y al colocarlas de nuevo al frente, veo que sostiene una pelota de fútbol, por instinto trago grueso y las lágrimas caen sin control, no puedo evitarlo. A pesar del susto, una rabia crece en mi interior, y mirándolo fijamente suelto todo lo que siento.

—¿Estás arrepentido? ¡Lo que está pasando es tú culpa! ¡Nos sigues arruinando la vida! ¿Qué diablos haces? —No responde, deja caer la pelota, que rebota unas tres veces hasta que se detiene justo en mis pies, intento hablar y la voz me sale temblorosa—, no... no puedes morirme. Por favor, papá, no te mueras.

Me dedica una sonrisa triste y baja la mirada, comienza a alejarse y yo le grito que se detenga, le pido que luche, que haga todo lo posible por resistir, pero él no me escucha.

—¡Joven! ¡Joven, despierte! —Abro los ojos de golpe, una señora me zarandea hasta que reacciono, sus ojos desprenden preocupación. Me incorporo en la silla y noto como las manos me tiemblan—, creo que tenía una pesadilla, disculpe, pero sentí que lo mejor era despertarlo.

Asiento agradecido, trato de normalizar mi respiración cuando ella vuelve a su lugar. Para cuando eso ocurre compruebo que sigo en la misma sala de espera, el reloj de la pared blanca me indica que pasan de las dos de la

madrugada, me quedé dormido y tuve una pesadilla muy extraña. Resoplo con frustración y con una sensación amarga en el pecho.

Cuando todo regresa a esa tensa calma que suele envolver una noche larga en emergencia, camino hacia las puertas de la unidad de cuidados intensivos, me escabullo de los ojos de tres enfermeras, empujo suavemente la puerta y logro llegar al área donde tienen a papá. Al verlo, mi estómago se contrae y suelto el aire lentamente, está postrado en la cama con un respirador artificial conectado en la garganta.

—Estoy seguro que puedes escucharme. —Hablo en un murmullo muy cerca de él—, seré breve porque no deben tardar en darse cuenta de que estoy aquí, ¿por qué nos odias, papá? —pronuncio esto último con voz débil, pensando también en Belén, que se escapó sin ninguna explicación ni destino. Restriego mi cara con ambas manos y sacudo la cabeza—, ¿por qué debería tomar el control de una compañía que no me interesa? —Sonrío con amargura al advertir que no se mueve, que por primera vez puedo decirle todo sin escuchar ninguna queja—. Yo deseaba otras cosas, mi hermana tiene suerte de haberse ido.

No espero que abra los ojos y responda, pero se siente correcto poder decírselo. Quizá ese sueño significó algo.

—Yo no creo que seas un desgraciado —digo con sinceridad—, no te odio, papá. Sé que eres ambicioso y egoísta, pero ya no te odio. —Un nudo se forma en mi garganta—, el odio no borró lo importante que fuiste para mí alguna vez. —Paso una mano por mi cuello y suspiro con fuerza—, ¿por qué cambiaste? —inquiero con desesperación—, ¿por qué tienes que actuar como un imbécil?, ¿no vez lo que hiciste? ¡Nos alejaste! —Me masajeo la sien—. ¿No te importa? te odié mucho papá, ¿sabes qué es lo peor? que también odié a Ana María, que la culpé sin sentido porque yo también tuve participación en todo aquello cuando acepté tu orden sin protestar. Me dolió porque yo realmente tenía otros planes, pero cuando vi por primera vez los ojos de Samanta, me resigné.

Siento muchas ganas de llorar, pero me contengo.

—Pensé que te sentirías orgulloso, que Sami haría valer el apellido que tanto te importa ¡Qué soberana idiotez! ¿Qué fue lo que me dijiste? fuiste un perro desalmado, Sami es un ángel lleno de amor y dulzura, te estás perdiendo

del milagro de ser abuelo. —Cierro los ojos con fuerza y le doy una última mirada—, lo siento, no espero que despiertes y nos pidas disculpas, siento que estés muriendo, de verdad lo lamento... —Paso con lentitud mi mano sobre su cabello, es extraño el contacto porque desde hace mucho no hay afecto entre nosotros, un triste sentimiento que me hace asimilar cuanto lo extraño—. Espero que Belén te perdone, ya yo lo hice, papá. Si ese sueño significa que ya es hora, ve tranquilo.

Siento como una pequeña gota humedece mi mejilla, le doy un apretón en la mano y luego de mirarlo un rato más salgo de nuevo a la sala de espera.

GRAN SABANA

—Dime que no te gustó —dice él, mirándome desde abajo.

—La modestia no está en tu ADN, ¿verdad?

—No. —Me río al mismo tiempo que trato de normalizar mi respiración, si él quiere saber cuánto me ha gustado, se lo diré. Cuando Juan Josué se levanta lo desvisto, él me observa con intensidad y parece disfrutar de cada movimiento que hago.

—Te equivocas. —Dejo un beso suave en sus labios entreabiertos—, no me gustó, estuve cerca del cielo. —Él me rodea la cintura con el brazo y me levanta del suelo, apretándome contra sí.

—Entonces volvamos, pero juntos... —Su cálido aliento me roza el cuello.

—Será un placer ir contigo. —Mordisqueo su hombro, él ríe por lo bajo y me besa con avidez, una avidez con la que nunca me habían besado ni me habían hecho sentir tanto placer.

Me lleva hasta la cama y me recuesta, me acaricia los pechos y vuelve a besarme, pero esta vez el beso es más delicado, más lento, un beso de esos que despiertan cada partícula de tu ser, un beso enloquecedor. Su ancha mano comienza a acariciar mi cabello, mi rostro, mis pezones, mi vientre... no sé qué me gusta más, si las caricias con su mano o las caricias con sus labios. Hundo los dedos en su cabello castaño embriagada de sensaciones, recorro su

torso y más abajo, no tengo que adivinar como es ya que lo he tocado antes, aquella vez en su apartamento lo descubrí. Paro nuestros jadeos cuando me incorporo y hago que se tienda boca arriba, quiero devolverle el favor que me hizo al llegar; lo exploro, lo toco, lo saboreo y me excito más con cada gruñido profundo que sale de su garganta; cuando él nota que está a punto de llegar, no deja que continúe.

—Ven —me pide con ojos encendidos, me acuesta de nuevo boca arriba y separa mis tobillos, veo que toma su pantalón y de uno de los bolsillos saca un preservativo, se lo coloca y abre mis rodillas porque yo las había vuelto a juntar, luego de unas caricias ardientes, infinitas y exquisitas, me penetra con fuerza, sin llegar a ser brusco, pero sí adivinando mis deseos.

—¡Oh, Juan Josué! ¡Me matas!

—Eso quiero, princesa. Sí, y apenas empiezo, quiero iniciar en esta cama algo que sé ya no terminará jamás, también quiero matarte, pero a besos.

Mi sonrisa se hace más grande con cada palabra, él clava sus ojos en los míos mientras que con movimientos certeros hace que mi cuerpo arda y sienta escalofríos a la vez, le rodeo la cintura con las piernas en busca de un roce más intenso, y lo consigo, porque nuestros cuerpos se sincronizan tanto que parecen estar hechos uno para el otro. Juan Josué levanta un poco mis caderas y embiste con fuerza encontrando un nuevo punto de placer, mis manos tiemblan aferradas a su ancha espalda, y en un instante en el que él se mueve con agilidad, una descarga eléctrica sube desde mi vientre hasta mi cabeza y me hace gritar. El torbellino lo arrastra conmigo y juntos sucumbimos a la magia de un poderoso orgasmo.

Perdida en una marea de sensaciones, abro los ojos y veo como las aspas de un ventilador de techo giran sin parar, ni siquiera lo había notado, apoyo un pie en la cama para poder levantar la pierna que casi se me acalambra por la tensión liberada.

—Cariño —balbuceo con una risa suave, sintiendo como su nariz me hace cosquillas en el centro del pecho.

—Mmm... —Es la respuesta que recibo.

—¡Juan Josué! —levanto su rostro, sonrío arrebatadoramente y se mueve retirándose de mi interior, se recuesta a mi lado muy pegado a mí, pasa un brazo por debajo de mi cuello que me sirve de almohada y me aferra a él por

la cintura, también enreda nuestras piernas; cosa que no me molesta en lo absoluto aunque parezca una pereza, una pereza sexy y con olor a selva, libertad y felicidad.

—¿Así estás bien? —susurra sobre mis labios.

—Creo que nunca había estado tan bien —contesto, y es la verdad, nunca había sentido un amor tan profundo en mi pecho. Alzo la mano y acaricio su mejilla, él deposita un beso en mi palma y sonrío.

—Dime algo, princesa, ¿qué harías si algún día te pido casarte conmigo aquí en la Gran Sabana? —El pulso se me acelera y lo miro con mucha atención.

—¿Qué?, ¿va en serio?

—Te amo.

—Yo también te amo.

—¿Ves? sí es seria la pregunta, tan seria que hasta yo mismo me sorprendo de las cosas que quiero contigo. —El corazón me da un vuelco completo, hasta lo puedo sentir haciendo piruetas dentro de mí.

—Bueno, posiblemente negociaría cambiar la playa por la Misión, el vestido de flores no iría, el mío sería blanco. Te insistiría en que mi hermano también será padrino junto con el Gato. —Sonríe con ojos brillantes y yo sigo dejando volar mi imaginación—, mi sobrina Sami te daría los anillos, sin pensarlo haría que Cris nos tomara muchas fotos en el río y la cascada, la luna de miel comenzaría exactamente en esta habitación. —Observo cada detalle del lugar—. Pero sin duda, lo primero que haría sería decirte que sí.

—Está bien. —Trata de aparentar seriedad, aunque su expresión es de auténtica felicidad—, buena respuesta. —Se pega más a mí, si eso es posible, y cierra los ojos—. Ahora duerme.

—¿Dormir? —pregunto sin poder creer que quiera terminar la conversación aquí, como no obtengo respuesta arrugo la nariz—, será... duerme, trastornado.

—Prefiero cariño.

—Duerme, cariño. —A pesar de que sigue con los ojos cerrados, su sonrisa brilla con intensidad.

—No me despiertes, quiero soñar con todo eso que me acabas de decir, si lo logro, pensaré en una fecha, no lo echés a perder.

—No lo haré. —Sonrío con fuerza.

Los parpados me pesan y me comienzo a dejar llevar por el cansancio y el sueño, en lo último que pienso antes de caer en la inconciencia, es en sí papá me entregaría a otro hombre que no fuera Miguel Ángel.



VEINTIDOS



“Tan cerca del Cielo como del infierno.”

Caracas

— ¿Sobornaste a los reporteros?, ¿se quedarán callados y no dirán que se escapó? — le pregunto a mi padre con una gran sonrisa mientras subimos en el ascensor hacia su oficina.

— Sí, no tuve más opciones — responde con molestia, da un paso adelante y habla entre dientes sin alzar la voz — , estoy harto de tener que enmendar siempre todos tus jodidos errores. — Le doy un solo asentimiento de cabeza, el ascensor se abre y mi padre inclina la barbilla señalándome que salga, lo sigo con el cuerpo más relajado, esos reporteros ya eran un maldito problema.

— Más te vale que la encuentres, Miguel Ángel, ella es la única que puede cedernos las riendas completas de SONADVI, el perro de Gilberto supo hacérmela dejando a Belén como testafarro, ni siquiera Benjamín está enterado de eso, ese bastardo ni muriendo deja de joder.

— La encontraré — le aseguro.

— Hijo. — Se detiene por un momento y coloca su mano derecha en mi brazo, me le quedo mirando fijamente y sus ojos negros desprenden rabia y preocupación — , nunca he tenido que llegar a esos extremos, pero si no logras que esa perra vuelva aquí y se convierta en tu esposa para que nos firme los documentos por las buenas, bueno... ella debe...

— Entiendo — contesto — , voy a encontrarla, no habrá necesidad de matarla, voy a encontrarla y la obligaré a firmar. — Los ojos de mi padre de repente se estrechan.

— Estás loco por hacerla tuya, ¿no es así?

— Es lo que más deseo — digo recordando la noche de la despedida de solteros, papá trata de sonreír, pero sigue caminando y se sumerge en una conversación con su asistente.

Meto las manos en los bolsillos de mi pantalón y me dispongo a ir a mi oficina, al entrar, inmediatamente me altero.

¿Dónde diablos se supone que voy a encontrarla?

Pareciera que se la tragó la Tierra. Me paro frente a la pizarra que dispuse en la pared, miro el nombre de cada lugar y persona que he anotado con la frustración inundando mi cabeza, me quito la chaqueta y tomo un marcador azul, encierro en un círculo la palabra «Maldito Brasileño» mojo mis labios con mi lengua y entrecierro los ojos.

— ¿A dónde te la llevaste, desgraciado? — Hablo en voz alta, cuando la cabeza está a punto de explotarme, el teléfono de mi oficina suena.

— *¿Qué pasa, Andrea? ¡Estoy ocupado!* — le pregunto irritado a mi secretaria a través del auricular.

— *Sí, señor, pero es que tiene una llamada...*

— *Hoy no quiero atender a nadie.* — Me pellizco la nariz y me dejo caer en la silla detrás del escritorio.

— Bien — responde sin inmutarse por mi tono hostil, ella está en ese puesto precisamente porque sabe acatar una orden.

Mi estómago está tenso, creo que no he comido bien en semanas, resoplo prendiendo la computadora. El teléfono vuelve a sonar y lo miro.

¿Qué mierda le sucede hoy?

— ¡Por un demonio! ¿Qué pasa ahora, Andrea? — El profundo suspiro de mi secretaria hace eco en el teléfono.

— Lo siento, señor del Villar. — Hace una pausa y añade — : siento molestarlo, pero la persona que tengo en la línea dos, dice que necesita comunicarse con usted, que es muy importante, que es una urgencia.

— Me conoces bien, Andrea, desde hace años, sabes perfectamente que me importan un carajo las urgencias y que cuando te digo que no atenderé a nadie, es a nadie — digo poniéndola en su sitio, giro la cabeza cuando oigo que abren la puerta, estoy a punto de lanzar una serie de insultos cuando ella habla en voz baja, como si alguien más pudiera escucharla y no quisiera.

— Lo llaman desde Ciudad Bolívar, una chica de nombre Fabiola Romero.

— ¡No conozco a ninguna Fabiola! — espeto sin ninguna emoción, Andrea aprieta los ojos y al fin termina de hablar.

— Y dice que sabe dónde está la señorita Belén...

GRAN SABANA

Me despierto sobresaltada. Las imágenes del sueño son tan reales que casi puedo jurar que lo estoy viviendo. Por un lado está papá, muriendo; por otro está Miguel Ángel con una sonrisa oscura, amenazadora. Yo no soy más que una espectadora muy asustada. De pronto grito muy fuerte, seguido de varios susurros que no logro entender, trato de encontrar de donde proviene el sonido, pero el cuerpo laxo de mi padre en esa cama me hace sollozar.

—¡Papá! —grito al incorporarme, inmediatamente se enciende una luz y miro a todos lados encontrándome al fin con la realidad.

—¡Cielo santo! ¿Qué sucede? —Reconozco la voz, me doy cuenta de que él es el que susurraba muy cerca de mi rostro. Con las mejillas húmedas por el llanto me le lanzo encima y lo abrazo con fuerza. Tengo la boca seca y mucho calor, necesito...

—Dame... algo de tomar, por favor —le pido buscando aplacar el dolor, Juan Josué se levanta con rapidez de la cama, se coloca el bóxer y me pasa una lata de refresco que encuentra en la mesita de noche, al beber un poco mi garganta se reconforta, no está fría, pero el nudo en mi garganta desaparece. Bebo otras cuantas veces mientras el ventilador que acaba de encender comienza a agitar mechones de mi cabello—, ¿cuánto tiempo llevabas tratando de despertarme?

—Solo unos minutos —dice.

—Gracias. —Me doy cuenta de que sigo totalmente desnuda, me cubro un poco con la sabana.

—Me asustaste —continúa él—, no dejabas de gritar papá, así que decidí levantarte. —Asiento sin poder responder, sencillamente me siento vulnerable, débil, tengo mucho miedo y no sé por qué. Como si leyera mis pensamientos, Juan Josué se recuesta a mi lado, me refugia en sus brazos y yo me siento protegida bajo el calor de su regazo—, todo estará bien, princesa. —Habla bajito y se inclina para dejar un beso en mi frente.

¿Por qué soñé con papá?, ¿estará bien? no soy de las que sueña muy seguido.

Una vocecita me grita que coja el teléfono y llame a casa, pero mi cuerpo no responde aún.

—¿Qué hora es? —pregunto, sin ninguna noción de tiempo sobre su cuerpo cálido.

—Las tres de la madrugada —responde, entonces decido que no, que llamaré más tarde, porque si lo hago ahora puede que los asuste mucho.

No pasa nada.

Me repito mentalmente una y otra vez.

Disfruta de tu chico y olvídate del rostro de Miguel Ángel. Aunque sienta un vacío en el estómago, él no me encontrará aquí, eso es imposible.

Siento que algo me acaricia el brazo, hundo la cabeza en la almohada resistiéndome a despertar. Me siento cansada y el cuerpo me está pasando factura. De nuevo la caricia enciende mi piel, abro los ojos y veo a Juan Josué apoyado sobre un codo observándome con una gran sonrisa y un aspecto sensual.

Recuerdo todo lo que sentí en sus brazos, nuestro contacto emocional y físico, la devoción con la que nos hemos hecho uno hace unas horas y mi cuerpo se electriza. Pensar en lo que hemos compartido hace que mi corazón lata a un ritmo irregular y que toda mi sangre se caliente.

Como consiente de mis pensamientos de nuevo, JJ desliza la sabana que me cubre, con suavidad comienza a acariciar mi cuerpo hasta excitarme por completo, luego atrapa con sus labios uno de mis senos y no puedo evitar gemir. La noche pasada hubo más fuerza y descontrol, pero esta vez lo hace con calma, con sutileza, de una manera tan dulce que cada poro de mi piel cobra vida bajo sus labios. Sonrío, que manera de comenzar el día.

—Hasta que al fin puedo despertarte bien.

—Puedo fingir que sigo dormida. —Mi respuesta le causa una gran carcajada, se coloca sobre mi cuerpo y por instinto subo los brazos, mala elección, porque decide atrapar mis muñecas sobre mi cabeza.

—Eres perfecta.

—Hay algo que debes saber, muerdo de hambre. —JJ roza mis labios—, es hora de comenzar nuestro domingo en *Arecuna*: desayuno, ducha y último día con nuestros amigos. —Él aprovecha que me tiene acorralada y muerde mi cuello—, ¡Auch! —Me quejo.

—Yo también tengo hambre. —Se burla.

—Entonces imagino que vas a conseguirme desayuno mientras yo me baño, ¿no? —Trato de morder su barbilla, pero él es más rápido y se levanta—, trae café, mejor trae dos y varios sobres de azú... —grito cuando él me toma en sus brazos—. ¿A dónde vamos?

—A bañarnos. —Con su hombro empuja la puerta—, ese café puede esperar, yo no.

Abre la ducha y se mete en ella, me deja en el suelo y se deshace de su bóxer. Agarra el jabón y lentamente comienza a recorrer cada centímetro de mi piel, que inmediatamente responde a su toque erótico y sugerente. Los ojos de Juan Josué se oscurecen un tono, sus ojos salvajes se llenan de deseo, la idea de compartir la ducha con él comienza a ser una primera experiencia absolutamente fascinante, tanto, que dejo escapar un largo jadeo y acaricio el corto cabello que tiene en el cuello.

—¿Esto te está gustando?

—Sí, ya ni me acuerdo del café. —Sonríe peligrosamente y hace que quede de espaldas a él, su cuerpo está muy cerca del mío y su masculinidad más pujante que nunca. Sus manos palpan mi espalda, mis caderas, hasta que se deslizan hacia adelante y tocan todo de mí. Dejo caer la cabeza en su hombro y él inmediatamente devora mi boca. Lo deseo, lo deseo como una demente, soy una loca necesitada en este momento y quiero que me haga suya de nuevo.

Y finalmente así lo hace, me toma ahí en el baño de esa hermosa posada y juntos volvemos a alcanzar el cielo. Sin duda fue el mejor despertar de toda mi vida.

Me visto y arreglo sin prisa, Juan Josué aprovecha y desde su laptop contesta un correo electrónico, uno que le envió el doctor que lleva el caso de su mamá; parece que hay un problema con el dinero que le transfiere mensualmente para cualquier gasto que tenga ella.

—¿Todo bien?

—Sí, fue un error del banco.

—¿Ya que tienes prendida la laptop puedes descargar ahí la memoria de la cámara? es de André y como se van mañana tengo que devolverla.

—Bien, pásamela —me pide, busco mi bolso y de ella saco la cámara, en unos minutos, JJ pasa todas las fotos a una carpeta y me la devuelve.

—Compraremos una —dice.

—No es necesario, en casa tengo una, aunque no es tan nueva.

—Te compraré una así. —Sin darme derecho a réplica, tira de mi mano y me besa.

Entrelaza nuestros dedos y salimos de la habitación, mi celular suena y lo reviso, Andreina ya me ha mandado tres mensajes de texto.

De: Andreina

Dímelo nena, ¿estás lista?, ¿usaste bien ese cuerpo anoche?

De: Andreina

Me encanta. Eres tan adorable cuando no me respondes, de verdad, adorable

De: Andreina

**Típico: tener amigos que no entienden el significado de*

*LOS ESTAMOS ESPERANDO**

Contengo la carcajada.

—¿Pasa algo?

—Sí, que en definitiva, Andreina está loca.

Cuando llegamos a la recepción nos encontramos a todo el grupo disfrutando de un café, sentados con desgarbo en los pequeños muebles de la entrada, con caras sonrientes y muy relajadas.

—Y por impuntuales como ustedes es que el país no prospera —bromea Yariel, todos estallan en risas. Me acerco para saludarlos con un beso en la mejilla, JJ hace lo propio y choca su puño con los chicos.

—¿Qué tal su noche? —Andreina sonrío con malicia.

—Pues, muy bien —respondo—, ¿y la de ustedes?

—¡Perfeito! —comenta André, las mejillas de Marina se ruborizan.

—A mi parecer, todos la pasamos estupendo —dice el Gato.

—¿Nos vamos? —pregunta Thais. Asentimos contentos, miro como toman

sus cosas y van saliendo, Juan Josué se inclina un poco y me habla al oído.

—¿Crees que me dé tiempo de buscar dos cafés antes de salir con la familia *Adam*? —Me echo a reír y aprieto su brazo.

—Anda, ve... yo te espero aquí.

Meneando la cabeza y sonriendo por sus ocurrencias dejo que se adelanten, saco el teléfono celular de mi bolsillo y marco el número de mamá, será una llamada rápida y sin muchas explicaciones, solo quiero asegurarme de que las cosas estén en orden. Pero luego de tres intentos y de que las llamadas me manden a buzón de voz, desisto.

—Qué raro... —Frunzo el ceño, Juan Josué aparece detrás de mí, pasa su brazo por encima de mi hombro y me muestra un café.

—¿Te parece bien éste? tiene un toque de chocolate.

—¡Siempre adivinas lo que quiero! —Agarro el vaso y me giro para dejar un beso fugaz en sus labios, que están dulces porque ya le dio varios sorbos a su café—, ay, no, espera, ¿y si mejor nos quedamos y compramos más chocolate? —JJ se echa a reír.

—Por lo visto, tú también adivinas mis deseos. Anda, mejor vamos que los chicos ya se quieren ir. —Caminamos riendo hasta la entrada—, esta noche antes de llegar al apartamento pasaremos por la tienda, estoy seguro de que vi sirope de chocolate. —Me guiña el ojo y yo me muerdo el labio, siento el cuerpo arder y no es por el sol que comienza a calentar la hermosa mañana.

Nos ponemos en marcha, vamos a pie, haremos el mismísimo recorrido de la travesía *Arecuna*, pero sin pagar y con dos guías —tengo que decirlo— sobradamente atractivos; sobre todo uno que va vestido para la ocasión: con un pantalón verde militar, una gorra negra y una playera del mismo color que se ajusta muy bien a sus músculos, un pecado andante que desprende olor a perfume.

Que alguien me diga, porqué demonios no lo obligué a quedarnos en la posada.

Juan Josué y el Gato parecen conocer de pies a cabeza el lugar, nos han prometido llevarnos a un sitio que nos dejará sin aliento, el camino por donde nos sumergen es rocoso y hay un contraste entre el verde arborescente terrestre y el azul de la bóveda celestial.

El primer lugar al que llegamos es un mirador, ahí disfrutamos un rato del magnífico paisaje de las montañas sagradas de los pemones, también desayunamos junto a esa vista digna de foto de galería.

Continuamos caminando, esta vez por casi una hora, llegamos a un embarcadero donde nos esperaba una curiara —una canoa hecha por los habitantes de la zona con un tronco ahuecado de madera— el motor es maniobrado por dos pemones y remontamos el río por un trecho no muy largo, pasamos dos saltos de agua y vemos cualquier cantidad de guacamayas, aves y hasta caimanes de río en la orilla.

—Estamos pasando por el lugar que recibe las aguas de la cascada más grande del mundo. —Nos informa uno de los pemones, el que habla bien el español.

—El majestuoso Churún-Merú —dice el Gato con una gran sonrisa.

—¿El qué? —me pregunta Andreina en un susurro, sentada a mi derecha.

—Es el nombre indígena del Salto Ángel —le explico, ella abre mucho los ojos y luego sonrío. Agarro la mano de JJ que va a mi izquierda y le doy un apretón—, ¿hay manera de poder ver el Salto Ángel?

—No es posible acercarnos, pero sí podemos contemplarlo de lejos. —Mi corazón late emocionado cuando Juan Josué me da esa respuesta.

—Yo leí que hay paseos en helicóptero. —Thais rebusca en su bolso la guía de Canaima que carga para arriba y para abajo.

—¡Sería grandioso! —dice André, Marina arruga la frente porque es algo de riesgo—, ¿quanto custa un passeio de esos?

—Por dinero no se preocupen. —suelta el Gato—, si quieren vivir esa aventura, el piloto es amigo nuestro, ¿cierto, JJ? —Siento como el cuerpo de Juan Josué se tensa, le da al Gato un solo asentimiento de cabeza y desvía la mirada al río.

—¿Pasa algo? —le pregunto bajito, luego de unos segundos niega, pero no me ve a los ojos.

—Quería que vivieras la experiencia de verlo por primera vez conmigo, pero yo no pienso subirme a un helicóptero. —En ese momento lo recuerdo «le tengo miedo a las alturas» eso incrementa más en mí unas notables ganas

de besarlo y una extraña sensación de que yo tampoco quiero experimentar nada nuevo si no es con él.

—¡Ey, André! —Llamo la atención de todos—, Marina no debería subirse a helicópteros en su estado, ¿verdad, Juan Josué? —Paso de ellos con una sonrisa en la cara y miro a mi novio que me devuelve la sonrisa de inmediato.

—Estoy de acuerdo con Belén —les dice.

—Claro que é verdade, eu no lo pensé —comenta André, a los minutos ya todos se olvidan de la idea.

—Te amo, mi princesa, no te imaginas cuánto —susurra en mi oído, sonrío porque veo que respira con mayor comodidad, tendré que acostumbrarme a su miedo, igual tenemos muchas cosas por vivir que no implican tanto peligro. Me acomodo mejor y me pego más a él, que no duda en pasar su brazo por mi cuello y me da un rápido beso con dulzura.

Luego de más de veinte minutos río abajo, ocurre. Desde un punto estratégico donde paran la curiara podemos bajarnos a la orilla, entre una llovizna producida por decenas de cascadas al fin logramos contemplar el objeto de las millones de visitas a la Gran Sabana, realmente es indescriptible la magia y belleza que transmite el Salto Ángel. Dejo de contemplarlo por un momento y giro el rostro, sonrío feliz y tomo su mano.

—¿Juan Josué? —Fijo mis ojos en los suyos y examino su mirada radiante, atrapo su rostro con mis manos creando una burbuja entre el resto de personas y nosotros—, ¿sabes por qué vine a la Gran Sabana? —Niega intrigado, no sabe por qué le digo algo así, acaricio los mechones de su cabello perdiéndome en su mirada y encuentro libertad—. Para conocerte a ti.

—Prométeme que no olvidarás este momento, Belén.

—Te lo prometo, cariño.

Y lo beso. Aprieta sus manos tras mi espalda pidiéndome que lo abrace fuerte, y claro que lo hago, en los siguientes minutos y con el agua del Salto Ángel cayendo cerca de nosotros, permanecemos abrazados.



VEINTITRES



“Cuanto antes te enfrentes a tu miedo, antes dejará de perseguirte.”

—¿Estás segura que no necesitas ayuda con eso? —Estoy detrás de Andreina, se gira y niega con la cabeza.

—Dame, lo haré yo. —El Gato llega hasta nosotras, las dos observamos cómo levanta la maleta y la acomoda en la camioneta de André.

—¿Estás bien? —le pregunto como por quinta vez en lo que va de mañana.

—Voy a estarlo —responde con una sonrisa triste filtrándose por sus labios—, regresaré a Venezuela, amiga. Ahora que están en mi vida, no podrán deshacerse de mí.

—¡Te voy a extrañar tanto, Andreina!

—¡Y yo a ti! nos veremos pronto. —La abrazo con fuerza.

—Si no vuelves, iremos hasta Brasil por ti —dice el Gato, me separo de

Andreina y él toma sus manos, se alejan un poco, no sé lo que le dice, pero respiro más tranquila cuando entre tanto pesar en su rostro, sonrío. Seco mis lágrimas e inmediatamente Juan Josué me envuelve entre sus brazos protegiéndome de la tristeza.

—Cuida bem de ella. —La voz me hace girar y él me sonrío a medias.

—Siempre —le contesta JJ, lo suelto para abrazar a André.

—Não me olvides, bonita. —Niego hundiendo mi rostro en su pecho y suspiro.

—Nunca, André, eres mi ángel —digo y él se ríe—, no sé lo que siento, quiero llorar y a la vez reír, eres una persona maravillosa, gracias por toda tu ayuda, gracias por haberme traído hasta aquí. —Me aprieta más y me da un beso en la frente.

—Lo haría de nuevo mil veces. —Me aparto y le sonrío a medias—, no estés triste, volveremos o pueden ir a visitarnos cuando quieran.

—Disfruten de su matrimonio y de toda la experiencia de ser padres. —Miro a Marina y aprieto sus manos con cariño—, buen viaje, Marina De Sousa.

—Gracias, Belén Alvares. —Nos reímos—, ¡Hasta pronto!

Ellos terminan de acomodar una maleta y yo me trepo a la camioneta para despedirme de Thais y Yariel, se me arruga el corazón cuando ella suelta un par de lágrimas silenciosas.

—Odia las despedidas —me dice Yariel—, está tratando de hacerse la fuerte. —Voy a echarla mucho de menos, siempre podía hablar con ella sobre libros, ha leído muchísimos y hace excelentes recomendaciones. Me obligo a sonreír, le dije a JJ que esta despedida no me afectaría tanto, lo estoy intentado, pero me está costando.

—No olvides leerte la bilogía *Secreto* de *Katerine Leal* —dice mirando por la ventana.

—No lo haré.

—Fueron días maravillosos —comenta Yariel suspirando.

—Lo fueron —respondo, tratando de prolongar el tiempo, cuando bajo la

vista hasta Thais, me está mirando al fin con sus ojos verdes cristalizados—, los quiero, chicos. —Thais coloca una mano sobre la mía y sonrío.

—Baja ya de la camioneta, por favor. —Me lo pide porque no quiere que la vea llorar, acepto y así lo hago.

No sé cómo sentirme, la tristeza se expande por mi cuerpo. Hace unos meses no me importó alejarme de muchas personas a las que quiero, pero los que parten hoy son amigos muy especiales, no quiero perderlos. Mi corazón comienza a latir con fuerza contra mis costillas cuando la camioneta arranca y veo varias manos agitarse en forma de despedida.

Una de las cosas más tristes de la vida es decir adiós a las personas cuando en realidad no quieres que se marchen, siempre duele y yo soy malísima para soltar, a mí no me gusta extrañar en silencio, a mí me gusta tener cerca a la persona que quiero y poder decirle a la cara cuanto la estimo cada vez que me provoca.

Echo una última mirada a la camioneta mientras se pierde calle abajo, luego miro al Gato cuando comienza a caminar hasta su *Jeep*.

—¡Gato! —grita Juan Josué, pero él solo mueve la cabeza de lado a lado, se sube y arranca. Me giro hacia JJ con el rostro desencajado, él suspira y yo me quedo quieta, me muerdo el labio esperando que diga algo que me quite esta gran tristeza—, no quiero verlos así —suplica colocando sus manos sobre mis hombros.

—Los extrañaré mucho, estoy tan triste que sé que duraré días así. —Sollozo—, y ahora ella estará en otro país y el Gato tiene roto el corazón ¡Y es una mierda! ¡Es una total porquería!

—Sí, tienes razón, es una mierda... —Mira el suelo antes de enfrentarse a mí con rostro serio—, pero no es tan malo si guardas en tu corazón todos los momentos lindos que pasaste con ellos, desecha la tristeza, princesa, tómate tu tiempo, pero continúa, eso me lo enseñaste tú.

—Lo siento, Juan Josué —digo con un vacío en el estómago—, te prometo que estaré bien, iré a recostarme un rato y seguro despertaré con mejor humor. Ahora mismo quiero estar sola. —Él niega con la cabeza.

—No dejaré que te encierres a llorar —replica buscándome los ojos—, nada de helado, nada de chocolate, nada de libros tristes...

—¡Tampoco es que estoy despechada! —Lo interrumpo molesta, él se echa a reír—, que poco sabes de mujeres, cuando tu chica esté triste, lo primero que debes hacer es buscarle todo eso, no negárselo.

—Hagamos algo. —Me atrevo a mirarlo y me muestra una sonrisa—, te demostraré que sí sé cómo levantarle el ánimo a mi chica, te llevaré a un lugar que te hará sentir mejor, ¿me dejas intentarlo?

—¿Podemos llevar helado? —pregunto derrotada, su sonrisa perfecta me desarma.

Me quedo sentada en la camioneta durante unos minutos, miro por la ventana mientras JJ regresa con el helado y otras cosas, mete la llave en el contacto y arranca. Tal y como imaginé no me cuenta a dónde me lleva, solo se interna en la carretera y yo hago silencio imaginando cómo será Brasil.

Cuando estaciona delante de un camino conocido, apaga el motor y me atrevo a mirarlo, frustrada porque no dice nada, me bajo y comienzo a caminar el recorrido que ya he hecho antes. Me doy la vuelta y veo que viene detrás con los helados en la mano y otras cosas que están a punto de caérsele, me detengo y lo ayudo.

—¿Compraste toda la tienda? —Me obligo a sonreír, no estoy molesta con él, solo que a veces no sé cómo manejar las cosas.

—Lo necesario para sobrellevar la resaca post despedida. Vamos.

Comenzamos a caminar atravesando el pequeño sendero que nos conduce hasta el río, está apurado, lo que probablemente significa que me mostrará algo; no puede ser un amanecer como aquella vez, ya que son las cinco de la tarde. La verdad es que me caería muy bien ver un atardecer.

Casi hemos llegado al sitio cuando siento que se detiene, lo miro y con expresión dulce se acerca a mis labios y me besa, al separarnos alzo la vista y lo miro confundida.

—Hola, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí, tonto. —Sonrío porque este hombre realmente es especial.

—¿Me darías otro beso solo para estar seguro? —Retira un mechón de cabello de mi cara y me lo coloca detrás de la oreja.

—Te daré todos los que quieras, pero primero quiero mi helado.

Tardamos solo un par de minutos más en llegar, disponemos todo sobre la hierba y nos sentamos a una distancia prudente de un risco donde hay dos caídas de agua.

—¿Estás bien aquí o es muy cerca? —le pregunto, porque veo que saca de la bolsa los helados con algo de incomodidad, él asiente en silencio y amplía la sonrisa para que le crea.

—Estoy bien. —Destapa uno de los pots y sumerge la cucharilla de plástico, acto seguido se la lleva a la boca y la chupa con satisfacción—, este de mantecado y oreo es mi favorito.

—Juan Josué —murmuro, apoyo una mano en la hierba y con la otra tomo su cuello, lo acerco a mí para darle un beso arrebatado y siento todo el frío de su lengua, la saboreo despertando a la par mucho calor en nuestros cuerpos—, así me gustan a mí.

—Mentí, así si es mi favorito. —Habla con voz ronca.

—¿Qué? —inquiero en voz baja y sonriente, advierto que sus ojos se oscurecen.

—Tengo tantas ganas de llenarte de helado, creo que disfrutaría mucho saboreándolo.

—¡Ni se te ocurra! —Río, aunque tengo la razón tan nublada como la de él—, primero quiero que me cuentes porqué me trajiste a este lugar, ¿tienen algo especial? —Señalo las caídas de agua.

—Sí. —Observa al frente.

Lo sabía.

Fijo mi mirada en el agua clara y cristalina que cae y va rociando todas las rocas.

—Me gustaría saber la historia. —La curiosidad salta en cada una de mis palabras, Juan Josué le da un mordisco a una galleta y asiente.

—Ya te cuento —dice una vez se la termina—, los pemones cuentan que esas cascadas nacieron de la unión de dos tribus de indios: panares y maquiritares. Are se llamaba el indio panare, y Cuna la india maquiritare, quienes flechados por un inmenso amor juraron amarse hasta la muerte. En una noche de luna llena fueron perseguidos por un indio celoso quien alertó al

cacique maquiritare, este a su vez, ordenó buscarlos a como diera lugar, ellos al verse acorralados por la tribu decidieron lanzarse al vacío y en el aire invocaron al Dios de las aguas; este compadecido de ellos los convirtió en cascadas gemelas, que confundidas, dan origen a la cascada *Arecuna*. Los indios dicen que algún día volverán a convertirse en humanos, me contaron que en esta tierra mágica todo puede suceder. —Lo miro con los ojos bien abiertos, de manera inconsciente imaginé las escenas en mí cabeza—, ¿qué opinas?

—Opino que es una historia preciosa y a la vez muy triste.

—Sabía que te gustaría, ¿quieres galleta?

—Sí, claro. —Agarro la que me ofrece y pierdo la vista de nuevo en el agua—, ¿crees que alguien podría sobrevivir a una caída como esa?

—No lo creo, y en todo caso nunca lo pienso comprobar.

—No, claro que no, tonto. Mira, ni yo que no le temo a las alturas me lanzaría de ese risco. —Me recuesto en la grama, con una sonrisa me mira.

¿Por qué tiene que lucir tan bello cuando me observa con atención?

—¿Ya te sientes un poco mejor?

—Claro, mi novio es increíble y me hace olvidar las penas. —Ajena a sus pensamientos le doy un apretón en la pierna. El solo contacto hace que él ya no se resista más y se coloca sobre mí con rapidez, sin darme tiempo a reaccionar presiona sus labios con los míos.

—Juan Josué —jadeo—, no podemos.

—Shh, solo déjame, princesa. Necesito hacerlo o me volveré loco.

Besa mi cuello, primero de un lado, luego del otro, suelto un suspiro y él se anima a acariciarme bajo la tela. No se sorprende al notar que lo toco con el mismo fervor, el deseo va intensificándose y extendiéndose a lo largo y ancho de nuestros cuerpos. Inhalo profundamente y suelto el aire con lentitud, el color de sus ojos se ha acentuado y eso me fascina.

—Te amo tanto, Juan Josué —confieso acariciando su rostro y corro un mechón de su cabello hacia atrás—, me haces sentir mejor cuando no estoy bien.

—Yo también te amo mucho —asegura él—, hacemos una buena pareja, tú me haces reír, y me complementas. —Acercas la nariz hasta tocar la mía—. Y te deseo tanto... creo que sabes que no miento.

—Yo también te deseo —agrego sin poder escapar de su mirada—, de eso estoy convencida. —Esta vez soy yo quien lo besa con arrebatos.

Volvimos a dejarnos llevar, tal vez demasiado para un sitio público, pero se sintió tan bien que ninguno de los dos se alejó, ninguno quería separarse ya del otro.

—¡Carajo! —exclama Juan Josué cuando llegamos de vuelta a la camioneta.

Decir que lo que estamos viendo está mal, se queda corto. La situación despierta una gran molestia en nosotros, es algo ilógico que se hayan espichado los cuatro cauchos.

JJ se agacha para evaluar el daño, un extraño escalofrío me recorre la columna. Algo no está bien... puedo sentirlo.



VEINTICUATRO



“Y otra vez vuelve a caer... todavía no aprende a volar.”

¿Es posible sentir que el corazón se quiebra en mil pedazos?

Déjame contar hasta diez para poder respirar.

Uno...

El mundo no es un arco iris.

Dos...

Puede llegar a ser un lugar muy grande y malo.

Tres...

Hasta al más fuerte se quiebra.

Cuatro...

Te pone de rodillas.

Cinco...

Te hace odiar.

Seis...

Tal vez nada vuelva a ser como antes.

Siete...

Lo lamentas mucho.

Ocho...

Cerrar los ojos no cambia nada.

Nueve...

Quiero desaparecer para no ver lo que hace.

Diez...

Está matando mis sueños y lo que estos significan.

¡Por eso me duele tanto el corazón!

Mis ojos miran fijamente los suyos y me hace saber que la crueldad existe. No pensé que llegaría hasta mí, no lo creí posible, nunca fue tan astuto, vino a llevarme o a darme una lección.

Estaba comenzando a borrar la sensación de sus asquerosas manos recorriendo mi cuerpo, todo se vuelve oscuro en mi alma cual nubes negras en un cielo de tormenta. Todo empeora cuando frente a mí, Miguel Ángel golpea a Juan Josué en la cabeza con el mango de la pistola, ver como su cuerpo cae tendido en la tierra me hace gritar con horror.

Miguel Ángel lo hace a traición, ¿saben que es lo peor? que yo presentí algo malo y no actué pronto.

Grito que no le haga daño, ruego para que no lo patee de nuevo, pero la cólera que veo desprenderse de sus ojos me hace entender que no parará, mi corazón se va quemando como fuego y con cada segundo se me escapa de a poco el aliento. Disfruta de mis gritos entremezclados con los golpes amortiguados que le da, Juan Josué inconsciente no puede defenderse. Cierro los ojos por unos instantes para no seguir viendo, trato de acercarme a él, me empuja con violencia y caigo al suelo, permanezco ahí hasta que por fin lo

deja y da dos pasos hacia atrás, gimo y tiemblo, gateo hasta Juan Josué y me aferro fuertemente de su pecho.

¡Despierta, mi amor, despierta!

Su cuerpo y rostro están muy lastimados y mi llanto aumenta de nivel.

—¡Cállate! y no te muevas o le doy un tiro. —Miguel Ángel observa mis lágrimas con mirada dura y desde su altura apunta a la cabeza de Juan Josué. Yo hago lo correcto, no me muevo, me quedo muy quieta y me callo como me lo ordena, aunque es imposible que pare de llorar.

Miguel Ángel pide que me levante, no me toca, solo me mira fijamente mientras mis lágrimas caen sin control. Los recuerdos me torturan, suspiro ruidosamente al recordar el momento exacto en el que mi padre me ordenó casarme con ese desgraciado, solucionando así los obstáculos de su compañía.

—¿Era necesario golpearlo así? —Me toma del brazo rápidamente—, ¡Eres un malnacido! —grito con todas mis fuerzas, trato de zafarme de su agarre.

—Belén, entiende, no me diste alternativa. Te vi, los vi, ¿quién carajo es este hombre? —pregunta con furia.

—¿Qué quieres de mí? —Me doblego por el dolor, su agarre en mi brazo se hace más fuerte—, no quiero casarme contigo. —Aprieto en puños su camisa—, no me hagas esto, ya es suficiente, entiende que me haces daño. —Miguel Ángel me suelta y me abraza con determinación, las lágrimas siguen rodando por mis mejillas y siento que en cualquier momento me desmayaré, su maldito aliento choca con mi oreja.

—Mi bella, no quiero hacerte daño, tú y solo tú serás mi esposa y terminaremos amándonos, sabes que terminará ocurriendo. Hasta olvidaré el pequeño incidente en el hotel y los seis puntos que me costó tu gracia, solo si aceptas venir conmigo para inten...

—¡Eso no pasará! —escupo con todo el dolor que tengo en el cuerpo y alma—, yo no puedo amarte, no puedo casarme contigo, simplemente eso no ocurrirá ¡Prefiero morirme antes de verme en esa situación!

—¿Esa situación? —Me aprieta más a su cuerpo—, si no quieres poner de tu parte, no importa, igual pasará y yo te amaré. —Sus palabras suenan a clara amenaza, mi estómago se contrae del asco.

No, no, no, ¿cómo escapar dos veces de lo mismo?

Miro a Juan Josué y sus ojos están fuertemente cerrados, la piel del rostro la tiene pálida, el pánico recorre mi interior al darme cuenta que así grite nadie nos ayudará, este lugar está muy alejado; un hilo de sangre sale de la comisura de su boca al igual que la cordura va saliendo de mi ser. El frío se cuela por mis venas, necesito hacer algo, necesito ayudar a Juan Josué, recuerdo que tengo que ser fuerte, no sé con certeza si lo que haré logrará ayudarlo, pero al menos lo voy a intentar.

—Está bien, me iré contigo sin poner resistencia... solo si dejas que llame a alguien para que lo ayude.

—¡Ni hablar! —Me suelta con brusquedad—, eso no es lo que haremos. Te irás conmigo, pero a él no se la pondré fácil ¡No después de haberse atrevido a tocar lo que no es suyo!

—¡Él no tiene por qué pagar nada! ¡Esto es entre tú y yo! —Mi pecho sube y baja con angustia y pánico, un quejido de dolor brota de los labios de Juan Josué y me desespero.

Algo anda mal, aguanta cariño, por favor, no me hagas esto, Dios.

Miguel Ángel entrecierra los ojos hacia él y mi piel se eriza.

—Yo... juro que... seré tuya. —Mis palabras salen trabajosas y muy débiles, continúo cuando gano su atención de nuevo—, solo... déjame... pedir ayuda. —Se queda en silencio unos segundos, luego suspira pesadamente.

—No escaparás.

—No lo haré.

—Adelante, llama —vocifera apretando los dientes—, no olvidarás tu promesa, ¿queda claro? —Asiento, con manos temblorosas saco el teléfono de mi bolsillo, él sostiene el arma muy cerca de mí—. ¡Carajo! muévete que no tenemos todo el día.

—¿Gato? —pregunto con rapidez—, ayuda a Juan Josué, por favor... no puedo hablar mucho... escucha. —Le indico con voz temblorosa el sitio donde estamos—. Sí, en esa carretera, cerca de la cascada Arcuna. Lo siento... yo... —Miguel Ángel me arrebató el teléfono.

—Suficiente, ya te concedí mucho. Ahora vamos. —Cierro los ojos

despacio para así mantener el dolor encerrado en mi garganta, el frío se vuelve a colar por mi espalda, y cuando lo miro, advierto que comete el error de darme la espalda para recoger del suelo el cuchillo con el que seguramente espichó los cauchos de la camioneta.

Sin pensarlo dos veces echo a correr, no volteo, no debo hacerlo o el miedo me hará trastabillar, sé lo que vi en sus ojos y ni por equivocación quiero irme con él. Corro con toda las fuerzas que me dan las piernas esperando que no aparezca a mi lado, tengo que huir a como dé lugar, si es posible desaparecer entre la Sabana.

Y por supuesto eso es imposible, porque llego a un punto en dónde tengo que frenar, echo el cuerpo hacia atrás aturdida y enfoco la vista hacia el vacío; de pronto el vértigo me espanta muchísimo. Tan alto, tan... arriba.

Me restriego el rostro con ambas manos frustrada, sé nadar, pero no creo sobrevivir a un salto como ese, la amenaza está latente a pocos pasos de mí.

No puedo.

El vil demonio llega con cautela.

¡Jodido hombre!

Da un paso acercándose más y lo veo con horror, miro a todos lados y no hay escapatoria, el eco del agua cayendo y chocando con las rocas retumba en mis oídos.

—Estúpida, perra, lo primero que te digo que no hagas y lo haces. —No le contesto, debo concentrarme para encontrar la salida a esta pesadilla—, ¿vas a venir o qué? tengo poca paciencia ¡Así que ven de una maldita vez! —grita furioso.

Me agacho y agarro una piedra, la tiro con fuerza en su dirección estrellándosela en el brazo con el que trató de protegerse, me muevo rápido y agarro otra, siento la sangre caliente por el odio.

—¡No te atrevas! no creo que te hayas dado cuenta de lo que soy capaz, no me hagas hacerte daño, Belén. Juro que me olvido de que quiero hacerte mi mujer y te saco de aquí muerta.

—¡Déjame en paz!

Sostengo la piedra con fuerza, recuerdo cómo pateó a Juan Josué sin

piedad, y se la lanzo, él se sostiene el costado y me mira desafiante antes de llegar por completo a mí. Comenzamos a forcejear, lo pateo para tratar de apartarlo, pero su enojo es tan grande que no puedo soltarme.

¡Mierda, estamos muy cerca!

El miedo me domina y siento como una de sus manos me toma con fuerza del cabello, todo está fuera de control hasta que su grito detiene a Miguel Ángel.

—¡Suéltala, hijo de puta! —Ver a Juan Josué de pie me regresa el alma al cuerpo, a pesar de lo herido que está, su rostro desprende ira y peligro, intercambia una mirada asesina con Miguel Ángel y se detiene en mí cerciorándose de que estoy bien, luego mira lo que hay detrás de nosotros y los músculos se le tensan. No necesita decírmelo, sus ojos me gritan que no me mueva.

—Pero mira que eres fuerte, imbécil. —Miguel Ángel lo observa atento—, hasta te aplaudiría si no estuviera tan ocupado.

—¡Me saben a mierda tus aplausos! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Suéltala de una jodida vez! ¡No la lastimes o no respondo!

—Tengo cosas que hacer con mi prometida, así que apártate. —Está fuera de sí, gimo cuando me sujeta por la cintura con una mano y pega mi espalda a su pecho, con la otra mano me apunta el lado derecho de la cabeza, Juan Josué maldice y le hace gestos con la mano para que se calme.

—Escucha... no puedes llevártela a la fuerza, no merece esto. Yo sé lo que ocurrió, y si la dejas en paz, ella no va a meterte en problemas. Tiene un trabajo, tiene amigos que la quieren, ella desea estar con alguien que la ame y la respete, quiere tener una vida tranquila. Ella... quiere tener una familia, ella solo desea su maldita libertad, ¿cómo es que quieres quitarle eso? ¡Ella merece todo! ¡Jodidamente todo!

—No sé quién mierda eres o por qué hablas de Belén como si la conocieras, tampoco me interesa saberlo porque seguro eres otro arrastrado que también la desea. —Miguel Ángel sonrío con burla—, la manera en la que hablas es tan patética.

—¡Maldito, hijo de puta! —Juan Josué aprieta los puños al oírlo, por sus ojos transita la ira y la impotencia, quiere lanzársele encima y romperlo en

dos.

—Ya me cansé de ti, desgraciado. —En el momento en que sube la pistola para apuntarlo, todo mi organismo reacciona violentamente, él también es rápido y nos sumergimos en una pelea de gritos, insultos, forcejeo e imprudencia. Quiero matarlo, quiero romperle la cara con una piedra, en lo único que puedo pensar es en alejarme de él.

—¡Cuidado! —advierte mi novio, el empujón de Miguel Ángel es tan fuerte que pierdo el equilibrio y de pronto mis pies no logran pisar nada.

En cámara lenta veo el rostro lleno de terror de Juan Josué.

Estoy cayendo, cierro los ojos.

¿Puedes oírme? Te amo.



VEINTICINCO



“En vez de miedo debes tener fe.”

GRAN SABANA

JUAN JOSUÉ

—¡No! —grito con un profundo e inimaginable miedo consumiéndome, mi garganta se cierra de golpe haciéndome tragar espeso, caliente.

¡La empujó! ¡Dios mío, la empujó!

Grita mi cabeza, el corazón y el cerebro me laten tan de prisa que no logro pronunciar nada.

Miro el borde filoso y resbaladizo, dolor y angustia me sacuden, una presencia viva de verla caer muy real y aterradora, me lleno de tal frío que me duele respirar y las manos heladas me comienzan a hormigear. El vacío

cuelga de ahí, cayendo y dañando mi mundo, arrastrando a la deriva a la mujer que amo.

No lo pienso, no espero más y corro.

Hago algo sorprendente...

Salto.

La sensación es como si estuviera cayendo a través de un agujero en el viento, aprieto fuerte las manos convirtiéndolas en puños, inmediatamente cruzo los brazos sobre mi pecho y cierro los ojos con fuerza, trato de que la terrible sensación de vacío que siento en el estómago desaparezca.

Había jurado que nunca me acercaría a un risco, pero esto es una circunstancia en donde claramente rompí la regla. Si ella cae, yo caigo, si Belén muere, yo muero también.

La sensación de vacío es fuerte, más fuerte incluso que una montaña rusa a su velocidad máxima, muevo los pies pateando y luego de unos segundos abro los ojos. Mi boca se abre cuando diviso el agua tan cerca, quiero gritar, pero inmediatamente cierro la boca y aguanto la respiración.

No quiero morir.

Es lo último que pienso antes de sentir el golpe amortiguado de mi cuerpo estrellándose en el agua. Dentro de ésta comienzo a mover los brazos, trato de nadar hacia mi derecha para poder alejarme del potente chorro que me empuja con fuerza hacia abajo.

¡No te rindas, nada!

Grita con todas sus fuerzas mi instinto de supervivencia.

Con las vías respiratorias al límite estiro los brazos hacia arriba, ayudado por una roca de la que logro sostenerme, al fin logro sacar la cabeza a la superficie.

—¡Mierda! —exclamo después de toser varias veces. El oxígeno va entrando en mi sistema, como puedo me adhiero más a la piedra, aprieto con una mano mis ojos esperando que la terrible imagen se aclare.

Busco cerca de mí, y mientras lo hago rezo para poder encontrarla, deseo que el impacto de su cuerpo haya sido también en el agua. Nado más lejos, un

poco hacia la orilla, busco verla en algún lugar, me sumerjo, veo hacia la imponente cascada, hacia unas piedras cerca de la tierra arenosa. Podría estar fuera del agua. Grito su nombre. Salgo del agua y regresa la sensación de frío y dolor, mis manos tiemblan enredadas en mi pelo, paseo la vista como un radar por todo el río y los alrededores y... nada.

—¡Belén! —grito como dentro de la peor pesadilla, parpadeo clavando los ojos al cielo, y cuando miro hacia abajo otra vez, me doy cuenta de que la altura es infinita.

En algún lugar tiene que estar, trato de mantener la esperanza dentro de mí, puede estar herida, puede estar sufriendo.

Caigo sobre mis rodillas y vuelvo a gritar su nombre, al no recibir respuesta entierro las manos en la tierra en busca de tocar algo sólido, todo en mi mente empieza a girar, miro todo mi alrededor buscando a mi novia, lo imagino antes de pensarlo.

El río se la llevó.

Con lentitud me levanto, mis pantalones pesan por lo mojados que están, tengo tierra en los dos brazos y la herida de mi boca me escoce, con la lengua degusto el sabor a sangre. Los pies me pesan y lágrimas calientes salen de mis ojos, mis manos se sujetan a un gran árbol, cierro los ojos obligándome a recordar su hermosa sonrisa y no sus ojos llenos de miedo y terror.

—Princesa... —susurro, esperando que todo sea un mal sueño y ella logre escucharme—, te amo, no me hagas esto. Él pagará, lo juro.

Las imponentes cascadas caen enfurecidas, como aquellos amantes de la leyenda invoco al Dios del agua, le pido que también me haga uno con ella porque sin Belén mi mundo no tiene sentido, es que simplemente no hay mundo.

Recuesto mi espalda del árbol y el estómago se me retuerce con un dolor tan profundo que llena mi pecho, la devastación es implacable y me adormece el cuerpo, lloro mientras el sol comienza a formar rayos naranja; el día se está acabando, así como a mí se me está ralentizando el corazón.

Belén me hace cariño en el cabello y empiezo a sentirme relajado, es una calma encantadora tener la cabeza recostada entre sus piernas luego de un

día fuerte de trabajo mientras ella lee alguno de sus libros, todo siente único, incluso magnífico.

No quiero estar en otro lugar que no sea este, tumbado en la grama y con ella a mi lado; a pesar de que parte de su atención está centrada en un tal Alexander Soto.

Quiero distraerla de la lectura para que me regale un beso, muevo la cabeza, cruzo los pies, voy dándole pequeños golpecitos al libro y ella solo resopla y hace gestos con la cara.

¡Maldición! ¡Suelta ese bendito libro de una vez!

Lo único que consigo es un jalón de cabello y que acomode mejor su postura contra el árbol. La contemplo unos segundos y sonrío al confirmar lo que una vez le escuché a mamá: «Nada más bonito que ver a una mujer leyendo.» Y tenía razón, Belén se ve fascinante.

Me siento con cuidado para no molestarla, quiero contemplarla un poco más. ¿Cómo la chica que lee con tanta atención frente a mí puede estar enamorándose de esta manera? me siento tentado de arrancarle el libro y besarla con fuerza, pero me detengo a medio camino cuando ella advierte mis intenciones y me fulmina con esos ojos miel que hace rato ya me mantienen suspendido en el aire.

—Juan Josué, ¿qué quieres? —Me río. Ni yo lo sé, eso es lo que pasa cuando ella me ignora por un rato.

Comienzo a hacer un resumen de todo: me vine a la Gran Sabana y después de tres años no he encontrado lo que busco, conocí a una mujer increíble por la cual siento una atracción descontrolada, y para más, mantenemos una relación de “disfruta el ahora.” Hemos pasado por miedo, confesiones, deseo, incertidumbre, son varios sentimientos en un corto tiempo. Necesito seguridad, seguir un camino, necesito saber qué haremos con respecto a su familia y al loco que la está buscando, pero sobre todo necesito saber que no se irá a la primera de cambio. Debo pensar bien las cosas, quiero saber si lo nuestro tiene futuro, no quiero ser solo una aventura que conoció en un viaje, yo no estoy para juegos. Yo quiero... quiero tranquilidad, confianza, química, compartir mi vida con alguien que me respete y me complemente.

He encontrado todo lo que quiero en ella, es una chica trabajadora, con

ideas claras y apasionada con sus sueños a futuro, y aunque siempre haya tenido dinero, tiene los pies bien puestos sobre la tierra. Es humilde, amable, respetuosa y buena amiga. Belén tiene defectos, pero ninguno que pueda espantarme. Si soy sincero, ella es perfecta, perfecta para mí.

Ya he notado que nos queremos en igual medida y que esto no se puede parar, jamás pensé sentirme tan bien con alguien.

Sus ojos me ven fijamente esperando una respuesta, con seriedad le respondo.

—¿Necesito ponerle nombre a lo que quiero? —Ella arruga la frente y me observa sin comprender—, te quiero a ti y quiero más de lo que tenemos, para siempre sería perfecto. —Sonríe divertida, y al fin suelta el bendito libro.

—Me asustaste.

—¿Por qué? no te preocupes, mientras me ignoras yo disfruto viéndote.

—¿Ahora te ignoro? —Se muerde el labio, yo centro toda mi atención en esa boca que tanto me encanta tratando de mantenerme serio.

—Bueno, la verdad es que casi hecho raíces mientras mi novia suspira cada dos por tres por el tal Soto, ¿acaso te gusta más que yo? me gusta verte leer, pero a veces te quiero solo para mí. —Se echa a reír y deja el libro a un lado de la hierba, coloca sus manos en mis mejillas, se inclina y junta nuestros labios lentamente, yo me abandono a su aliento cálido, sintiendo como todas las terminaciones de mi cuerpo van despertando con su roce.

—No puedes compararte con el protagonista de uno de mis libros, tú eres real, a ti puedo hacerte todo lo que a ellos no.

—¿Todo? —Alzo ambas cejas, ella se ruboriza de inmediato.

—Siempre le encuentras un doble sentido a todo —dice ceñuda.

—¿Yo?, ¿qué puedo decir? tú siempre me la pones fácil. Y no me mires así, mejor dime, ¿qué quisieras hacerle a ese tal Soto? —Me río porque me parece divertido que voltee los ojos, me río más cuando me golpea con el libro.

—¡No te lo diré!

—*Oh, por el amor de Dios, eres una perversa.*

—*¡Cállate! —Exploto a reír fuerte—, Camino de Espinas tiene sus partes eróticas, pero la escritora narra muy bonito el romance y por eso me gusta, ¿puedes parar de reírte?*

—*Está bien, supongamos que te creo, supongamos porque no es así.*

—*¡Eres tan fastidioso! —Más risa me provoca su actitud, aunque Belén quiere hacerse la ofendida no puede evitar soltar una risita.*

—*Por favor, no te molestes. —Beso la punta de su nariz—, dile al sr. Soto que me devuelva a mi novia y asunto arreglado.*

—*Está bien. —Guarda el libro en su bolso y me mira—, ¿contento?*

—*Muchísimo. —Le guiño el ojo complacido, ella se inclina hacia adelante para darme otro beso.*

—*Eres mi protagonista preferido.*

—*Que honor. —Sonríó sobre sus labios.*

El resto del día transcurre como quiero, entre besos y risas hasta que el sol se va ocultando. Sé que no tengo remedio, sencillamente la quiero para mí todo el tiempo que se pueda.

No está, no aparece. Sus ojos, su risa, su voz, no puedo dejar de verla en mi mente ni por un segundo. Ya no me tiemblan las manos, pero sí me duele todo el cuerpo; físicamente creo que estoy muy golpeado, anímicamente estoy hecho nada, ¿qué le sigue a destrozado? me siento terriblemente mal.

La empujó, debí haberlo impedido, esto es su maldita culpa, juro que lo mataré. Ella ya no está y yo no sé qué hacer. No quiero ni levantarme, esto duele demasiado, todavía no logro aceptarlo. Ellos lo dijeron: «No la hemos encontrado.» ¿La perdí? esto no puede estar pasando, no puede haber... no puedo ni decirlo, pero es real que no está aquí.

No merezco esto, ella no merecía terminar así, ¿dónde diablos está? la necesito. Desapareció y yo no quiero aceptar lo peor.

—*¿Cómo estás? —pregunta el Gato cuando entra a la habitación—, siguen buscando, ella aun...*

—*No quiero oír nada —lo corto con voz rasposa—, solo regresa cuando*

tengas buenas noticias.

—Hermano, están haciendo todo lo que pueden, pero...

—¡Fuera! —respondo casi en un grito—, ¡Ella va a regresar junto a mí, no quiero ver a nadie hasta entonces! —No dice nada más y es mejor así.

Mi ánimo está por el suelo, la frustración de no poderla buscar yo mismo me hace sentir pésimo, no quiero que nadie me hable a menos que sea para decirme que ella apareció. Dejo de ver como la lluvia golpea la ventana y regreso mis ojos al libro; por alguna razón me hace sentir cerca de ella.

Alguien toca la puerta, me sobresalto. Es el Gato y su semblante luce cansado.

—¿Apareció? —Niega con la cabeza y mi corazón sigue dispersándose como arena entre los dedos.

—¿Qué ha pasado?

—Quieren suspender la búsqueda. —Suspira pesadamente al ver que contraigo el rostro—, sé que no es fácil lo que te voy a decir... —Respira y suelta el aire lentamente—. Luego de cinco días las probabilidades son...

—¡No quiero escucharte! —grito aunque sé que tiene razón—, ¡No pararán la búsqueda! ¿Me has oído? ella no... ella tiene que estar allá afuera sabe Dios dónde ¡Quiero que te vayas! ¡Quiero que muevas cielo y tierra y la encuentres, así tengas que movilizar al puto equipo entero de rescate del país!

—Cálmate, ya hablé con varias personas y hoy haremos un recorrido en helicóptero para peinar bien la zona. —Su voz suena apagada, no suena a él. Me obligo a recordar que también le duele todo esto.

—Consíguela, por favor —suplico. No dice más y vuelve a irse.

Me pongo de lado en la incómoda cama, no es la mía, nunca dormí aquí. Se siente extraño dormir en el dispensario, todos insisten en que guarde reposo, aquí no hay equipo de tomografías, pero los mareos, soñolencia, dolor de cabeza punzante y la pérdida de conocimiento que tuve dos veces apuntan a que tengo contusión cerebral leve, sigo aquí por obligación. Cierro los ojos pidiendo que esta pesadilla termine.

Me despido del último de mis pacientes, cojo aire y lo suelto poco a poco. Listo, al fin puedo irme a casa. Me deshago de la bata médica y salgo del dispensario, justo estoy por llamar a Belén cuando veo que viene corriendo hacia mí.

—¡Es increíble! ¡Las vendí todas! —grita eufórica—, ¡Me compraron toda la colección! —La recibo sonriendo cuando se me lanza encima y cruza las piernas en mi cintura, camino con ella en brazos hasta la camioneta, nada puede detener el reguero de besos que le doy en la boca.

—¡Qué bien, y eso que esta mañana creías que no sería posible!

—No lo era, pero Cristian me aviso hace poco, un comprador se enamoró de todas las fotografías.

—¿Ah, sí?, ¿cómo no se va a enamorar si mi novia es la mejor fotógrafa del mundo? ¡Felicidades, princesa! —Sonríe radiante y me besa por el cumplido.

—Gracias, tengo ganas de celebrar. —Coloca los pies en el suelo—, busquemos a los muchachos y hagamos algo, ¿te parece? —Sinceramente prefiero celebrar a solas, se me ocurren tantas maneras que de solo pensarlo me excito—, no seas así, vamos JJ, ¿sí?

Me jodo cuando usa su vocecita melosa para convencerme de algo, y me jodo más cuando sonrío de lado y parpadea varias veces.

—Sabes que sí iremos, así que no me chantajeas mirándome así.

—¿Cómo así? yo soy incapaz te chantajearte.

—Ummm...ajá. Tengo que cambiarme, así que vamos.

—¿Cambiararte? pero si así estás perfecto.

—No, eso no lo voy a discutir. —Belén se cruza de brazos e intento no reírme, justo en este momento parece una niña malcriada y caprichosa, de pronto sonrío con picardía y me ve fijamente—, ¿qué tramas? —Agarra los bordes de mi camisa y tira de mí, mete una mano por debajo de la tela y acaricia mi torso, con la otra me jala del cuello y me besa con arrebató, rozo mi cuerpo con el de ella con un deseo inminente, rodeo su cintura con mis manos y enreda su lengua a la mía, juguetea suavemente con ella haciendo que me excite más, luego separa su boca de la mía y se echa hacia

atrás—. ¿Qué haces? sigue besándome.

—¿Todavía quieres cambiarte?

—No, como tú quieras.

Me pesan los parpados, alguien está a mi lado y me acaricia el pelo. Su toque se siente bien, pero está muy lejos de parecerse al de ella. Abro los ojos deseando verla, pero no, es Sinabimi; su rostro luce preocupado aunque igual me sonrío.

¿Qué hace ella aquí?

—Hola. —Saluda con voz suave, toma asiento a mi lado en la cama y acaricia mi mano. Miro al Gato que está cerca de la ventana cruzado de brazos, transmite cansancio, vuelvo a mirar a Sinabimi—, ¿cómo estás?

—¿Qué pasa?, ¿qué hacen aquí? —Mi voz suena ronca y apagada.

—Quería saber cómo estabas, necesitaba verificar con mis propios ojos tu estado de salud.

—Ella me buscó porque tuvo un presentimiento sobre Belén. Y bueno, ya le conté lo que ocurrió —responde el Gato a mi pregunta no formulada.

—Comprendo. —Aparto la mirada de ella, no sé por qué siento vergüenza, como si fuera mi culpa todo lo que ocurrió, tal vez porque no quiero que mi amiga se decepcione más de mí.

—¿Qué pasa?, ¿qué sientes? —pregunta con calma.

—Que es mi culpa... que soy un cobarde. —La miro—, pude hacer más y no lo hice.

—No vuelvas a repetir eso —dice subiendo la voz—, ese desgraciado tiene la culpa, no tú. —Se levanta muy molesta y coloca las manos en sus caderas, el Gato le pide que se calme, pero ella me mira fijamente—, ¿cómo vas a decir que eres un cobarde? ¡Eres el ser más valiente que conozco, Juan Josué!

—No lo soy. —Sinabimi bufaba exasperada.

—¡También eres el hombre más terco del planeta! ¿Por qué me contradices siempre? me da igual lo que digas porque para mí si eres valiente, ¿tendrían que haberte grabado cuando te lanzaste al vacío para que lo creyeras?

—Lo hice por ella —digo, reproduzco en mi mente cada escena de lo que ocurrió—, todo estaba demasiado jodido e igual no pude ayudarla. —Ella niega con la cabeza, se acerca de nuevo y agarra mi mano.

—Siento mucho lo que ocurrió, a veces las cosas pasan como menos lo esperamos. —Suspira, yo también—, pero no pierdas la fe...

—¡Te juro que trato de no hacerlo!

—Escucha —me interrumpes—, te traje esto. —Se desabrocha del cuello un collar y me lo tiende—, acéptalo, es tú animal de poder. El águila tiene un significado de gran importancia, representa la altura, la luz, es el animal con la nobleza heroica más grande que existe y, así eres tú. Hay un punto en la vida del águila en el que sus uñas se vuelven tan largas y débiles que no puede sujetar a las presas que caza y de las cuales se alimenta, el pico, alargado y en punta, se le curva demasiado y tampoco le sirve, sus alas se envejecen pues le crecen demasiado las plumas y volar se vuelve muy difícil. —Hago silencio meditando cada una de sus palabras—, en ese momento sólo tiene dos alternativas: abandonarse y morir o enfrentarse a un doloroso proceso de renovación. El águila vuela a lo alto de una montaña y se refugia en un nido próximo a un paredón, donde no necesita volar y se siente más protegida, una vez encontrado el lugar adecuado, el águila comienza a golpear la roca con el pico hasta arrancárselo, luego espera que le nazca un nuevo pico con el cual podrá arrancar sus viejas uñas inservibles, cuando las nuevas uñas comienzan a crecer, ella desprende una a una sus viejas y sobrecrecidas plumas; y es así como después de todo ese largo y doloroso proceso, las heridas van sanando y llega la renovación, el renacimiento.

—No sé si pueda sanar mi corazón —insisto—, ahora mismo creo que no podré.

—Solo el tiempo lo dirá, mi querido Juan Josué, el sacrificio y la fe tienen un premio siempre. —Tengo los ojos enrojecidos, Sinabimi me da un beso en la frente y se marcha. El Gato está en absoluto silencio, esta vez dejo que se acerque y palmeo mi brazo.

—Lo que necesites, sigo aquí.

No contesto, en este momento lo único que necesito es que mis heridas sanen para poder ver las cosas con mayor claridad. Aprieto el tótem con mi mano pidiendo en silencio mi premio.



VEINTISEIS



“Me cansé de la ilusión, mejor la realidad aunque duela de verdad.”

Mis fuerzas me abandonan, pero me niego a ahogarme. Tengo que agarrarme de algo y salir del agua como sea, por mi familia, por mí, por Juan Josué.

Después de golpearme una y otra vez con piedras y quien sabe con qué más, sigo luchando, el agua sigue arrastrándome. Intento sujetarme de un tronco y me paralizó cuando a lo lejos puedo ver otra caída de agua, cierro los ojos con fuerza; si no logro resistir, moriré.

Escucho una voz, giro la cabeza y me sobresalto cuando un hombre me tiende la mano, intenta ayudarme.

—¡Por favor, sáqueme de aquí! —grito entre sollozos, él se inclina muy pegado a la orilla, pero es difícil que me alcance, estiro el brazo lo más que puedo y luego de unos segundos lo logramos, siento cuando me jala.

Cuando abro los ojos ya estoy fuera del río, el hombre me mira y percibo que está asustado. Viste como indio: está descalzo, lleva guayuco, y cuando se agacha a mí lado veo que de su cuello guindan varios collares.

—De nnato adenna. Amoro senupa. —No logro entenderle porque habla pemón.

—Me duele. —Me quejo, le muestro mi estómago, la herida es tan profunda que pronto llena toda mi playera de sangre. El indio gruñe con frustración, se marcha y a los pocos minutos regresa con dos niños y una mujer.

—¡Moro Iyepu yurotokon!

Me mueven con cuidado, me inclino con dificultad de lado para facilitarles la tarea. Estoy tan adolorida que me cuesta darme cuenta que me están subiendo a una hamaca para cargarme entre los cuatro.

La vista se me nubla y el dolor se agudiza, con la mano en el lado derecho de mi estómago cierro los ojos.

Es frustrante no poder entender lo que dicen. Sé que estoy en su vivienda, sé que ellos son familia, y sé que me están ayudando. He visto mi herida y a pesar de que no puedo moverme porque no tiene sutura, sé que ha ido sanando.

Los primeros dos días intenté moverme, desistí por falta de fuerzas, todo mi cuerpo se resintió, hasta mover una mano dolía; tal vez por la fiebre alta que tuve.

Escucho como hablan entre ellos, la mujer no se ha despegado de mí, me despierta, me limpia la herida y me coloca compresas con muchas hojas trituradas.

La tercera noche la escuché rezar, a cada momento me da de beber brebajes que saben horrible.

Han pasado seis días, hoy en la mañana sonrió cuando dije su nombre: Uma. Simplemente lo adiviné porque así la llaman los dos niños. Recordé una conversación que había tenido con JJ, en ella me enseñó palabras básicas para interactuar con los indios, cosas sencillas como: Innna: sí, Ake: no, Oktukay: ¿cómo estás?

—Yesek moro, Belén —le digo, Una levanta ambas cejas sonriendo, ahora ella también sabe mi nombre.

—E'nepe inna man, Belén —responde, mi frustración regresa porque otra vez no le entiendo. Necesito levantarme de aquí, necesito volver a Kavanayén y poner fin a esta pesadilla.

Cada vez que recuerdo el por qué estoy así mi cuerpo se estremece, quisiera borrar las imágenes, pero no puedo. Todo lo que ocurrió será imposible de olvidar, esta cicatriz siempre formará parte de mí, pero saldré adelante; él más nunca me hará daño.

—¡Sí, es ella! ¡La tenemos! —escucho una voz lejana, alguien aprieta mi mano y yo abro los ojos con lentitud—, ¿Belén?

—¿Gato? —murmuro abriendo los ojos por completo.

—¡Belén!

Oh, Dios mío, Gracias...

El Gato no se aparta de mí nunca, me acompaña cuando me suben a una camilla, toma mi mano mientras me trasladan a un helicóptero, tampoco me abandona durante el corto viaje. Solo deja de verme cuando hace unas llamadas e informa que me ha encontrado, ¿le habrá avisado a él?, ¿por qué no vino con el Gato?

Al llegar a Santa Elena de Uairen me llevan de inmediato a un hospital, un doctor comprueba mis reflejos y me hace un sinfín de preguntas, simultáneamente otra persona me toma la tensión y anota cosas en una historia médica. Me informan que por el tiempo que ya ha pasado no pueden suturar la herida, pero que milagrosamente se ve muy bien. Me indican reposo y una semana de antibióticos para prevenir cualquier infección, ya que tengo las defensas bajas y los mareos persisten. También me piden que cuando me sienta lista vaya intentando levantarme, estar acostada tantos días puede ir perjudicando algún órgano.

—Gato. —Lo llamo cuando el doctor y la enfermera se marchan—, ¿dónde

está Juan Josué?, ¿por qué no vino contigo?, ¿por qué no me llevaron al ambulatorio de Kavanayén?

—Tranquila. —Sonríe con calidez—, JJ no está aquí porque aún no sabe que te encontré, es que todavía no puedo decirle, él también ha estado convaleciente. Mejor esperemos un poco porque conociéndolo vendrá de inmediato.

—Entiendo —contesto resignada, él me aprieta la mano con suavidad y cuando lo miro a los ojos me encuentro con una emoción que no le había visto jamás—, ¿qué suce...? —No termino de preguntar, él me abraza cuidando de no lastimar mi herida, su gesto impulsivo me cae de sorpresa, pero lo acepto. Me aprieta un poco y percibo que libera tensión.

—Creí... —Su voz sale quebrada y mi corazón se arruga—, Belén, creí que te habíamos perdido.

—No es así. —Mis mejillas se llenan de lágrimas—, aquí estoy, y seguiré aquí todo lo que Dios me permita.

—Me alegra saber que estás bien. —Se aparta y me limpia unas lágrimas—, no teníamos idea de qué había pasado contigo ni sabíamos a dónde más buscar, movilizamos a mucha gente, gracias a Dios le dijiste tu nombre a esa mujer, estábamos buscándote cerca del río y ella estaba arrancando unas matas, gritamos tu nombre e inmediatamente ella entendió que a quien buscábamos era a ti, así fue como nos llevó hasta su vivienda. —Suspira—. Si hubieras muerto, él no hubiera podido seguir sin ti.

—¿Cómo está? —Me estremezco cuando lo pienso convaleciente—, necesito verlo.

—Lo sé, en cuanto pueda lo traeré. Luego de la paliza que le dieron y el salto que dio, está muy golpeado, pero nada grave. Lo que sí tiene rota es el alma aunque nunca perdió la fe, me hizo mover cielo y tierra para encontrarte. ¿Sabes? él dijo que tu corazón palpitaba en algún lugar de la Sabana, y así era. —Sonríe emocionado.

—¿El salto que dio? —pregunto con las emociones al límite, lo que el Gato está insinuando es imposible.

—Juan Josué saltó tras de ti. —Me tapo la boca con ambas manos, un escalofrío recorre mi cuerpo—, shhh, tranquila, todo salió bien, él superó un

miedo tremendo por ti, eso es lo que importa. —Estoy sorprendida, no quiero imaginar lo que le costó hacer eso, no quiero revivir lo horrible que se sintió caer al vacío. Hago un esfuerzo verdadero al no levantarme y correr a buscarlo, lo único que quiero es verlo y decirle cuanto lo amo.

—No puedo creerlo. —Luego de unos segundos me preparo para preguntar lo que no quiero, pero debo saber—, ¿dónde está Miguel Ángel? —pregunto sin más—. Siento mucho haberlos metido en todo esto, de verdad lo siento.

—Belén...

—Solo dime, ¿qué sucedió después que caímos? —pido ansiosa, él se sienta en una silla a mi lado.

—Sé que no te gustará lo que voy a decirte.

—Seguramente. —Resoplo, lo miro fijamente a los ojos—, tranquilo, habla, lo que digas no me hará más daño del que ya me ha hecho.

—Está aquí.

—¿Qué? —Me entra el pánico.

—No aquí en el hospital, sino aquí en La Gran Sabana, pensé que la policía lo atraparía, pero no han dado con él.

—¿Y cómo saben que sigue aquí? —Mi voz suena aguda.

—Lo vieron ayer. En cuanto nos avisaron la policía fue por él, pero ya se había ido del lugar —gruñe con molestia—, ojalá decida largarse porque si se atreve a acercarse de nuevo a ustedes yo mismo lo mataré.

—Gato —intento calmarlo—, no digas esas cosas.

—Nadie trata de dañar a mis amigos y queda ileso para contarlo. —Se levanta frustrado—, Miguel Ángel del Villar tiene que pagar por todo lo que ha hecho. —Suspiro resignada.

¿A quién engaño? yo también le deseo lo peor.

—Esta pesadilla no terminará hasta que lo consigan.

—Y lo harán, el jefe de la policía dice que tratará de llegar a ti apenas sepa que apareciste.

—¿Seré un señuelo? —pregunto con alarma, el Gato asiente con la cabeza

y yo no sé qué pensar sobre eso.

¡Dios mío, quiero que todo el peso de la ley caiga sobre él, pero no imaginé que tendría que exponerme tanto para lograrlo!

Me da miedo, aunque si lo pienso bien, es una buena idea para que lo atrapen.

—Quiero una vida tranquila y feliz, así que haré lo que sea necesario.

—La tendrás —me dice, de pronto se pone muy serio—, lo único es que JJ no puede enterarse de esto porque no lo permitiría, no querrá ponerte en más riesgo.

—Comprendo. —Lo miro con determinación—, si es lo que hay que hacer para atrapar a ese desgraciado, a partir de ahora guardaré silencio, no puedo desaprovechar la oportunidad de ser libre, quiero una vida en paz con Juan Josué.

—Belén, hay algo que me preocupa, algo que no encaja, ¿tienes idea de cómo ese loco pudo dar contigo? —pregunta, yo niego con la cabeza—, ¿segura?

—Segura. —En sus ojos veo duda, y no necesita decirme más—, no, no, Cristian no fue, era el único que lo sabía, pero estoy segura que él no tiene nada que ver en esto. Es mi amigo, no pudo haber sido él. Tiene que haber sido otra persona, alguien que me haya visto en las noticias y que por el dinero lo haya alertado.

—Ella... —dice impresionado, tiene una idea formándosele en la cabeza—, ella le dijo el otro día a Juan Josué que se iría de esta inmundada selva ¡Dios mío, que perra!

—Explícame de qué hablas.

—De Fabiola. —Abro mucho los ojos—, yo estaba en el dispensario visitando a Juan Josué, ella llegó con un cuento de que su mamá había fallecido y de que le había dejado una herencia ¡Mentira! ¡Es mentira! días después yo fui a la comandancia de la policía de Ciudad Bolívar para organizar tu búsqueda y vi a su mamá, hasta le mandó saludos a la desgraciada.

—¿Entonces sí fue ella?

—Tranquila, me aseguraré hoy mismo.

Cuando abro los ojos ya es de día, el Gato prometió regresar pronto, fue por ropa y por Juan Josué, muero ya por llenarlo de besos. Giro la cabeza y parpadeo para enfocar bien a la figura que me mira sentada desde una silla en el rincón, me sostiene la mirada y sonrío.

¡Es él! ¿Qué hace aquí?

—¡Benja! —exclamo emocionada.

—Hola, hermana. —Se levanta y suelta el aire lentamente como dando gracias, lo conozco.

—¡Estás aquí! —Imposible ocultar mi felicidad.

—Siento no haber estado antes para evitar que te pasara todo esto, pero no me dejaste alternativa, cuando llamaste anoche tomé el primer vuelo.

—Lo siento. —Me disculpo—, sé que hice mal en escapar así y no avisarles a ti y a mamá sobre mi paradero.

—Supones bien, pero ya eso pasó. Me doy cuenta que necesitabas alejarte, es horrible sentirse encerrado dentro de tu propia vida sabiendo que afuera todo es diferente. Me alegro que hayas sido valiente.

—Benja...

—Te quiero, Belén. No dejaré que nadie te haga más daño, siento haber estado sumergido en mi propia mierda y no haberme dado cuenta del infierno en el que estabas viviendo.

—No, no, Benja. —Tomo su mano—, no quiero que te disculpes, siempre tuviste razón, debemos enfrentar a papá. —Resopla, no quiero discutir más con él, no me siento con la energía suficiente.

—No debimos quedarnos callados, la vida se va en un segundo y es horrible hacer examen de conciencia cuando ya es tarde, no me gusta pensar en las cosas que pude haber dicho y ya no puedo.

—¿A qué te refieres? —pregunto con calma, pero al ver su gesto de lamento, me alarmo. Hay algo grave que tiene que contarme—, ¿cómo que ya no puedes?

—Quiero que sepas que no es tu culpa. —Me besa la frente y suspira hondo—, a papá le han dado dos infartos... —Aprieta mi mano porque ve que trato de moverme, me hielo por completo, trago saliva cuando Benjamín me ve con tristeza y pena—. Shhh, calma. El primero fue el día de tu boda, el segundo lo dejó en estado vegetal hace unos días. No sabemos si despertará.

—¿Qué? —Al borde de las lágrimas el dolor regresa con violencia clavándose en mi pecho, antes de que pueda reaccionar, Benjamín me abraza—, papá... —susurro ocultando el rostro en el cuello de mi hermano, dejo que las lágrimas fluyan sin control, no tengo fuerzas, pero mis ojos las generan solas.

¿Por qué todo es tan difícil?, ¿por qué se me niega el derecho a sentirme feliz?



VEINTISIETE



“Nudos en la garganta que duelen más que si te estuvieran ahorcando.”

Han pasado varios minutos en los que me mantengo abrazada a mi hermano, con la cara húmeda por las lágrimas, me aparto y lo miro a los ojos.

—Cuando escapé... todos los días que he pasado aquí no me he arrepentido de haber desobedecido a papá, no hasta hoy. —Llegó el momento de enfrentar la realidad, Benjamín se pone de pie y con la mano temblorosa se echa el cabello hacia atrás.

—Nadie puede culparte por eso, yo hubiera hecho lo mismo.

—Entonces, ¿está muy mal? —pregunto, Benja asiente.

—El último infarto fue el peor, los doctores dicen que está consciente por momentos, parece que hasta puede escucharnos en esos lapsos.

—Quiero hablarle, no me importa si escucha o no, yo solo quiero hablarle.

—Cuando te recuperes. —No lo sugiere, lo dice como una orden, arrugo la frente.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Hasta que estés bien. Una semana, quizás.

—No deberías dejar a Ana y a Sami tanto tiempo. —Benjamín me sonrío.

—Ellas estarán bien, saben que estoy cuidando de ti. —Una lágrima se asoma por mis pestañas.

—Te quiero, Benja, ¿te lo he dicho?

—Ya el medicamento aflojó tu lado cursi, le diré al doctor que lo cambie. —Nos echamos a reír, pero yo me detengo porque siento algo de dolor. Suspiro, la verdad es que no quiero sonar cursi, pero luego de lo que viví solo quiero ser sincera y expresar mis verdaderos sentimientos.

—Encontré a alguien —digo lentamente, él ladea la cabeza y me mira con

curiosidad.

—¿De verdad?

—Es el doctor del pueblo. —Más me vale aclararle todo antes de que siga arrugando la frente—, estamos juntos y me hace muy feliz, me enamoré como nunca de ese hombre tan asombroso y especial.

—Entonces encontraste más de lo que viniste a buscar —dice.

—Lo conocí sin buscar nada y terminé encontrándolo todo. —Benjamín no se molesta como yo esperaba, al contrario, me mira con una expresión de comprensión.

—No me mires así, no voy a reprocharte nada, Belén. Eres adulta y tomas tus propias decisiones, confío en que elegiste bien. —Y sonrío dejándome totalmente asombrada.

En las siguientes horas me pone al tanto de todo lo que ha sucedido en Caracas durante mi ausencia, me explica más detalles sobre el estado de papá, saber de su reconciliación con Ana María me sube el ánimo, pero inmediatamente se me cae de nuevo al suelo cuando me cuenta lo que sucedió en SONADVI. Benjamín se debate entre dejar de trabajar ahí o quedarse y no dejársela fácil a las escorias Del Villar. Quiero ayudarlo a tomar la mejor decisión, así que nos ponemos en contacto con sus abogados.

A última hora de la tarde, Benjamín sale de la habitación, quiere llamar a Ana María y donde estamos no hay mucha recepción. Desde la cama trato de divisar a través de la ventana el atardecer que lucha contra la noche, ¿cómo continuaremos con la relación si me voy?, ¿acaso él estaría dispuesto a regresar a Caracas? en una semana tendré que partir, llegó el momento de tomar decisiones, al menos estoy segura de lo que quiero.

Juan Josué

Me quedo bajo la ducha un par de horas, con las manos pegadas a las baldosas de modo que el agua corra por mi cuerpo. Salir del dispensario y volver al apartamento me deprime más, todo se siente extraño sin ella merodeando, veo en la puerta de la nevera la nota que le escribí una vez, suelto el aire

lentamente, me doy cuenta de que no he alimentado a Lorenzo en días, el pobre no merece que lo mate de hambre, le pico unas guayabas y me sirvo un poco de cereal decidido a ingerir algo por mi bien. Me tiro en el mueble, pero la cámara de Belén que reposa en la mesita de centro me oprime el estómago.

Con el pecho quemándome, me siento. La aflicción vuelve a acabar con mi poco apetito, nada me sabe bien desde que no está, todo perdió el color, todo está impregnado de desolación, todo es muy triste porque no sé si la mujer de mi vida respira.

Agarro la laptop y la enciendo, escribo tres veces la contraseña porque mi cabeza es un caos, cuando logro dar con la indicada, abro la carpeta de imágenes que dice: Belén.

Mientras observo detenidamente cada una de las fotos que ella descargó en mi computadora, trato de revivir el momento y sus emociones. Me adentro en el maravilloso viaje que ha hecho y me comienzo a sentir un poco mejor al verla sonreír. La extraño, haría lo que fuera por unos segundos más a su lado.

Con un clic paso a la siguiente foto, los colores verde, violeta y blanco predominan ante mis ojos, es una toma en primer plano de la flor de Salvia que la hizo ver peces de colores aquella vez, pero algo en la foto llama mi atención y le doy zoom, justo detrás de la Salvia hay otro tipo de flor, el corazón se me desboca, y entonces al fin doy con ella: la planta que cura el Alzheimer.

Siempre ha estado allí, millones de veces he pasado por ese lugar y nunca la vi, reprimo un grito estrangulado en mi garganta y le doy más zoom.

¡Esto es una jodida broma!

Ahora que la veo bien, me parece que pude haberla visto y que tal vez la confundí con Salvia porque tiene los mismos tonos violetas, me levanto con la laptop entre las manos sintiendo como mi corazón bombea con fuerza.

—Belén, Belén, Belén ¡La fotografiaste!

Tocan el timbre y giro la cabeza, vuelven a tocar con insistencia así que me obligo a salir del trance y camino hasta la puerta, no termino de abrir cuando el Gato entra como un huracán.

—¡La encontré!

—¿Qué?

—¡Encontré a Belén! está en el hospital de Ciudad Bolívar. —Por segunda vez el corazón se me detiene.

—Dime que está bien.

—Está bien, tiene una herida en el estómago, pero está viva.

—¡Belén está viva! —Me falta la respiración—, ¡Y está bien! —Mientras hablo la sangre corre vertiginosamente por todo mi sistema, me agarro la cabeza con ambas manos sorprendido.

—¿Piensas quedarte ahí parado o vienes conmigo? le dije que te llevaría hoy mismo. —Lo miro incrédulo.

—¡Vamos! ¡Vamos ya! —jadeo.

—Tengo el Jeep listo, hermano.

Corremos escaleras abajo, el Jeep está encendido y mal estacionado, por primera vez, luego de una semana, me río.

—¡Debiste avisarme por teléfono! —exclamo, él arranca a toda prisa.

—Se supone que estás de reposo. —Mete la velocidad—, además, tenía que buscar ropa.

—Encontraste a mi chica, Gato —digo sin creérmelo.

—Y también encontré al que alertó a ese loco sobre su paradero.

—¿Quién demonios fue? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Fabiola —responde entre dientes—, te dejo en el hospital y voy a buscarla, la obligaré a ir a la policía para que declare lo que sabe.

—¿Cómo es posible?

—¡Ni se te ocurra defenderla!

—No pienso hacerlo. No vi venir eso, ¿cómo pudo ser tan rastrera?

—Por dinero. Luego de encontrar a Belén fui a buscarla a casa de sus padres, pero se despidió de ellos, pude sacarle información a su mamá, Fabiola tiene un pasaje de avión para un vuelo que sale mañana hacia Buenos Aires. —El Gato aprieta con fuerza el volante.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ya informé a la policía, tratarán de detenerla por estar en complicidad con Miguel Ángel.

—¡Bien! —exclamo—, gracias por todo lo que has hecho.

—Vamos. —Se burla—, como si tú no harías lo mismo por mí, los dos sabemos que estamos juntos en lo que sea.

—Es verdad. —Lo miro agradecido—, te debo una y bien grande.

¡Dios mío, no puedo creer que esté a punto de verla!

—Se está muriendo por verte —comenta sonriendo de lado.

—Me siento igual. —Mi corazón late desbocado.

—Merecen ser felices.

—Me aseguraré de que eso pase.

—¡Demonios! ¿Tenían que antojarse de asfaltar la vía hoy? —vocifero con frustración.

—Cuando uno quiere llegar pronto a un sitio, siempre pasan este tipo de cosas —me responde el Gato. Lo que nos hubiera tomado treinta minutos, ya nos ha detenido un par de horas, ruedo los ojos preparándome para pasar más tiempo en esta tranca, pero milagrosamente los carros comienzan a avanzar, el Gato acelera el Jeep.

Avanzamos un poco más y le pido que se detenga en una panadería, le compraré a Belén una tartaleta de fresa, ya que a esta hora todas las floristerías están cerradas, había pensado llevarle flores, pero un dulce estará bien.

La panadería está full y tengo que hacer una cola larga para pagar.

¿Es en serio? ¡Qué suerte la mía!

Debimos seguir hasta el hospital, no veo la hora de abrazarla y besarla. Cuando por fin cancelo el dulce corro hasta Jeep, el Gato escucha a todo volumen Jason Mraz, reconozco la canción 93 Millon Miles cuando me subo, continuamos el recorrido, sonrío porque la canción me recuerda a mamá.

*Hijo, en la vida a veces te vas a ir muy lejos,
y si lo haces bien te va a encantar.
Sólo sé que donde quiera que vayas,
siempre puedes volver a casa.*

¡Joder, Jason, eres un puto genio para las letras!

El Gato cruza en una esquina y al fin estamos en la calle donde está el hospital, me da más ansiedad porque nos cuesta encontrar un puesto para estacionar, trato de no maldecir en mi mente a las cuatro patrullas de policía estacionadas enfrente, seguro hay una emergencia con algún oficial y ellos también son seres humanos que necesitan atención médica; los ladrones andan como locos, son miles de cosas que pueden pasarle a un policía.

Un hombre ayuda a una señora mayor a montarse en un auto rojo y arranca, es nuestra oportunidad. Cuando al fin nos bajamos, el Gato me guía, sintiéndola ya cerca de mí, mi buen humor regresa.

¡Qué ganas de verte, princesa!

Camino con la cajita del dulce en una mano y una emoción indescriptible, giramos a la derecha en un pasillo y de pronto la sonrisa del Gato se borra, mis ojos siguen la dirección de los suyos y me entra el pánico cuando veo a varios oficiales y doctores frente a una habitación. Él camina más de prisa hacia esas personas y yo lo sigo.

—¿Qué sucede?, ¿qué demonios está pasando aquí? —pregunta rápidamente—, ¿dónde está la chica que estaba en esta habitación? ¡La dejé aquí con su hermano! —Señala hacia una cama vacía, yo miro toda la habitación buscándola con los ojos.

¡Maldita sea, no otra vez, me volveré loco!

—Disculpe, ¿son familiares? —le pregunta con calma uno de los oficiales al Gato.

—¡Es mi novia! ¡Vine a verla y no la veo por ningún lado! ¿Dónde está? —le exijo una respuesta.

—Señores, cálmense un po...

—¡Belén Alvares estaba en esta habitación! ¿Qué hacen ustedes aquí?, ¿qué pasó? —dice el Gato con ansiedad, el tipo lo que hace es resoplar.

Forcejeo hasta que me permite el paso a la habitación, me encuentro con un hombre que sostiene su cabeza con sus manos, al principio no lo reconozco, pero en cuanto me mira lo hago, es el hermano de Belén, lo he visto en fotos.

—Por favor, dime que no se la llevó.

—Eres Juan Josué, ¿verdad? —Habla con voz torturada.

—Sí, soy yo, ¿qué sucedió? —El hermano de Belén resopla y me mira.

—Ese maldito la tiene y no sé a dónde se la llevó. —Me comienza a doler la cabeza, no otra vez, recuerdo sus palabras «No quiero verlo, no quiero estar cerca de él.» Siento una mano en mi hombro, es mi amigo.

—¿Cómo demonios pasó esto si hace unas horas todo estaba bien? —Exploto, el Gato y el hermano de Belén me miran sin saber qué decir.

Dios, no lo soporto.

—Llamaré a mi esposa y a mi mamá para avisarles. —Benjamín está muy nervioso.

—¿Se la llevaría a Caracas? —pregunto rápidamente, él asiente.

—Tengo todo listo para viajar en una hora.

—Me iré contigo y la encontraremos, juro que lo haremos, Benjamín.
—Me da una palmada en el hombro y sale de la habitación.

Más le vale a ese mal nacido no tocarle ni un cabello, aunque algo si tengo claro, esta vez lo mataré.



VEINTIOCHO



**“Un rayo de luz en el bosque de las preocupaciones nos recuerda
que aún puede amanecer.”**

Me pesan los ojos, pero una punzada en el estómago me hace abrirlos. Así descubro donde estoy, en la parte trasera de una camioneta en movimiento, tengo las manos atadas y el leve recuerdo de lo que pasó en la habitación del hospital.

Él llegó vestido con una bata médica, haciéndose pasar por un doctor de la clínica y, ante la sorpresa no pude defenderme, solo le llevó unos segundos taparme la boca, luego oscuridad.

El sonido de un celular me alerta, giro el rostro y veo que él continúa manejando y enciende el altavoz.

—*¿Ya vienes en camino? —Me tenso al reconocer la voz, es Giovanni, el papá de Miguel Ángel siempre tiene un tono de voz cortante.*

—Sí, no me quedó más remedio que sacarla de ahí a la fuerza, nunca hubiera aceptado venirse conmigo por las buenas.

—Entonces tendrás que matarla luego de que firme los documentos y me traspase la asociación. —Se me hiela la sangre.

—¡A mí no me darás esa orden! ¿Qué más quieres de mí?, ¿no ves que ya tengo a la policía pisándome los talones? —vocifera irritado.

—¡Eres un inútil! —espeta su padre—, te pusiste en evidencia, llamaste la atención de todo el mundo cuando la empujaste por esa cascada. Tendrás que hacerlo y luego te sacaré del país.

—Papá...

—¿Te has vuelto un cobarde? —lo interrumpe burlándose—, la verdad es que esa mujercita al principio me parecía perfecta para ti, viene de buena familia e hice buenos negocios con su padre, me convenía que fuera tu mujer para lograr ciertos objetivos, pero estoy comenzando a odiarla, ¿sabes por qué? —Miguel Ángel resopla y se frota la frente.

—¿Por qué? —pregunta secamente.

—Porque me jodió todos los planes cuando se escapó de la boda, con Gilberto infartado y la única testafarro desaparecida perdí la oportunidad de cerrar un negocio multimillonario. Como ya sabes, la pieza que compró Gilberto no es falsa, pero sin la firma de alguno de ellos dos, SONADVI no puede vender una pieza tan costosa. Un alemán está dispuesto a comprármela, pero quiere todo legal, ¿y adivina? ¡No he podido cerrar el trato porque no has traído a la chica! ¡Ella está arruinando todo y para colmo te ha convertido en un blandengue!

—De acuerdo, se hará como tú dices —dice Miguel Ángel entre dientes y corta la llamada.

Me paraliza, ¿qué le pasa a ese hombre?, ¿soy testafarro? ¡Traicionó a papá! ¿Por qué? mi padre siempre lo consideró su amigo. Analizo todo lo que escuché y concluyo que Gilberto y Miguel Ángel son dos mal nacidos avariciosos, que teniendo buena posición económica quieren más y más sin importarles a quién se llevan por el medio.

Intento moverme un poco cuidando de que no se dé cuenta de que estoy despierta, pero me cuesta, aunque el nudo de la soga en mis pies no está tan

apretado como el de mis muñecas. Me hace sentir mucho miedo, estoy indefensa ante un violador demente.

Miro como él tiene la vista fija en el camino, se inclina y enciende el reproductor, aprovecho que está distraído y me muevo con un poco más de fuerza, sin querer golpeo la puerta, pero la música amortigua el sonido y logro liberar mis pies. Debo hacer lo mismo con el nudo de mis manos, Miguel Ángel apoya el codo en la ventana y sonríe.

—No te imaginas lo gratificante que es tenerte así, Belén. Tardaste en aparecer, sentí miedo cuando creí que te habías ahogado en el río, tanto que me parece mentira que ahora estés conmigo camino a casa para ser mi mujer, como hace meses debió ser. —Cuando lo escucho me falta el aire y el corazón me bombea con fuerza, me entra pánico, horror, terror, sabe que estoy despierta y yo me siento en una pesadilla, la peor de todas.

—¿Estás disfrutando esto? —pregunto con voz ronca, él se gira, sonríe y yo lo miro fijamente. La sangre me hierve, el odio que le tengo es tan grande que me va calentando las venas.

—Y no sabes cuánto. —Vuelve a mirar al frente—, estos días han sido asquerosamente jodidos, pero con tu ayuda todo tomará su cauce.

—No sé qué pretendes, no esperes que colabore contigo nunca. Estoy amarrada, pero puedo seguir luchando. —Comienzo a patear la puerta y a dar gritos como loca, su risa cínica llega hasta mis oídos.

—Belén, por favor, cállate para que te cuente mis planes, debí ponerte cinta adhesiva en la boca. —Resopla y hago silencio, no para complacerlo, sino porque quiero mantener las fuerzas para cuando logre desatarme.

—Si pretendes cumplir la orden de Gilberto, hazlo ya. Eres un maldito, Miguel Ángel, si vas a matarme, para la puta camioneta y hazlo de una maldita vez. —Se le escapa una risa cargada de ironía.

—No, yo no quiero matarte, créeme que no. —Niega con la cabeza—, yo no quiero nada de eso.

—¿No lo harás?, ¿entonces qué diablos harás?

—¡Maldita sea, Belén, no quiero darte un tiro en la cabeza! —grita—, de verdad no quiero hacerlo, quiero que seas mía, tal vez no lo entiendas, pero yo te quiero. Cásate conmigo y arreglemos esto.

—¿Estás loco? ¡Intentaste violarme, desgraciado! ¡Tú y tu padre están mal de la cabeza! una vez dijiste que no ganarías nada si se daba ese maldito matrimonio, ahora entiendo lo que querían, robar a mi padre y quedarse con las riendas de la sociedad ¡Eso no es querer!

—Tengo dinero suficiente, no me importan los negocios de nuestros padres, no te llevaré hasta él ahora que sé que su plan es eliminarte, no lo permitiré. Estoy dispuesto a traicionarlo para que seamos felices.

—¿Pretendes que te crea? —mascullo.

—¡Es la verdad, Belén! —grita con desespero, de un frenazo se estaciona en la orilla de la carretera, escucho varios bocinazos de autos que pasan a toda velocidad—, tengo en la guantera la prueba que demuestra lo que digo. —Se desabrocha el cinturón de seguridad y abre la guantera, saca unos papeles, una caja de cuero negra y de ésta una moneda—, se la robé... —Miro asombrada lo que me muestra—. Por este pedazo de oro comenzó todo, una doble águila de 1933 valorada en nueve millones de dólares, durante setenta años hubo mucha intriga sobre la legalidad de esta pieza, tu grandioso padre viajó a los E.E.U.U. y logró ganar la subasta de la moneda más buscada de la historia, pero ahora yo la tengo y también las pruebas de que mi padre estafó al tuyo, él nos tendrá que dejar en paz.

Veo como devuelve todo a la guantera y se gira para encararme, no puedo creer lo que ha hecho, sus ojos se oscurecen un tono y sonrío de lado, ¿por qué me mira así? sus dedos fríos de pronto están sobre mi pierna derecha y me acarician, el ácido sube por mi garganta cuando me toca.

—¿Qué piensas hacer? —El susto invade mi sistema—, no me hagas daño, te lo pido.

—Digamos que eso depende de ti. —Su voz es filosa—, como ya te conozco, creo que me aprovecharé de que estás amarrada e indefensa, aquí no hay lámparas ni cascadas, en medio de esta carretera no hay nada que me impida hacerte mía. —Miguel Ángel se carcajea y me paraliza cuando veo que abre la puerta de la camioneta y se baja, intento una vez más aflojar las cuerdas que me mantienen las manos apresadas, lo veo pararse al lado de mi puerta y me sobresalto cuando la abre, se inclina y se sube sobre mí, en ese momento el nudo se libera y libero una mano—. Llegó la hora, aprovechemos esto al máximo, Belén.

Comienzo a gruñir y a patear, estamos envueltos en un forcejeo cuando él con algo me lastima la herida, grito, se queda quieto, su expresión corporal desprende desespero, ¿es que no se cansa de intentarlo?

—No podrás. —le digo, él me observa con una sonrisa fría y obsesionada.

—Qué bueno que luches, eso me enciende más, ¿te lo he dicho? —Mi cuerpo entero se llena de ira porque me mira de forma lasciva, se inclina sobre mí y trata de aspirar el olor de mi cabello—, no puedo creer que te tenga así.

—¡Suéltame! ¡Suéltame por lo que más quieras! —El odio, el desprecio y el asco me atraviesan el alma.

Y como una señal del destino algo brilla en el techo de la camioneta, él agarra un mechón de mi cabello y lo besa con devoción, mis ojos viajan del techo a su cintura y la veo, una pistola.

El sonido del disparo retumba en mis oídos, al mismo tiempo grito y la sangre comienza a bañar nuestra ropa, Miguel Ángel se incorpora y se baja, con manos temblorosas se agarra el brazo izquierdo, logro sentarme, él me mira y yo extendiendo ambos brazos empuñando el arma de nuevo, en sus ojos puedo ver la incredulidad.

—¡Me disparaste! —escupe con los ojos encendidos, se toca la herida y mi estómago se aprieta al advertir que la bala no hizo más que una herida superficial—, ahora si tendré que matarte, ¿cómo es posible que me dispararas? eres una... —Se lanza sobre mí y caigo hacia atrás, maldiciendo jalo el gatillo nuevamente, pero la bala le da al parabrisas, aun forcejeando, Miguel Ángel aprieta mi herida, grito de nuevo y lágrimas comienzan a salir, al límite del dolor, él logra quitarme el arma. Me apunta sin pensarlo y veo la resolución en sus ojos, me petrifico.

Me matará ¡Oh, Dios!

—¡No! —grito desesperada, él da tres pasos hacia atrás en la vía, parándose frente a mí.

—Fue un placer, Belén —dice ya sin consideración.

Todo pasa en milésimas de segundos, Miguel Ángel enloquecido aprieta el gatillo, al mismo tiempo que un camión doble encava se lo lleva por el medio con furia.

Grito tan duro que la garganta se me tranca, abro mucho los ojos y me agarro la cabeza con desesperación, con los nervios a punto de un colapso me bajo de la camioneta y veo su cuerpo unos metros más allá. La furia con la que pasó el camión es indescriptible, mi visión se nubla por completo y el corazón se me va a salir por la boca... todo comienza a dar vueltas, me agacho y me sostengo con una mano de la camioneta.

—¡Mierda! ¡No puede ser! ¿Qué diablos... pasó? ¡Dios mío, que... horrible!

Comienzo a ver todo negro, la saliva se me vuelve espesa y el frío sube sin piedad por mi columna vertebral, bañada en lágrimas caigo en una total oscuridad.

JUAN JOSUÉ

El vuelo duró poco. Hace una hora que estoy en casa de Benjamín y seguimos sin noticias de Belén, él y su esposa, hablan con el inspector de la policía y responden a todas sus preguntas, yo tuve que salir un rato al jardín porque sentía que me iba a volver loco. No sé cómo no maté a ese hombre cuando fuimos hasta su casa, tuvo las agallas de decirme que él no tiene idea de donde está su hijo, nos cerró la puerta en la cara y ni siquiera fingió preocupación.

Escucho pasos detrás de mí, una pequeña niña vestida con un pijama lila me mira con algo de tristeza, no espera que le hable y se sienta a mi lado en el tercer escalón.

—Se supone que debo dormir, pero no tengo sueño.

—¿Y eso por qué? —Se encoje de hombros.

—¿Quieres tomar café? —Sus mejillas se tiñen de rosado cuando le sonrío, así me sienta terrible soy incapaz de negarle algo a la sobrina de Belén. De pronto recuerdo algo.

—¿Sabes hacer café?

—No. —Se examina una uña—, no importa, igual el café es aburrido y no me dejan tomarlo. —Reprimo la risa, puedo decirle que también me parece mal que tome café a su edad, pero no quiero hacerla sentir mal.

—¿Quieres ayudarme a sembrar una planta?

—¿De verdad? —Samanta me observa con curiosidad.

—Tal vez puedas cuidarla mientras yo soluciono algunas cosas.

—No tengo regadera.

—¿No? —Ella niega y se muerde la uña del dedo pulgar—, ¿qué te parece si la riegas con un vaso y luego yo te regalo una regadera?

—Está bien, ¿puede ser rosa? —pregunta con ilusión.

—Seguro que sí.

Mi pecho se relaja y abandono la frustración por un rato cuando juntos sacamos tierra de un matero y comenzamos a plantar la raíz. Muy bien, aquí estará segura hasta que decida qué hacer, miro a Sami y sonrío porque le cayó tierra en la mejilla, está sentada en la grama y le echa agua con el vaso.

—¿Eres el novio de mi tita, Belén?

—De tu tía, sí.

—¿Y dónde está?

—Eres lista, Sami —le digo—, sé que has escuchado muchas cosas, pero todo estará bien.

—La extraño.

—Seguro que sí.

Bienvenida al club, pequeña. ¿Qué puedo decirle a una niña de cinco años para hacerla sentir mejor? de paso algo que también me ayude a mí.

—Tú tía Belén pronto te llenará de abrazos y besos. —Sí, eso quiero —responde—, también quiero un primo.

La miro con los ojos bien abiertos y me echo a reír.

—No sé si... pero puedo preguntarle. —El semblante de Sami se ilumina.

—Te quiero, tito Juan Josué.

Al escucharla decirme así entiendo porque Belén se derrite cada vez que habla de su sobrina.

—¿Te han dicho que eres muy linda y que te pareces a tu tía?

—Solo mi abuela.

—Ahora te lo digo yo.

Sonríó y la ayudo a ponerse de pie, de pronto Benjamín viene corriendo hacia nosotros y se para frente a mí.

—Ya sé dónde está —me dice a toda prisa—, venían por carretera y...
—Baja la vista hasta Sami.

—¿Tengo que ir a dormir? —Su padre asiente, ella muy seria me mira—, recuerda la regadera y... la otra cosa.

—Vale —contesto, Sami sonrío y entra a la casa, sospecho que acaba de arrancarme una promesa.

—Miguel Ángel está muerto —dice mirándome a los ojos—, trató de dispararle, pero no se salió con la suya, terminó arrastrado por un camión.

No digo nada, ni siquiera me muevo o pestañeo, tampoco respiro porque la noticia me impacta.

—A Belén la están trasladando a una clínica en ambulancia.

—¿A cuál? —Apenas puedo hablar.

—A Clínicas Caracas, la encontraron inconsciente y a él sin vida, no me dijeron más. Ahí está hospitalizado mi papá, mi madre ya lo sabe, la acabo de llamar.

Cuando termina de contarme lo que sabe le marco a Damían, él trabaja ahí y necesito que alguien de confianza la revise de pies a cabeza mientras llego.

La esposa de Benjamín se queda en casa con Sami y nosotros nos vamos a toda prisa a la clínica.

Abro las puertas de par en par, la están atendiendo, el alma se me cae al suelo al verla así, le pido a una enfermera que me de toda la información.

—Cuénteme, ¿cómo está?

—Doctor, paciente femenina de veintiún años, que ingresó presentando: ansiedad, agitación, labios morados, mareo, sudoración profusa y dolor abdominal. El dolor empeoró a los minutos y se le practicó laboratorio y un eco para revisar una laceración que tiene en proceso de cicatrización, descartamos infección. Se le está suministrando suero para reponer líquidos y así poder sacarla del shock neurogénico.

—¿Por qué no le han puesto dopamina para mantener la estabilidad del ritmo cardíaco? —La enfermera se gana una mirada fulminante de mi parte, trato de que las manos no me tiemblen al examinar su abdomen.

Por Dios, cuánto has sufrido, mi amor.

La herida no se ve mal y descartaron infección, ¿de dónde proviene el dolor? estoy absorto observándola, beso su sien y me giro, la enfermera me mira extrañada.

—¿La conoce? —pregunta con algo de pena.

—Sí —respondo, ante mi confesión abre mucho los ojos, asiente lentamente y decide enfrentarme.

—La señorita está bien, doctor Miranda. —Me regala una sonrisa profesional—, y en cuanto a la dopamina, no se le suministró porque es contraindicada.

—Sus signos están estables, pero no me fío, ¿cuándo no se le ha inyectado dopamina a un paciente en shock?

—Cuando corre peligro un embrión.

¿Qué? ¡Por todos los Cielos!

Escucho que cierra la puerta cuando sale y miro a Belén de pies a cabeza. La manera simple con la que la enfermera me dio la noticia me hace sonreír, si ella supiese que con esa confesión acaba de cambiar mi vida para siempre. Me inclino y beso los labios de Belén con delicadeza, ella sigue ajena a lo que sucede, vuelvo a sonreír cuando me alejo y le acaricio el vientre. Mi pequeño... ya te amo.

VEINTINUEVE



**“Sé feliz porque el dolor de supera, porque el miedo fortalece,
porque la luz resplandece.”**

Abro los ojos y me encuentro con una habitación en penumbras. Bajo la mirada hasta mi estómago y el corazón comienza a latirme a toda velocidad, la mano de Juan Josué reposa sobre la mía, está sentado a mi lado durmiendo en una silla. Logro enfocar bien su rostro, tiene ojeras pronunciadas que me indican que está cansado, también noto que tiene una barba de días y que lleva puesta una bata médica.

¿Cuánto tiempo llevo aquí?

No puedo evitar mover mis dedos porque necesito todo el contacto que me pueda regalar. *Está aquí, está cerca. Gracias Dios.*

Parpadea varias veces cuando siente el movimiento de mis dedos, el verde de sus ojos se encuentra con el gris de los míos y le sonrío.

—Juan Josué —susurro en voz baja, JJ suelta el aire con alivio, me mira como cerciorándose que de verdad estoy despierta y aprieta mi mano.

—Hola, princesa. —Su voz es ronca, y nunca había visto unos ojos tan emocionados como esos, está luchando con las lágrimas—, ¿cómo te sientes?

Una pregunta simple y a la vez difícil, con él a mi lado no puedo estar mejor, me siento agradecida con la vida por esta segunda oportunidad, pero si pudiera eliminar de mi mente tantas imágenes espantosas no estaría tan agobiada emocionalmente.

—Creo que bien —contesto—, ¿y tú? cariño, luces como si hubieras saltado de una cascada. —Juan Josué se ríe con fuerza y yo disfruto del sonido, nos sostenemos la mirada en un silencio extraño hasta que él es el primero en derrumbarse.

—Oh, Belén...

Se mueve con rapidez y presiona sus labios contra los míos dándome un beso sentido, levanto la mano y acaricio su barba de días, la deslizo hasta su cuello y disfruto de su cabello corto en esa zona. Quiere decirme muchas cosas, lo sé por su respiración acelerada.

Pronto lo abrazo con desespero, yo también necesito hablarle, quiero decirle que me hace inmensamente feliz volverle a ver, ¿cuántas veces le he dicho que lo amo? mi pecho se agita por toda la conmoción que empiezo a experimentar, miro la cara iluminada de mi novio.

—Te extrañé tanto... —murmuro cabizbaja—, lamento mucho haberte metido en todo esto, JJ.

—Belén...

—Siento mucho todo lo que ha pasado, no imaginé que sería capaz de llegar a tanto. —Quiere hablar, pero no lo dejo y continúo—, todo lo que hizo, todo lo que iba a hacerme... Miguel Ángel murió, ¿verdad? yo vi cuando ese camión... yo no puedo creer que...

—Ya pasó. —Me agarra el rostro con ambas manos y me besa—, trata de olvidar toda esa pesadilla, ya terminó y no puede hacerte más daño. Era un demente, no podía acabar de otra manera. —Asiento algo perdida y él me besa en la frente, las imágenes están en mi cabeza más nítidas que nunca, no sé cómo decirle que me asusta mucho no poder sacarlas de ahí.

—No creo poder olvidar lo espantoso que fue.

—Sí, si lo harás —dice rápidamente—, sé que ahora sientes un remolino de emociones, que ha sido difícil porque para mí también lo ha sido, pero estamos aquí, estamos juntos. —Me limpia con delicadeza las lágrimas que se asoman a mis pestañas—, no quiero que te tortures más con todo eso.

—Es fácil decirlo. —Bajo la mirada.

—Ey, mírame —obedezco, JJ toma mi mano tratando de no tocar la vía por donde me suministran el suero—, no quiero que finjas estar bien, ni se te ocurra hacerlo porque no te conocí ayer y me daré cuenta de inmediato —susurra adivinando mis pensamientos—. Si quieres llorar, hazlo. Si quieres gritar, hazlo. Nada de lo que hagas estará mal, al contrario, sacar lo que te atormenta te ayudará.

—Pensé muchas veces que no volveríamos a vernos, pensé lo peor. —La tristeza me ahoga—, temí porque no vería más tus ojos, no oiría más tu voz. —En cuanto me escucha se le rasan los ojos.

—Pero ahora puedes verme y escucharme. —Me dedica una sonrisa y se recuesta a mi lado en la cama, me rodea la cintura con el brazo y con cuidado me atrae hacia él, suspiro con los labios pegados a su pecho—, me tienes aquí y te necesito fuerte y recuperada para vivir esa vida que tanto buscaste, para que la vivas conmigo. —Le contesto lo único que puedo decirle ahora mismo sin fingir.

—Te amo, Juan Josué.

—Y tú no imaginas cuanto te amo yo, Belén. —Lo escucho decir con firmeza, besa mi cabello repetidas veces mientras yo me pierdo en el latido de su corazón, no hay lugar más seguro en el mundo que estar entre sus brazos—. Hace unos meses cuando te conocí te sentías sola, pero las cosas son distintas ahora.

—Lo sé.

—Igual te lo explicaré bien. Mira, tienes un novio que te ama. —Sonrío y sé que él también lo está haciendo—, tienes una familia que se preocupa por ti...

—Quiero creer eso.

—Créelo. —Habla rápidamente cuando advierte que mi ánimo está por caer de nuevo—, conocí a Benjamín, a su esposa, a tu preciosa sobrina y a tú mamá, ¿y sabes qué? me parecieron geniales. Y si necesitas más —suspira y siento en mi oído como su corazón se acelera mucho—, ahora tendrás tu propia familia. —Aparta un mechón de cabello de mi rostro cuando subo la vista con sorpresa y lo miro—. Te tomarás lo que te diré con calma, ¿está bien?

—¿Qué?, ¿a qué te refieres con eso de «tu propia familia»? —pregunto sin entender.

—¿Existe la posibilidad de que no me mates porque no usé protección aquella vez en el baño de la posada? —Abro los ojos de par de par, la sangre se me congela y me petrifico.

¿Qué está diciendo? él está diciendo que yo... ¿qué día es hoy?

—Yo... no sé... mi período... —balbuceo recordando que no me ha llegado, él asiente y me mira con insistencia. Como mis cuerdas vocales no parecen coordinar palabra alguna con mi cerebro, Juan Josué me coloca la mano sobre el vientre y me da una leve caricia, el contacto hace que una chispa de electricidad viaje desde la punta de mis pies hasta algún rincón recóndito de mi estómago, intenta reprimir una sonrisa y eso me da la confirmación de lo que estoy imaginando; su sonrisa no es de «te estoy jodiendo» es una sonrisa de «dentro de nueve meses habrá una personita que lo cambiará todo»—. ¿Estoy embarazada? —Logro articular, mi pregunta lo hace sonreír abiertamente.

—Sí, vamos a ser padres, amor.

Una hora después de que me lanzó esa tremenda bomba, ya no estamos en mi habitación del piso cuatro, con su ayuda y con la de una silla de ruedas llegamos al piso siete, a la sala de espera del consultorio de la doctora Luisa Reyes —especialista en ginecología y obstetricia— ahora mismo esperamos que su secretaria nos haga pasar a la consulta.

Juan Josué no la conoce, pero dijo que uno de sus colegas se la recomendó como la mejor, por lo que rápidamente usó sus influencias en la clínica y consiguió una cita de última hora.

—Belén Alvares —dice la mujer tras un escritorio marrón.

—Aquí está —responde mi novio, la señora con amabilidad nos hace pasar.

El consultorio es amplio, el aire acondicionado está elevado y en las paredes hay colgados algunos títulos universitarios y un par de afiches del aparato reproductor femenino, allí nos recibe otra mujer que nos sonrío apenas levanta la vista de su ordenador, lleva puesta una bata blanca y lentes de pasta negra. La doctora Reyes estrecha nuestras manos y nos pide que tomemos asiento, revisa con atención el historial médico que me hicieron llenar antes de entrar, y luego escribe algo en su ordenador. Cuando termina mira fijamente a Juan Josué.

—Bien, doctor Miranda, aprovecharé y le haré algunas preguntas, ya que usted fue uno de los médicos que la atendió al ingresar.

Él asiente y comienza a responder con tranquilidad todo lo que le preguntan, hablan de la herida en mi estómago y de algunos síntomas que indican que entré a la clínica en estado de shock, aunque el verdadero shock lo siento es ahora. Embarazada... «Vamos a ser padres, amor» no he tenido tiempo para asimilar la noticia, mi cerebro está congelado. Yo, Belén Alvares, voy a tener un hijo. Estoy tan ida que JJ me da un apretón en la mano para que regrese al planeta Tierra.

—¿Belén?, ¿estás bien? —Parpadeo varias veces en su dirección—, la doctora pregunta que si recuerdas cuando fue tu último período. —Me giro hacia ella con la cabeza algo bloqueada todavía.

—¿Eh?

—Si no lo recuerdas, no pasa nada. Cuando te haga la ecografía podemos averiguar de cuánto tiempo estás, necesito que pases a ese cubículo y te recuestes en la camilla, ¿de acuerdo?

—Está bien. —Hago lo que me pide.

Al rato, ella entra, se sienta a mi lado y me indica donde podré ver todo, hay un monitor frente a mí.

—¿Lo hago pasar? —comenta con sonrisa cálida mientras teclea mi nombre en la máquina—, me pidió que lo llamara en cuanto estuvieras lista.

—Sí, definitivamente lo quiero aquí. —Veo cuando sale del cubículo y enfoco la pantalla.

¡Dios mío, en segundos veré ahí a un bebé! Esto está pasando, es algo alucinante y me está pasando a mí.

La doctora regresa y Juan Josué entra detrás de ella, de pie, al otro lado de la camilla, se inclina y me da un beso rápido y cargado de dulzura.

—Entonces ahora tomemos la primera foto de este pequeñín —anuncia la doctora Luisa, el corazón se me va a salir por la boca y comienzo a respirar irregularmente, me coloca un gel frío en el vientre y comienza a rodar por toda esa zona un aparato del tamaño de un control remoto, con un movimiento que hace con el dedo congela la imagen—, es este. —Nos señala algo.

Los dos miramos boquiabiertos la pantalla, entre tanto negro algo chiquito se asoma, ¿cómo algo tan pequeño puede iluminar tanto la habitación? no soy capaz de hablar porque estoy absorta mirando lo que crece dentro de mí. Un bebé, un bebé mío y de Juan Josué. La doctora presiona otro botón y el sonido de algo extraordinario llega a mis oídos, unas pulsaciones aceleradas, el latido de una vida que se instala en mi alma con fascinación.

—¡Oh, Dios! —Giro la cabeza cuando escucho su reacción, me muerdo el labio para no explotar en llanto cuando veo la emoción que predomina en él, me mira y sonrío—, ¡Soy el hombre más feliz del mundo! ¡Tendremos un hijo, Belén! —Sonríe con más fuerza, me da un rápido beso y luego se acerca a la pantalla para mirar embelesado el pequeño puntito—, quiero una foto, ¿pueden ser varias? —La doctora se echa a reír por su reacción, es sin duda mejor que la mía porque me echo a llorar.

—Sí, puedo imprimir tres. —La doctora coloca su mano sobre la mía y me mira con cariño—, tendrás nueve meses para prepararte y aprender muchas cosas —dice anticipándose a mi preocupación—. Todo saldrá bien, ya verás.

Le devuelvo la sonrisa y le doy las gracias, ella sale del cubículo para darnos un poco de espacio y yo me seco las lágrimas con las palmas, es indescriptible y maravilloso lo que acabo de ver y oír, pero también tengo miedo.

—¿Qué pasa, preciosa?, ¿qué sientes? —Juan Josué me observa preocupado, odio estropear la felicidad que hace segundos brillaba en su rostro.

—No sé cómo sentirme —respondo—, estoy asustada, JJ, es demasiado pronto, ¿no te asusta todo esto? —Roza mis labios y apoya su frente a la mía.

—Es lógico que sientas miedo, apenas hace un par de horas que te enteraste, yo también me asusté mucho cuando me lo dijeron, no es cualquier cosa lo que nos está ocurriendo, y sé que no planeamos esto, pero te prometo que cuando uno deja de sentirse asustado comienzas a disfrutar de la noticia.

—Esto es demasiado grande —murmuro—, de lo único que estoy segura es de que lo querré tanto como a ti.

—Pienso igual, princesa. —Me ayuda a sentarme y se para entre mis piernas para poder abrazarme—, te adoro, esto es una especie de milagro, tu herida fue profunda, sin embargo por más que estuviste a punto de perderlo, eso no ocurrió. Está aquí y será más guerrero y aventurero que su mamá.

Me río. Lo amo más que nunca, es un hombre tan especial que no hay manera de que esto salga mal, en silencio disfruto de su abrazo, él está feliz y su alegría va disipando poco a poco las pesadillas.

Luego de que la doctora Reyes me indicó varias vitaminas y algunos exámenes de laboratorio regresamos a mi habitación. Recostados en la cama, Juan Josué y yo pasamos varias horas hablando, imaginando, soñando; comenzamos a planear un futuro, los dos estamos de acuerdo en que ha llegado la hora de asentar las bases de nuestra relación.

Además al día siguiente estaré de alta, el médico general me encontró muy bien; me recetó reposo y JJ agregó dosis exageradas de consentimiento.

Mamá estuvo aquí, ponerla al tanto de todo lo que ocurrió y darle la noticia del bebé nos sacó muchas lágrimas, se sorprendió mucho y no podía creer todo lo que me había pasado en tan solo unos meses; también me di cuenta que la incertidumbre de lo que pueda suceder con papá la tiene muy preocupada, las expectativas no son muy alentadoras.

La mamá de Juan Josué también está recluida en esta clínica, acordamos que mañana iremos juntos a ver a nuestros padres, será un día difícil, pero espero que nuestro bebé nos de la fuerza para enfrentarlo con valentía.

TREINTA



“El karma es sinónimo de justicia.”

Juan Josué se quedó conmigo en la clínica, por mucho que mamá le insistió en que ella no tenía problema en quedarse, no consiguió convencerlo; él le pidió que fuera a descansar y también le aseguró que la llamaría en cuanto me dieran el alta.

Por la mañana, JJ se saca el celular del bolsillo del pantalón y hace una llamada mientras yo me como con gusto las empanadas que me compró, odio la comida de aquí, y como no tengo ninguna dieta en específico aceptó sin resistencia.

¡Primer beneficio del embarazo!

Lo escucho reírse y lo miro, está hablando con el Gato, se está quedando en un hotel cercano, dijo que no se irá hasta que yo salga de la clínica.

—*Está bien, se lo diré. Nos vemos ahora, hermano.*

Le doy un mordisco a mi empanada y él se acerca sonriendo, su ánimo es tan alegre que me contagia.

—¿Qué pasó?, ¿qué te dijo?

—Que te prepares, porque no se aguantó y le contó a Andreina lo del bebé, te llamarán todos por Skype.

—¿De verdad? eso me alegra mucho. —Y no miento, me encantaría que estuvieran aquí, sobretodo Marina, quiero preguntarle muchas cosas sobre el embarazo. De pronto recuerdo algo—, necesito que llames a alguien más.

—Claro, ¿a quién?

—A Cris, ni siquiera sabe que estoy en Caracas, tengo muchas ganas de verlo y también quiero que se conozcan.

—Está bien, dime su número y lo llamo.

Unas horas luego.

—¿Qué tú qué? —pregunta cerciorándose de que está escuchando bien.

—Que vas a ser tío —repito riéndome, Cris trata de abrir sus ojos de par en par y hace un gesto muy chistoso, queda tan sorprendido con la noticia que no responde enseguida. ¡Mi mejor amigo! como lo había extrañado, Cris nunca se hubiera imaginado esto y por eso lo dejo procesar la información.

—Pero si solo ibas de vacaciones. —Se acomoda junto a Juan Josué en el mueble de la habitación.

—Cuando esté grande solo le contarás eso —le digo.

—Sí, lo demás es de psiquiatra. —Mi novio se echa a reír y Cris lo mira atónito.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Tres semanas.

—¿Y todo va bien?

—Todo marcha excelente —responde Juan Josué con un tono de voz delicioso y lleno de alegría, Cris lo percibe y sonrío, desde que llegó ha estado muy atento a las respuestas de JJ.

—Siento no haberte llamado anoche, estaba muy cansada, y como siempre eres muy impulsivo no quería que te ganaras un historial de multas.

—En realidad tengo algo que contarte, pero si te burlas me enoja. Ando a pie porque una chica se quedó en mi casa el fin de semana pasado y me robó las llaves del auto.

—¿Algo de lo que deba preocuparme? —Aguanto el estallido.

—No, Casidy regresará, no se trata de una ladrona sino de una venganza, rompí sin querer su ropa interior preferida.

—¿Sin querer? —Alzo las cejas.

—¡Eso es imperdonable, Cristian! —suelta Juan Josué sin aguantarse y yo exploto a reír muy fuerte.

—¿Por qué?, ¿por qué tienen que reírse de mis desgracias?

—Deja de ser tan loco y de estar a merced de cualquier chica que sea más loca que tú y que pueda robarse las llaves de tu auto y nos dejaremos de reír.

—Pueden burlarse todo lo que quieran, pero algo bueno salió de todo eso, la capa de ozono sufre menos cuando se anda en bicicleta. —Nuestras fuertes carcajadas son interrumpidas por el doctor de cabecera que entra a la habitación para darme el alta.

Después de revisarme por última vez me encuentra perfecta, me insiste en que si llego a sentir cualquier malestar puedo acudir sin problemas a su consulta privada, también me dice que puedo irme cuando llamen para avisar que está listo el egreso.

Juan Josué llama a mi madre como lo prometió, ellos quedan en que nos reuniremos en casa de Benjamín; será una tarde tranquila y en familia porque todavía me cuesta retomar el ritmo de muchas cosas.

—Belén, voy a un almuerzo para finiquitar unos detalles con un nuevo expositor de la galería, regreso pronto.

—De acuerdo, Cris. Así te vas con nosotros a casa de Benjamín.
—Sonrío.

—Está bien. —Se gira hacia mi novio—, nos vemos al rato, ¿pensaste alguna vez que el mejor amigo de tu novia sería tan guapo y agradable?

—Intentaba no pensar mucho en ti. —Se echan a reír—, gracias por venir, Cristian.

—De nada, que salga todo bien con sus padres, señores.

En cuanto se va, Juan Josué se acerca y besa mi frente, baja la vista hasta mis ojos y yo le sonrío.

—¿Lista para lo que sigue? —Suspiro, por la noche hablamos bastante y acordamos que hoy visitaremos a mi papá, mañana con más calma vendremos a ver a su mamá.

—Sí, estoy lista.

—Yo también. —Toma mi mano y la coloca en mi vientre—, quiero que sepas que no estás sola, te apoyaremos en esto.

—Estoy nerviosa —confieso—, no sé cómo reaccionaré al verlo así.

—Vamos, salgamos de eso de una vez. —Me extiende la mano y yo me pongo de pie.

Ya caminando hacia cuidados intensivos el corazón se me va acelerando, Juan Josué no me suelta la mano y varias veces me mira y sonrío para tratar de darme ánimo. Me paro a su lado cuando se detiene en un puesto de enfermeras y comienza a preguntar por Gilberto Alvares, no puedo creer que esté ahí adentro, cuantas veces soñé que le ocurría algo y ahora sé que es verdad.

—Pueden entrar —dice una de las enfermeras.

—Gracias —responde mi acompañante, con cada paso que doy más opresión siento en el pecho.

Al llegar lo veo postrado en una cama, ajeno a todo lo que ha pasado, ignorante del infierno que viví, que también vivió Juan Josué y hasta mamá y Benjamín. Una pesadilla a la cual nos empujó por una moneda, una moneda que no es falsa y que marcó un antes y un después en nuestras vidas.

Fijo mi mirada en él, su pelo está revuelto y las líneas de su cara están más pronunciadas que cuando la última vez que lo vi, me mareo cuando advierto todo lo que ha bajado de peso, ¿cuándo ha estado así de flaco y demacrado? Nunca, papá tenía el apetito más voraz del planeta.

Siento la mano de Juan Josué rodear mi cintura, pero yo tengo la mirada fija y nublada en ese hombre que no es el que yo recordaba.

—Princesa. —JJ habla preocupado—, ey, ¿Belén?

—Es que... —Mis sollozos no tardan en convertirse en llanto, Juan Josué me abraza, deja que lllore un buen rato contra su pecho y me acaricia suavemente la espalda.

Nunca imaginé ver reducido a la nada al hombre fuerte y decidido que me daba órdenes, cuando más lo asimilo más impresionante es. Se acabó, me impuso cosas en demasiadas ocasiones, pero ya no lo hará más.

Poco a poco me voy calmando, suelto la cintura de mi novio que me ve con preocupación y me acerco a papá, Juan Josué me pregunta con cautela que si quiero que me de unos minutos a solas, pero yo niego, no quiero que se vaya, en este momento lo que hace que no me derrumbe por completo es él, con JJ siempre me siento más segura y preparada para hablar.

—Papá... —Inicio y me tiembla la voz—, escapé de la boda porque Miguel Ángel resultó ser un demente, estuvo a punto de abusar de mí, pero no se lo permití. Esa noche fui débil, bebí hasta el cansancio porque solo quería olvidar lo del estúpido matrimonio. —Levanto la vista y veo que Juan Josué me observa con tristeza—, la verdad es que no sé de dónde saqué fuerzas, estaba mareada, indefensa, pero pude llegar hasta una lámpara de noche y estrellársela en la cabeza. —Mi novio me sigue contemplando con todo el cuerpo tensionado, por un momento pienso en callarme.

—Por favor, no pares por mí, suelta todo lo que te duele de una vez porque te juro que no dejaré que hables de esto más nunca —Asiento lentamente.

—Por eso me fui, papá... y si me regresaran en el tiempo hasta aquel día en donde por primera vez te contradije, no cambiaría nada de lo que hice. Tal vez yo no sabía a dónde iba, pero ahora sí sé dónde quedarme. —Estiro la mano hacia Juan Josué, que reacciona agarrándola rápidamente, respira profundo y me da un beso en el dorso—, voy a tener un hijo... —digo, su cara no refleja ninguna emoción, me estremezco al recordar la mirada fría con la que vio a Benja el día que le contó de Sami, revivo la escena y las manos me comienzan a sudar, ¿me estaría viendo igual?—, no me importa el sexo del bebé, lo del nieto varón es una soberana estupidez, espero que te olvides de todo eso. —Veo como se le escurren un par de lágrimas de los ojos y me alarmo.

—No es nada malo, creo que te está escuchando.

—¿De verdad? —Si lo está haciendo debe estar lleno de muchas emociones que no puede manejar. Lo contemplo fijamente—, lo hiciste todo mal, espero algún día poder perdonarte tanto daño. —Toco su mano para despedirme—, lo único que puedo agradecerte, es que si no te hubieras equivocado, hoy Juan Josué y mi bebé no estuvieran aquí conmigo, ahora no me siento sola. —Aun siento mucho dolor por todo lo que me hizo pasar, no lo odio, pero tampoco lo quiero en este momento, recurro a lo más práctico—. Espero que mejores, mamá está ojerosa y no descansa bien, no creo que

quieras que siga en ese estado.

Luego de unos minutos más decido que es hora de marcharnos, salimos de cuidados intensivos y Juan Josué me agarra de la cintura y me abraza fuerte contra él.

—Te amo —le digo al oído, él suspira—, en lo más oscuro de mi pesadilla me enseñaste que dentro de mí hay una chica valiente, conocí otra manera de vivir y ahora quiero abrazar la libertad que tanto soñé.

—Ya lo harás —susurra, me da un beso en la nariz y yo se lo devuelvo en los labios—, lo harás desde el mismo momento en que digas sí.

—¿Sí a qué?

—Ya lo sabrás. —Lo miro con curiosidad, pero él comienza a caminar, lo detengo del brazo.

—Quiero que me lo digas ahora. —Sonrío de lado y parpadeo varias veces, siempre funciona.

—Nunca echaría a perder un momento tan grandioso como ese por tu curiosidad, y deja de mirarme así, soy muy capaz de resistirme a tus encantos, ¿sabes?

—Siempre haces lo mismo. —Ruedo los ojos—, ¿qué es lo que tramas?

—No estoy preparado para decírtelo.

—¿Por qué sueltas la incógnita entonces?, ¿qué quieres?

—Te quiero a ti, mi amor. —Se ríe y evade por completo el tema.

—¡Juan Josué! —Frunzo el ceño.

—No te lo diré.

—¡Juan Josué Miranda! ¡Vuelve aquí!

—¿Para que sigas batiendo esas pestañas? no soy tan tonto. Vamos, que ya debe estar listo el egreso. —Milagrosamente no lo insulto y dejo que me tome de la mano para seguir caminando, le estoy dando el beneficio de la duda solo porque lo amo.

¡Oh, Dios mío, lo amo tanto!

Al conseguir por fin el alta médica bajamos al estacionamiento, me llevo

la sorpresa de que allí nos esperan Benjamín, Ana María y el Gato; resulta que hubo un pequeño cambio de planes y yo no lo supe hasta ahora, Juan Josué ahueca mi cara con sus manos y acaricia mis mejillas.

—¿Estarás bien?

—Estaré bien, nos vemos en la noche en casa de Benjamín, ve sin prisa y resuelve todo.

—No quiero separarme de ti ni un momento.

—Yo tampoco, pero Damián te está esperando.

—Sí, debo estar presente cuando elabore el suero que le aplicará a mamá, no quiero errores.

—Y yo quiero ver a Sami...

—No te acostumbres mucho a la casa de tu hermano, pienso comprar algo para nosotros pronto. —Él me da un último beso y cuando me monto en el auto, Benjamín arranca.

JUAN JOSUÉ

Siete horas llevaba metido en el laboratorio con Damián, el director de la clínica y un equipo de científicos. La elaboración del suero no estuvo nada fácil ya que es algo totalmente innovador, pero esos hombres saben lo que hacen y están ansiosos por obtener buenos resultados y que la prensa los elogie como héroes de la medicina. A mí no me importa quien se lleve los créditos, a mí lo único que me importa es que esto funcione para así poder devolverle a mi madre sus recuerdos; si realmente encontramos la cura será increíble que las vidas de tantas familias vuelvan a la normalidad.

Me quito la bata médica y finalmente me despido de todos, como cada vez que estoy muy cansado solo pienso en ver a Belén y caer rendido en sus brazos, pero hay algo que debo hacer primero.

Salgo del laboratorio y me detengo de golpe a mitad del pasillo cuando veo al Gato, a Benjamín y a Cristian.

—¿Qué hacen aquí?

—Vinimos a buscarte —dice mi cuñado—, tenemos algo que hacer antes

de ir a casa. —Cris asiente con sus ojos achinados.

—Vamos.

—¿A dónde? —le pregunto poniéndome la chaqueta, pero es el Gato quien se me acerca y se cruza de brazos—, ¿qué coño se traen ustedes?, ¿por qué tienen esa pose de matones? —Arrugo la frente cuando estudio la sonrisa maliciosa del Gato.

—Queremos acompañarte en la visita que quieres hacerle a Giovanni del Villar. —Pasan unos largos y tensos segundos hasta que le respondo.

—Te dije que lo haría yo solo, Gato.

—Lo sé, no molestaremos, solo seremos una especie de apoyo. —Resoplo con molestia, de nada me sirve discutir, por sus caras noto que no darán su brazo a torcer.

Quince minutos luego, Benjamín se estaciona en el garaje subterráneo del edificio SONADVI, nos bajamos de la camioneta y tomamos el ascensor, al llegar al piso en donde tiene la oficina Giovanni del Villar, Benja sonrío.

—¿Qué sucede? —pregunta el Gato.

—Está aquí, y sin guardaespaldas como me dijeron, las luces de su oficina están encendidas. —Asiento en silencio y los miro.

—Ninguno se meta, ¿entendido? esta pelea es mía.

—Asegúrate de darle con todas tus fuerzas —murmura el Gato con ansiedad.

Benjamín toca la puerta dos veces con el puño y Giovanni le abre, al verlo se queda descolocado, pero abre los ojos muchísimo más cuando nos ve detrás. Por instinto trata de cerrar la puerta cuando cuatro hombros empujan con fuerza lanzándolo hacia atrás, haciendo que él caiga sobre su propio escritorio, Giovanni se levanta agitado y nos ve con horror.

—¿Qué sucede? ¡Fuera de mi oficina, desgraciados! —Doy un paso al frente.

—Creo que sí sabes lo que sucede, maldito estafador.

—¿Estafador?, ¿de qué diablos hablas?, ¿quién eres tú? —Le lanzo el primer puñetazo justo sobre la mejilla derecha, Giovanni vuelve a caer sobre

el escritorio, grita con dolor y se incorpora jadeando.

—Mi nombre es Juan Josué Miranda, ¿te suena?, ¿cómo no te va a sonar? ¡Si la basura de hijo que tenías casi me mata de una paliza!

—Vete de aquí, medicucho de pueblo, o llamaré a la policía. —El Gato lanza el teléfono contra la pared y lo hace añicos.

—Qué cosas, el teléfono se dañó —dice, Benjamín se echa a reír.

—Eres un imbécil igual que tu padre, haré que más nunca pises este edificio.

—¿Y cómo pretendes lograr eso? —pregunta Benjamín con tranquilidad—, ahora mismo todos los abogados de esta sociedad tienen en su poder una copia del documento que prueba que estafaste a Gilberto Alvares, tu socio, “tu amigo”, ¿a quién crees que no dejarán entrar mañana?

—Y no olvides a la prensa, Benjamín. Ellos también están alborotados con la noticia. —Cristian se empina la botella de dieciocho años que encuentra en la licorera.

—¡Ustedes son unos malditos locos!

—No, aquí el loco era tu hijo —le digo—, que le gustaba ir por la vida tratando de violar mujeres.

—¡No la violó! ella se le ofreció... —Cierro el puño y con toda la impotencia contenida de estos días le doy un segundo golpe que rompe por completo su nariz, Giovanni comienza a chillar como un puerco al ver toda la sangre que brota de su rostro—, no sé qué mentira les dijo esa niña, pero Miguel An... —Me quito la chaqueta y me acerco de forma amenazante.

—Esa niña, como tú la llamas, tiene quien le crea y la proteja de seres tan asquerosos como tú. Si sales vivo hoy de aquí, y tienes suerte y no te vas a hacerle compañía a tu hijito, no volverás jamás ni a pronunciar su nombre. Prepárate, Giovanni del Villar, porque pienso dejarte muy mal esta noche.

—¡Por lo que más quieras!

Es lo último que le oigo suplicar al papá de Miguel Ángel antes de darle la gorpiza de su vida.



TREINTA Y UNO



“La felicidad no es tu destino... es la actitud con la que viajas por la vida.”

Llego a casa de mi hermano como a las dos de la tarde, no dormir en una cama cómoda durante tantos días me ha agotado mucho, pero mi hermosa Sami no se cansa de darme abrazos y besos, me ha extrañado tanto como yo a ella. Ana María le pone una película en el *BluRay* y es cuando logro escaparme, me doy un largo baño, me coloco la ropa limpia y cómoda que me llevó mamá a la clínica e inmediatamente caigo rendida cuando mi cabeza toca la almohada.

—Ha dormido bastante.

—¿Cómo cuánto?

—Pues... mmm... desde las dos.

—¿Seis horas?

Escucho las voces de Ana María y Juan Josué. Ay, no... yo quiero seguir durmiendo.

—Sí, pensaba despertarla hace un rato porque no ha comido nada desde que llegamos —dice Ana con duda.

—Tranquila, ya me encargo de eso, gracias por cuidarla.

—Vale, los espero abajo.

Aprieto los ojos y me quedo muy quieta cuando escucho unos pasos alejarse y otros acercarse a la cama, estoy de espaldas y no escucho nada por un largo rato, ¿será que se arrepintió y se fue? pero la puerta no ha vuelto a sonar, se supone que estoy dormida así que no puedo moverme para espiar. El colchón se hunde a mi lado, lo siguiente es que JJ se acuesta, se pega a mi cuerpo todo lo que puede y acerca su boca a mi oído.

—¿Por qué te haces la dormida? —susurra, no respondo, pero sin querer sonrío. Deja un beso en la base de mi oreja y lo vuelve a preguntar, y luego otro beso que me da cosquillas y me río—, desde que entré sé que estás despierta. —Resoplo y me doy la vuelta, soy pésima fingiendo.

—Ahora una no puede dormir unos minutos.

—Princesa, llevas aquí seis horas y no has comido nada. Vamos, quita esa cara y bajemos, ya no puedo seguir siendo torturado por Sami y High School Musical. —La expresión de súplica de Juan Josué me hace reír.

—Está bien, tú encárgate de conseguirme comida y yo me encargo de esa pequeña torturadora. —Sonríe y todo mi corazón resplandece.

Me levanto y me acomodo un poco el cabello, perfilo mis labios con un poco de brillo mientras él me observa desde el marco de la puerta, con esos ojos verdes y esa boca tan exquisita que tanto me gusta besar, me ve con tanta intensidad que el rubor se me extiende por todo el cuerpo.

—Deja de mirarme así —le digo.

—No puedo, eres una mujer muy atractiva y es alucinante que seas mía. —El corazón me da un vuelco, Juan Josué siempre logra tambalarme con sus palabras, me acerco a él y le acaricio la mejilla, cuando cierra los ojos ante mi tacto le beso los labios con suavidad.

—Deja de estar seduciéndome —susurro sobre su boca—, tengo novio y lo amo.

—Nadie se enterará, amo a mi novia, pero tú eres mucha tentación.

—Puedo seguir con este juego divertido por mucho tiempo, pero nos están esperando. Me aparto un poco y me río entre dientes.

—¿No tiene una comida que buscar, doctor? —Juan Josué me da un beso corto y me toma de la mano.

—Estaremos aquí una hora más, luego nos despedimos y nos fugamos porque te quiero solo para mí.

—Mi especialidad —digo divertida.

—Algún defecto tenías que tener, ¿no?

Sonríó como respuesta mientras bajamos las escaleras, al llegar evalúo el ambiente, me encanta verlos así, a mi familia reunida. Benjamín y el Gato están sentados en el mueble viendo una película con Sami, mamá habla animadamente con Cristian y Ana María sirve un plato de comida en la mesa; me pide que me siente y me pasa unos cubiertos, en segundos estoy disfrutando de una rica cena casera junto a mi novio y cuñada.

Aunque no veas a tus seres queridos por largo tiempo siempre pasa que cuando se reencuentran pueden hablar de cualquier cosa, en mi caso hay mucho que contarles, así que pronto nos sumergimos en una conversación sobre la Gran Sabana, me llena de felicidad narrarles con detalle todas la experiencias buenas que viví en ese lugar.

Ana María también se muestra feliz cuando nos cuenta que tiene planeado abrir una tienda de artículos deportivos, tiene el total apoyo de todos y el mejor guía en deporte que pueda existir, nunca había visto a Benjamín irradiar tanta alegría; cuando él comenzó a contarnos de su nuevo trabajo como entrenador de niños y de lo bien que se siente haciendo lo que le gusta, mamá nos sorprendió a todos, se hará cargo de SONADVI. Creo que es la mejor noticia de la noche, lo es cuando nos explica que al fin ejercerá su carrera en administración de empresas, lo es cuando me pide mi firma para disolver la asociación y así iniciar una compañía anónima en donde no tenga nada que ver Giovanni del Villar, lo es cuando nos dice que la moneda de colección está en su poder y que la venderá para distribuir el dinero en varias fundaciones de niños con discapacidad. Es una noticia que lo cambia todo y para bien.

¡Ni hablar de cómo celebramos! todos estamos tan contentos que brindamos, ellos con vino y yo con jugo de parchita, el que estemos todos juntos y con excelentes planes es genial.

Intento no reírme cuando Cristian comienza a contar sobre su nueva conquista, pero todo lo que dice sobre la tal Casidy me parece gracioso, Cristian es el hombre más divertido que conozco, pero es definitivamente estúpido a la hora de enseriarse en una relación, me percato de que trata de esconder lo que siente por la chica con sus comentarios tontos.

—Deja de meterte con ella o la vas a perder —le dice Ana María.

—No la voy a perder —protesta Cris—, es la primera vez que molesto tanto a alguien y quiero saber cuánto aguanta.

—¿Por qué fastidiar a la persona que te gusta? —pregunto y él alza los hombros—, si me buscas más jugo, no te golpearé. —Cristian se levanta y yo me rio, Juan Josué le extiende la copa de vino insinuándole que también la llene, mi sonrisa se desvanece al ver sus nudillos con varios rasguños y un morado—. ¿Qué te pasó en la mano?

—Voy por... el jugo. —Cris se marcha y noto como Benja y mi novio se dan una mirada extraña.

—¿Juan Josué?, ¿qué te pasó en la mano? —Él vacila un momento y pienso que no me lo va a contar, pero entonces me mira y me aparta un mechón de cabello de la cara.

—Le hice una visita a Giovanni Del Villar, tenía una cuenta que arreglar con él.

—¿Qué sucedió? —pregunto con los ojos muy abiertos, lo recorro de arriba abajo, pero solo veo que está lastimado en la mano.

—Lo usé como pera de boxeo, no te molestará más nunca, le quedó claro que la justicia siempre llega. —El silencio que hace y la expresión reservada de mi hermano me dan a entender que no dirá nada más.

De pronto el mutismo es interrumpido por el tono de llamada del celular de Juan Josué, quien con media sonrisa atiende.

—Damián... ¿ahora? —Lo miro y su cuerpo se tensa—, ¿se lo aplicaste? —Se levanta de la silla muy rápido y me mira asustado—. ¡Quedamos en que lo harías mañana! ¡Diablos, voy saliendo para allá!

Cuando cuelga me levanto con rapidez.

—¿Qué sucede?, ¿qué te dijo? —Le cuesta unos segundos reaccionar,

sonríe y me abraza con fuerza.

—¿Que mi mamá está consciente! —Me congeló—, ¡Que el suero funcionó!

—¿Qué? —pregunto con voz temblorosa, de forma inmediata me suelta y comienza a agarrar sus cosas de la mesa, corre hasta la puerta mientras toda mi familia arma una algarabía a mis espaldas.

—¡Espera, iré contigo! —Me giro hacia Benjamín—, dame las llaves de tu auto, se las saca del bolsillo y me las pasa, sin perder más tiempo corro tras él.

—Déjame manejar, Belén. —Me subo en el puesto del piloto sin contestarle—, Belén...

—¡Juan Josué! ¡Súbete ya!

—Maneja con cuidado —dice a regañadientes cuando se monta.

—Sé manejar, genio. Llegaremos bien. —Me molesta que se haya arriesgado de esa manera y quiero preguntarle muchas cosas, pero decido que es mejor no saber los detalles de lo que pasó con Giovanni.

Conduzco a una velocidad elevada y me gano los insultos de varias personas, él se mantiene callado, en dos oportunidades lo miro y respira rápidamente, ¿de verdad su mamá estará consciente y podrá recordarlo? no logra calmarse y lo entiendo, esto parece... una fantasía.

Llegamos a la clínica en menos tiempo de lo esperado, una vez que nos estacionamos corremos hacia la entrada. Sin pedirle explicaciones lo sigo, él sabe bien a donde se dirige. Cuando llegamos al destino nos encontramos con un hombre alto, de cabello negro y mirada nerviosa.

—¡Juanjo! —grita apenas lo ve—, siento haberte hecho correr.

—¿Cómo es que le aplicaron el suero esta noche, Damián? —pregunta acelerado, el señor respira profundo y lo mira.

—Creímos que no iba a funcionar tan rápido, no quería hacerlo sin ti, pero el equipo estaba ansioso. Todo salió bien, no hay signos de nada alarmante. —Le sonrío—, creo que lo logramos, Teresa está recordando. —Mis ojos se humedecen y los de JJ alucinan.

—¡Por Dios, no puedo creerlo! —dice y me mira—, esperé esto por tanto tiempo que ahora no sé qué sentir.

—¡Feliz! —exclamo y le rodeo la cintura con mi brazo—, ¡Siéntete feliz, cariño! ¡Uff, esto es increíble!

—¿Se quedará así? —pregunta—, leí en un artículo que uno de los riesgos es que el paciente puede volver a perder la memoria.

—No lo sé con certeza aún —contesta su colega con seriedad, JJ asiente—, debemos esperar su evolución y ver cómo reacciona su organismo.

—Entonces puede ocurrir...

—Puede pasar, esto es algo experimental, Juan Josué. Hay que hacerle muchas pruebas, pero pensemos positivo, todo seguirá bien, ¿qué te parece si entras a verla y disfrutas de su lucidez? —El cuerpo de Juan Josué comienza a temblar y yo le doy un apretón para infundirle valor, Damián sonrío y abre una puerta, entramos y caminamos por un pasillo. Nos detenemos frente a otra puerta.

—Esperen aquí un momento, quiero avisarle que va a recibir una visita. —Asentimos y él entra.

—Teresa, alguien vino a verte. —Lo escuchamos decir.

—Espero que no sea otro de esos doctores. —Juan Josué suelta un jadeo ahogado cuando escucha su voz.

—Sí, es otro doctor, Teresa, pero este doctor es muy especial. —Ella refunfuña algo—, ¿lo hago pasar?, ¿estás lista?

—Creo que sí.

—Gracias por aceptar, sé que estás cansada y que quieres dormir, pero esta visita te hará bien.

—¿Quién es?

—Ya lo verás. —Damián se asoma y con un gesto de mano nos indica que podemos entrar, veo a una mujer parada frente a un gran ventanal, con el cabello suelto y marrón que le cae hasta los hombros, la cara de mi novio ya está muy mojada así que le seco algunas lágrimas con mis pulgares.

—¡Carajo, te has vuelto un llorón! —exclama Damián, JJ se ríe.

—Conozco ese sonido —dice la señora e inmediatamente se gira, lleva sus manos hasta su boca como ahogando un grito de felicidad y sus ojos centellean.

¡Sabe que es él! ¡Recuerda a Juan Josué!

No sé cómo es posible, no le veo sentido a nada, solo entiendo que todo sobra cuando un recuerdo regresa con fuerza y con mucho significado. El cuerpo entero de Juan Josué se estremece, creo que hasta yo estoy hiperventilando.

—Hola —dice ella con emoción.

—Hola —responde él con algo de temor—, ¿sabes quién soy?

—Sé quién eres. —Se acerca lentamente y sonriendo le acaricia el cabello—, siempre has tenido un rostro tan hermoso. —Juan Josué suspira profundo y se lanza en sus brazos, ella lo rodea y aprieta con fuerza.

—Sabes quién soy —repite, se separa para verla a los ojos—, no puedo creerlo.

—Sé quién eres, hijo. Puedo decir con certeza que eres la persona que más amo en la vida, por muy grande que estés, sé que eres mi niño Juan Josué. —Él le sonrío feliz y la vuelve a abrazar con muchísimo amor.

—Tengo tanto que contarte, mamá. —Se separa un poco—, hay alguien que quiero que conozcas.

—Vamos, preséntamela ya, ¿por qué llora tanto? me está preocupando. —Le sonrío y ella me devuelve el gesto, puedo notar que tienen la misma sonrisa y el mismo color de ojos, Juan Josué me extiende la mano instándome a que me acerque, me da un beso en la frente y sonrío.

—Gracias por estar aquí. Te amo, ¿lo sabes? —Asiento sonriendo—, te presento a mi mamá. —La saludo con un abrazo que ella corresponde con calidez.

—Bienvenida —le digo, me limpio algunas lágrimas—, me da tanta emoción conocerla.

—Gracias. —Lo mira algo confundida—, ¿es tu novia?

—Realmente quiero que sea más que eso —le contesta—, Belén está

embarazada, vas a ser abuela. —La señora Teresa se emociona al punto de soltar varias lágrimas, comienza a repetir que no lo puede creer y sonrío tantas veces que nos contagia.

¿Cuántas veces hemos pensado que una casa, un auto, un trabajo o cualquier cosa material te hace feliz? la felicidad no es nada de eso, la felicidad es poder construir recuerdos que te llenen de alegría; esa sonrisa que tiene grabada en el rostro en este momento nos hará felices siempre.

—¿Un nieto? —Se sienta en la cama—, me he perdido tantas cosas... siento como si hubiera estado de viaje. Te veo y es extraño, había olvidado tu cabello, la raya que se te forma en la barbilla al sonreír, el color verde de tus ojos... el hombre en el que te has convertido me enorgullece. Sé que serás muy feliz, hijo. Te amo tanto... —La señora Teresa se agarra la cabeza con la mano derecha, Juan Josué se sienta junto a ella.

—¿Qué pasa? —Arruga la frente y ella niega—, ¿te duele la cabeza?, ¿quieres descansar? —Vuelve a negar.

—Quiero hablar contigo por horas.

—Lo harán. —Interviene el doctor—, pero si te sientes abrumada es mejor que descanses un rato.

—¿Me ve abrumada?

—No, te veo feliz, Teresa.

—¡Porque así me siento! ¡Seré abuela! así que deje de molestar. —Juan Josué y yo nos echamos a reír.

—Pero...

—Damián, tranquilo —lo interrumpe JJ—, entiende que esto es algo sorprendente, la has traído de vuelta y ahora no querrá parar, debe ser algo alucinante recuperar la lucidez y querer decir tantas cosas, ¿verdad, mamá? —No le responde así que se vuelve hacia ella e insiste—, ¿es así? —No hay respuesta, una alarma se enciende en los ojos de Juan Josué—. ¿Mamá? —Él trata de tomar su mano, pero ella la aparta.

—No me toque, ¿quién es usted? —Y con esa pregunta nos damos cuenta que ha vuelto a regresar a ese mundo al que no podemos entrar.

¡Feliz tú que mantienes los recuerdos intactos en tu mente!

¡Feliz tú que evocas cuando quieres a tu ser querido!

¡Feliz tú que tienes recuerdos para reflexionar y no olvidar!

¡Feliz nosotros que guardaremos en nuestra memoria la sonrisa de Teresa!

El Alzheimer es como esa llamada telefónica que no queremos atender, o es como esa visita desafortunada que se presenta en tu puerta sin previo aviso. El suero no erradicó por completo la enfermedad en Teresa, luego de varios estudios los científicos encargados del experimento se dieron cuenta de que no habían encontrado una cura definitiva, pero que sin duda ya la ventana está abierta; la esperanza de conseguir que algún día ese mal sea vencido por completo sigue allí.

Ellos no han podido explicarnos bien lo que ocurrió, Juan Josué a pesar de ser un hombre guiado y formado por la ciencia, en su corazón siente que lo que pasó con su mamá fue otra cosa; un regalo que le brindó la vida y que no desaprovechó así haya durado unos pocos minutos.

Ya muy entrada la madrugada nos sentamos en silencio en uno de los pasillos de la clínica, estoy nerviosa, no puedo negarlo, todo es un poco incierto, no sé cuál será su verdadera reacción ante todo esto. Lo abrazo cruzando los brazos sobre su cuello.

—Tranquilo —susurro—, son muchas emociones en muy poco tiempo, ¿sabes de qué me he dado cuenta? —Él se aparta un poco para verme a los ojos y yo beso su nariz—. De que somos muy valientes y de que juntos podemos con todo, amor. —Juan Josué inhala profundamente.

—Gracias, si no estuvieras en mi vida, jamás soportaría algo como esto. —La expresión de JJ se relaja un poco aunque puedo sentir mucha tristeza en su voz, su esperanza estaba depositada en ese suero—, no te preocupes, estaré bien, antes de irse alivió toda mi alma. —Asegura y suelta un par de lágrimas silenciosas. —Lo vuelvo a abrazar y le hablo al oído.

—Haré lo que sea para que te sientas bien, ¿qué necesitas en este momento, cariño?

Responde con los ojos apretados y la cabeza enterrada en mi cuello.

—Vámonos de aquí y dime que me amas muchas veces. —Coloco mis manos a ambos lados de su rostro y rozo mis labios con los de él.

—Te amo, JJ, sé que de algún modo todo lo que vivió hoy quedó grabado en su memoria, en cada paso que demos también la recordaremos.

Tres semanas después...

Estoy conversando en las gradas con Ana María, el juego acaba de terminar.

—¿Entonces la metieron presa? —me pregunta.

—Sí, la están acusando de cómplice. —Le agrada la noticia porque suelta el aire lentamente—, le suspendieron el pasaporte apenas llegó al aeropuerto, el Gato llamó hace unos días para contarle a JJ.

—Es una excelente noticia, Belén. Sé que eso los mantenía preocupados, pero con esa mujer presa, y Gilberto en casa, ya pueden respirar tranquilos. —Respiro profundo como haciéndole caso, tiene razón, el panorama se está aclarando—, tú mamá me contó ayer que ya le consiguió la silla de ruedas, ¿irás a verlo? —Intento disimular la mueca que se me escapa con respecto a esa pregunta, pero Ana me conoce bien.

—En realidad no, creo que todavía no estoy lista para enfrentarlo, ¿eso está mal?

—No, pero es tu papá, es extraño verlo así, sé que siempre fue un hombre intimidante, eso lo sabes muy bien, pero lo noté distinto. —La miro con curiosidad.

—Ustedes ya fueron, ¿no es así?, ¿qué pasó cuando los vio?

—Bueno, fue difícil verlo hablar y que no pudiera moverse, nos pidió disculpas a Benjamín y a mí, dijo que está arrepentido de muchas cosas. —Cierra la boca y sacude la cabeza a ambos lados—, me dio mucha pena porque lloró cuando vio a Sami, luego se calmó y Benja y yo creemos que disfrutó por primera vez de la niña, ¿sabes? creo que al fin entró en razón.

—Ya era hora —murmuro—, en serio, de verdad espero que todo lo que le pasó le sirva de algo. —Ella asiente y sonrío hacia el estadio, arrugo la frente y sigo la dirección de su mirada.

—¿Cómo no voy a estar enamorada de ese par? —pregunta—, ¿Quién iba a decir que a Sami le gustaría tanto el fútbol?

—Es la hija de Benjamín —bromeo—, si no le gustara el fútbol me

preocuparía, y pensaría que le metiste a mi hermano gato por liebre.

—Se parece mucho a ti —dice riendo—, esa niña es Alvares donde la pongan.

Cuando Benjamín se acerca lo felicito por tan buen partido, me despido de ellos y de Sami, que juega en la grama con un par de niños. Justo entonces mi celular suena, veo que es una llamada de Juan Josué, sonrío tan ampliamente que casi igualo el tamaño de la cancha de fútbol.

—¿Doctor? —pregunto asombrada, no esperaba escucharlo hasta la noche. Hace tres días que Juan Josué se fue a la Gran Sabana, tiene que dejar todo en orden allá porque pronto comenzará a trabajar en Clínicas Caracas, su amigo Damián le consiguió un buen puesto.

—¿Quién si no, amor? —responde—, aunque confío en ti y el tema no me preocupa. —Comienzo a caminar hasta mi auto para alejarme del griterío de los niños, quiero escucharlo mejor.

—¿Cuándo regresas? —Respiro hondo para que Juan Josué no se dé cuenta de cuanto lo extraño.

—Pudiera volver ya.

—¿Y entonces por qué no lo has hecho?

—Porque surgió algo.

—¿Qué? no me digas que se llevará más días, no me hagas ir a buscarte, Juan Josué.

—No lo harías.

—Lo haría, no me retes.

—Hablando de retos, ¿de verdad vendrías?

—¿En carnaval como lo hablamos?

—Hoy.

—¿Hoy? —Comienzo a ponerme nerviosa—, ¿de qué hablas?

—Te gustan las aventuras, tengo un boleto de avión para ti, ¿vendrías a casarte conmigo?

—Eso no suena del todo perfecto. —Mi sonrisa se esfuma cuando él

resopla.

—Ya te entró el miedo de nuevo, Belén, toma el momento y hazlo perfecto.

—De acuerdo. —Muerdo mi labio y enseguida lo suelto—, pero pensé que hablaríamos de algunas cosas antes de casarnos.

—No voy a botar mi pantalón desgastado.

—Te prometí comprarte uno parecido.

—Eres un amor, pero ese es el que me gusta.

—Quiero seguir trabajando en la galería, amo lo que hago, solo me ausentaré cuando nazca el bebé.

—Me parece bien, también quiero que hagas lo que te gusta, amo la idea de tenerte en casa, pero te amo más a ti y a tu felicidad.

—Gracias. —Sonríó—, nos traeremos a Lorenzo, no quiero que se quede allá.

—Por supuesto que se irá con nosotros, ¿quién más se aguantará a un loro que canta el himno nacional a toda hora? —Me echo a reír—, hay algo importante, nuestro hijo dormirá en su habitación, necesitamos privacidad.

—Una vez que se duerma y cerremos la puerta, tendremos un montón de privacidad, ¿realmente te preocupa eso?

—No, ya no, escogimos una linda y espaciosa casa. —Se ríe—, entonces, ya que dejamos las cosas claras, ¿vendrás?

—Estás disfrutando esto, ¿no es así?

—Estoy ligeramente divertido. —¡Oh, por el amor de Dios! Me subo al auto y me coloco los lentes de sol.

—¡Esto es una locura! Iré, pero prométeme que no planearás algo raro. —Hay un largo silencio—, ¿Juan Josué?

—Bueno, ya que quieres una boda común y corriente, devolveré todo lo de la ceremonia Hare Krishna.

—Ajá. —Ruedo los ojos.

—No sueñas como una novia emocionada.

—*Me pones los nervios de punta.*

—*Va a ser genial, amor. Realmente mágico. En la guantera del auto hay una sorpresa, nos vemos pronto, mi princesa.*

Cuelgo y abro la guantera, mi corazón se acelera mucho cuando de ésta saco un sobre, dentro del sobre hay un pendrive y un boleto de avión, con fecha de hoy y una nota:

Existe un momento en la vida,
en que nos sentimos más solos que nunca,
ese es el principio de un encuentro,
toda aventura comienza con un sí.
Estábamos destinados a ser.

Algo sucede en mi interior, el corazón me late fuerte contra las costillas, se me hace un nudo en la garganta y... sonrío.

Lo digo y lo repito, ir a la Gran Sabana cambió mi vida, hacer ese viaje me volvió a moldear, ese encuentro me permitió reinventarme, y sobretodo, me ayudó a crecer.

Ir a un lugar desconocido es como renacer, y a veces es necesario para volver a empezar, yo me aventuré, me lancé a la conquista de un nuevo ambiente y, como por arte de magia, encontré el sabor de una primera vez que me llenó de sorpresas y emociones, exploté la bonita burbuja de cristal en donde vivía y cuando sentí que me faltaba el aire y que me quedaba sin palabras, encontré todo lo que se ama para siempre y tomé al fin las riendas de mi vida.



EPILOGO

Gran Sabana

BELÉN

Una música suave invadía la Misión. Cuando los presentes notaron mi presencia en la entrada todo quedó en absoluto silencio, enderecé la espalda para tratar de dominar la ansiedad, apreté las flores con fuerza y observé con detalle el recinto, lágrimas se formaron de inmediato en mis ojos y dejé caer el ramo, tuve que taparme la boca para no gritar cuando los vi.

¡Qué locura! ¿Cómo era posible?

Mi familia me sonreía desde sus asientos, todo el día había pensado en ellos y en lo que me hubiera gustado que me vieran casarme en esa boda tan diferente a la primera, entonces miré al final del pasillo y allí estaba Juan Josué sonriendo, con el Gato a su lado, me guiñó el ojo con complicidad y en ese instante lo amé más que nunca.

Me reí por lo bajo cuando mi sobrina Sami corrió a recoger mi ramo y me lo entregó, la abracé con fuerza y besé su mejilla.

—Vamos, ya es hora. —Benja me sonrió y se ofreció a entregarme.

Por primera vez en el día respiré relajada, la alegría me envolvió de inmediato, y atraída por unos ojos verdes que me recuerdan cada día cuanto me aman, caminé al fin con libertad hacia la felicidad.

Una vez más fui sorprendida con la recepción, llegamos en los *Jeeps* turísticos del Gato hasta la playa de *Arecuna*, una gran carpa blanca estaba instalada en la arena, había mesones largos cubiertos con manteles verde menta y dorado, tenían centros de mesa con flores silvestres de diferentes colores. La mesa del bufé me hizo agua la boca, degustamos una amplia variedad de platos fríos y calientes; Juan Josué se había lucido con todo y se merecía un agradecimiento especial, sonreí con pillería y comencé a desear estar a solas con él.

Nuestro primer baile como esposos fue muy emotivo y a la vez divertido, Cristian nos tomó muchas fotos y cada dos por tres, Juan Josué me robaba un beso. Aluciné con el chocolate de la torta y mordí a JJ cuando llenó mi nariz de crema.

Mi familia bailaba, se reía y brindaba por todo, Sami lloró cuando el ramo lo atrapó el Gato —la verdad es que le apunté directamente— cosa que hizo reír mucho a Juan Josué, la autora intelectual fue Andreina, me lo pidió como un favor en la mañana cuando hablamos por teléfono.

El desorden con el ligüero nos subió mucho la temperatura, así que cuando finalmente llegó la hora de irnos, lo agradecí.

—¡Gracias a todos por venir! —exclamó mi esposo desde el *Jeep*—, Gato, no olvides alimentar a Lorenzo.

—Olvídalo, que se muera de hambre. —JJ resopló, y nuestro padrino de bodas de echó a reír—, tu loro patriótico estará sano y salvo cuando vuelvan.

—Más te vale —lo amenacé.

JJ arrancó el *Jeep* destinado para nuestra huida, arrastrando muchas latas vacías amarradas en la parte de atrás, fuimos alejándonos de ahí. Me giré para verlo y busqué en mi cabeza las palabras adecuadas para agradecerle por tanto, pero de mi boca no salía nada, solo podía sonreír admirándolo.

—¿Cómo pudiste planear algo así en tres días?

—Pensé que no podría, pero milagrosamente todo salió a la perfección, ¿la pasaste bien?

—¿Bien? esa palabra se queda corta, el día de hoy fue... perfecto. —JJ sonrió y volteó la cabeza para mirarme unos segundos, su mirada cálida acarició mi alma—, te amo mucho, cariño.

—Y yo a ti, mi princesa.

El recorrido que hicimos no fue muy largo aunque no conocía ese lado de la Sabana; él parecía niño chiquito emocionado y yo estaba expectante, se detuvo en una colina frente a una cabaña, rodeada de flores silvestres y varios árboles, bajó nuestras maletas y me abrió la puerta.

—Qué lugar tan hermoso —dije admirando la vista, él asintió y sus ojos brillaron.

—Deja que veas la mejor parte. —Sin perder tiempo me alzó en brazos y me condujo a una especie de terraza, luego de darme un beso que erizó cada poro de mi piel, me bajó y abrió dos puertas de vidrio—, pasaremos nuestra luna de miel aquí. —Como león asechando a su presa se acercó a mi oído—. Espero que te guste, porque quiero a la brevedad posible disfrutar de tu hermoso cuerpo dentro de él.

Arrugué la frente sin entender lo que insinuaba, di unos cuantos pasos al frente y me frené en seco, abrí los ojos de par en par.

—Oh, mi Dios.

Al lado derecho de la terraza había una escalera, ella llegaba hasta un gran jacuzzi blanco decorado en todo el borde con velas y flores del mismo color que las de la entrada; lo más alucinante era que daba la sensación de estar suspendido en el aire, la vista revelaba media selva, incluso se podía ver una cascada.

—Es algo alto —murmuró él—, pero podré con ello.

—Es increíble —dije impresionada.

Me giré para verlo a la cara y sonreí, los últimos rayos de sol pintaban su traje gris, sus ojos centellearon y supe exactamente lo que le seguía a ese gesto. Me acerqué a él y le deslicé la chaqueta por los brazos, empecé a desabrochar los ojales de su camisa, uno a uno, JJ me apartó el cabello a un lado y besó mi cuello y hombros, susurraba palabras de amor que se tornaban más explícitas a medida que caía mi hermoso vestido.

—Eres la mujer más hermosa del mundo, y eres mía —dijo viéndome con ardor.

Cuando ya nos encontrábamos dentro del jacuzzi, recorrí su cuerpo con mis manos, familiarizándome con la temperatura del agua y la de sus tibios músculos, él también encontró donde tocar, lugares suaves y húmedos que enloquecían con el roce de sus dedos. Cuando el deseo superó la excitación, JJ me sacó de orbita, todo ocurrió de una manera tan especial que nos quedamos sin aliento.

—Toda la vida te voy a amar.

—Yo también, mi amor —le contesté.

—Nunca olvidaré este momento.

—Imposible hacerlo... —murmuré entre sus brazos, embelesada con la vista.

Y en efecto, cada vez que puedo recuerdo ese momento, en donde pintamos de flores la Sabana y nuestro amor se filtró de un corazón a otro.

CARACAS

BENJAMÍN

Jeremías... O «*Jeremías el Tremendo*» como lo llama mi hermana. Su papá si le dice Jeremías, pero ella le agregó ese apodo desde que nació porque no la dejaba dormir con tantas patadas.

Junto con mi hija, él es la alegría de la casa, un diablillo de apenas tres meses, con cabello castaño oscuro como el de Belén y ojos verdes como los de JJ; nos tiene babeados a todos.

Cada vez que podemos lo visitamos, cuando estamos aquí, Belén y JJ aprovechan para poner al día asuntos de la casa, por ejemplo, hoy están pintando el cuarto de Jeremías mientras nosotros lo cuidamos. Sami lo declaró su primo favorito —cosa que nos hizo reír mucho, ya que es el único— junto con Ana María hacen un excelente trabajo de niñeras.

—Te luce ese muchachito —le susurro en el oído a mi esposa—, quizás ya es hora de convertir a Sami en hermana mayor.

—No eres el único que lo ha pensado —contesta sorprendiéndome—, estaría genial tener un varón. —Me regala una sonrisa encantadora con un tinte de incredulidad en ella, como si no se creyera que ella misma haya dicho eso.

—Eres la única persona capaz de dejarme sin palabras siempre —le digo—, si comenzamos a intentarlo esta noche, los primos no se llevarán mucha diferencia.

Me echo a reír cuando levanta ambas cejas, a veces a mí mismo me cuesta creer lo bien que va nuestro matrimonio, desde que dejé la asociación para hacer lo que me gusta recuperamos esa chispa de complicidad, encontramos alegría familiar, maduramos en nuestra relación. Me di cuenta de que el secreto para mantener bien un matrimonio es no perder nunca la amistad que nace cuando dos personas se conocen.

—¡Llegó la abuela! —anuncia Sami, entrando como un vendaval a la sala—, ¡Y trajo al abuelo!

—¿Qué? —Busco los ojos de Ana María—, ¿por qué mamá lo trajo? —Se encoje de hombros, ni ella sabía que venía.

—Ve y ábrele la puerta a los abuelos, cariño —le pide a Sami y me mira—, tú avísales a ellos.

—Un día de estos me va a dar un ataque —murmuro cuando la niña se aleja—, ¿y si Belén se molesta?

—Imagino que quiere conocer al bebé —contesta—, anda, ve ya.

Subo las escaleras para ir hasta la habitación de Jeremías, y al llegar a la

puerta escucho risas.

—Por favor, díganme que no están haciendo cosas indebidas ahí.

—Solo un desastre, cuñado, pero puedes pasar sin problema.

Cuando entro me encuentro a Belén riendo y tratando de manchar a Juan Josué con una brocha, él le sostiene las manos y también se ríe, la están pasando de maravilla llenándose de pintura verde.

—¿Estos son los padres responsables de Jeremías?

—Ajá —contesta la loca de mi hermana—, Benja, un poco de diversión no le hace daño a nadie.

—¿Diversión? seguro que no se divertirán mucho limpiando.

—Sale con agua y jabón, es pintura de agua —dice JJ, y logra pintarle media mejilla a Belén con un rodillo.

—¿Me quitarás la pintura con agua y jabón? —le pregunta con descaro a Juan Josué.

—Eso haré. —Le guiña el ojo, yo ruedo los ojos—, baja, Benjamín, y no presten atención a ningún ruido extraño.

—Me haría el sordo con gusto, pero...

—Y si algún bebé llamado Jeremías me necesita, le dices que su tetero está en la nevera. —Se echan a reír como dos adolescentes trastornados.

—Ya se lo tomó —replico frunciendo el ceño—, Ana María puede prepararle el siguiente, pero el problema no es la alimentación de mi sobrino, el problema aquí es que mamá y papá están abajo.

—¿Qué? —Ella al fin me presta atención.

—Sí. Papá, Gilberto, mamá lo trajo, está allá abajo en este momento. —Rápidamente mira a su esposo, como buscando algo, quizás seguridad y apoyo. Noto que tienen pintura por todos lados y resoplo—, cuando bajen traten de no hacerlo con el pelo verde.

Esperé algún insulto cuando cerré la puerta tras de mí, pero no escuché nada más. Belén es una chica inteligente y sé que sabrá manejar la situación.

Camino nuevamente hacia la sala, cuando bajo el último escalón lo veo,

está sentado en su silla de ruedas y mira detenidamente hacia una mesa en donde Belén tiene cinco portarretratos.

—Me gusta esa foto, recuerdo tener una parecida con Benjamín en el jardín. —Me muevo hasta que puede verme, beso a mi madre en la mejilla y quedo frente a él, levanto mi mano y es todo el saludo que le doy, me sonrío con tristeza—, tenía muchas ganas de verte, hijo.

—Belén ya viene. —Evado lo que me dice—, mamá, siéntate, por favor.

Tomamos asiento en los muebles y comienzo a percibir la pulsante tensión, me mantengo en absoluto silencio cuando Ana le pregunta a mamá como va todo con la asociación, también callo cuando hablan de las buenas ventas de la tienda deportiva de Ana, pero cuando él le pide permiso a mi esposa para cargar a Jeremías, rompo el silencio.

—¡No! —exclamo con aprehensión.

—¿No? —dice Ana en un susurro, no sabe si dejarlo cargar al bebé o no. Le quito a Jeremías y lo sujeto contra mi pecho, abrazándolo, no quiero que lo toque, y menos sin el permiso de Belén.

En ese momento Juan Josué y ella bajan las escaleras, se han bañado a la velocidad del rayo y ya no les veo rastro de pintura, Belén torpemente abraza a mamá, me quita al niño e inmediatamente regresa al lado de su esposo, casi como si lo estuviera utilizando de talismán protector.

La cabeza de papá está gacha, no la mira a los ojos, se me hace muy extraño verlo tan perdido y fuera de lugar.

—Tú padre quería conocer al niño, hija. Él... —La voz de mamá se rompe—, no quiere seguir lejos de ustedes, quiere pedirles perdón de corazón. —Un sollozo escapa de la boca de Belén, JJ la aferra a su cuerpo como escudo.

—¿Belén? Beli, no llores... —pide papá.

—¿Es cierto? —La mano de Belén quita la de JJ de su cintura y se acerca hasta él, que al oírla la mira con ojos suplicantes—, ¿papá?, ¿has venido a disculparte?

—Sí. —Exhala—, he venido a tu casa a conocer a mi nieto y a pedirles perdón. —Llora—, no me di cuenta que estaba haciendo las cosas mal hasta

que me dio ese infarto. —Se restriega los ojos con la mano—, estoy enterado de lo que ha pasado, de la gravedad de todo lo que viviste, y me siento responsable, nunca debí haberte pedido que te casaras con ese desgraciado... —Niega con la cabeza buscando las palabras adecuadas—, todo lo que puedo hacer ahora es pedirte perdón hasta el cansancio, a los dos —Me mira—. Procesar mi error me ha llenado de mucha tristeza, quiero formar parte de ustedes de nuevo... las ganas de arreglar las cosas con mis hijos fue lo único que me mantuvo con vida.

Abro mi boca un par de veces, pero no puedo hablar, mis emociones se desbordan cuando Belén luego de unos minutos decide agacharse y coloca al niño en los brazos de su abuelo. Él inhala fuerte y entonces sé lo que está viendo, la camisita de mi sobrino dice «Alvares» se la regalé con orgullo el día que llegó a este mundo.

Jeremías Miranda Alvares, no lo creímos hasta que lo vimos, siempre les dijeron que sería una niña, pero que equivocados estaban, es un Alvares de pie a cabeza.

—Mi pequeño nieto, voy a sostenerte las manos por un rato, pero si de mí depende lo haré hasta que me alcance la vida.

Nos quedamos sentados en la sala, escuchando y respirando adecuadamente en mucho tiempo. No puedo imaginar cómo será de ahora en adelante, ansío saberlo, pero lo que sí sé es que todo cambió para mejor esa tarde.



NOTA DE AUTOR

Cuando tenía como 15 años, mi papá hizo un viaje de trabajo a la Gran Sabana, él llegó a casa y me mostró fotos de todo lo que había visto, y en una de las fotos salía un letrero con una leyenda. En ella hablaba sobre el amor imposible de los hijos de unos Caciques, la pareja decidió suicidarse porque sus padres no los dejaban estar juntos, convirtiéndose así en cascadas gemelas.

Buscando lugares para una próxima historia vi una foto del Salto Ángel e inmediatamente recordé esa leyenda, estructuré su trama y sus personajes pensando siempre en una gran aventura, la aventura de arriesgarse a perder el miedo y decir sí.

Quiero contarles que a pesar de ser Venezolana no conozco la Gran Sabana, no he tenido la oportunidad de ir, pero investigué bastante para poderles transmitir en la historia todo lo que visualicé. Espero haberlo logrado.

Arecuna forma parte de la “Serie Aventura” la historia de Belén y Juan Josué es la primera. Les adelanto que en la 2 nos vamos a Brasil con Andreina y el Gato.

¡Muchas gracias por llegar hasta aquí conmigo! ♥

Mis otras historias:

No te vi, te reconocí

La receta ganadora

Lo que queda de mi alma

Hechizado por la rosa

Together Someday

Asunto pendiente

Mis redes:

Facebook: Carolina Vivas (Libros)

Twitter: @Crln25

Wattpad: Crln25

Instagram: Crln25

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/Carolina_Vivas

Blog: carolinavivas.blogspot.com

Correo: carola.2505@gmail.com